

HELLEN BOLD

FLECHAZO

CON

EFFECTO

SECUNDARIO

ROMÁNTICA, DIVERTIDA Y ADICTIVA



HELLEN BOLD

FLECHAZO

CON  

EFFECTO

SECUNDARIO

Sello: Independently published

Título: FLECHAZO CON EFECTO SECUNDARIO

Hellen Bold © 2026

Cubierta: Gabriela Rey.

Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A mis seres queridos, los de sangre y los escogidos con el corazón. Gracias por ser mi apoyo SIEMPRE.

PRÓLOGO



¿Conocéis esa sensación de estar atrapados en un bucle donde todo gira en torno a una monotonía demasiado cómoda y, reconozcámoslo, bastante aburrida? ¿No? Pues os lo explico.

Me llamo Vega Carmona y tengo cuarenta años. Sé que la edad es solo un número, o eso dicen, pero yo siento el peso de cada uno de ellos. Supongo que es verdad eso de la crisis de los cuarenta. Me he vuelto tan casera que mi mejor amiga se burla de mí llamándome «viejojen». Siempre me hago la ofendida, aunque en el fondo reconozco que me siento más cerca de la jubilación que de la juventud.

Soy la propietaria hipotecada de un diminuto piso en Málaga y mi vida, desde hace demasiado tiempo, es la misma. Vivo para trabajar, cocinar, hacer recados y ordenar y limpiar mi hogar. Si existiera un premio por llegar a fin de mes comiendo sano con poco presupuesto, sin vender un riñón en el mercado negro, sin duda yo sería la ganadora. Todo muy divertido, ¿verdad?

Desde pequeña fui práctica. Mientras las demás niñas soñaban con príncipes azules y finales de película Disney, yo lo hacía con tener mi propia casa y un trabajo que me permitiera no depender de nadie. Supongo que crecer sin una figura paterna y ver lo dependiente que fue mi madre, me enseñó demasiado pronto a valerme por mí misma. Así que, al pensar en una pareja, no imaginaba a un salvador, sino a alguien que caminara a mi lado y que luchara con los dragones conmigo, no por mí.

Nada más cumplir diez años, mi madre nos dejó. Siempre creí que la depresión fue apagándola poco a poco hasta consumirla. A esa edad aprendí una lección que me marcaría para siempre: la persona que estuviera a mi lado no debía hacerme llorar. Años después, cuando conocí a mi vecino Pedro, añadí una nueva condición a la lista: también tenía que hacerme reír. Porque con él descubrí que la risa, a veces, era lo único que te mantenía a flote.

Con el paso del tiempo y de las distintas vivencias, aquella lista fue creciendo sin que yo me diera cuenta. A los veinte, tras descubrir que mi primer novio me había sido infiel, incorporé la fidelidad como requisito imprescindible. Y así, experiencia tras experiencia, fui sumando cualidades como quien se pone capas de ropa para protegerse del frío. No fue hasta que mi ex me abandonó que entendí que aquella lista era una pérdida de tiempo.

Desde que me separé —o siendo exactos, desde que mi ex me dio la patada y se largó dejándome un marrón monumental—, dejé de ser la misma. Mi vida, tal y como la conocía, se derrumbó y tuve que aprender a salir adelante sola. Fue entonces cuando descubrí, de la peor manera posible, que no podía dejar mi felicidad en manos de nadie y tiré esa estúpida lista a la basura.

Gracias a mi mejor amiga Nora conseguí sobrevivir, pero desde entonces nada me motiva como antes y ya no suelo cometer locuras. Aunque, siendo completamente sincera, no es que no quiera hacerlas, es que ni siquiera puedo plantearme la posibilidad de cometerlas. Obligaciones, ya sabéis. Es el precio que se tiene que pagar para ser una persona adulta y responsable.

Sé que después de explicaros mis penas puede parecer que tengo una vida horrible, sin embargo, eso no es del todo cierto. Hoy en día soy una mujer independiente, tal y como siempre quise, capaz de valerme por mí misma.

Con el paso de los años conseguí sanar mi corazón y descubrí que no necesitaba a nadie para sobrevivir. Aprendí a estar bien con mi soledad, incluso a disfrutarla. Las aventuras improvisadas y las locuras propias de la juventud dejaron de tentarme hace mucho

tiempo y pasaron a ser recuerdos de otra vida. Ahora disfruto con cosas simples, como sentarme en el sofá a leer un buen libro o ver una película tranquila. Y no, no echo de menos tener citas. ¿No me creéis? ¿Habéis visto cómo está el patio? ¡La gente está fatal! Lo veo cada día en mi trabajo y, la verdad, no me apetece invertir mi tiempo en hombres que piensan más en su amor propio que en conocer a la persona que tienen delante.

Aunque, si tengo que ser sincera, últimamente siento un ligero resquemor dentro de mí. Como si anhelara algo que todavía no he vivido y que sé que puede hacerme feliz. Es absurdo, ¿verdad? Nunca he creído en el destino ni en esas cosas y no pienso empezar a hacerlo ahora. Pero, a pesar de que trato de apagar esa voz que resuena en mi cabeza, me sigue gritando a diario para decirme que mi vida, más pronto que tarde, dará un giro de ciento ochenta grados. Que tendré que morderme la lengua, agarrarme fuerte para no caerme por las turbulencias y aceptar los cambios que están por venir.

Por eso llevo unas semanas muerta de miedo, sin dejar de mirar en cada esquina, buscando en cada calle el motivo por el cual perderé la cabeza. Suele gustarme el control, lo cotidiano, y este pensamiento está haciendo que todo se tambalee y que sienta el dolor antes de que me haya caído al suelo.

CAPÍTULO 1



Doy un sorbo al café para asimilar las palabras de mi mejor amiga y dejo la taza en la mesa con una tranquilidad fingida. ¡Definitivamente está como una regadera! No es que sea un descubrimiento reciente, pero la muy cabrona se empeña en superarse cada día con tal de sorprenderme con sus disparates. ¡Le encanta poner a prueba mi cordura!

Hemos venido a una cafetería durante mi tiempo de descanso y, para no montar un espectáculo, me veo obligada a respirar un par de veces para mantener la calma. Sin embargo, por más que lo intento, no puedo controlarme y, tal y como suele pasarme cuando estoy con ella, la situación se me va de las manos.

—¿iTe has vuelto loca!? —exclamo, como si hubiera perdido la cabeza.

—No seas dramática, Vega. Lo dices como si te hubiera pedido que fueras a buscar hielo al polo norte para hacerme un cubata —se queja poniendo los ojos en blanco.

Suelto una risotada mezcla de indignación e incredulidad y, al darme cuenta de que ella también está sonriendo, la miro con el ceño fruncido, para imponerme. Lo cual, por cierto, no consigo.

—Creo que hubiera sido más fácil cumplir la misión del hielo.

—Ahora la que parece que ha perdido la cabeza eres tú. ¡Solo te he pedido que tengas una cita!

—Una cita con un desconocido —señalo.

—Un desconocido que podría quitarle las telarañas a tu cueva — señala mis partes con tono condescendiente.

Conozco a Nora desde que éramos unas mocosas de tres años. Íbamos al mismo colegio y, además, el piso de sus padres estaba justo en frente del de mi abuela. Desde el primer día nos hicimos inseparables y formamos un gran equipo. A ella se le ocurrían los planes más disparatados, y yo siempre estaba dispuesta a llevarlos a cabo. Éramos el combo perfecto. Sin embargo, últimamente, después de todo lo que me ha tocado vivir, sus locuras me dan vértigo y la de hoy me ha provocado taquicardias.

Mi mejor amiga es psicóloga, pero en lugar de ejercer su profesión en una consulta como hace la gran mayoría, trabaja como asesora para varias empresas. A pesar de estar como una regadera, es tan meticulosa y organizada que sus estudios e informes valen oro puro y están muy cotizados. Vamos, que se pelean por ella: una auténtica eminencia en su trabajo. Según parece, el último encargo que ha recibido es de una empresa especializada en software, la cual ha creado un sistema innovador para encontrar a tu pareja ideal con tan solo unos clics. Está claro que, si cumplen lo que prometen, el proyecto será todo un éxito. Porque, ¿cómo negarte a conocer a tu media naranja? Y tú te preguntarás, ¿qué tiene que ver una psicóloga con una aplicación de citas? Y precisamente es lo que le acabo de preguntar.

—En nuestra época encontrábamos parejas o ligues en el colegio, en el trabajo o a través de algún conocido. Sin embargo, la juventud de ahora usa millones de *apps* para socializar, comprar o incluso conocer a personas sin moverse de su casa.

—Tampoco somos tan viejas —me quejo.

—Somos unas putas crías, ¿vale? —afirma seria, y yo asiento con la cabeza para darle la razón—. Como decía, la empresa quiere estudiar cómo afecta esta nueva forma de ligar a la autoestima y a la salud mental con el fin de poder aprovecharlo en su beneficio, por supuesto.

—Jamás se me ha pasado por la cabeza apuntarme a una de esas aplicaciones. Es absurdo.

—Hasta ahora —me interrumpe con una sonrisa.

—Eso no va a pasar —le advierto.

—¿Qué problema tienes con este método de ligar?

—¿En serio lo preguntas? Los tíos que se apuntan están muy desesperados y...

—Habló la sartén al cazo —remarca interrumpiéndome—. Como si tú no lo estuvieras.

—... y solo piensan en una cosa —indico con un levantamiento de cejas para que comprenda mi teoría—. Nadie busca nada serio en esas citas.

—¿Y cuál es el problema? —pregunta indignada—. Estoy cansada de escucharte decir que no quieres tener pareja.

—¡Y no quiero! ¡Pero es que esa gente no es de fiar! —exploto.

—De verdad, eres más exagerada —se queja.

—No puedes juzgarme, ya tuve demasiadas decepciones en mi vida, no quiero volver a pasar por eso. —Me cruzo de brazos.

—Ese es otro de los temas que les interesa a los creadores de *CupidGo*: el compromiso, la fidelidad y la duración de esas relaciones.

—¿De verdad quieres que pase por eso después de lo de Rodrigo? No pienso participar en esta locura —le advierto—. Sigo sin entender por qué me usas de conejillo de indias.

—Vega, tú eres una mujer fuerte y, para qué negarlo, eres alérgica al compromiso, así que sé que nada de lo que ocurra conseguirá que caigas en las garras del amor y por eso serás imparcial.

—Eso no tiene sentido.

—Por favor... La gente a la que he entrevistado no me ha aportado datos fiables, no consigo que sean totalmente sinceros.

Tengo que meter a un topo dentro de las tripas de esa aplicación para desgarrar su interior y comerme su corazón repleto de datos —gime como una auténtica psicópata.

—Cuando te pones en plan sanguinaria, me das mucho miedo, que lo sepas. Todavía no sé cómo conseguiste el título de psicología —mascullo entre dientes—. ¡Estás como una puta cabra!

—Porque se la chupé a mi profesor —suelta la muy loca con un guiño de ojo.

—¡Nora!

—¡Es broma! Joder, te lo crees todo.

—Y, si es tan fácil, ¿por qué no vas tú a esa cita? —propongo, ignorando su tomadura de pelo.

—Porque estoy felizmente casada y mi amorcito no soportaría que alguien intentara meterme mano.

—Si pretendes convencerme con esa mierda de discurso, lo tienes claro.

—Venga, Veguita, hazme ese favor. ¡Porfi, porfi, porfi!

Observo a mi mejor amiga y al aleteo de sus largas pestañas, suplicando como si fuera una niña de cuatro años. Al verla, pienso en todas esas veces en las que me rescató de la mierda cuando mi ex me dejó. Gracias a ella tuve millones de sesiones de terapia gratis y conseguí salir adelante. ¡Jo-der! Estoy perdida.

—¡Solo será una cita! —exclama al ver un resquicio en mi determinación—. Además, después de las escasas o nulas citas que has tenido últimamente, en realidad te estoy haciendo un favor. Hace una eternidad que no sales con nadie y por fin podrás borrar de tu memoria el patético sexo con el *picha* corta de tu ex. Porque estoy segura de que cualquiera será mejor que él.

—No era tan patético —replico sabiendo que tiene razón.

—Soy tu mejor amiga, ¿recuerdas? —inquire haciendo alusión a las miles de veces que me quejé de lo insatisfecha que me dejaba.

En realidad, mi ex no era un picha corta, como dice la loca de mi amiga. Lo que ocurría era que Rodrigo siempre fue un egoísta en la cama, bueno, y también fuera de ella. No soy de las que se arrepiente de las decisiones del pasado, pero ¿en qué momento pensé que era buena idea empezar una relación con él?

—Sé que me voy a arrepentir de esto —lloriqueo sabiendo que he perdido la batalla.

—Yo me encargo de todo, cari, tú solo tienes que preocuparte de depilarte el kiwi e ir a la cita con las bragas limpias.

—No pienso acostarme con ese tío —le advierto—, solo tendré una cita con él y tomaré datos para tu estúpido estudio.

—Eso lo dices ahora. —Me guiña un ojo—. ¡Ya lo verás! Voy a conseguirte una cita con el tío más bueno de la aplicación y no podrás evitar la tentación. ¡Será la mejor cita que has tenido nunca! Te lo juro por Snoopy.

Le doy un sorbo a mi café y desconecto de la conversación.

Conozco a Nora y sé que, a partir de ahora, no dejará de hablar del tema y organizará un plan meticuloso y milimétricamente calculado para que todo sea perfecto. Estoy convencida de que introducirá todos los datos en una hoja de Excel para tenerlo controlado y no pasar nada por alto. ¡Como si lo viera!

Cierro los ojos y suelto el aire que estaba conteniendo al intuir que, después de esa cita, mi vida no volverá a ser igual. «Ay, Vega, ¡dónde te has metido!».

CAPÍTULO 2



De verdad, ¿en qué momento accedí a esto? Si mis amigos me vieran en esta situación, sería el hazmerreír. Los muy cabrones se burlarían de mí durante meses y me lo recordarían cada vez que me vieran. Pero ¿qué puedo hacer si en el fondo soy un blandengue?

No puedo más. Llevo más de una hora sentado y me duele el culo. Necesito moverme, ¡joder!

—Cariño, ¿quieres estarte quieto? Si te sigues moviendo así, la lana se va a enredar.

—Mamá, en serio. Me tengo que ir.

—Diles a tus amigos que esperen, esto es más importante.

Sí, claro, como si hacer ovillos fuera algo de vida o muerte. Fulmino a mi madre con la mirada, intentando parecer intimidante, pero la muy lianta me ignora mientras tira de la lana que tengo enredada en las muñecas.

Esta tarde, poniendo en práctica su técnica de ojitos suplicantes que siempre consigue ablandarme, me pidió que le echara una mano para organizar las lanas que había comprado. Al parecer, su amiga Angelita no pudo venir a ayudarla porque le dolía la cadera y, como soy un gilipollas que nunca sabe decirle que no, acepté convencido de que no me llevaría más de media hora. ¡Qué iluso!

En el momento en que mi madre sacó tantas madejas como colores existen en la paleta, sentí que el mundo se me venía encima. Por supuesto, la señora no pensaba esperar: quería que termináramos la faena y que todo quedara perfectamente ordenado

hoy. ¿Sabéis eso que dicen de que, cuando te haces mayor, te vuelves como un niño? Pues doy fe de que es verdad.

—Céntrate, hijo, o no terminaremos nunca —lo dice como si enrollar lana fuera una disciplina de alto riesgo, la cual precisa una concentración extrema.

Sé que, si le confesara que tengo una cita con una mujer, daría un tirón a la lana y me empujaría a la ducha, sin embargo, no quiero que se haga ilusiones. Desde hace tiempo, se empeña en buscarme una novia para que *siente cabeza*, y yo me veo obligado a esquivar sus dotes de celestina a toda costa.

Miro el reloj y pongo los ojos en blanco al darme cuenta de que, con seguridad, llegaré tarde. Aunque dicen que lo bueno se hace esperar, ¿no? Quizás mi cita, al verme, solo me preste atención a mí y olvide mi retraso.

En cuanto me doy cuenta de que, si no me largo ya, acabaré ovillando toda la noche, me escapo con la promesa de seguir con la tarea mañana.

Salgo como si fuera un corredor de atletismo, con las amenazas de mi madre como si fueran la banda sonora que precede al apocalipsis, y corro por mi vida antes de que decida que mi palabra no es suficiente.

—¡Joder, es tardísimo!

«El tiempo se me ha echado encima por querer ser un hijo ejemplar».

Aunque me hubiera gustado arreglarme con más calma, termino dándome una ducha rápida. Menos mal que fui precavido y dejé la ropa lista antes de que mi madre me convirtiera en una bobinadora humana. Me decidí por una camisa blanca, sencilla, y mis vaqueros rotos favoritos; esos que me hacen un culo de infarto y que ella siempre quiere remendar.

Una vez que me visto, me pongo un poco de perfume en las muñecas y detrás de las orejas, justo en los lugares más estratégicos. Hace años que uso el mismo aroma, uno que suele

gustar mucho a las mujeres y que las invita a acercarse más a mí. Es cálido y sutil, pero no es empalagoso. Me gusta sentirlo y saber que, al moverme, dejaré mi rastro en el aire. Cuando termino la última parte del ritual, me miro en el espejo y me guiño el ojo, satisfecho con el resultado. Por fin estoy preparado para mi cita de hoy.

«Es definitivo. Llego jodidamente tarde», pienso al mirar el reloj.

De camino al restaurante no puedo evitar pensar en lo que me voy a encontrar. Hoy tengo una cita a ciegas organizada por los capullos de mis amigos y no tengo ni idea de cómo es la mujer con la que voy a cenar. ¿Y si es una psicópata? ¿Y si no deja de hablar y me aburre tanto que me quiero largar? Conociéndolos, seguro que han escogido a la más pirada de todas. Joder, ¿qué necesidad tengo de quedar con alguien a quien no conozco? Necesidad, ninguna, ya os lo digo yo. Sin embargo, soy un tío orgulloso, incapaz de no aceptar un buen desafío.

Todo empezó una noche de cervezas, de esas en las que las risas suenan más fuertes y las apuestas parecen imposibles de resistir. Mis amigos, José y Miguel, decidieron que era buena idea ponerme a prueba y me retaron a ligar con la mujer que ellos escogieran. No solo se trata de acostarme con ella, la apuesta consiste en conseguir más que una noche de sexo. Tengo que conquistar su corazón.

Al principio me negué. No soy de los que buscan relaciones ni de los que dan falsas esperanzas. Si bien esos dos saben exactamente cómo provocarme hasta que no puedo decir que no. Así que, después de más cervezas de las recomendables, terminé aceptando. ¡No me juzguéis! Habíamos bebido demasiado y sentí que tenía que cerrarles el pico a esos dos capullos antes de que siguieran haciendo el ridículo.

Ellos se encargaron de crear mi perfil en la aplicación, escribir algo que sonara encantador y, por supuesto, organizar la cita a ciegas. ¿Qué podría salir mal? No es por presumir, pero se me dan muy bien las mujeres. Sé cómo leerlas, cómo hacerlas reír y cómo mantenerlas intrigadas, así que di la apuesta por ganada antes de que comenzara el juego.

Tengo que reconocer que me muero de ganas por ver sus caras cuando descubran que sigo manteniendo intacto el título de Dandi. Y lo mejor de todo es que, mientras ellos se retorcerán con mi victoria, yo disfrutaré de la mujer que escogieron para mí.

Cruzo la calle con una sonrisa. Al ver el lugar donde vamos a cenar y darme cuenta de cuánto me va a costar la broma, se me borra de un plumazo. ¿De verdad era necesario escoger uno de los restaurantes más caros de Málaga? Ojalá mi cita sea de esas que apenas come, por lo menos no tendré que vender uno de mis riñones para pagar la cuenta.

Miro el reloj antes de entrar y descubro que llego media hora tarde. ¡Mierda! Espero que no se haya marchado.

Me acerco a una de las camareras con mi mejor sonrisa y pregunto por la mesa reservada a mi nombre. La chica me devora con la mirada y me señala la mesa que busco. No puedo evitar guiñarle un ojo, con ese toque canalla marca de la casa. Me gusta dejar las puertas abiertas porque nunca se sabe cuándo querrás volver a cruzarlas.

Una vez dejo atrás a la rubia que me devuelve la sonrisa, presto atención a mi cita y me encuentro con una mirada mezcla de mala leche e instintos asesinos. Algo se revuelve dentro de mí, una especie de cosquilleo que no se parece a nada que haya sentido antes. Es como estar frente a un león: sabes que podría destrozarte en un segundo, pero aun así te acercas, incapaz de apartar la vista de esa fuerza que te atrae y te asusta al mismo tiempo. Y sí, sé que suena absurdo, sin embargo, no puedo evitarlo. Hay algo en ella que me hace querer arriesgarme, acercarme un poco más. Como si el hecho de que pudiera destrozarme en cualquier momento fuera todavía más excitante.

CAPÍTULO 3



Muevo las caderas para enfundarme en mi vestido negro de confianza y, con más esfuerzo del que esperaba, consigo abrochar la cremallera lateral. Hace mucho tiempo que no me lo ponía y, desde entonces, mi cuerpo ha cambiado.

Consulto el reloj y confirmo que voy con el tiempo justo. Entre dientes, maldigo los contratiempos de última hora mientras me calzo los tacones a saltitos, haciendo malabares para no acabar la noche en urgencias antes de empezarla.

Me acerco hasta el espejo y miro mi reflejo. Mi cuerpo ya no es el de los treinta, pero admito que me conservo bien. Me paso los dedos por la melena castaña, perfectamente ondulada, y me acerco más para comprobar que el maquillaje sigue intacto. Hacía mucho que no me arreglaba tanto, sin embargo, parece que no he perdido mi toque y he conseguido dar profundidad a mis ojos verdes.

—Para tener cuarenta años estás cañón, Vega —me animo frunciendo los labios de forma exagerada—. ¡Mierda, que llego tarde!

Me echo perfume a toda prisa y cierro la puerta de mi apartamento con llave. Bajo por las escaleras para adelantar tiempo tratando de no matarme y, al salir, me encuentro con el taxi que había reservado.

—Buenas noches, señorita —me saluda el conductor—. ¿Dónde la llevo?

¿En serio? ¿Señorita? Definitivamente, debo arreglarme más a menudo.

—A la calle Larios, por favor —respondo con una sonrisa, animada por el piropo.

Miro por la ventana mientras sorteamos las calles que, aunque es de noche, siguen muy transitadas.

El conductor se detiene en un semáforo y aprovecho para observar a los transeúntes. Aunque estamos en febrero, el centro de Málaga es un hormiguero de gente local y turistas paseando. A pesar del frío, las estufas mantienen las terrazas de la plaza La Merced animadas y llenas de gente. *Pues la noche no ha empezado tan mal. Es posible que no haya sido tan mala idea esto de la cita a ciegas*, admito sonriendo.

Mi teléfono comienza a sonar y me saca de mis pensamientos. Meto la mano dentro de mi bolso y pongo los ojos en blanco al ver de quién se trata.

—¿Y ahora qué quieres?

—Yo también me alegro de escucharte —ironiza—. ¿Ya has llegado al restaurante?

—Estoy a punto de llegar —informo al ver que el coche vuelve a ponerse en marcha.

—¡Genial! ¿Qué llevas puesto?

—No pienso decirte lo que...

—¿Te has puesto el vestido negro otra vez?

—¿Qué le pasa a mi vestido? —pregunto indignada.

—Ese trapo tiene más polillas que el desván de mi abuela.

—¡No digas tonterías! Si está como nuevo —me defiendo acariciando la tela con la palma de mi mano.

—Al menos dime que te has puesto ropa interior sexi debajo y no una braga faja de cuarentona.

—¡Es la edad que tengo!

—Sí, pero no hace falta aparentarlos.

—Voy a colgar —amenazo.

—¡Quiero un parte exhaustivo de toda la noche!

—Adiós, Nora —me despido.

Resoplo por culpa de la metomentodo de mi mejor amiga y, aunque pongo todo mi empeño en estar enfadada con ella, no puedo evitar soltar una risita por sus disparatadas ocurrencias. Todavía no entiendo cómo consigue que siempre la siga en sus locuras. Supongo que en el fondo soy demasiado fácil.

En cuanto llegamos a mi destino, pago la carrera al taxista y camino hacia el restaurante que está situado en la terraza del hotel Vincci Larios. Observo su imponente fachada y siento un gran rechazo al saber que este lugar ha sido escogido por mi cita para impresionarme. «Este no sabe que con una buena pizza ya me habría hecho feliz».

Tal y como Nora me prometió el día que accedí a esta locura, no tuve que preocuparme por nada, salvo aparecer el día acordado en el lugar indicado. Ella seleccionó meticulosamente a mi acompañante y se encargó de los preliminares digitales. Al principio me pareció un alivio, pero, conforme se acercaba la fecha, los nervios me traicionaban al recordar que iba a cenar con un extraño. Así que decidí pedirle su contacto, pero mi amiga se negó a dármelo. Según ella, no quería que lo estropeará todo antes de que empezara.

Una vez en el interior, no puedo evitar admirar la decoración moderna y acogedora. El comedor está rodeado de amplios ventanales que ofrecen unas preciosas vistas a la ciudad. El suelo en blanco y negro contrasta con la calidez de los listones de madera que forran las paredes. Es demasiado elegante para mí. Soy una chica de lo más normal y estos sitios me hacen sentir fuera de lugar.

—Bienvenida al Taller de Larios Diez. ¿Tiene usted una reserva?
—pregunta el metre.

—Buenas noches. Sí, tengo una reserva a nombre de Daniel Aguilar —digo utilizando el nombre que me ha dado mi amiga—. Es posible que mi cita ya haya llegado.

—Lamento decirle que su acompañante todavía no ha llegado, señorita, pero puede esperarlo en su mesa.

Mal, empezamos muy mal.

—Tome asiento, por favor —me pide al retirar mi silla.

—Gracias.

—¿Quiere algo de beber?

—Sí, tráigame una copa de vino blanco, por favor.

La necesitaré para calmar mis nervios.

En cuanto el camarero deja mi copa en la mesa, le doy un trago demasiado largo. «Vega, contrólate o cuando llegue tu cita estarás como una cuba».

Observo las mesas de los otros comensales y, para entretenerme, juego a adivinar sus vidas. Es algo que me encanta hacer. Analizar a las personas por sus gestos o sus caras e imaginar a qué se dedican o qué vida han tenido.

Una vez que he escaneado a la mitad de personas que están en el local, miro la hora en mi teléfono. ¡¿Ha pasado media hora?! Suelto una maldición y, a pesar de que intento disimular, la mujer mayor que está a mi derecha me mira con compasión al darse cuenta de que me han dejado plantada.

Marco el teléfono de mi mejor amiga y, nada más contestar, no me da tiempo a soltarle mis quejas.

—¿Tan aburrida es tu cita? A estas alturas tendrías que estar comiéndole la boca.

—No lo sé, no ha llegado todavía —suelto mordaz.

—Uy... —murmura al intuir mi mal humor.

No es que sea la persona más puntual del mundo, pero hay momentos en los que no se puede llegar tarde.

—Sí, uy. No tendría que haberte hecho caso. Esto es un error.

—Ni se te ocurra marcharte, Vega. Por una vez en tu vida haz una locura y déjate llevar. ¡Sácate el palo del culo, joder!

De pronto, la cháchara de Nora pasa a un segundo plano al ver a un chulito de gimnasio que camina como si el mundo fuera suyo. Es claramente más joven que yo y, aunque no es mi tipo, aprovecho para hacerle un buen repaso. ¡Joder, cómo está el tío! «Si me pillara en otra época, quizá...», pienso partiéndome de risa.

Es rubio, con los laterales rapados y el pelo algo alborotado. Ojos azules retadores, cara de canalla y cuerpo trabajado en el gimnasio. Lleva unos vaqueros que se ciñen a sus fuertes muslos y una camisa blanca remangada, la cual muestra los tatuajes de su cuello y manos. Definitivamente, no es mi tipo.

El chico le guiña un ojo a la camarera y, cuando esta señala hacia mi dirección, le sonrío y camina hacia mi mesa con andares felinos.

—¡Hola! Vega, ¿verdad? Soy Daniel. Perdona por llegar tan tarde, se me ha complicado la noche y no he podido venir antes.

—¿Ya ha llegado tu cita? —pregunta mi amiga de repente. Por un momento, la aparición del musculitos había hecho que olvidara mi conversación con ella.

—¿A quién coño me has mandado, Nora? —mascullo entre dientes—. Después te llamo.

Cuelgo antes de escuchar las quejas de mi amiga y miro a mi cita con atención. El tal Daniel se ha sentado en la silla que hay delante de mí y me observa con una sonrisita de suficiencia. ¡Detesto a los tíos que se creen guapos y asumen que su mera presencia va a carbonizarte la ropa interior!

—Creo que esto es un error —murmuro.

—¿Por qué dices eso? Eres Vega Carmona, ¿no?

—Sí, pero... ¿Cuántos años tienes?

—Creo que mi edad salía en la ficha de la *app* —dice confuso.

—Por favor, dime cuántos años tienes.

—Veintiocho.

—¡Joder! ¡Yo la mato! —mascullo enfadada—. Mira... Daniel. Tal y como te he dicho, esto es un error.

Él me mira sorprendido al no entender mi rechazo y yo me pongo en pie antes de que comience a soltar por mi boca todos y cada uno de los motivos por los cuales esto es una maldita locura.

—No entiendo por qué te empeñas en decir que es un error. ¿Por qué no te sientas y cenamos tranquilos? Todavía no me he comido a nadie —bromea y me guiña un ojo con picardía.

Parpadeo confusa y, por un momento, me planteo quedarme y dejar que este adonis me coma enterita. Retozar entre sus músculos y retorcerme en las sábanas... Sin embargo, en cuanto veo su chulería, esa que seguro le funciona con el resto de mujeres, mi libido cae en picado.

—Lo siento, de verdad. Pero no eres mi tipo.

Me doy la vuelta y salgo del restaurante sin mirar atrás. Marco el teléfono de la traidora de mi amiga y, antes de que me salude o me haga algún comentario mordaz, ataco.

—¿Qué edad pusiste en mi ficha de la *app*?

—¿Qué dices, Vega? —pregunta haciéndose la tonta o tratándose como una.

—Nora Jurado, desembucha ahora mismo o me planto en tu casa para contarle a tu maridito quién rayó su deportivo.

—Eres una puta chantajista —se queja.

—¡Nora!

—Bueno... puede que se me deslizara el dedo y pusiera veintisiete.

—¡La madre que te parió!

—¿No te gusta tu cita? El tío está cañón y, si no estuviera completamente enamorada de mi Juanito, me lo tiraba en plan guarro.

—¡Es un crío!

—¡No digas tonterías! Es mayor de edad, así que es legal tirártelo. ¡Vamos, cari! Desde que conociste a tu ex te has convertido en una amargada. ¿Dónde está la Vega que se arriesgaba y no dudaba en aceptar un reto?

—Esa Vega ya no existe —murmuro justo antes de colgar.

Paro un taxi y le doy la dirección de mi apartamento. El camino de vuelta a casa no es tan excitante como el de ida y no puedo evitar recordar la Vega de la que mi amiga hablaba. ¿Dónde ha quedado esa mujer que quería comerse el mundo a bocados?

En cuanto llego a mi portal y me doy cuenta de que todavía no es demasiado tarde, toco el timbre de mi vecina, la cual abre la puerta y me mira sorprendida.

—¿Ya estás aquí?

—La noche no ha salido como yo esperaba —confieso con un suspiro—. ¿Están despiertos?

—Sí, justo íbamos a ver una peli de dibujos.

—¡Mami! —grita mi pequeño diablillo tirándose a mis brazos.

—Hola, peque. ¿Te has portado bien?

—Claro, yo soy un angelito.

Pongo los ojos en blanco al escucharlo y pienso que esta misma mañana, mientras jugaba a ser un angelito, rompió el cristal de una puerta.

—Venga, ve a avisar a tus hermanos. Podemos ver la peli en casa.

—¿Todo bien? —pregunta Agustina, preocupada.

—Podría estar mejor.

—Eres joven, cielo, no pierdas la esperanza. Estoy segura de que pronto encontrarás a alguien especial.

Asiento con la cabeza en lugar de decirle que perdí la esperanza hace mucho tiempo y me marchó con mis niños a casa. Me

desmaquillo con un gesto de fastidio y me enfundo en el pijama más viejo y horterado de mi cajón para ver *Toy Story* con mis hijos.

«Esta es tu realidad, Vega. Por un momento jugaste a ser otra, pero este es tu sitio», concluyo mientras observo a los niños pelearse por el mando de la tele.

CAPÍTULO 4



¿Qué coño ha pasado? ¿Me ha dejado plantado? Parpadeo, aturdido, y me recoloco en la silla sin terminar de creérmelo. No estoy acostumbrado a que las tías salgan huyendo; más bien ocurre lo contrario. Mi sonrisa canalla y mi aspecto de tío duro hacen que se acerquen a mí con ganas de un buen revolcón. ¿Entonces por qué la morena ha salido huyendo como si fuera el mismísimo Belcebú? «Es posible que llegar media hora tarde no haya ayudado».

Le hago una seña al camarero y pido una cerveza. El alcohol siempre ayuda a digerir los desplantes. ¿En qué momento pensé que esto sería una buena idea?

El día que mis amigos me retaron, jamás pensé que la noche terminaría así. No quiero parecer pretencioso, pero creí que esta apuesta era pan comido. Resoplo, cabreado, al imaginar sus burlas cuando descubran que mi cita ha salido por patas nada más verme. Saco el teléfono del bolsillo de mi pantalón y marco el número de la única persona que me ayudará sin reírse en mi cara... o al menos no demasiado.

—¿Diga?

—Tío, ¿te apetece venir al Taller de Larios Diez? Yo invito.

—Madre mía, ¿qué haces tú en un restaurante tan lujoso como ese? ¿Celebramos algo? Te advierto que no eres mi tipo.

—Eres muy gracioso. No sé, me apetecía cambiar de ambiente —
miento.

La verdad de todo esto es que mi cita, esa que me ha dejado plantado, escogió el lugar. ¿O fueron los cabrones de mis amigos para que me saliera cara la noche?

—¿Tú no tenías una cita hoy?

—Bueno... sí... Digamos que ha tenido que marcharse.

—¿Le ha salido una emergencia? —pregunta confundido.

—Si huir de mí en cuanto me ha visto se puede considerar una emergencia, entonces sí.

Se hace el silencio. Justo cuando voy a mirar si se ha cortado la señal, estalla la carcajada de mi traidor favorito al otro lado del teléfono.

—Que te den por culo —mascullo enfadado y algo dolido.

—Joder, tío, perdona —se disculpa sin dejar de reír—. Es que nunca creí que llegaría el día en el que una mujer escaparía de ti.

—¿Te diviertes?

—No sabes cuánto —suelta el mamonazo partiéndose de risa.

Sus burlas hacen que mi orgullo se sienta dolido y, justo cuando voy a colgarle, mi amigo se calma y decide volver a ser la persona coherente que creía que era.

—Perdona, tío. Entiéndeme, normalmente el que suele irse sin la chica soy yo.

—No seas exagerado. Lo que ocurre es que pasas tanto tiempo frente al ordenador, que si tienes a una chica delante, no sabes cómo actuar con ella.

—Lo que tú digas.

—Bueno, ¿entonces te vienes a cenar o no?

—¿Y si tengo planes?

—No me jodas, Rafa. Tu único plan era pasarte la noche pegado a la pantalla con el jueguecito ese de los cubos.

—Eres un gilipollas —suelta con una risita, sabiendo que tengo razón—. Y el juego se llama Minecraft, listillo.

—Lo que tú digas. No tardes —digo antes de colgar.

A pesar de que es posible que le acabe de joder la partida en ese juego de los cojones y de que me hará pagar caro esta interrupción, sé que mi mejor amigo vendrá para darme apoyo moral.

Veinte minutos después, Rafita aparece con cara de pocos amigos y se desploma.

—Más vale que no seas un rata y me invites a cenar —gruñe.

—Claro que sí, bombón. Y si quieres, podemos ir a tomar una copa y dejaré que me metas mano.

—Eres un capullo —suelta sin poder contener la risa.

—Lo sé, pero en el fondo me quieres.

—Entonces... —Se recuesta en la silla y me mira entrecerrando los ojos con interés—. ¿Qué has hecho para que tu cita salga despavorida al verte?

—Te juro que no lo sé. Llegué dedicándole una de mis mejores sonrisas.

—A ella y a todas las camareras, como si lo viera —mascula poniendo los ojos en blanco.

—Cuando entré en el restaurante, me fijé en cómo me miraba y te prometo que no vi rechazo en sus ojos. Sin embargo, en cuanto me presenté y tomé asiento, se puso en pie, me preguntó mi edad y salió huyendo nada más decírsela.

—¿Por la edad? —pregunta rascándose el mentón—. ¿Cuántos años tenía ella?

—Ni idea, no me dio tiempo a preguntarle. Solo sé que estaba buenísima —digo al recordar sus curvas—. ¡Joder! No me puedo creer que haya perdido la apuesta.

—Envíale un mensaje e intenta hacerla cambiar de opinión. He sido testigo de la labia que tienes con las mujeres, estoy seguro de

que podrás convencerla para tener otra cita.

—¡Tienes razón! Voy a llamar a esos dos idiotas que tenemos por amigos y a pedirles las claves de la *app*. Hasta ahora ellos son los que han hablado con ella, pero a partir de ahora eso va a cambiar.

Una vez que viene el camarero y nos toma nota de lo que vamos a cenar, llamo a Miguel para pedirle los datos de acceso. Al principio, el muy capullo se burla de mí pensando que mi cita se me ha escapado —lo cual es cierto—, sin embargo, me invento sobre la marcha una historia que está muy lejos de la realidad. Después de convencerlo de que la cita fue tan perfecta que olvidé pedirle el teléfono, Miguelito me pasa la contraseña por un mensaje.

—Ni hablar —dice mi mejor amigo cuando voy a descargar la *app* en mi teléfono—. Primero vamos a cenar.

Suelto una maldición y, aunque me siento ansioso por enviarle ese mensaje a Vega, decido tener paciencia. Después de fastidiarle sus planes de viernes noche, mi amigo se merece que le preste toda mi atención.

Empezamos a cenar poniéndonos al día de nuestras cosas y, mientras escucho la última movida que ha tenido en el trabajo, pienso en la suerte que tengo de tenerlo en mi vida. Rafa y yo nos conocemos desde que éramos unos mocosos. Antes de que se mudaran, nuestros padres eran vecinos puerta con puerta y desde muy pequeños nos hicimos inseparables. Nos recorrimos nuestro barrio de arriba abajo buscando aventuras y juntos nos convertimos en lo que somos hoy en día. Hemos pasado por tantas cosas que sé que puedo confiar en él y que, pase lo que pase, estará a mi lado para apoyarme.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado al darse cuenta de que lo miro fijamente.

—Sí, claro. Solo quería decirte que te quiero, tío.

—Bueno... pues sí que te ha dejado tocado esta tía —se burla poniendo los ojos en blanco.

—Lo digo en serio. Gracias por estar a mi lado a pesar de mis locuras.

—No tienes que dármelas. No somos hermanos de sangre, pero sí de alma.

—¿Quién es el cursi ahora? —me mofo para salir de este momento tan emotivo—. ¿Has terminado ya o quieres que antes de enviar ese mensaje hagamos manitas?

—Te veo un poco ansioso.

Ignoro su comentario y me descargo la *app*. Aunque solo tarda unos segundos, la espera se me hace eterna y no puedo evitar dar golpecitos con el pie bajo la atenta mirada de Rafita.

Una vez que sale el icono de la aplicación, entro en ella y escribo la contraseña que me ha enviado mi amigo, la cual me ha hecho soltar una risita. Usuario: @dani_fuegote / Contraseña: elpitoderafitaespequeño.

—¡Serán capullos! —se queja mi mejor amigo al darse cuenta de la clave de acceso—. Ahora resulta que tienen tres años.

Sonríó al verlo tan picado y espero a que cargue la aplicación. En cuanto veo mi foto —en la que, admitámoslo, enseño más piel de la cuenta—, entro en la bandeja de entrada en busca de la conversación que mis amigos tuvieron con Vega. Cuando localizo su perfil, no puedo evitar ampliar la imagen. No parece ella. En la fotografía no queda nada de esa mujer arisca que conocí esta noche. En su lugar veo a una Vega divertida, quizá algo achispada, riéndose de forma espontánea. Lo único que reconozco son sus preciosos ojos, unos que me dejaron hipnotizados al verlos en persona. Vuelvo a centrarme en mi misión y tecleo un mensaje en el chat. Uno que sea lo bastante convincente para que acceda a volver a quedar conmigo.

—Ahora solo puedes rezar —dice mi mejor amigo, dando un golpe a mi espalda para darme ánimo.

—Bueno, tampoco hay que ponerse así. Solo lo hago por la apuesta.

—Ya, claro. ¿No será que esta chica ha conseguido herir tanto tu orgullo que necesitas volver a quedar para demostrarte a ti mismo que no has perdido tu tacto con las mujeres?

—¡Ja! ¡Por supuesto que no lo he perdido!

Mi amigo me mira sonriendo de medio lado y, si no fuera porque lo quiero demasiado, le partiría la cara para que comprendiera que a mí ninguna mujer me puede manipular por muy buena que esté. Pero, por más que intento convencerme, con cada minuto que pasa me doy cuenta de una cosa: Jamás me había topado con una mujer como ella y no tengo claro si eso es una bendición o una maldición. ¿Es un error volver a intentarlo? Quizás, sin embargo, no voy a parar hasta que se siente a cenar conmigo.

CAPÍTULO 5



Sus labios recorren mi cuello con lentitud, saboreando cada centímetro de piel. Al alcanzar el lóbulo de mi oreja, se detiene para morderlo con suavidad, provocándome un escalofrío de pura expectación. Mantengo mis ojos cerrados y los aprieto con fuerza al sentir que su roce se hace más intenso. Mi cuerpo hormiguea ansioso y no puedo evitar removerme nerviosa para buscar alivio. Su risa al darse cuenta de mi impaciencia me estremece y me arranca un gemido desesperado.

—¿Ansiosa? —pregunta esa voz que me ha atormentado toda la semana.

No le contesto, no hace falta. La reacción de mi cuerpo habla por sí sola y no necesita que le diga con palabras lo alterada que estoy. De repente siento su lengua jugar con mis labios y, sin darme cuenta, entreabro mi boca, dándole el permiso que necesita para que me bese.

Justo cuando nuestros labios van a fundirse, algo impacta contra mi pecho. Me quedo sin aire y abro los ojos de golpe, sobresaltada.

—¡Qué coñ...!

—Mami, no se dicen palabrotas —me acusa mi hijo pequeño.

—¿Qué haces aquí, Jairo?

—Me he despertado —responde con esa lógica aplastante de los cinco años.

—Eso ya lo veo... —mascullo abanicándome con la mano, para bajar la temperatura de mi cuerpo por culpa de ese sueño erótico.

—¿Estás enferma, mami? —pregunta llevando su pequeña manita encima de mi frente.

—No, cariño. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque estás roja y no paras de sudar —señala.

¡Mierda! No entiendo cómo es posible que, después de una semana, esa cita fallida me siga atormentando. ¡Desde esa noche no he dejado de tener sueños eróticos con Daniel y eso que solo estuvimos juntos unos minutos!

—¿Jairo?! ¡Te dije que no podías despertar a mamá! —lo regaña Alba.

—Es que yo quería estar con ella —se defiende haciendo un puchero digno de un Oscar al mejor actor melodramático.

—Lo sé, peque, pero hoy es domingo y mamá tiene que descansar.

Observo a mi hija con atención y no puedo evitar sentirme culpable por el rol de cuidadora que está adquiriendo con tan solo ocho años. ¡Por Dios, si solo es una niña! Tendría que jugar con sus muñecas y no hacerse cargo de su hermano pequeño. Definitivamente soy una mala madre.

—Tranquila, cielo. Ya estaba despierta —miento—. Venga, vamos a preparar el desayuno.

—¿Podemos hacer tortitas? —pregunta mi Manu, entrando en la habitación.

Lo miro con una sonrisa y pienso en lo tranquilo que es. De todos mis hijos, él es el más silencioso. Llegó al mundo junto a Alba, su melliza; y si ambos fueron bebés de catálogo, lo de Manu era de otro planeta: siempre encontraba la forma de ponerlo todo fácil.

—Por supuesto.

—¡Yupiiiiiii! —exclama mi pequeño diablillo sin parar de saltar sobre mi cama.

—Esperadme en el comedor con los dibujos y en cinco minutos estaré allí.

Cuando mis hijos salen del dormitorio y cierran la puerta, me tapo los ojos con las manos y suspiro con resignación. Por más que lo intento, no puedo dejar de recordar el roce de esa lengua juguetona que me ha puesto tan caliente.

¡Esto se tiene que terminar! No puedo seguir así... Bajo de la cama de un salto y entro en el lavabo. La imagen que encuentro en el espejo hace que entienda la preocupación de mi hijo. Estoy despeinada, roja y sudorosa. Si no supiera que el causante de mi aspecto es el niño que ha conseguido colarse en mi cabeza, pensaría que estoy enferma.

Después de darme una ducha en un tiempo récord para evitar que mis hijos quemen el edificio, me dirijo hasta el comedor. Preparo con ellos el desayuno y, mientras comen sus tortitas sentados en la mesa del comedor, suena el timbre de mi piso. Descuelgo el telefonillo y, al escuchar la voz de mi mejor amiga, sé a ciencia cierta a qué ha venido. Cuando descubrí que había mentido en mi edad, me enfadé. Quería que comprendiera lo que me molestó y por eso llevo una semana dándole largas. Supongo que su paciencia ha llegado al límite.

—Espero que tengas un buen motivo para no haber contestado a mis llamadas.

—Tú sabrás...

—¡Vamos, Vega! ¡No seas así! Solo dije una pequeña mentira.

—¿Pequeña? —Me cruzo de brazos.

—Vale, sí, falsifiqué tu edad. ¿Me perdonas? ¡Claro que me perdonas! Venga, no seas rencorosa y suelta por esa boquita todos los detalles escabrosos de tu cita.

—¿Te quieres callar? Mis hijos están aquí —la regaño.

—Tus hijos están abducidos por los dibujos —se defiende.

La miro con los ojos entrecerrados a modo de advertencia y le hago un gesto para que hablemos en la cocina. Antes de seguirme, llena de besos a sus sobrinos postizos y no puedo evitar pensar en lo afortunada que soy. No tengo hermanas de sangre, pero ella es lo más parecido a una.

—Tienes claro que Jairo va a ser un rompecorazones de manual, ¿no? —suelta nada más sentarse.

Desde la mesa de la cocina tengo una estupenda vista del comedor, por lo que miro con atención a mi hijo pequeño y asiento con la cabeza.

—Por suerte, todavía me quedan unos cuantos años de tranquilidad —suspiro.

—Bueno, déjate de rollos y cuéntame cómo fue tu cita.

—¡Me enviaste a un niñato!

—¿Y qué? Ni las cremas de lujo tienen tanto colágeno como ese yogurín. ¡No te imaginas el cutis tan firme que te quedará cuando te lo tires!

—Para ya —la regaño para que baje la voz—. Quiero ver mi perfil en la *app*.

—Esto...

—Nora Jurado, quiero ver mi maldito perfil.

—Tienes un carácter de mierda, amiga —se queja mientras trastea con su teléfono y después me lo ofrece.

Veó mi foto a la izquierda, una en la que, por cierto, no me define en absoluto. Esa instantánea la tomó mi ahora ex mejor amiga en una cena de Navidad en la que pillé una cogorza monumental. El que fue mi marido me había abandonado hacía un par de meses y ese día salimos a quemar la noche malagueña hasta que solo quedaron cenizas. Recuerdo haberme subido a la barra del bar para bailar la canción de moda del momento y la gran resaca que tuve días después.

—¿De todas las fotos que tengo has tenido que escoger precisamente esta? —la acuso.

—Esta es la verdadera Vega, aunque lo hayas olvidado. Desinhibida y sonriendo sin que nada más le importe.

Suelto un bufido y continúo con la revisión exhaustiva para comprobar qué fue lo que le gustó tanto a Daniel como para aceptar tener una cita conmigo.

- **Nombre:** Vega Carmona.
- **Edad:** 27 años.
- **Signo:** Tauro.
- **Descripción:** Me gusta pasármelo bien, hacer locuras y disfrutar de la vida al máximo. Busco una cita divertida y estimulante. Un hombre que no busque ataduras y a quien no le asusten los retos. Advertencia: No soy fácil de impresionar ni de satisfacer.
- **Intereses:** La noche malagueña, la buena gastronomía y las emociones fuertes.
- **Lo que busco:** Alguien con sentido del humor con quien pasar un buen rato.

—¡La madre que te parió! ¿Cómo se te ocurre quitarme tantos años? Además, la persona que has descrito en este perfil no soy yo —lloriqueo.

—¿Tú te has visto? No soy lesbiana, pero estás buenísima, nena. Estoy segura de que ese yogurín se puso duro al verte. Además, ¡qué más da que haya mentido con tu edad! Que yo sepa, no buscabas un príncipe azul, ¿no? Solo aceptaste esta cita para echarme una mano, así que yo quise ayudarte a ti y te aseguré un buen polvo. Polvo que, por cierto, has perdido por ser una amargada.

Podría poner el grito en el cielo, podría enfadarme con ella por haber mentido en mi ficha, sin embargo, bufo exasperada y le doy

un largo trago a mi café. La muy asquerosa tiene razón. Fui al restaurante por ella, pero me escuece pensar que Daniel aceptó la cita por una versión de mí que no existe. Es una herida en el orgullo que jamás admitiré en voz alta. A pesar de que fui yo quien lo dejó plantado esa noche, me duele ser consciente de que nunca seré capaz de seducir a un chico como él. Supongo que, por culpa de mi ex, no volví a recuperar esa autoestima que tenía antes de conocerlo. «¡Qué dices, Vega! ¿Te has vuelto loca? Despierta, tú no quieres tener nada con un crío como ese».

—Me encanta esta película —dice mi amiga, interrumpiendo mis pensamientos autodestructivos.

—¿Cómo? —pregunto sin comprender lo que dice.

—*El Rey León* —explica señalando los dibujos que miran mis hijos.

—Sí, a Alba también le encanta.

—No me extraña —indica para captar mi atención—. Te voy a decir una cosa, si yo fuera leona, me tiraba a Mufasa.

—¡No digas tonterías!

—¿Qué? Tiene ese rollo de tío duro con el corazón blandito. Ya sabes, el jefe de la manada y esas cosas. —Alza las cejas.

—Te juro que a veces pienso en cómo es posible que tengas el título de psicóloga.

—Que sí, pesada. Pero me lo follaba.

Observo a mi amiga un instante y, al comprobar que lo dice totalmente en serio, suelto una carcajada que me obliga a doblarme por la mitad. Nora está como una regadera, aunque tengo que reconocer que gracias a ella mi vida es mucho más divertida. Ese es uno de sus superpoderes: es capaz de sacarme una sonrisa en mis peores momentos.

—Seguro que, en el fondo, a ti también te parece atractivo —aporta la muy loca—. Lo que ocurre es que te da vergüenza admitir eso de un dibujo.

—Paso de ti —mascullo cuando consigo dejar de reír—. Bloquea mi perfil de la aplicación ahora mismo.

—¿Por qué? ¿Y si ese bombón quiere volver a verte?

—Por eso mismo. No pienso volver a quedar con él.

—Eres una cabezona. Espero que alguna vez consigas sacarte el palo que tienes metido en el culo.

Mi amiga se levanta, me mira igual que lo haría una madre después de regañar a su hijo y se despide de los niños. Nerviosa, observo que se agacha junto a Alba y le dice algo en su oído que consigue ponerla colorada. ¡Yo la mato!

CAPÍTULO 6



El estruendo metálico de los discos al chocar retumba en la sala, fundiéndose con los jadeos que delatan el esfuerzo de cada rutina. Me concentro en el peso de la barra, forzando a mis músculos a obedecer. Mis brazos arden y, aunque el sudor resbala por mi frente y espalda, continúo esforzándome al máximo. Cada repetición es un suplicio mayor que la anterior, pero no me detengo; es la única forma que conozco de silenciar mi mente.

Desde que tuve mi cita fallida con Vega, no he podido dejar de pensar en ella. Supongo que su rechazo hizo que mi orgullo se viera herido y por eso no he dejado de obsesionarme por esa mujer. ¡Maldita sea! Tengo que ganar esa apuesta, o los mamones de mis amigos se descojonarán a mi costa y ya tuve suficiente con las burlas de Rafita. Si los demás se enteraran de la verdad, perdería mi reputación y eso no lo puedo permitir. Por suerte, mi mejor amigo es el único que lo sabe y juró que se llevaría a la tumba mi oscuro secreto.

Dejo caer la pesa con un gruñido e inspiro por la nariz, tratando de controlar mi respiración. Me seco el sudor con la toalla y, al notar que esa arpía ha vuelto a dinamitar mi concentración, decido dejarlo por hoy.

Entro en el vestuario y no puedo resistirme a volver a caer en el mismo error de estas últimas semanas: abrir la maldita aplicación para ver si Vega ha dado señales de vida. ¿Tan mala impresión se llevó de mí para no responderme? Decidido a terminar con esto de una vez por todas, vuelvo a enviarle un nuevo mensaje, esperando

que esta vez se digne a contestar. ¿Se puede caer más bajo? Le doy a la tecla de enviar y, al hacerlo, me doy cuenta de que no le llega.

—¿Me ha bloqueado? —pregunto cabreado—. ¿Qué coño se cree esta tía?

Sí, estoy muy enfadado. Nunca he tenido que insistir tanto para salir con una mujer y me toca los huevos tener que hacerlo ahora por culpa de una maldita apuesta.

—¡Joder! —Tiro el teléfono dentro de mi mochila.

Me paso los dedos por el pelo y cierro los ojos, exasperado. ¡Que le den! No pienso arrastrarme más por alguien que me ignora a propósito. Si no quiere saber nada de mí, ella se lo pierde.

En el instante en el que voy a desnudarme para entrar en la ducha, mi teléfono decide empezar a sonar y, cuando miro la pantalla, descubro que se trata de la única mujer por la que me arrastraría hasta el Polo Norte si fuera necesario.

—Hola, mami chula.

—Hola, cariño. ¿Dónde estás?

—He venido al gimnasio un rato. ¿Necesitas algo?

—No, tranquilo. Solo es que me he enterado de una cosa...

Mi madre tiene mucho tiempo libre y a veces se siente sola, así que, cuando me llama para contarme algún chisme del barrio, la escucho con atención, aunque la mayoría de las veces no sepa de quién me habla.

—¿Te acuerdas de Angelita? —pregunta.

—Eh...

—Sí, hombre. La cuñada de la Paqui, la charcutera —continúa ante mi silencio—. Seguro que sabes quién es porque cuando eras pequeño jugabas con su hija Andrea. Me acuerdo de una vez que...

—Al grano... —le pido para que deje de dar rodeos.

—Ay, perdona, hijo, que me voy por las ramas. Pues resulta que Andrea se echó un novio madrileño y se fueron a vivir juntos. Y

después de un montón de años, el angelito descubrió que le ponía los cuernos.

—Ya, es una lástima... —finjo estar apenado por alguien que no recuerdo.

—La pobre está muy afligida. Ya le he dicho a Angelita que no se preocupe, porque seguro que tú te ofrecías a sacarla una noche de estas.

—¿Yo?! —salto.

—¡Claro, hijo! Erais inseparables...

—Éramos. En pasado —señalo pese a seguir sin recordar nuestra amistad.

—¡No seas maleducado! ¿No querrás que Andrea siga sufriendo por ese pelagatos?

—No es que disfrute con el sufrimiento de la gente, pero yo no tengo relación con esa chica.

—Hijo, me consta que te gustan las mujeres.

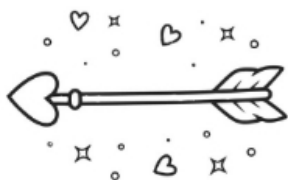
—Mamá...

—En el barrio se habla de lo hábil que eres con ellas, así que no creo que te cueste mucho sacarle una sonrisa a esa chica.

—Joder... —mascullo incapaz de decirle que no—. Está bien... Eso sí, no esperes nada excepto una copa entre dos viejos amigos.

—¡Gracias, hijo! Estoy segura de que os llevaréis muy bien, como en los viejos tiempos.

—Tengo que dejarte, he quedado para comer con los chicos. Hablamos más tarde —me despido sabiendo que, aunque trate de hacerle entender que no voy a tener una relación con esa chica, no conseguiré que cambie de opinión.



Media hora después aparco la moto delante del bar de mi colega Miguel, alias «el Chapas». Se ganó el mote de crío porque no se calla ni debajo del agua; le va como anillo al dedo. Por su culpa nos hemos metido en más de un follón que ha terminado a golpes. Pero, aunque en ocasiones me saca de quicio, en el fondo es un buen tío y nunca duda en echarle una mano a un amigo. Como, por ejemplo, dándome trabajo en su bar. Miguel sabe que mi economía no pasa por su mejor momento y, a pesar de que con los empleados que tiene le basta, a veces me llama para que le eche una mano y pueda obtener un dinero extra.

Entro en el local y todos mis amigos están sentados en nuestra mesa de siempre, con una cerveza en la mano.

—Nano, ponme una caña —le pido a uno de los camareros.

—Claro, Dani. Ahora mismo te la llevo.

Me acerco con pasos seguros a la mesa y los muy cabrones, en cuanto se dan cuenta de mi presencia, empiezan a vitorearme.

—¡Hombre! Ya llegó nuestro Dandi. ¿Dónde coño te habías metido?

Ese es José, alias «el Mechas». ¿Que por qué lo llamamos así? Muy simple, porque es de mecha corta, MUY corta. Cuando Miguel suelta una de las suyas, José es el que salta el primero en empezar a repartir y, por supuesto, Rafa y yo nos vemos obligados a meternos para salvar el pellejo a esos dos. Nos conocemos desde que éramos unos mocosos de cuatro años y, desde entonces, siempre hemos estado unidos.

—Por ahí... —indico para hacerme el misterioso.

—Seguro que ha estado muy ocupado enredado en las piernas de alguna rubia... —se burla Miguel, con la puntillita.

Prefiero que piensen que me he hartado de follar a que sepan que he perdido la dichosa apuesta y, de paso, mi cordura.

—Hablando de mujeres —dice José—, ¿cómo te fue con tu cita? ¡Nos tienes en ascuas!

—¡Eso, eso! Encima de que le buscamos una cita con un *pibonazo* de mujer, el muy desagradecido pasa de nosotros. Porque estaba buena, ¿verdad?

Observo a cada uno de mis amigos y, cuando llego a la altura de Rafa, me hace un gesto para animarme a que diga la verdad. ¡Y un huevo!

—La duda ofende, chicos. La tengo en el bote —presumo para que no descubran mi engaño.

Miguel y José intercambian una mirada escéptica. Rafa, que sabe de qué pie cojea, se atraganta con la cerveza y estalla en un ataque de tos.

—Tío, ¿estás bien? —pregunta Miguel, dándole palmadas en la espalda.

—Sí, claro —contesta sin dejar de toser.

Miro de reojo a mi mejor amigo, lanzándole una advertencia silenciosa, y este pone los ojos en blanco.

—Entonces, ¿ya ha habido temita entre vosotros?

—No pienso contestar a eso, soy un caballero —me regodeo, sonriendo como un canalla.

—¿Desde cuándo?

—Estoy haciéndome el duro para que se muera de ganas por volver a quedar conmigo. Además, las reglas de la apuesta decían que tenía que conquistarla, no llevármela a la cama —explico ignorando el comentario de mi amigo José—. Quiero ir despacio.

—¿Tú? ¿Despacio? —vuelve a atacar.

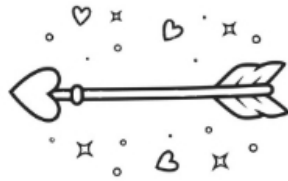
—A ver si al final no serás capaz de domar a semejante yegua... —se carcajea Miguel.

—Chicos, no tenéis de qué preocuparos. Soy un experto jinete y conseguiré montarla sin un solo rasguño.

El maldito Rafa vuelve a toser, pero esta vez lo hace para captar mi atención. Lo miro para regañarle y él niega con la cabeza

decepcionado.

¿Qué coño le pasa? ¿Por qué me mira así? Esta tía es solo una apuesta. Cuando consiga conquistarla y demostrar mi merecido título de Dandi, pasaré a la siguiente conquista sin despeinarme.



—Tío, ¿estás seguro de lo que estás haciendo? —pregunta Rafa en la calle, un par de horas después.

—No te entiendo —me hago el loco.

—Deberías contarles la verdad. Son tus amigos y, cuando se enteren, no les va a hacer ni puta gracia.

—¡Eres un exagerado! Antes de que eso pase, habré conquistado a la morena.

—Eso, si vuelves a quedar con ella —dice poniendo los ojos en blanco.

—Lo conseguiré —afirmo, aparentando más seguridad de la que siento.

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Haciendo algún conjuro? —se burla.

—Si es necesario...

—Dani, sé que siempre parece que tienes una flor en el culo, pero tienes que aceptar que esta vez has perdido. Es imposible que la encuentres.

—Lo que tú digas —lo ignoro mientras me pongo el casco—. Te llamo mañana.

Arranco la moto y me incorporo a la carretera, dándole vueltas a lo que me acaba de decir mi mejor amigo. «Tengo que encontrarla, punto». No sé si la necesidad de volverla a ver es por la jodida apuesta o porque quedé impactado con esa mujer. Sea como sea, tengo que averiguarlo.

CAPÍTULO 7



Estoy agotada. Esta semana en el súper ha sido un infierno. Parece que todos los idiotas del barrio se han puesto de acuerdo para venir en mi turno. Lo de hoy de la señora Carmen, rompiendo su hucha para pagar con monedas de diez céntimos, ha sido la gota que ha colmado el vaso. La mujer no paraba de hablarme mientras yo contaba las monedas y mi caja se iba llenando de gente. ¡Tres veces he tenido que empezar de nuevo!

—Venga, Veguita, cambia esa cara de acelga que por fin es viernes.

—No sé qué es peor —contesto sabiendo lo que me espera en casa.

—¿Tienes planes para este fin de semana?

—Sí, claro. Poner lavadoras, planchar la colada, ordenar los armarios de mis hijos... ¿Sigo? —ironizo.

—¡No, joder, que me deprimes! —exclama mi compañera María levantando las manos.

—Bienvenida a mi mundo.

—No me vengas con esas, que no eres tan vieja. Apenas nos llevamos unos años y ya pareces una chacha —me regaña cruzándose de brazos.

—Cariño, es lo que soy —le recuerdo—. A diferencia de ti, soy madre soltera y tengo una familia que sacar adelante.

—Ya, pero no te vendría mal pensar en ti de vez en cuando y salir a que te dé el aire. ¿Por qué no te vienes una noche con mi grupo de amigos a cenar? Son gente muy maja y estoy segura de que te lo pasarías genial. Y, quién sabe, lo mismo encuentras al amor de tu vida.

—Lo pensaré —indico, sabiendo que ni de coña voy a aceptar su invitación.

De joven exprimía los fines de semana al máximo; iba de fiesta en fiesta. Con la llegada de los mellizos, el guion cambió y las salidas se espaciaron hasta que, casi sin querer, la rutina se instaló en el salón. Me gusta tal y como es, pero tengo que reconocer que a veces querría mandar todo a paseo y salir a tomarme una copa. Sin embargo, mis hijos todavía son pequeños y, el día que quiero salir, tengo que pedirle a mi vecina Agustina que se quede con ellos. Sé que disfruta con mis hijos, aun así, no me gusta pedir favores.

Si Nora estuviera aquí, me soltaría uno de sus sermones para recordarme que estamos en la puta flor de la vida y, aunque la mía parezca más la de una octogenaria que la de una cuarentona, sé que tiene razón. Soy consciente de que debería salir más a divertirme, pero me niego a buscar el amor. ¡Con lo bien que estoy sola! Ya tengo suficiente con los quebraderos de cabeza de mis hijos, no necesito uno más.

—Espero que lo pienses de verdad y no sea una excusa para que te deje tranquila —masculla poniendo los ojos en blanco.

Suelto una risita al darme cuenta de que mi compañera me conoce más de lo que yo pensaba.

Aprovecho que en este momento no hay nadie y me arrodillo para recoger las bolsas que se han caído al suelo. Ha habido tanta faena que apenas hemos tenido tiempo ni de descansar. En el instante en el que meto la cabeza en el armario para ordenarlas, siento la presencia de un nuevo cliente. ¡Mierda! No me dejan ni respirar.

—Un segundo, por favor —digo al escuchar su carraspeo.

Cuando consigo mi objetivo, me pongo en pie, preparada para saludar con una gran sonrisa, sin embargo, me quedo congelada al ver de quién se trata.

—¿Tú?! ¿Qué haces aquí?

¿Qué probabilidades había de que mi cita fallida, la que no ha dejado de aparecer en mis sueños eróticos, se presentara en el supermercado en el que trabajo? Pues, al parecer, muchísimas.

Me cruzo de brazos esperando una respuesta por su parte y el muy cretino me examina de arriba abajo, con una de sus sonrisas canallas.

—Hola, preciosa. Bonito uniforme —se burla.

Aunque en cualquier otro momento ese apelativo me habría provocado náuseas, esta vez consigue que se me erice la piel.

Sin pensarlo, me toco la coleta para comprobar que sigue impecable y paso la mano por el uniforme, como si pudiera borrar las arrugas imaginarias. En cuanto soy consciente de mi estúpida reacción, maldigo en voz baja y levanto la cabeza orgullosa. «¿En serio, Vega? ¿Por qué tratas de impresionar a este tío?». Saber el efecto que tiene en mí me saca de quicio y hace que me ponga a la defensiva.

—¿Me estás acosando? —lo acuso, volviendo a reaccionar.

—¿De verdad crees que necesito acosar a las mujeres? —pregunta con pose chulesca.

—Genial, además de un crío, también eres un creído —murmuro en voz baja para que no me escuche.

—Era broma —me aclara—. He venido a comprar.

Daniel señala la cinta y, al ver varios productos encima, me siento ridícula. ¿Cómo he podido pensar, aunque fuera por un momento, que este yogurín ha venido a buscarme a mí?

—Pues qué casualidad que hayas entrado justo al supermercado en el que trabajo, ¿no? —digo con sarcasmo, para disimular mi decepción.

—Sí, una maravillosa casualidad —contesta con un guiño.

Me quedo embobada admirando sus preciosos ojos verdes y, por unos segundos, olvido dónde nos encontramos. Pero, cuando estoy a punto de sucumbir a sus encantos, el carraspeo de mi compañera consigue sacarme de su hechizo y traerme de vuelta a la realidad.

Con toda la profesionalidad que soy capaz de fingir, estiro el brazo y paso uno a uno sus productos por el escáner, poniendo todo mi empeño en parecer indiferente a sus encantos. Sin embargo, al ser consciente de su compra, se me escapa una risita y no puedo evitar burlarme de él.

—Ciruelas pasas, laxante, vaselina tamaño industrial... —enumero en voz alta para mortificarlo—. Vaya, vaya. Parece que te espera una noche intensa.

—Esto... esto no es para mí —tartamudea nervioso al darse cuenta de la situación tan embarazosa en la que está metido—. Es para mi madre. Ella...

—Tranquilo, no tienes que darme explicaciones de tu... sistema intestinal.

—Oye, que yo no estoy estreñado. Hago deporte y tengo una vida muy saludable —se defiende ofendido.

—Está bien, no te preocupes. No era mi intención ser tan... dura.

—Joder... —masculla, haciendo que suelte una risita.

Me siento poderosa. Ser testigo de ese ligero rubor producto de la vergüenza hace que me sienta vencedora de esta batalla. Su sola presencia consigue ponerme nerviosa y saber que soy capaz de alterarlo de esta forma, me encanta.

—¿Tarjeta o efectivo? —pregunto con una estúpida sonrisa.

—Tarjeta, por favor —contesta sin mirarme.

Tecleo el importe en el datáfono y se lo acerco para que pague con el *contactless*. Daniel está tan nervioso que pasa la tarjeta una y otra vez sin éxito. Cuanto más lo intenta, más se sonroja y a mí, lejos de producirme rechazo, esa torpeza me resulta enternecedora.

—Métela por aquí.

Cierro los ojos al instante, consciente de lo mal que ha sonado, y al abrirlos me topo con su sonrisa socarrona. Desliza la tarjeta en la ranura, despacio, sin apartar la vista de la mía. Me parece la acción más erótica que he visto en años. Joder, está claro que necesito echar un buen polvo. Hace tanto tiempo que no me acuesto con alguien que cualquier cosa me pone caliente.

—¿La puedo sacar ya? —pregunta con voz ronca.

—Sí, por favor —susurro pasando la lengua por mis labios reseco.

¿He dicho ya que necesito sexo?

—Encantado de volver a verte, Vega.

Daniel sonrío de medio lado y, después de coger la bolsa con su compra, se da media vuelta y camina hacia la salida, dejándome completamente atontada. Lo sigo con la mirada y no puedo evitar recrearme con su fuerte espalda. Espalda, brazos, culo... ¿Sigo? Ufff...

—¿Qué ha sido eso, churri? —pregunta María.

—No lo sé —admito.

—Yo diría que sí, nena. Si ese pedazo de hombre se hubiera quedado un poco más, te habrías corrido solo con mirarlo.

—¡No seas exagerada! —exclamo para disimular—. Si es un crío...

—Será un crío, pero... ¡No veas cómo está el chaval!

—Ahora vuelvo, tengo que hacer una llamada.

Sin darle tiempo a que mi compañera me conteste, salgo de la caja y entro en el vestuario. Abro mi taquilla y saco mi teléfono móvil.

—¡Hola, bonita mía! ¿No trabajabas de tarde esta semana? —pregunta mi mejor amiga extrañada por mi llamada.

—No te vas a creer quién ha venido al supermercado.

—¿Brad Pitt?

—¿En serio? ¿Crees que Brad Pitt vendría a un supermercado de Málaga a comprar?

—Pues no lo sé, pero sería la hostia.

—Nora, hablo en serio —la regaño para que se centre.

—Vega, tengo muchas cualidades, sin embargo, la de adivina todavía no la he desarrollado.

—Eres tonta.

—Y tú idiota. ¿Quieres decirme de una vez quién ha ido y ha conseguido alterarte tanto?

—¿Quién dice que me ha alterado? —mascullo entre dientes.

—Veguita.... —me advierte.

—Está bien —admito sabiendo que no ganaré esta batalla—. Mi cita de la aplicación.

—¿El yogurín al que dejaste tirado en uno de los mejores restaurantes de Málaga, pisoteando su autoestima e hiriendo su orgullo? —pregunta la muy melodramática.

—No sé si en realidad hice todas esas cosas, pero ese mismo.

—¡Ay, madre! ¡Esto es el destino!

—¡Qué destino ni qué narices! Lo que pasa es que está estreñido y ha acabado en mi caja por pura casualidad...

—¿Has dicho estreñido?

—Es una larga historia —suelto con un bufido.

—Espero que esta vez hayas sido más amable que la anterior.

—¡Yo siempre soy amable!

Mi mejor amiga ignora mi último comentario y me hace un tercer grado. Después de saciar su curiosidad respondiendo cada una de sus preguntas, me despido de ella para volver a trabajar.

—¡Vega! —exclama antes de que cuelgue—. Prométeme que, si vuelve por el supermercado y te pide una cita, aceptarás.

Cuelgo la llamada sin darle una contestación y, de camino a la caja, pienso en sus palabras. ¿Volverá a pedirme una cita? ¡Eso es imposible! Después del plantón que le di seguro que ha quedado escarmentado. ¿Verdad?

CAPÍTULO 8



Salgo del supermercado sin poder borrar la sonrisa de mi cara. La gente me mira como si fuera un pirado, pero a mí me importa una mierda.

Esta mañana, me desperté con un humor de perros. Darme cuenta de que iba a perder la apuesta y el respeto de mis amigos me tenía muy frustrado. Así que, cuando mi madre me llamó para decirme que llevaba unos días estreñida, fui algo desagradable con ella. La pobre se disculpó por molestarme y, al darme cuenta de que me había pasado, le pedí perdón y me vi obligado a escuchar con precisión la conversación que había tenido con mi tía: que si para el estreñimiento eran muy buenas las ciruelas pasas, que si eso no funcionaba podía utilizar un laxante... Al nombrar la vaselina, la corté de inmediato y me negué a saber para qué la necesitaba.

Así que, como el buen hijo que soy, me acerqué al supermercado que quedaba más cerca de mi trabajo a comprar lo que necesitaba para aliviar su problema intestinal. ¿Y cuál fue mi sorpresa? Que el destino, después de reírse de mí todas estas semanas, me puso en bandeja de plata a la morena que no puedo sacarme de la cabeza.

Al ver a esa mujer agachada, con la cabeza metida en aquel armario, no me imaginé que sería la cita que me dio plantón. Pero en cuanto se puso en pie y me dedicó aquella sonrisa preciosa, sentí que me había tocado la lotería. Hasta ese momento solo la conocía con el ceño fruncido, así que descubrir esa luz en su rostro fue como encajar un golpe directo en el pecho.

Cuando fue consciente de quién era, se cruzó de brazos y construyó una coraza para protegerse. Admito que verla así, a la defensiva y soltando pullas con esa lengua viperina, ha hecho que cierta parte de mi anatomía se ponga firme. ¿Desde cuándo me pone tanto que me rechacen?

Suelto una carcajada al recordar el instante tan embarazoso que he pasado cuando la muy arpía prestó atención a mi compra.

Todavía con una sonrisa en la cara, saco mi teléfono de la chaqueta y marco el número de mi mejor amigo.

—¿Qué pasa, Dandi? —me saluda.

—Tío, al final va a ser verdad... —digo misterioso.

—¿De qué coño hablas? —pregunta confundido.

—De que tengo una jodida flor en el culo —contesto con una risa incrédula.

—Madre mía, qué cruz —se queja.

—¡Que sí, tío! Verás... Mi madre últimamente está muy estreñida y la pobre me ha encargado que le compre unas cosas que le ha dicho mi tía Paqui...

—Al grano, Dani.

A veces me pierdo por los cerros de Úbeda —herencia materna, supongo—, pero Rafa sabe cómo traerme de vuelta al mundo real antes de que me disperse del todo.

—Perdón. En resumen: he ido al supermercado y... ¿Sabes a quién me he encontrado?

—Ilumíname —dice cansado de mis tonterías.

—A Vega.

—¿Y quién coño es Vega?

—Mi cita de la apuesta.

—¿La que te dejó plantado?

—La misma —acepto a regañadientes al sentir mi orgullo herido.

—¿La que te humilló y pisoteó tu autoestima?

—¡Vale ya! ¿No?

—Joder, eres un cabronazo. ¿Cómo tienes tanta suerte?

—Nací con estrella, tío.

—Pues ten cuidado de no estrellarte —me provoca—. ¿Le has pedido su teléfono?

—No, pero no será necesario.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer?

—Poner en práctica mi plan para conquistarla.

—No irás a acecharla, ¿no? —se preocupa.

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me has tomado? No estoy tan loco.

—Menos mal —suspira aliviado.

—Voy a ir a comprar a ese súper cada puñetero día hasta que acepte salir conmigo.

—Dani, eso en mi pueblo tiene un nombre: acoso.

—¿Qué dices? Yo no tengo la culpa de que mi madre me pida que le compre tantas cosas —disimulo con una risita.

—Madre mía, esto va a salir muy mal...

—Nos vemos esta noche en el bar de Miguel. Por fin podré decirles que he vuelto a quedar con ella.

—Tío, te recuerdo que todavía no has quedado con ella.

—Pero lo haré —digo convencido de mi poder de persuasión.

—Cada día me sorprende más tu seguridad. ¡Quién la tuviera!

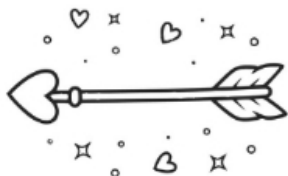
Cuelgo la llamada sin prestar atención a las palabras catastróficas de mi mejor amigo y me marchó a mi casa, sintiéndome el tío con más suerte del mundo. A partir de ahora, ese supermercado se convertirá en mi tienda de confianza, aunque tenga que dejarme mi sueldo en él.

Por fin ganaré esa dichosa apuesta y volveré a ser el de siempre. Últimamente no he dejado de pensar en esa mujer y en la forma en la que me rechazó. A pesar de que he tratado de convencerme de que su desplante no me afectó, en realidad sí lo hizo. Por eso necesito volver a sentir la adrenalina de la conquista. Echo de menos la emoción del juego, las miradas cargadas de súplicas y tener el control de la situación.

Sí, está claro que Vega ha conseguido herir mi orgullo y necesito una buena noche de juerga para volver a reconstruirlo. Entonces, ¿por qué siento un vacío al pensar en conquistar a otra mujer que me lo ponga más fácil que ella?

—No te agobies, tío —me digo a mí mismo—. Eso pasará.

Pero, aunque trato de creermelo mi propio consejo, mi cabeza divaga sola y me hace pensar que quizá, después de conocer a Vega, nada será como antes.



—Hola, capullo —saludo a mi amigo Miguel al entrar.

—¡Eh, tío! —responde desde la barra—. Los demás están donde siempre, ahora voy.

Choco mi puño contra el suyo y camino hacia nuestra mesa con pasos seguros. Desde que he descubierto la forma de localizar a Vega, siento que me he quitado un gran peso de encima.

—¡Hola, chicos! —saludo eufórico.

—¡Hola, Dandi! Te veo muy contento hoy, ¿no? —pregunta José con sospecha—. ¿Acaso has olvidado la tontería esa de tomártelo con calma y te has tirado a la morena?

Aunque sé que José no me lo dice porque tenga algo en contra de Vega y que suele ser nuestra forma de hablar entre colegas, me

jode que la trate así. Sí, lo sé, es un poco hipócrita por mi parte teniendo en cuenta lo de la apuesta, sin embargo, es lo que siento.

—Eso a ti no te importa —mascullo, enfadado.

—¡Guau! ¿Desde cuándo te enfadas por hablar de sexo? —pregunta Miguel, que acaba de llegar y ha escuchado parte de la conversación.

—No habláis de sexo, estáis sexualizando a una mujer.

—Tío, ¿qué coño te está haciendo esa tía?

—¡Nada! —exploto—. Pero quizá estoy hasta los cojones de que hablemos así de las mujeres, como si fueran trofeos.

—Venga, Dani, no te cabrees. José solo quería saber cómo va con Vega —interviene Rafa, para suavizar el ambiente.

—Nano, tráenos unas cervezas y algo para picar —le pide Miguel a su camarero—. A ver si conseguimos relajarnos con el estómago lleno.

Miro a mis amigos y, al instante, me siento fatal. Estoy siendo un capullo y no se lo merecen. Ellos han estado a mi lado desde que éramos unos críos. Recuerdo cuando nos pelábamos las rodillas jugando al fútbol en la calle o intercambiábamos nuestros cromos de Pokémon. Soy un idiota, debería valorar más su amistad.

—Chicos, lo siento —admito—. He sido un poco borde.

—¿Un poco? —se mofa José—. Tío, solo te ha faltado mear para marcar territorio.

—No flipes. No marco nada; Vega es una apuesta.

—Ya, claro —murmura Rafa.

—Por supuesto —lo secunda José.

—Blanco y en botella —apunta Miguel.

—Sois unos capullos —les digo con una sonrisa en la cara.

Nos miramos en silencio unos segundos y, cuando empiezo a creer que la he cagado a niveles estratosféricos, mis amigos sueltan una carcajada y me arrastran con ellos, consiguiendo borrar la

tensión que yo mismo había provocado. Además de mi madre, ellos son el mayor tesoro que tengo y no voy a perderlos por una mujer. Ni siquiera si esa mujer está buenísima y me vuelve un poco loco con sus desplantes.

Es cierto que Vega ha conseguido poner mi mundo patas arriba con un simple plantón y que, por su culpa, he decidido dejar mis conquistas hasta que gane esa puñetera apuesta. Pero eso no significa que tenga que hablar mal a mis amigos ni que pague con ellos su rechazo.

Vega es algo pasajero, la amistad con estos rufianes, no.

CAPÍTULO 9



Han pasado tres semanas desde que Daniel irrumpió en mi rutina y, desde entonces, no ha fallado ni un solo día en su misión de comprar las cosas más absurdas del inventario. Trabajar se ha convertido en un deporte de riesgo: me paso el turno con el cuello estirado hacia la puerta, anticipando su entrada.

No comprendo cómo su sola presencia puede ponerme tan nerviosa. ¡Si solo es un crío! Y, además, no es mi tipo. No me van los chicos jóvenes adictos a las mujeres y a levantar pesas. ¿Entonces por qué no puedo dejar de devorarlo con los ojos? ¡Mierda!

Lo que más me jode de sus visitas, además de alterar mi tranquilidad, es la forma en la que coquetea con mis compañeras. Un guiño de ojos por aquí, una sonrisita socarrona por allá... ¡Es superior a mis fuerzas! Y lo peor es que, cuando aterriza en mi caja —porque, por supuesto, siempre elige la mía—, se limita a saludar, pagar y largarse. ¿Para qué narices viene si no piensa soltar ni una frase coherente? No es que me esté haciendo ilusiones con sus visitas, no es eso, pero me fastidia que trate mejor a todas —tengan la edad que tengan— que a mí. ¿Celosa? ¡Más quisiera ese niño!

Otra cosa que me tiene muy mosqueada es cómo coño sabe el turno que hago cada semana. Suelo rotar haciendo una semana de mañana y otra de tarde, aunque a veces he tenido que cambiar el turno para ayudar a alguna compañera o por alguna reunión de mis hijos. Sea como sea, el muy capullo no falla nunca. Es como si tuviera descargado en su móvil el cuadrante de todo el mes. Es puntual como un reloj suizo.

—Hola, Daniel. —Escucho que dice Juliana, una compañera—. Pensaba que hoy no vendrías.

—Hola, Juliana. Sí, se me ha complicado la mañana y casi llego a la hora del cierre. Espero que no me lo tengas en cuenta —dice zalamero.

Me giro dándole la espalda y pongo los ojos en blanco. ¡Será idiota! Su encanto es tan hipnótico que hasta ha conseguido que Juliana caiga en sus redes. Es la más veterana de la tienda y la que tiene más malas pulgas también. No tengo ni idea de cómo lo ha hecho, pero cada vez que Daniel llega al supermercado, a ella se le dibuja una sonrisa que ni el Joker.

—Buenos días, Vega —saluda sorprendiéndome.

—¡Joder, qué susto! —exclamo creyendo que seguía con Juliana—. Te vas a tener que comprar un cencerro.

Él se ríe con mi comentario y ese sonido ronco pone en guardia todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Poniendo en práctica todo lo que aprendí en mis clases de teatro del instituto, disimulo como puedo para que no descubra cuánto me afecta. Agarro con profesionalidad el producto que deja encima de la cinta y lo paso por el escáner.

—¿En serio? —pregunto con una risita al darme cuenta de su compra.

—¿Qué pasa? Un hombre también tiene que cuidar su cutis —replica con una sonrisa de medio lado que me desarma.

¡Joder! ¿Por qué será que resulta tan atractivo conocer a un hombre que es capaz de comprar una mascarilla facial con forma de oso panda sin que eso afecte a su hombría? ¿Acabo de decir, hombre? ¡Crío, quería decir, crío!

—Uno con setenta céntimos —indico con un hilo de voz.

—Gracias, puedes quedarte con el cambio. Que tengas un buen día —se despide.

Observo su imponente cuerpo salir por la puerta y me quedo durante unos segundos inmóvil, incapaz de hacer algo coherente.

—Lo tienes en el bote —murmura María.

—Sí, claro. —Pongo los ojos en blanco—. ¿No te has fijado en cómo me ignora? Tontea más con Juliana que conmigo.

—¿Celosa? —indaga con los ojos entrecerrados.

—¿Yo?! ¿Qué dices, loca? Si es un crío —digo con poca convicción.

—Será un crío, pero no lo mirabas como si lo fuera.

—¡No digas tonterías y a trabajar!

—Caerás, Veguita. Caerás —anticipa mi compañera.

Media hora después, y con las piernas temblorosas por culpa de la visita de Daniel, bajo la persiana de la tienda y marco el teléfono de mi mejor amiga.

—¡Ya casi llego! —exclama Nora al descolgar el teléfono.

—Te dije que a las dos salía del trabajo. Nora, tengo una hora para comer.

—¡Que sí, cari! No te preocupes que llegarás a tiempo para recoger a los niños.

—Te espero en el bar de siempre. No tardes.

Cuelgo antes de que empiece a hablar sin control y que, por culpa de su parloteo incesante, llegue más tarde todavía.

Diez minutos después entro en el bar al que solemos quedar a comer y me siento en la primera mesa libre que encuentro. Carlos, el hijo del dueño, se acerca y me saluda con una sonrisa.

—Hola, Vega.

—Hola, Carlos. Ponme una cerveza, por favor.

—¿Te pongo una Desperados?

—¿Habéis traído? —pregunto sorprendida.

—Claro, desde que dijiste que te encantaba esa cerveza tengo una caja en el almacén que lleva tu nombre —confiesa con un guiño de ojo.

Carlos, sin darle importancia a su anterior comentario, entra en el almacén y me deja con la boca abierta.

—Vaya, vaya. Veo que ahora te gustan los jovencitos —murmura mi amiga en mi oreja, haciendo que me sobresalte.

—Joder, Nora. ¡Qué susto!

—¿Te has asustado porque piensas en hacer cochinadas con Carlitos?

—¿Qué dices, loca? —siseo para que nada más ella me escuche—. Si solo tiene veintidós años.

—No es tan niño, cari. ¿O te crees que la cerveza te la ha traído porque quiere jugar contigo a cazar Pokémon? ¡No seas inocente! Este quiere mojar el churro en tu chocolate.

—¡Puaj! Qué desagradable eres —la regaño fingiendo que no me hace gracia su comentario.

—Lo que tú digas —contesta dándome la razón como a los tontos—. Carlitos, sé que no soy tan irresistible como mi amiga, pero ¿me traes a mí otra Desperados?

—Madre mía, qué cruz... —murmuro, cubriéndome la cara con las manos.

—Por supuesto, preciosa —contesta Carlos guiñándole un ojo.

Además de las bebidas, Carlos nos trae la carta y, mientras Nora no deja de piroparlo para sacarle los colores, apunta nuestra comida.

—Bueno, dejando de lado tus ligues juveniles, ¿alguna novedad? Hace días que no nos vemos.

—Normal, sin novedades —miento dándole un trago a mi botellín para no contarle lo de las visitas de Daniel.

—Vega Carmona, desembucha. Suelta ya eso que te reconcome por dentro.

—No sé de qué hablas —insisto, batiendo el récord mundial de mentiras por minuto.

—Si no me cuentas lo que sea que te tiene tan nerviosa, le diré a Carlitos que tienes sueños húmedos con él.

—¡Eso es mentira! —exclamo.

—Lo sé, cielo —dice con sarcasmo—. Igual que lo tuyo.

Nora y yo entramos en un duelo de miradas y, después de unos segundos, soy consciente de que he perdido la batalla.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto con curiosidad.

—Te conozco desde hace años y sé perfectamente cuándo mientes. Así que ya estás cantando *La Traviata*.

—Está bien —suspiro.

Durante unos minutos le explico a una sorprendida Vera cada una de las visitas que me ha hecho Daniel en el supermercado: desde la primera vez que apareció por sorpresa hasta la de este mediodía. Por supuesto, he obviado contarle lo impaciente que estoy por verlo y la tensión que paso al buscarlo en cada esquina.

—Tú estás loquita por él —olvidaba que mi amiga me lee más de lo que yo quisiera.

—¡Qué dices! Si es un...

—Te advierto que estoy a esto —me amenaza y señala una pizca con el dedo pulgar y el índice—, de reprocharte que no me hayas contado antes lo de Daniel. Eso no se le hace a una amiga, así que evita mentirme a la cara.

—¡Vale! Es posible que me sienta atraída por él. Un poco.

—Un poco dice. Bueno, ya es un paso. Me alegro de que lo admitas —menciona con tono profesional—. Ahora que ya sabes el diagnóstico, solo tienes que empezar con el tratamiento.

—¿Y qué tratamiento, según tú, tengo que hacer?

—Uno de choque. Como, por ejemplo, tirártelo.

—Y una mierda —indico nerviosa.

—Tú misma... Ese tío está obsesionado contigo y, hasta que no te lo tires, seguirá acosándote.

—Estoy segura de que se cansará de buscarme dentro de poco.

—Vega, ¿no te das cuenta de que heriste su orgullo de machito cuando lo dejaste plantado?

—No pienso acostarme con él solo para reconstruir su autoestima.

—Bueno... Solo por eso no. Admite que tú también te mueres de ganas por comerte sus tabletas de chocolate.

—Yo no necesito tener sexo. Gustavo me satisface la mar de bien —digo orgullosa.

—Tu vibrador nunca te hará sudar tanto como una buena p...

Carlos aprovecha este preciso momento para dejar nuestros platos encima de la mesa y, antes de marcharse, me guiña un ojo.

—Que no pienso acostarme con ese crío —mascullo muerta de la vergüenza.

—¿Con cuál de los dos? —pregunta mi ex mejor amiga señalando a Carlitos con la barbilla.

—Joder...

—Ese crío, como tú lo llamas, tiene polla y, después de ver su foto, estoy segura de que sabe usarla —continúa ignorándome.

—He dicho que no y punto —insisto.

—¿Se puede saber por qué te contienes, Vega? Te conozco y sé que hay un motivo.

Cómo me conoce la cabrona.

—Por la edad, joder —confieso al fin—. Es un crío. Seguro que viene de acostarse con tías que tienen la piel de porcelana y cero

estrías. No quiero ser la *madurita* con la que se echa unas risas luego con sus colegas.

¡Ya está! ¡Ya lo he dicho!

—Vega, te quiero, pero... eres idiota. Ya quisieran ellas tener el cuerpo que tienes tú a los cuarenta.

—Eso, tú recuérdame la edad que tengo —ironizo.

—Lo que a ti te pasa es que estás cagada de miedo. Llevas tanto tiempo encerrada en tu papel de maruja que estás aterrada por empezar a vivir de nuevo. ¿Sabes qué? La vida son cuatro días y, cuando te quieras dar cuenta, se te habrá escurrido el tiempo entre los dedos y ya no habrá marcha atrás.

Joder con la psicóloga de los cojones. Ha disparado un dardo envenenado y me ha dado en el centro del corazón.

—Lo pensaré —murmuro no demasiado segura.

—¡Me vale! —suelta la muy loca.

Y así, después de darme la estocada final, cambia de tema y empieza a hablar de cosas que no tienen nada que ver. Como si no acabara de dejarme con la boca abierta.

CAPÍTULO 10



Entro en la tienda y me encuentro a mi jefe intentando subir por la escalera que accede a la parte superior de la estantería. Verlo en los primeros escalones hace que se me acelere el pulso al pensar en su delicada salud. Sebas me fichó hace ocho años, justo después de que un susto al corazón casi lo manda al otro barrio y de que sus hijos le dieran un ultimátum: o buscaba ayuda o bajaban la persiana para siempre.

Por aquel entonces yo era un niño de veinte años, ansioso por encontrar un trabajo, y mi jefe decidió darme una oportunidad. Desde el principio me advirtió que no podía prometerme un horario fijo, en cambio, necesitaba tanto el dinero que acepté sin dudar. Total, iba a ser algo provisional hasta que encontrara algo mejor, aunque eso nunca ocurrió. Al final resultó que no fui capaz de abandonar a aquel anciano cascarrabias y, sin darme cuenta, terminé aprendiendo el oficio.

Desde que Sebas se enteró de los problemas económicos de mi casa, me ayudaba siempre que podía, pero a veces no era suficiente. En este tiempo he hecho de todo para cuadrar las cuentas: desde tirar cañas con Miguel hasta desatascar tuberías, pasando por el reparto de pizzas. Me he convertido en el chico para todo, un buscavidas profesional.

—Ni se te ocurra subir o tus hijos me arrancarán la piel a tiras — le advierto.

Esa amenaza es mentira y él lo sabe perfectamente. La realidad es que quiero a ese hombre como si fuera un padre y no soportaría

que le pasara nada malo. Sebas tiene sesenta y ocho años, no obstante, se niega a jubilarse. Dice que le costó sudor y lágrimas levantar este negocio y que no piensa renunciar a él tan pronto. Mi jefe, al escucharme, resopla ofendido, pero es inteligente y me hace caso. Sabe que conmigo no se juega y que soy capaz de bajarlo yo mismo a la fuerza.

—¿Te he dicho alguna vez que eres un cansino? —pregunta refunfuñando.

—Cada maldito día desde hace ocho años —contesto con mi mejor sonrisa—. ¿Qué necesitas que baje?

—Esa caja —la señala—. Es para la señora Olvido, me dijo que vendría esta tarde a buscarla.

Subo por la escalera y, cuando cargo con la caja y soy consciente de cuánto pesa, lo miro con el ceño fruncido. ¿En serio pretendía bajarla él solo?

—No pesa tanto —se queja.

—Sebas, como empieces a hacer tonterías, avisaré a tus hijos —amenazo.

—Mocoso desagradecido —escupe dándose la vuelta.

Sonrío sabiendo que los insultos que lo acompañan hasta que cierra la puerta de su despacho son pura palabrería. En el fondo, mi jefe es un osito de peluche, pero se empeña en enseñar los dientes.

Me pongo el delantal ignorando sus quejas y me coloco detrás del mostrador. Recojo las cajas y ordeno las muestras que hay encima, resultado de la atareada tarde que tuvimos ayer.

—Toma, chico. —Me tiende un café.

—Creí que estabas enfadado conmigo —lo provoco.

Mi jefe me mira serio y, aunque intenta parecer enfadado, una sonrisa mal disimulada se le escapa por debajo del bigote. Se la devuelvo y, justo cuando estaba a punto de burlarme de lo tierno que es, la campanilla de la puerta anuncia la llegada de un nuevo cliente.

—Buenos días —nos saluda Carmen—. Daniel, necesito unas alcayatas para colgar unos cuadros.

—¿Otra vez? —pregunta Sebas—. La semana pasada te llevaste unas cuantas.

—¿He dicho alcayatas? ¡Ay, qué cabeza! Quería decir tacos.

—Ya claro... —murmura mi jefe mientras saca una caja de la estantería—. Aquí tienes.

Carmen estudia la caja de tacos como si fuera a desactivar una bomba y luego me lanza una mirada que, en su cabeza, debe de ser irresistible.

—Es que no sé si a estos tacos les entrarán las alcayatas que me llevé el otro día. ¿Tú podrías venir a mi casa a revisarlo, Dani?

—¡Cómo no te van a caber, niña! Te llevaste las del número cuatro, así que estas son perfectas —le explica mi jefe perdiendo la poca paciencia que tiene.

Ella, al escucharlo, se pone de todos los colores y paga los tacos sin decir ni pío.

—Qué poca vergüenza tienes —le recrimino, haciendo malabares para no soltar la carcajada delante de la pobre mujer.

—¿A mí? A la que tendría que caérsele la cara de vergüenza es a ella. No hace más que venir a la tienda pidiendo cosas absurdas para llamar tu atención.

—Míralo por el lado bueno, gracias a mi belleza natural tienes a una cliente fiel que se gasta todos sus ahorros en cosas que no va a utilizar.

—Habrase visto el niñato este lo creído que es —bufa exasperado.

Suelto una risita al ver cómo sus mofletes, ya de por sí colorados, se vuelven de un rojo intenso por la rabia. Es tan adorable...

—¡Hola, chicos! —nos saluda la señora Olvido, sorprendiéndonos al no haber escuchado la campanita—. Vengo a por lo que te encargué, Sebastián.

—Claro, ahora te lo doy —contesta mi jefe.

Sebas estira el brazo para coger el paquete y tira el expositor de llaveros y mosquetones que tenemos encima del mostrador. Ante la atenta mirada de nuestra clienta, mi jefe vuelve a levantar el expositor y, al hacerlo, tira las cajas de tacos que había sacado para Carmen. El pobre no da pie con bola y verlo en ese estado de torpeza, me divierte.

—¿Ya? ¿Has terminado de redecorar la tienda? —me burlo.

—Niño de los cojones —masculla por lo bajo para que solo yo lo escuche—. Dásela tú, yo tengo cosas más importantes que hacer.

La señora Olvido se queda mirando la estela de mi jefe, que ha salido disparado como si estuviera en la final de los cien metros lisos. Cuando se vuelve hacia mí, me da un vuelco el corazón al ver la decepción en sus ojos.

—Estaba esperando una llamada importante —miento más para que ella no se sienta mal que para cubrir a Sebas.

La pobre me entrega su tarjeta para que le cobre con una pequeña sonrisa y después se marcha con el paquete, cabizbaja.

—¿Qué coño ha pasado? —pregunto entrando en su despacho.

—No sé a qué te refieres —disimula.

—Ha sido la retirada más rápida de la historia. Parecías el Correcaminos esquivando al Coyote.

—No seas estúpido, yo no huía de nada. A diferencia de ti yo tengo trabajo.

Su mujer falleció antes de que yo empezara a trabajar aquí y, según me han contado sus hijos, desde entonces se volvió un viejo huraño. Al parecer estaban muy enamorados y nunca volvió a ser el de antes. Por eso, cada vez que la señora Olvido le pone ojitos, mi jefe se vuelve patoso y huye como si se tratara del mismo Belcebú.

—Claro, claro. Lo que tú digas, *boss*. Y luego soy yo el que ligo con las clientas —murmuro haciendo que me preste su atención.

—iYo no ligaba!

—Tranquilo, casanovas.

Salgo de su despacho feliz por haberlo provocado y vuelvo a mis tareas. Mientras ordeno el desastre que ha provocado mi jefe, no puedo evitar pensar en Vega.

Llevo tres semanas apareciendo en su supermercado y todavía no he obtenido ningún resultado. Por más que despliego todas mis armas de seducción, Vega parece inmune a mí. Es la primera vez que pongo tanto empeño en una mujer y lo único que recibo a cambio es indiferencia. ¿De verdad vale la pena tanto esfuerzo por una simple apuesta?

CAPÍTULO 11



El estrépito de cristales rotos me obliga a salir al pasillo con los pantalones por los tobillos. Doy saltitos de canguro, tirando de la tela hacia arriba mientras lucho por no besar el suelo y dejarme los dientes. Este mes no me queda presupuesto para el dentista.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con la garganta cerrada por el miedo.

Al cruzar la puerta y ver el panorama, no necesito respuesta. La taza de *Iron Man* de Jairo está hecha añicos en el suelo y parte de su contenido ha acabado encima de mi hijo, el cual me mira haciendo pucheros. Ver la leche con Cola Cao resbalar por la pared y manchar la ropa del colegio me pone de muy mal humor. Pensar en volver a empezar de cero y lavar una ropa que ya estaba limpia me irrita. Si no fuera porque sé que no lo ha hecho a propósito, soltaría un grito, pero esa taza es su favorita y que se haya roto ya es castigo suficiente. Así que respiro por la nariz y saco el aire por la boca, despacio, para no pagar con él mi frustración.

—Mami —lloriquea—, ha sido sin querer.

—Se ha embobado viendo los dibujos —suelta Alba, haciendo su función de hermana mayor.

—No pasa nada, peque, aunque debes tener más cuidado la próxima vez. Venga, vamos a tu habitación.

Saco del armario ropa limpia y se la dejo encima de la cama para que se cambie. Después vuelvo al comedor para recoger el estropicio, conteniendo las ganas de soltar palabrotas. Una vez que

consigo limpiarlo todo, meto el desayuno en sus respectivas mochilas y, cuando conseguimos entrar en el ascensor, ya tenemos la hora pegada en el culo. *Para no variar.* Al llegar a la calle, los niños se agarran de las manos y yo tiro de ellos para que aceleren el paso.

—¡Venga, vamos! ¡Corred o no llegaremos al cole!

—Siempre nos pasa igual, mami —suelta Jairo casi sin respiración.

Observo las mejillas de mis hijos enrojecidas por el esfuerzo y me siento una mala madre. ¿Por qué mi vida es un desastre? Prometo que intento hacer las cosas bien, pero nunca lo consigo. Me pongo el despertador temprano para arreglarme mientras los niños todavía siguen dormidos, preparo sus mochilas y los despierto una vez tengo el desayuno listo. Da igual lo que haga o a qué hora me levante, siempre ocurre algo que hace que lleguemos tarde.

—¡Lo conseguimos! —celebro al llegar justo cuando las puertas del colegio se iban a cerrar—. Somos unos campeones.

Mis hijos me chocan las manos con una sonrisa y, al ver su felicidad, pienso en que quizá tan mal no lo estaré haciendo, ¿no?

—Celebrar la impuntualidad no es el mejor ejemplo, ¿no crees?

—Sí, no es buena idea que los niños crean que llegar tarde es algo positivo —remata la secuaz.

Y ahí está la odiosa madre de una compañera de clase de Alba y su secuaz, dispuesta a reventar mi burbuja de felicidad en un segundo.

—Bueno, supongo que cada uno celebra lo que quiere, ¿no?

—Por supuesto, solo digo que eso podría confundirles —dice la arpía número uno.

—Exacto, además llegan cada día con la lengua fuera. No es bueno que vengan cansados al colegio —apunta la arpía número dos.

—Pero claro, tú sabrás cómo quieres educar a tus hijos. Nosotras solo te damos un consejo de amigas.

«¿Amigas? ¡Tendrán cara!».

Disimulo como puedo las ganas que tengo de saltarles a la yugular. Estoy harta de ese par de pajarracas. Siempre con su sonrisa falsa y sus consejos cargados de veneno. En lugar de contestar lo que en realidad se merecen, les dedico mi sonrisa más falsa y me marchó, ignorándolas.

Odio a las típicas madres que se creen perfectas por dar avena a sus hijos para desayunar o no dejarles ver la televisión porque es perjudicial para su infancia. Esas madres que necesitan presumir de las notas brillantes que sacan sus hijos como si fueran a conseguir la medalla de «madre prodigio». Pues, ¡lo siento! Yo no soy así. Mis hijos desayunan galletas industriales, ven dibujos a discreción y no juego con ellos ni la mitad de lo que dicta el manual de la madre perfecta. ¡Ale, ya lo he dicho! Me encantaría poder hacer magdalenas con ellos y jugar a juegos de mesa cada tarde, pero la realidad es otra. No soy una supermamá y tampoco pretendo serlo.

Acelero el paso y dejo atrás a ese par de cotorras insoportables antes de que cambie de opinión y descargue toda mi ira mañana contra ellas.

Estoy tan furiosa por culpa de los comentarios venenosos de esas dos que, al entrar en la cafetería, empujó la puerta con demasiada fuerza y golpeó el cristal contra una mesa.

—Ay, perdón —me disculpo avergonzada al ver que todo el mundo me mira.

¡Qué vergüenza! He entrado como un elefante a una cacharrería.

—Una entrada triunfal, sí, señora —se burla mi mejor amiga desde la mesa.

Me siento en la silla sin dejar de resoplar como si fuera un toro. Miro a Nora, indignada, con los brazos cruzados.

—¿Qué ocurre? —pregunta con paciencia.

—Que dos supermamis me han dado sus chachi consejos de buena mañana —le explico poniendo los ojos en blanco.

—Ya veo. Dame sus nombres y recibirán su castigo —susurra acercándose a mí.

Su comentario de mafiosa me hace soltar una risotada y, de un solo plumazo, mi mejor amiga consigue alegrarme la mañana.

—¿Y bien? ¿Cómo van los avances del ññato? ¿Ha vuelto a ir a tu trabajo?

Remuevo mi café como si de repente el pequeño remolino de leche fuera la cosa más interesante del mundo.

—No.

—Te veo algo preocupada. ¿No será que tienes miedo de que no vuelva a ir?

—¡No digas tonterías!

Hace días que no tengo noticias tuyas y, a pesar de que trato de fingir alivio, en realidad lo que siento es decepción. ¿Tan rápido se ha cansado de mí? A ver, tan rápido, no. El chico lleva semanas presentándose en el supermercado prácticamente a diario, así que imagino que es normal que se haya cansado de mis desplantes.

—Lo que tú digas, no voy a ser yo la que diga lo contrario. Quién sabe, lo mismo ya ha tirado la toalla y deja de acosarte.

—Sería lo mejor —miento.

Mi mejor amiga, sabiendo que no va a conseguir sacarme nada más, me cuenta cómo va el proyecto con la aplicación de citas y de inmediato me siento culpable.

—Vaya mierda de conejillo de indias que he resultado ser, ¿eh?

—¿Por qué lo dices?

—Porque mi cita resultó ser un fiasco y no pude darte datos para tu estudio.

—¿Bromeas?! No sabes cuántas notas he conseguido con vosotros dos.

—No hay un nosotros dos —aclaró.

Nora carraspea y me mira como queriendo decir: *sujétame el cubata, que voy*.

—El sujeto número uno presenta un perfil con miedo a relacionarse emocionalmente: muestra un interés inicial, sin embargo, en el momento en el que percibe un posible acercamiento, activa una respuesta de huida con cualquier excusa. En tu caso, descubrir la diferencia de edad. Pero en realidad ese no es el motivo real del abandono, sino lo que justifica la huida.

Abro la boca para defenderme y demostrarle lo equivocada que está, y antes de que pueda decir nada, continúa con su exposición.

—El sujeto número dos, por el contrario, reacciona de forma ansiosa. El rechazo no lo aleja, lo obsiona. La indiferencia por parte del sujeto número uno lo empuja a buscar respuestas y, cuanto más es rechazado, más empeño pone. En resumen: muchos de los fracasos no se deben a la falta de afinidad, sino al momento de cada uno. Mi propuesta es un sistema de emparejamiento que no se base solo en intereses compartidos o atracciones, sino en la compatibilidad emocional. Identificar perfiles con un patrón similar para poder emparejar usuarios con niveles emocionales similares.

—Jo-der —mascullo sorprendida—. ¿Le hablas así a Juan para ponerlo cachondo?

—Todas las santas noches —sentencia sin pestañear.

Suelto una carcajada al imaginar al pobre Juan sudando la gota gorda mientras escucha a su mujer hablar de porcentajes y de estudios emocionales. Mi mejor amiga es una caja de sorpresas: puede pasar de loca de remate a psicóloga profesional en un solo pestañeo. Es increíble.

Sigo partiéndome de risa hasta que noto una mirada clavada en mí. Giro la cabeza para descubrir de quién se trata y me sorprende al ver a un chico muy guapo, de unos veintipocos, que me sonríe. Me quedo inmóvil, muerta de la vergüenza, al darme cuenta de que

me he estado riendo como una foca con la boca abierta y él me responde con un guiño de ojo.

—Lo que yo decía, ahora solo ligas con yogurines —suelta mi mejor amiga.

¿Será de verdad que ahora solo me fijo en jovencitos?

CAPÍTULO 12



Me miro en el espejo del ascensor y me paso los dedos por un mechón rebelde que se empeña en ir a su aire. Cuando se abren las puertas, me echo un último vistazo para comprobar mi aspecto y, al ver que voy como un pincel, guiño un ojo a mi reflejo.

Sí, lo reconozco, soy un poco vanidoso y me gusta cuidar mi imagen.

Me subo a la moto y me coloco el casco sin dejar de pensar en esa morena que me tiene obsesionado. Pero no obsesión en plan «me estoy enamorando de ella», más bien es «necesito conseguir una cita para ganar la apuesta». Me mezclo entre el tráfico mañanero y sonrío al pensar en Vega.

Después de darle muchas vueltas, decidí intentarlo una última vez. No soy de los que suplica, así que, si vuelvo a recibir una negativa por su parte, me rendiré y perderé la apuesta. ¿Conseguiré que hoy caiga rendida a mis encantos? Eso espero, porque me he dejado un sueldo en su supermercado.

Quince minutos después aparco la moto, me quito el casco y, antes de marcharme, me miro en el retrovisor para peinarme. Entro en el local con seguridad y hago un escaneo general para buscar a mi presa. Por un momento creo que mi informante me ha pasado mal su horario, pero en cuanto la veo salir del lavabo, sonrío victorioso. La observo a lo lejos mientras bromea con una de sus compañeras y me fijo en lo guapa que está.

Mis ligues suelen ser todo lo opuesto a Vega. Son vanidosas y no salen a la calle sin pasar antes por chapa y pintura, como dice mi amigo Miguel. Y con esto no quiero decir que ellas sean mejores que Vega, todo lo contrario. Esta mujer, con la cara lavada, consigue que cierta parte de mi anatomía salte contenta con intención de saludarla.

—Buenos días, Vega —la saludo después de coger la primera chorrada que encuentro.

—¿Otra vez por aquí? —pregunta a modo de saludo—. Al final conseguirás que mi jefe me despida.

—¿Bromeas? Creo que, gracias a mí, te convertirás en la empleada del mes.

—No creo que sea para tanto.

—Es más, quizás tenga que buscarme otro trabajo para poder pagar todas las chorradas que compro para llamar tu atención —digo, con la mirada puesta en el desatascador que está a punto de pasar por el escáner.

Vega me mira en silencio y, de repente, suelta una carcajada que conecta directamente con mi polla. ¡Mierda!

—¿Entonces qué? ¿Estás dispuesta a ayudarme para que no me arruine? —pregunto con retintín.

—Daniel, yo...

—Tranquila, volveré a intentarlo mañana —contesto dedicándole una de mis mejores sonrisas *bajabragas*.

Antes de que vuelva a darme una negativa, el teléfono empieza a sonar con la melodía que tengo asignada a mi madre.

—Hola, mami chula. ¿Qué necesita la reina de mi corazón?

Le guiño un ojo a Vega y salgo de la tienda, poniendo toda mi atención en disimular lo decepcionado que me siento al volver a fracasar.

—Hola, cariño. ¿Dónde andas?

—He venido a comprar una cosilla que necesitaba.

—¿Vas a venir a comer a casa?

—¿Qué hay para comer? —pregunto metiendo la compra en el baúl de mi moto.

—Lentejas, con su choricito y todo —dice, como si ya no me hubiera convencido.

De repente me quedo congelado al escuchar mi nombre a lo lejos. Me doy media vuelta y me sorprendo al ver a Vega delante de la puerta del supermercado. Aunque duda un poco, camina hacia mí y, después de apuntarme en la mano con un bolígrafo lo que espero que sea su número de teléfono, me susurra:

—Acepto esa cita.

Con una sonrisa, se gira para marcharse. Me deja completamente anonadado.

—¡Sí! —exclamo al darme cuenta de que he conseguido mi objetivo.

Ella se detiene al oírme, suelta una risita que me pone tontorrón y, sin volver del todo, levanta la mano para hacer un gesto de «llámame» antes de entrar en la tienda. Me quedo unos segundos en silencio, con cara de lerdo, sin creer lo que acaba de ocurrir.

.

—Madre mía, sí que te entusiasmas por unas lentejas —suelta mi madre haciéndome volver a la realidad.

—Es que tus lentejas son las mejores del mundo —disimulo.

Joder, esta mujer va a acabar conmigo. ¿Cómo es posible que, con su simple roce, me haya puesto tan cachondo? A ver si va a ser verdad que su negativa ha hecho que conquistarla sea más divertido. Suelo conseguir mi presa con una sola sonrisa y Vega ha hecho que tenga que poner toda la carne en el asador.

—¿Cariño, sigues ahí?

—Sí, mamá, perdona. Es que me he acordado de algo del trabajo.

—Eres demasiado responsable, cielo. No es bueno que solo pienses en trabajar, también tienes que divertirte.

Si mi madre supiera en qué pensaba, no se enorgullecería tanto de mí. Desde que Vega ha gritado mi nombre, en mi cabeza no han parado de aparecer imágenes de lo más sugerentes de ella y yo desnudos en una cama. ¡Dios, qué calor!

—Mami chula, hoy no puedo ir a comer. Guárdame las lentejas para otro momento. Te quiero.

Me despido y cuelgo la llamada antes de que vuelva a contarme algún chisme del barrio de alguien a quien no recuerdo. Entro en la última conversación de mi teléfono y le envío un mensaje a mi mejor amigo.

Daniel:

¿Te hace una birra?

Rafa:

¡Claro! ¿En el bar del chapas?

Daniel:

No, quedamos mejor en el que está cerca de tu casa, ese que hace unas tapas de muerte. ¿En quince minutos?

Rafa:

Ok.

Me subo a la moto con una jodida cara de idiota y acelero para incorporarme al tráfico. Durante el trayecto, no puedo dejar de pensar en Vega y en esa jodida sonrisa que me ha dedicado.

Quince minutos después aparco delante del portal de Rafa y entro en el bar donde hemos quedado. Saludo al camarero al pasar y camino hasta mi amigo, que está entretenido con su teléfono.

—Te vas a quedar ciego de tanto mirar el móvil —lo regaña dándole una colleja.

—Cada día te pareces más a mi madre, tío —me acusa con una sonrisa—. ¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme como para no querer quedar en el bar de Miguel?

Touché. Mi mejor amigo es la persona que mejor me conoce de todo el mundo, por lo que su comentario no me viene por sorpresa.

—Tengo el teléfono de Vega.

—¿En serio? —pregunta sorprendido.

Asiento como un tonto y levanto mi mano, enseñándole los nueve números que Vega ha escrito con su bolígrafo y que tanto me han costado conseguir.

—Joder, tío, no sé cómo tienes tanta suerte.

—Ya te dije que nací con estrella —bromeo.

—Será eso. —Pone los ojos en blanco—. ¿Y cómo has conseguido que cambiara de opinión?

—Mejor pedimos algo para picar y después te cuento —indico.

Llamamos al camarero y después de que nos sirva nuestro pedido le explico con detalle todo lo sucedido los últimos días. Desde mis visitas diarias al supermercado hasta lo que ha ocurrido hoy.

—¿Y te ha dado el teléfono así sin más? —pregunta extrañado.

—Al final no ha podido resistirse a mi encanto —digo alzando las cejas.

—Eres un puto creído. Como se te suba a la cabeza esta fama de *folletis* te juro que dejo de ser tu amigo. Avisado estás —amenaza señalándome con el dedo.

Suelto una carcajada al escucharlo y al momento me sigue Rafa, que no es capaz de controlarse.

—¿Ya habéis quedado?

—Todavía no —confieso algo nervioso—. Voy a guardarme su número en mi teléfono antes de que se me agote la suerte y se

borre por accidente.

Al terminar, me quedo embobado al ver su nombre en la pantalla, sin saber qué hacer. ¿Qué coño me pasa? Estoy acostumbrado a tratar con mujeres, entonces, ¿por qué Vega consigue ponerme tan nervioso?

—Ya está —digo una vez que lo he memorizado—. Ahora solo tengo que pensar qué le digo —murmuro indeciso.

—No me lo puedo creer. Ha llegado el día en el que mi amigo, el Dandi del grupo, no sabe cómo ligar.

—Capullo —suelto con una sonrisa.

—Cuando los demás se enteren de que estás tan nervioso por culpa de una mujer, van a flipar.

—¡Y una mierda! Yo no estoy nervioso. Vega es una más.

—Sí, claro. Una que te ha dado calabazas y que ha conseguido que vayas detrás de ella durante semanas como si fueras un perrito faldero.

—Estás flipando —mascullo cabreado—. He insistido tanto con ella porque no quería perder la apuesta.

—Ajá, entiendo —murmura con los ojos entrecerrados—. ¿Tan malo sería perderla?

—¿Bromeas? ¿Y que ese par de mentecatos se burlaran de mí por no conseguir a esa mujer?

—Ten cuidado, Dani. Este juego te puede salir caro.

—Tranquilo, lo tengo todo controlado —expongo no muy seguro.

—Lo que tú digas —dice muy serio—. Pero recuerda que a veces el cazador puede ser cazado.

Después de soltarme esa frase tan misteriosa, desvía su mirada y empieza a hablar de otra cosa, cambiando de tema completamente. Como ya he dicho, Rafa me conoce mejor que nadie y sabe que, por mucho que insista, no va a conseguir más información.

Una hora después, y con los estómagos a punto de reventar, me despido de mi amigo dándole unas sonoras palmadas en la espalda. Me subo a la moto y, cuando veo a Rafa entrar en su portal, desbloqueo mi teléfono para enviarle un mensaje a la culpable de mi actual insomnio. Escribo y borro varias veces hasta que estoy satisfecho con el resultado y, después de dudar, le doy a la tecla de envío.

Daniel:

¡Hola, preciosa! Aquí tu acosador favorito del súper. ¿Cuándo me vas a dar el placer de invitarte a cenar?

Espero unos segundos aguantando la respiración y no suelto el aire hasta que no veo que aparece en línea.

Vega:

Perdona, creo que te equivocas.

¡Mierda! ¿En serio me he equivocado al memorizar su número? Levanto mi mano con el corazón a mil por hora y observo los números con atención. El corazón se me salta un latido al darme cuenta de que uno de los dígitos ha empezado a borrarse y que es posible que haya confundido un nueve con un cuatro.

—¡Joder! —mascullo dándole un susto a una pobre ancianita que pasaba al lado de mi moto—. Disculpe, señora.

La mujer me sonríe y le quita importancia haciendo un gesto con su mano. Vuelvo a prestar atención a mi teléfono al escuchar el sonido de un nuevo mensaje y, cuando lo leo, suelto una carcajada.

Vega:

Es broma, Daniel, aunque te la debía. Espero que por un momento te hayas cagado de miedo al pensar que estabas acosando a una nueva persona. Por tu culpa soy el cotilleo de mi trabajo.

Daniel:

Supongo que, después de tu plantón en nuestra cita, estamos en paz.

Vega:

Supongo que sí.

Daniel:

Entonces, ¿quedamos el viernes?

Vega:

Está bien, veré lo que puedo hacer.

Daniel:

Dame tu dirección y paso a buscarte.

Vega:

¿Darle la dirección de donde vivo a mi acosador? ¡Ni de coña!

Me río al leer su respuesta afilada.

Daniel:

*Está bien, te pasaré ubicación del restaurante y así tu integridad física estará a salvo.
Al menos hasta después de cenar.*

Al ver que Vega me envía una carita sonriente y deja de estar en línea, bloqueo el móvil y, sin ser consciente, empiezo a moverme haciendo una especie de patético baile de la felicidad. Joder, si me vieran mis amigos tendrían material suficiente para burlarse de mí durante un año por lo menos.

CAPÍTULO 13



Después de recibir los mensajes de Daniel, la semana se me ha hecho eterna. En el instante en el que acepté volver a quedar con él, comencé a notar en mi estómago una mezcla de nervios y anticipación. Hace tanto tiempo que no vivía algo así que me he sentido muy extraña. Es como si, de repente, volviera a ser una adolescente llena de inseguridades que espera impaciente la cita con el chico que le gusta. Yo, adolescente con cuarenta años.

La charla con Nora fue el bofetón de realidad que necesitaba. Me hizo ver que llevo décadas en el banquillo, dejando que los demás jueguen el partido de mi vida. Así que, cuando Daniel apareció al día siguiente, decidí que ya me tocaba a mí. Me tiré a la piscina de cabeza, sin flotador y sin mirar si había agua.

Aunque hablar con mi mejor amiga tuvo mucho que ver con mi decisión, la conversación cariñosa con su madre fue lo que me dio el último empujón para lanzarme al vacío. Bueno, eso y lo sexi y atractivo que me parece este chico. Nora tiene razón: necesito sexo del bueno. Del que consigue ponerte los ojos en blanco, los dedos encogidos y la cabeza dando vueltas. Uno que no disfruto desde hace una eternidad y que deseo que él pueda darme.

A simple vista, parece que es capaz de regalar unos cuantos orgasmos tan solo con su sonrisa canalla, pero espero que no sea solo una fachada. Me llevaría una gran decepción si al final resulta que su aspecto de ligón, solo es un fraude. ¡Dios! ¿Cómo he pasado de ser una ama de casa aburrida a una *femme fatale* que quiere utilizar a un pobre chico para desahogarse? A ver, tanto como

pobre... En realidad, creo que ambos nos utilizamos: a mí me hace falta un buen revolcón y él necesita reconstruir su masculinidad consiguiendo a la mujer que lo dejó plantado. Así que todos ganamos.

Al preguntar a Agustina si podía quedarse el viernes con los niños, ella me guiñó un ojo y me dijo:

—No te preocupes, esta noche los niños duermen conmigo.

Supongo que vio mi cara desesperada y comprendió que mi cuerpo necesitaba marcha. *Nota mental: Canonizar a mi vecina o, como mínimo, regalarle un bono de spa por salvarme la vida (y la libido).*

Me doy un último retoque en el espejo del recibidor y salgo al rellano con piernas temblorosas. Aunque intento hacer como si esta cita no tuviera importancia, en realidad estoy atacada de los nervios. Hace tanto tiempo que no me acuesto con nadie que eso me hace sentir muy insegura.

Ignoro a esa estúpida voz que me dice que no soy suficiente y salgo a la calle. Estoy tan alterada que no puedo evitar dar pequeños saltitos mientras espero a que llegue el taxi. Cualquiera que me vea pensará que me estoy meando. *¡Eres patética, Vega!*

Por suerte, el taxi llega antes de que tenga que lidiar una vez más con esa voz que se empeña en bajar mi autoestima. Me subo al coche y, una vez que le doy la dirección de la pizzería, el conductor arranca.

No estoy segura de si el trayecto se me ha hecho tan corto por el poco tráfico que hay a estas horas o porque estoy tan agobiada que deseo alargar el momento para no enfrentarme a mi cita. Pero la cuestión es que, cuando el conductor me dice que ya hemos llegado, me asusto y doy un saltito en el asiento.

¡Tranquilízate, mujer! Vas a una cita, no al matadero.

Pago la carrera al taxista y camino como puedo hasta la pizzería. Mis piernas parecen de mantequilla y mis manos tiemblan como hojas al agarrar el pomo de la puerta para abrirla.

—Buenas noches, señora —me suelta una camarera que parece recién salida de un *casting* de modelos. «Señora». El apelativo me atraviesa el pecho como un puñal de hielo.

Joder, me ha llamado señora. Eso ha sido una puñalada en el centro del corazón.

—Buenas noches. Tengo una cita, aunque es posible que todavía no haya llegado —indico al recordar la última vez.

Pero justo en el instante en el que giro la cabeza para observar el local, me encuentro a un sonriente Daniel que me saluda con la mano.

—Pues parece que esta vez ha llegado puntual.

La preciosa camarera, al darse cuenta de quién es mi cita, abre mucho los ojos e intenta disimular su sorpresa. Levanto la cabeza con orgullo y paso por su lado con un «muchas gracias» algo seco.

Camino hacia la mesa con una seguridad que no siento, y cuando Daniel se pone en pie mirándome con sus intensos ojos azules, pierdo la poca confianza que tenía.

—Hola, Vega. Estás preciosa.

Al inclinarse para darme dos besos, su delicioso aroma impacta en mis fosas nasales y mi cuerpo decide no responder, haciendo que tropiece. Daniel me agarra por la cintura, impidiendo que haga el mayor ridículo de mi vida, y me acerca a su pecho para estabilizarme. Lo que él no sabe es que con ese gesto está consiguiendo todo lo contrario. ¿O quizá sí lo sabe?

—¿Tanto te he impresionado? —bromea sonriendo, como si supiera el motivo de mi traspié.

—No seas creído. El tacón se ha enganchado con algo —miento.

Mi acompañante suelta una risita y separa mi silla con un gesto galante. Al ver su comportamiento tan formal, me entran ganas de preguntarle si con todas sus citas es tan caballeroso, pero decido mordermela la lengua porque es posible que su respuesta no me guste.

—¿Cómo ha ido la semana?

—Bien —vuelvo a mentir—. Juliana te manda recuerdos. Te ha echado de menos estos días.

—¿Solo Juliana? —pregunta con picardía.

—¿Quién más lo iba a hacer?

—¿Me estás diciendo que no me has echado de menos ni una pizquita?

El muy canalla entrecierra los ojos y sonrío sabiendo el efecto que tiene en mí. ¡Lo odio! Odio que sepa cuánto he añorado sus visitas y sus compras absurdas.

—Por supuesto que no. —Miro la carta para ignorarlo—. Sabía que no volverías por la tienda porque ya habías conseguido tu objetivo.

En cuanto soy consciente de lo que acabo de soltar por la boca, levanto la cara y me llevo una sorpresa al mirarlo a los ojos. Por primera vez, Daniel no sonrío y me observa con el ceño fruncido.

—¿De verdad crees que no he vuelto a ir a la tienda porque ya había conseguido una cita contigo? —Su voz seria me hace estremecer.

—¿Acaso no es así?

—Por supuesto que no, Vega. He estado muy ocupado y no he podido ir.

—Daniel, ambos sabemos el motivo por el cual aparecías cada día en el supermercado.

—Sí —acepta—, pero...

—No hace falta que te justifiques, de verdad. Los dos sabemos por qué estamos aquí y eso es lo que importa. Ahora vamos a pedir la comida, ¡me muero de hambre!

A pesar de que intento parecer una persona desenfadada y moderna, la verdad es que no verlo esta semana me ha decepcionado. Sí, soy así de hipócrita e idiota. Sé que me he

empeñado en soltar el discurso de que es un crío y que solo quiero tener sexo con él, sin embargo, sus visitas me divertían y hacían mi vida menos aburrida.

Antes de que Daniel pueda volver a sacar el tema de su desaparición, el camarero llega justo a tiempo. Toma nota de nuestra comida y nos deja una botella de vino en una cubitera. Mi cita sirve nuestras copas y levanta la suya para que podamos brindar.

—Para que esta noche sea inolvidable —dice mirándome fijamente a los ojos.

¿Puede dejar de mirarme como si quisiera devorarme a mí y no a las pizzas que hemos pedido?

—Cuéntame algo sobre ti.

—¿Qué quieres que te cuente? —inquiero con curiosidad.

—No sé, tus gustos, hobbies, qué haces cuando no trabajas...

—¿En serio te interesa saber esas cosas?

—¿Por qué te sorprende?

—Dudo mucho que esa pregunta se la hagas a tus ligues.

—Es posible. Pero quizá hasta ahora nadie me había llamado tanto la atención como para querer conocerla.

—No digas tonterías, anda —me quejo—. No soy tan especial.

—¿Quién fue?

—¿De qué hablas?

—De la persona que consiguió minar tu autoestima.

Medito por unos segundos su pregunta y dudo si debo contestarla.

—Mi ex —admito al final.

—Espero que fueras tú quien dejara a ese capullo.

—En realidad fue él quien me dejó —confieso alzando los hombros—. Se le acabó el amor, supongo.

—Lo dicho, un capullo —masculla.

—No lo conoces.

—No hace falta hacerlo. Tiene que ser muy idiota si dejó escapar a una mujer como tú.

Bajo la vista a mi plato incapaz de seguir mirándolo a los ojos. ¿Por qué hace esto? ¿Por qué me trata como si fuera especial?

—Entonces, ¿no hay nadie importante en tu vida?

—No.

Soy una mentirosa, lo sé. Pero contarle a mi ligue, con el que pretendo tener solo una noche sudorosa que soy madre de tres niños y que son lo más importante de mi vida, no creo que sea lo más adecuado. Muchos hombres se sienten intimidados en cuanto les hablas de hijos y no quiero que eso nos corte el rollo. Esta noche es para mí y, por una vez, pienso ser egoísta.

CAPÍTULO 14



En cuanto Vega contesta a mi pregunta, sé que está mintiendo, pero no sé por qué lo hace. Por un momento pienso en la posibilidad de que siga colada por su ex y, aunque a mí eso no tendría que afectarme, en realidad me jode. Supongo que en el fondo me fastidia que siga sintiendo algo por ese gilipollas después de que la dejara tirada. Podría preguntarle qué pasó entre ellos, sin embargo, no quiero que ese idiota nos fastidie la noche.

—Entonces, ¿qué haces en tu tiempo libre? —cambio de tema para no incomodarla más.

—Tiempo libre... ¿qué es eso? —Se ríe.

—Mujer, imagino que no trabajarás las veinticuatro horas, ¿no?

—Si yo te contara... —indica misteriosa—. A ver, en el hipotético caso de que tenga tiempo libre, me gusta leer, escuchar música e ir al cine. ¿Y tú a qué te dedicas?

—Trabajo en una ferretería.

No voy a entrar en detalles y explicarle que tengo dos trabajos y a veces hasta tres. Mi vida privada es eso, privada, y solo la comparto con la gente cercana. No me apetece contarle a una desconocida mis problemas económicos y más sabiendo que posiblemente no la vuelva a ver.

—Y yo que pensaba que esos músculos eran de gimnasio —se burla.

—¿Alguna queja con mis músculos? —bromeo apretando mis bíceps a propósito—. Me cuesta mucho mantenerlos.

—Eres un creído —murmura.

Su voz pretende ser indiferente, y aunque lo intenta con todas sus fuerzas, la forma en la que mira mis brazos me demuestra que en realidad no lo es tanto.

—¿Tienes calor? Te veo un poco acalorada —la pico y ella pone los ojos en blanco—. ¿Qué tipo de películas te gustan?

—Comedias románticas, sobre todo, aunque también disfruto con las de acción. Cualquier género excepto el drama lacrimógeno y el terror.

—Yo adoro las películas de Marvel. Mi personaje favorito es *Iron Man*. Sé que no es un superhéroe como tal porque no tiene superpoderes, pero es increíble de todas formas. Es un gran personaje con un sentido del humor brutal. Lo siento, yo... —me disculpo al darme cuenta de que me he dejado llevar por mi entusiasmo.

—No te preocupes, conozco a otro fan de *Iron Man* —suelta una risotada que me parece de lo más tierna.

La miro con curiosidad, deseando saber quién es esa persona: un compañero de trabajo, un antiguo novio, un hermano... Pero justo cuando estoy a punto de preguntárselo, el camarero nos interrumpe y me arrebató la posibilidad de conocer la respuesta.

Cada vez que la conversación se vuelve más personal, Vega cambia de tema y me deja claro que no está preparada para hablar de su pasado. ¿Qué oculta? ¿Qué es eso que le hace tanto daño como para no querer hablar sobre ello? Y lo que es más importante, ¿por qué me importa a mí esa información? ¡Céntrate, Daniel!

Una vez que dejo de pensar en tonterías y presto toda mi atención en ella, me pongo duro al escuchar los ruiditos que hace al saborear su postre. ¡Joder! ¿Por qué me parece tan erótico la forma en la que lame la cuchara? Lo que más llama mi atención es que no lo hace para captar mi interés, su gesto es totalmente espontáneo y

eso hace que me encienda más todavía. Esa mujer no sabe el poder que tiene.

—Te has manchado —señalo atontado al ver su labio lleno de nata.

Me acerco a su cuerpo despacio para no asustarla y, al estar a un palmo de distancia, su aroma golpea mis sentidos, despertando en mí unas ganas locas de darle un bocado. Su perfume es dulce, pero no empalagoso. Un aroma adictivo y comestible que me deja noqueado.

Levanto la mano y espero unos segundos, dándole el tiempo suficiente para que se aparte si no quisiera mi contacto. Al ver que ella permanece inmóvil y me da el permiso que necesito, actúo. Le retiro la nata de sus labios y, sin pensarlo, me llevo el dedo a mi boca.

—Gra-gracias —tartamudea nerviosa.

Vaya, vaya. Al parecer no le soy tan indiferente como se ha empeñado en hacerme creer. Anoto en mi marcador mental el punto que acabo de ganar y me separo de ella, aunque en realidad preferiría seguir provocándola. Me divierte ver cómo, pese a ser una mujer con carácter, se ruboriza cuando le guiño un ojo o le hago algún halago. Teniendo esta información en mi poder, dedico toda la noche a rozar su mano y a propiciar situaciones que en un principio están pensadas para provocarla a ella, pero también consiguen volverme loco a mí.

Una vez que terminamos de cenar, pago la cuenta, a pesar de que se empeña en asumir su parte, y le propongo dar un paseo. Creo que, después de pasar una velada que ha conseguido encendernos, ambos necesitamos tomar aire fresco. Ella asiente a mi propuesta algo dudosa y ese punto de timidez altera todos mis sentidos.

La ayudo a ponerse el abrigo y, al salir a la calle, el frío impacta en mi cara dándome el alivio que necesitaba. Empezamos a caminar

en un silencio que para nada me resulta incómodo y de repente algo aparece en mi cabeza.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Depende de cuál sea.

—¿Por qué me dejaste plantado en nuestra primera cita? ¿Fue porque llegué tarde?

—La verdad es que tu impuntualidad no te hizo ganar puntos —contesta resoplando—, pero ese no fue el motivo.

—Entonces, ¿cuál fue?

No solo tengo curiosidad de saberlo porque consiguió herir mi ego, también necesito esa respuesta para conocerla un poco más. Sé que hay algo en mí que la hace dudar y que ha sido el detonante para que me rechazara todo este tiempo y quiero saber qué es.

—La diferencia de edad. Yo... soy mayor que tú —admite algo nerviosa.

—¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta —contesta avergonzada después de unos segundos de silencio.

—¿Estás diciendo que te marchaste de la cita como si tu casa estuviera en llamas porque nos llevamos doce años? —pregunto justo antes de echarme a reír.

—¡No te burles! —se queja cruzándose de brazos—. Daniel, tú y yo somos de mundos y épocas diferentes.

—¿Eres extraterrestre? —pregunto de forma exagerada con una mano en mi pecho para darle dramatismo.

—No seas idiota —se queja—, no tiene gracia.

—Joder, menos mal que eres humana —bromeo dándole un pequeño empujón con el hombro.

A pesar de lo enfadada que aparenta estar por burlarme de la situación, sé que le ha divertido mi comentario y que está aguantándose las ganas de reír.

—¿Tú te escuchas? ¡Ni que fueras de Marte! —exploto al descubrir el verdadero motivo de su rechazo—. ¿De verdad no querías tener una cita conmigo porque soy más joven?

—Me largo —masculla haciendo que cambie mi actitud.

—¡Espera! Lo siento, Vega. No me estoy riendo de ti, de verdad. Solo es que pensaba que tus motivos serían algo más... serios.

—¡Y son serios!

—Vale, no te enfades. Entiendo que para ti son serios —la tranquilizo—. No te vayas y te demostraré que la diferencia de edad no es un impedimento.

—Me quedo, pero estás a prueba —concede señalándome con un dedo.

—La verdad es que es una lástima...

—¿El qué? —pregunta confundida.

—Que seas humana. Tengo que reconocer que me habría dado mucho morbo liarme con una extraterrestre.

—¡Serás...!

Al verla tan enfurruñada, con una mezcla de indignación y diversión en sus ojos, no puedo evitar soltar una carcajada. Vega se tira encima de mí y me hace cosquillas a modo de venganza. Me retuerzo para esquivar sus pellizcos, sin embargo, la situación me parece tan absurda y divertida que no puedo parar. Me falta la respiración y me duele la cara de tanto reír.

No recuerdo cuánto tiempo hace que no me sentía así con una mujer. ¿Nunca? Suelo hacer el idiota y divertirme con mis amigos, pero mi actitud con las mujeres es distinta. Con ellas hablo de cosas superficiales y solo les muestro mi parte seductora. Con Vega todo es diferente. ¿Por qué cuando estoy con ella necesito que conozca mi verdadero yo y no la fachada que suelo mostrar? Precisamente ese fue el motivo por el que no volví al supermercado. La situación se estaba convirtiendo en algo demasiado especial y no me gustaba cómo me hacía sentir: una mezcla entre feliz e inseguro.

Mis pensamientos y la combinación de su delicioso aroma me paralizan y decido parar el juego. La atrapo entre mis brazos y ella, sorprendida por mi inesperada reacción, suelta un adorable gritito que me dibuja una sonrisa en la cara y me desboca el corazón.

Es preciosa. El brillo de sus ojos me atrae como una polilla a la luz y no puedo dejar de observarlos. Durante unos segundos nos quedamos inmóviles sin apartar la vista el uno del otro, como si al hacerlo fuéramos a estropear esta conexión. Su respiración está acelerada y su pecho se mueve tan deprisa que tengo la sensación de ver el bombeo desbocado de su corazón a través de su piel. Me reconforta saber que mi cercanía le afecta tanto, porque yo me siento igual siempre que la tengo cerca. ¿Qué me pasa? Suelo tener seguridad con las mujeres y nunca dudo cómo reaccionar, pero ella ha conseguido embrujarme con su sola presencia.

Vega se muerde el labio y consigue que salga de su hechizo. Parpadeo aturdido, desviando la vista a su jugosa boca y justo entonces comprendo que ya no hay vuelta atrás. En el instante en el que nuestros labios se toquen todo cambiará y, aunque esta seguridad me hubiera acojonado en otro momento de mi vida, ahora solo puedo pensar en lanzarme al vacío para averiguar cómo saben sus besos.

CAPÍTULO 15



¡Joder con el niño! ¿Cómo consigue alterarme solo con una mirada? No quiero pensar en qué sentiré cuando me toque, porque sí, aunque esté muerta de miedo, eso va a suceder.

Daniel mira mis labios con apetito y se acerca a mí, despacio. Su cercanía hace que se me erice la piel y cierre los ojos.

—Un momento —lo detengo antes de que ya no haya vuelta atrás—. Sabes que esto es solo sexo, ¿verdad?

—Claro... —me da la razón para continuar con su acercamiento.

—No, Daniel. Hablo en serio —exijo dándole un pequeño empujón—. No quiero que pienses que entre nosotros puede haber algo más que...

—Tranquila, yo también busco eso.

Su respuesta debería tranquilizarme, sin embargo, me deja más inquieta. No sé por qué, pero tengo la sensación de que su boca dice una cosa y sus ojos otra. ¡A la mierda! No voy a preocuparme y darle vueltas al asunto como hago siempre, hoy he decidido dejarme llevar y pensar en mí y eso es lo que haré.

Me lanzo a su boca desesperada, como si besarla fuera justo lo que necesito para recuperar el aliento. Nos devoramos con una urgencia que asusta. Nuestras manos recorren la piel del otro con la desesperación de quien intenta aprenderse un mapa de memoria antes de que se apague la luz. Besarla es un incendio; un caos adictivo que hace que el resto del mundo se evapore.

De repente, su mano se cuela debajo de mi camisa. Su tacto es cálido y calienta mi piel como si fuera lava de un volcán. Me retuerzo de placer y tiro de su pelo, pidiéndole sin palabras que continúe con su avance. Pero justo en el instante en el que voy a suplicarle que me desnude, recuerdo dónde nos encontramos. ¡Joder! Me ha puesto tan caliente que hubiera sido capaz de acostarme con él en este parque. ¿Será que se me ha pegado su juventud y empiezo a hacer locuras?

—Deberíamos ir a un hotel —jadeo contra su boca.

—Vivo cerca —murmura sin dejar de besarme.

—Daniel... —gimo—. Para o al final nos detendrán por exhibicionismo.

—Me importa una mierda —suelta metiéndome mano.

—Claro, como a ti te protege la ley del menor si nos pillan... —le provoco entre jadeos.

—Ja-ja, muy graciosa —se queja—. Ya te enseñaré yo lo crío que soy.

Me da un pequeño azote en el culo a modo de venganza y, lejos de ofenderme, me humedezco. ¡Cómo me pone el niño este! *Joder, Vega, ¡contrólate que no eres una adolescente!*

—Te lo advierto, voy a enviarle la ubicación de tu casa a mi mejor amiga. Así que, si eres un asesino en serie y pensabas descuartizarme para no dejar rastro, yo que tú me lo pensaría. Nora es peor que la policía y no descansará hasta encontrarte. —Mis palabras atropelladas no consiguen sonar a amenaza.

—Qué mona, ¿hablas así de rápido siempre que estás nerviosa? —pregunta sonriendo de medio lado.

—¡Yo no estoy nerviosa! —me quejo—. Anda el niño este. Cuando tú eras un mocoso, yo ya me estaba metiendo mano con mi primer novio.

—Me encanta el carácter electrizante que tienes, *chispitas*. Anda, ven aquí.

Daniel tira de mí y me da un último beso que me sabe a poco y que consigue que todas las chispas causadas por la irritación se concentren en otro lugar y que provoquen un incendio entre mis piernas.

Caminamos de vuelta hacia el restaurante y, al verlo detenerse delante de una moto, lo miro con los ojos muy abiertos.

—Su carruaje está listo, *Milady* —dice con una exagerada reverencia.

—Ni de coña.

Él suelta una risita y saca dos cascos del baúl de la moto, ignorándome.

—No pienso subirme a eso —me quejo cruzada de brazos.

Aunque debo admitir que, al verlo acercarse sin apartar la vista de mis labios, empiezo a tener dudas. Pero en cuanto me come la boca con ansia, olvido el miedo que me produce esa máquina infernal y, sin darme cuenta, termino subida, agarrada a su espalda como si fuera un maldito koala. Notar el calor de su cuerpo y la vibración entre mis piernas solo hace que mi grado de excitación aumente. Cada vez que toma una curva, clavo mis dedos en sus trabajados abdominales para adaptarme a sus movimientos y, lejos de asustarme, me enciende más.

Pocos minutos después detiene la moto y, a pesar de no haberme querido montar en un primer momento, el viaje se me ha hecho demasiado corto. Daniel coloca el caballete y, sin moverse, me tiende una mano para ayudarme a bajar. Después se baja con movimientos felinos y no puedo evitar pensar en cosas obscenas encima de ese asiento. Él me quita el casco muy despacio y me da un beso abrasador.

—¿Todo bien?

Ese beso ha sido tan calcinador que solo puedo asentir con la cabeza como una tonta. Mi cita suelta una risita y tira de mi mano para que camine. Al llegar a su portal, saca una llave del bolsillo de su pantalón y, sin soltarme, abre la puerta. Una vez dentro del

ascensor, coloca sus manos en mi cara y me arrincona en las paredes del cubículo cumpliendo uno de mis tantos sueños eróticos. Me devora, me muerde y me excita como nadie lo había hecho nunca. ¡Este niño va a acabar conmigo y con mi ropa interior!

El ascensor se detiene y salimos a trompicones sin separar nuestros labios. Mete la llave en la cerradura sin mirar y abre la puerta sin soltarme. Al ver la destreza con la que lo hace, no puedo evitar pensar en todas las veces que habrá hecho este mismo gesto con otras mujeres. Cuando cierra la puerta y me aprisiona contra la madera, dejo de pensar.

—Me vuelves loco —masculla mordiéndome el labio.

—Te necesito —gimo.

Avanzamos a oscuras hasta su habitación y, en el instante en el que se cierra la puerta, nuestras manos van directas a su objetivo: desnudarnos. Daniel se detiene un segundo para anclarse en mis ojos. Empieza a desabotonar mi camisa con una parsimonia que me saca de quicio. Quiero velocidad, quiero piel, quiero que el mundo se detenga en esta cama. Desesperada, tiro de su jersey y se lo arranco sin contemplaciones, dejando al descubierto unos abdominales que no tienen nada que envidiarles a los modelos de pasarela. Sabía que tenía tatuajes, pero ver sus brazos y su pecho cubiertos por dibujos me impresiona. Todo él me impresiona.

—Jo-der —murmuro sin dejar de mirarlo.

—¿Te gusta lo que ves, *chispitas*?

Para vengarme de su burla, termino de quitarme la camisa y me quedo en sujetador. Desabrocho el pantalón y bajo la cremallera muy despacio, tentándolo. En el momento en el que mi tanga asoma por encima de la cinturilla, Daniel contiene la respiración y me arrastra hasta su cama.

—Parece que tienes un poco de prisa —lo provoco con un contoneo.

—Mucha prisa —dice justo tumbándose encima de mí mientras baja mi sujetador de un tirón.

Maldigo al notar su lengua en mi pezón y me retuerzo impaciente. Da un tirón con los dientes y me arranca un gemido, mezcla del placer y del dolor. Después trata de aliviarlo con un lametazo, y, en lugar de eso, consigue que mi cuerpo entre en llamas. Mete una mano por mi pantalón y me acaricia por encima de la ropa interior, haciendo que pierda la cabeza.

—Qué ganas te tengo —murmura.

Cuando tira de la cinturilla de mi pantalón para bajármelos, me parece escuchar un ruido a lo lejos, pero al ver que no se repite, vuelvo a concentrarme en sus manos y en su boca.

—Más... —suplico.

—¿Daniel?!

Al escuchar una voz de mujer a lo lejos, me incorporo dándole un cabezazo a mi cita. ¿Quién coño es esa mujer?!

—Dani cariño, ¿estás en casa?

—¡Joder, mi madre! —exclama el susodicho colocándose la camiseta a toda prisa mientras se pone en pie.

Por un momento me quedo inmóvil encima de la cama, pero al darme cuenta de la situación, me bajo de un salto y me visto como puedo.

—¿Vives con tu madre?! —grito y susurro a la vez.

—Sí, esto...

—Si ya sabía yo que no era buena idea liarme con un crío —me quejo más para mí que para él—. Sal ahí fuera y distráela para que pueda irme sin que me vea.

—¿En serio me vas a dejar así? —pregunta señalando su erección.

—¿iEn serio pretendes que lo hagamos teniendo a tu madre al otro lado?! —exclamo indignada.

—¡Joder! ¡Me cago en la puta! —susurra, enfadado—. Está bien, aunque esto no va a impedir que terminemos lo que hemos

empezado.

Antes de que pueda darle una contestación a su promesa o amenaza, no lo tengo claro, me da un beso rápido y sale de la habitación recolocándose el paquete. Respiro profundamente y sonrío con amargura al pensar que parezco la amante que se esconde para no ser pillada. Os juro que en otro momento me partiría de risa por la situación, sin embargo, ahora necesito huir sin que su madre me vea.

¡Si ya decía yo que liarme con un crío no me iba a traer nada bueno!

CAPÍTULO 16



Salgo de la habitación más caliente que el tubo de escape de un coche y, una vez que cierro la puerta, cierro los ojos y me quedo quieto unos segundos para relajarme. Lo último que quiero es que mi madre se encuentre con la tienda de campaña que tengo ahora mismo en los pantalones. Tomo aire por la nariz y lo expulso por la boca despacio, buscando el equilibrio que necesito. Pero entonces el recuerdo de los pechos de Vega me golpea y termino más duro que antes.

—¡Mierda! —maldigo derrotado de camino a la cocina, sabiendo que no voy a conseguir deshacerme de mi erección tan fácilmente.

—Cariño, ¿dónde estabas metido? Te he llamado varias veces.

«Sí, ya te he escuchado. Vaya si te he escuchado». Pienso al recordar su interrupción.

—Hola, mamá —saludo dándole dos besos—. ¿Qué haces aquí? ¿No me dijiste que ibas a casa de Cecilia?

Hace meses que mi madre no dejaba de hablar sobre el fin de semana que pasaría en casa de su mejor amiga que vive en Fuengirola y, hasta donde yo sé, su tren salía esta mañana temprano. Entonces, ¿por qué no se ha ido?

No quiero que me malinterpretéis, la quiero muchísimo. Aunque hay días en los que solo me apetece disfrutar de mi soledad y mi señora madre tiene un talento innato para hablar sin parar. Además, desde que me enteré de que iba a estar solo este fin de semana, supe que tenía que traer a Vega aquí. ¿Que por qué decidí traerla a

mi piso en lugar de a un hotel? No tengo ni puta idea. Con mis ligues no suelo hacer excepción: lo hacemos en su casa o en un hotel. No les doy falsas esperanzas y de ese modo nunca esperan nada de mí. Soy sincero desde el principio y la verdad es que, hasta ahora, no me ha ido nada mal. Por eso no entiendo por qué todo con ella es diferente. Desde el día en el que la conocí he actuado de forma extraña y es algo que me tiene muy confundido. Sea como sea, eso es algo que meditaré en otro momento. Ahora no tengo fuerzas para averiguarlo.

—Y me fui... Estuvimos todo el día la mar de bien hasta que la hija de Cecilia la llamó para decirle que habían hospitalizado a su suegra. Mi amiga tuvo que quedarse con sus nietos y yo, la vi tan agobiada, que decidí volver para dejarlos tranquilos. Lo último que quería era molestar.

—Qué lástima que se haya estropeado vuestro fin de semana —digo al pensar más en mis interrumpidos planes que en los suyos.

—Pues sí, cariño. Es lo que pasa al tener nietos. Yo como no tengo... —me echa en cara la muy tunanta.

—Mamá, ya sabes que yo no quiero tener hijos —le advierto por millonésima vez—, así que tendrás que conformarte con los de tus amigas.

—Pues es una lástima, serías un padre maravilloso.

—Ni lo sueñes. Me da urticaria solo de imaginar a un pequeño diablillo destrozando mi colección de coches y pintando las paredes —suelto, exagerando el drama para cerrar el tema.

En ese instante, Vega pasa por detrás de mi madre y, antes de desaparecer, me mira de forma extraña. ¿Por qué parece que, de repente, he perdido puntos? ¿Será porque ha descubierto que sigo viviendo con mi madre? Seguro que ahora habrá reafirmado lo que ha pensado de mí todo este tiempo: que soy un niño. Joder, ¿por qué tenía que aparecer justo cuando empezaba a cambiar de opinión? Trago el nudo que se me ha formado en la garganta,

temiendo haber tirado por la borda todo lo que he conseguido en estas semanas, y presto atención a mi progenitora.

—No todos son así —aporta la susodicha, desconociendo mi lucha interior—. Sin ir más lejos, el otro día me encontré en el centro de salud a tres niños de lo más educados. El pequeño era un poco revoltoso, pero sus hermanos lo vigilaban para que no hiciera ninguna travesura. ¡Eran tan bonitos!

Mientras mi madre me cuenta las hazañas de esos tres renacuajos y veo la emoción en sus ojos, por un momento, uno pequeño y diminuto, me entran ganas de procrear para hacerla feliz. ¡Ni de coña!

—¿Y me cuentas todo esto para...? —la animo con las manos.

—¡Para que sientes la cabeza de una vez y me des unos angelitos como esos a los que poder cuidar! Estoy harta de escuchar a mis amigas hablar de sus nietos.

Si mi madre supiera que, justamente ella, ha impedido que pueda practicar el acto de hacer bebés...

—Pues si no saben hablar de otra cosa, quizá deberías cambiar de amigas —indico exasperado.

—¡Daniel! —me regaña como si todavía tuviera cinco años—. ¡Lo que quiero es poder hablar yo de los míos!

—Vale, mamá...

—¡No me des la razón como a los tontos!

Joder, ver la emoción en sus ojos mientras habla de bebés, me rompe el corazón.

—Tienes que entender que no a todo el mundo le hace feliz tener hijos. Pero te prometo que, si algún día encuentro a la mujer indicada, no pararé hasta preñarla —bromeo para que su humor cambie.

Al ver que ella suelta una risita por mi comentario, suspiro aliviado. Me duele verla triste, ya ha tenido demasiado sufrimiento en su vida como para que yo sea el causante de sus lágrimas.

—Está bien, hijo, no te atosigo más. —Me da un beso en la mejilla—. Uy, estás muy caliente, ¿no?

Ni te imaginas cuanto...

—Es que hace mucho calor —miento.

—A ver si vas a tener fiebre —indica llevando su mano a mi frente como cuando era pequeño.

Si tú supieras el tipo de fiebre que tengo, te escandalizarías.

—Estoy bien, de verdad. Me voy a la cama.

Salgo de la cocina antes de que me obligue a tomarme alguna pastilla o, lo que es peor, algún mejunje natural de esos que ha visto en algún TikTok. Al entrar en mi habitación, el aroma de Vega me golpea en la cara. Cierro los ojos y aspiro su olor como si fuera un puto psicópata. *Joder, esta mujer me tiene tonto perdido.* Aturdido, desbloqueo el móvil y le envío un mensaje.

Daniel:

Hola, ¿estás todavía por aquí?

Vega:

No, estoy en el taxi camino a mi casa.

Daniel:

Pásame tu ubicación y terminamos lo que hemos empezado.

Vega:

Es mejor que lo dejemos así.

Daniel:

De verdad siento lo de mi madre.

Vega:

Tranquilo, a veces las cosas no tienen que pasar y ya está.

Daniel:

No pensarás que esto se va a quedar así, ¿no?

Vega:

*A veces el destino te da señales, Dani.
Aceptémoslo.*

Daniel:

*Al cuerno el destino.
Necesito otra oportunidad. Por favor.*

Vega:

¿Me lo estás exigiendo?

Daniel:

No, te lo estoy suplicando.

¿De verdad acabo de suplicarle a una mujer? ¿Qué coño me pasa? Jamás he tenido que suplicar las atenciones de ninguna. Si alguna vez me rechazan, cosa que no me suele pasar, paso a otra cosa y punto. Entonces, ¿por qué me jode tanto su negativa?

Daniel:

Por favor...

Vega:

Está bien.

—¡Sí, joder! —grito levantando el puño en señal de victoria.

—¿Estás bien, cariño? —Escucho a mi madre a lo lejos.

—¡Sí, mamá! —grito para que no entre en mi habitación.

Daniel:

*Dime el día y la hora.
Me adapto.*

Vega:

Ok.

Después de su última y seca contestación, Vega deja de estar en línea y, aunque el miedo que siento me oprime el pecho, trato de ser optimista. ¡Por lo menos ha accedido a darme otra oportunidad! *Sí, y quizá esta sea la última, así que no la puedo volver a cagar.*

Dejo el teléfono encima de la mesita de noche y voy al lavabo a darme una ducha. Necesito refrescar las ideas y también algunas partes de mi cuerpo o saldré ardiendo. Mientras me desnudo, pienso en el tacto de su piel y en la forma en la que gemía mi nombre pidiendo más. Mierda, esta mujer va a acabar con mi paz mental.

Abro el grifo y, antes de que se caliente el agua, me meto debajo del chorro para enfriar mi estado enfebrecido. Pero a pesar de mis esfuerzos, lo único que consigo es que mi jodida cabeza no deje de imaginarla aquí conmigo, haciendo travesuras. Solo de pensar en su cuerpo mojado y en las gotas recorriendo su piel, me pongo más duro.

—Joder —mascullo al saber que he perdido la batalla.

Bajo mi mano con decisión y me masturbo sin dejar de pensar en su magnetismo. Cierro los ojos extasiado y aprieto el puño con fuerza. Un calor sofocante empieza a subirme por los pies y no se detiene hasta llegar a mi cabeza. Imagino que es ella la que me acaricia y, cuando llego al límite, maldigo el momento en el que nos interrumpieron. ¿Cómo es posible que, aun en la lejanía, esta mujer consiga volverme loco?

Se me escapa un gemido desesperado al imaginarla arrodillada frente a mí, introduciéndose mi polla en su pecaminosa boca y, de forma automática, acelero el ritmo. Su recuerdo es tan potente que, unos segundos después, aprieto los dientes y termino explotando sobre las baldosas de la ducha.

—Esto es una puta locura —suelto entre jadeos.

¿Qué coño estás haciendo conmigo, Vega?

CAPÍTULO 17



Sus manos recorren mi muslo interno hasta llegar a la unión de mis piernas. Un calor extremo sube por mi cuerpo y me arranca un gemido de placer. Me remuevo ansiosa suplicándole que no se detenga y, justo cuando está a punto de traspasar la barrera de mi ropa interior, algo me devuelve a la realidad.

Unos gritos, que no son míos, me arrancan de este sueño tan erótico y me devuelven a la realidad. Abro un ojo buscando el origen del caos y, al comprobar que no hay ningún incendio ni catástrofe a mi alrededor, intento recuperar el hilo de mi sueño con Daniel. Estábamos en lo mejor, justo donde la realidad nos cortó el rollo el viernes. *¿Por qué el subconsciente es tan cruel de despertarme en el clímax?*

—¡No! ¿Qué haces, Jairo? ¡Lo vas a empeorar!

En cuanto escucho el nombre de mi hijo pequeño, me bajo de la cama de un salto y cualquier calentamiento anterior desaparece de inmediato. ¡Qué habrá hecho ahora! Salgo corriendo de mi habitación y, al poner un pie en el pasillo, me doy cuenta de la gravedad del asunto. Al descubrir que el suelo está inundado de agua, los engranajes de mi cabeza se mueven para buscar las posibles causas de este incidente, porque el causante ya lo tengo claro.

—¿¡Niños!?

—¿Lo ves? ¡Por tu culpa hemos despertado a mamá! —lo regaña Manu.

—¡Estamos aquí! —grita Alba desde el lavabo.

Cierro los ojos para enfrentarme con el problema y asomo la cabeza con auténtico pánico. Mi hijo pequeño es un amor, la alegría de mi casa, sin embargo, tiene una imaginación desbordante y se le suelen ocurrir ideas de bombero. Vamos, una bomba de relojería que, cuando explota, arrasa con todo.

—¿Qué habéis hecho? —pregunto asustada.

Mi lavabo está lleno de agua, de papel higiénico y de toallas por todas partes. Al ver el estropicio, deduzco que Jairo ha vuelto a atascar el inodoro y que ha pulsado el botón de la cisterna varias veces para salir del paso. Pero en lugar de eliminar el tapón, lo único que ha conseguido es llenarlo todo de agua. Miro a mis hijos con el rostro endurecido y, aunque me da pena ver sus caras de arrepentimiento, me mantengo firme. Soy la única autoridad en esta casa y no puedo dejar que vuelvan a hacer algo así.

—Ha sido Jairo —confiesa Manuel.

—¿Y se puede saber qué ha ocurrido? —pregunto mirando a mi hijo pequeño enfadada.

—Mami, ha sido un incidente.

Dios, esos ojitos son mi perdición. Cuando me mira con esa carita de pena, mi corazón se ablanda y tengo que esforzarme para no ceder a su pequeña artimaña. ¡Es todo un maestro de la manipulación!

—Querrás decir accidente —lo rectifica su hermano mayor, poniendo los ojos en blanco.

—¡Eso he dicho! —suelta ofendido el otro.

—Ya hablaremos después del motivo por el cual el lavabo parece una piscina olímpica. ¿Por qué no me habéis despertado cuando ha empezado a inundarse? Imagino que hace rato que intentáis solucionar el problema sin mi ayuda, ¿me equivoco? —los regaño cruzada de brazos.

—No queríamos despertarte en tu día de descanso —indica una pesarosa Alba.

Sé que se siente decepcionada consigo misma por no haber podido solucionar el problema sola y eso es algo que tendré que hablar con ella. No quiero que con ocho años sienta que es la adulta responsable de la casa. Pero esa conversación tendrá que esperar.

Me acerco al inodoro y, al ver el estado en el que se encuentra, soy consciente de que tengo que llamar a un profesional. ¡Mierda! Otro gasto más para este mes. Vuelvo a mi habitación y, sabiendo que me va a costar un ojo de la cara, busco en mi teléfono el número de urgencias de un fontanero. Desesperada, llamo al primer teléfono que aparece en el buscador y, por suerte, me dicen que envían a alguien lo antes posible. Después de advertirles a mis hijos que se porten bien, entro en el lavabo e intento recoger un poco el estropicio. Media hora más tarde, suelto un resoplido mezcla del cansancio y de la frustración al escuchar el timbre. *Esto me va a salir caro.*

En cuanto abro la puerta, mi problema mañanero pasa a un segundo lugar en mi lista de preocupaciones, o me atrevería a decir que pasa a una tercera, cuarta o hasta quinta posición.

—¿iTú!? —exclamo al ver a Daniel en la puerta de mi piso.

—Has llamado a un fontanero, ¿no? —pregunta con chulería.

Frunzo el ceño al recordar el problema que tengo en mi lavabo y asiento sin creer la mala suerte que tengo. Es entonces cuando caigo en la cuenta de cómo va vestido. Lleva un mono gris oscuro y le queda tan bien que me hace pensar si todos los fontaneros serán así de sexis con su uniforme de trabajo. ¡No, imposible! La percha es lo que hace que ese mono sea motivo de las fantasías sexuales de cualquier mujer. Este chico estaría atractivo hasta con un saco de patatas en la cabeza.

—¿Y bien? ¿Puedo pasar? —Su mirada pícara me dice que sabe perfectamente que acabo de desnudarlo con los ojos.

—¡Claro! —contesto al darme cuenta de que me he quedado mirándolo embobada.

En cuanto pone un pie en mi piso, todo me parece más pequeño. No solo porque vivo en una lata de sardinas, también porque su imponente figura y su aura de «Soy un tío seguro de mí mismo», hacen que me sienta pequeñita.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —pregunta en su versión profesional.

—Ha habido un accidente y necesito que me desatasques la tubería —suelto sin pensar.

El causante de mis sueños húmedos me mira con la ceja levantada y me dedica una sonrisa que incendia mi ropa interior. Al ser consciente de la diversión en su cara, me doy cuenta de lo mal que ha sonado.

—Quiero decir... —aclaro nerviosa.

—Te he entendido, Vega —se burla—. ¿Dónde está el problema?

El problema está en que mi mente calenturienta no puede pensar con claridad cuando te tengo delante, pienso al escucharlo. Le hago un gesto con la mano para que me siga y lo llevo hasta la zona cero.

Daniel observa el lavabo con ojo crítico, deja la caja de herramientas en el suelo y se remanga el mono. ¿Por qué un acto tan normal me pone tan caliente? ¡Mierda! Acabo de darme cuenta de que da igual lo que haga, todo en él me enciende.

—Tranquila, no es nada serio —me tranquiliza al confundir mi cara de pervertida con la de preocupación.

Con profesionalidad, abre la caja de herramientas y saca una varilla flexible. La introduce con cuidado por la curva del inodoro y, al verlo, no puedo evitar pensar en otra cosa. *¡Vega, eres una pervertida!*

—Con esto romperemos la obstrucción y engancharemos lo que ha atascado tus tuberías —suelta el muy canalla, sin dejar de meter la varilla.

¿No hace mucho calor de repente?

Después de unos infernales segundos observando sus músculos moviéndose por el esfuerzo, me informa de que ya ha empezado a ceder. Una vez que consigue desatascarlo, tira de la varilla y, cuando veo qué era lo que taponaba el tubo, me pongo roja, morada, azul y de todos los colores del arcoíris.

—Bonitos tangas —suelta el muy idiota, con una carcajada que termina de mandarme al subsuelo de la vergüenza.

—¡Jairo! —grito sin pensar en las consecuencias.

—¿Sí, mami? —contesta de forma dulce mi pequeño demonio, sonriendo como si en realidad fuera un angelito.

—¿Por qué está mi ropa interior en el váter? —mascullo entre dientes, muerta de la vergüenza.

—Es que... estaba jugando a los *Avengers* y necesitaba tirachinas para lanzar la munición al enemigo. —De fondo escucho la risita de Daniel que casi consigue distraerme de mi regañina.

—¿Todos mis tangas se han caído? —pregunto enfadada.

—Mamá, tú no lo entiendes. Esto ha sido una verdadera batalla *pancal*.

—¡Campal! —grita Manu a lo lejos para rectificarlo como hace siempre.

—¡Eso he dicho! —se defiende y luego me pone ojitos.

—Cariño, sabes que mi ropa interior no es un tirachinas, ¿verdad?

—Es que necesitaba refuerzos... —se excusa.

La carcajada de mi fontanero favorito, divertido por las explicaciones de mi hijo, consigue que la piel se me erice y que mis pezones se pongan firmes, saludándolo. *¡Céntrate, Vega!*

—¿Habéis ganado la batalla? —pregunta Daniel de repente.

—¡Por supuesto! ¡Los buenos siempre ganan! —dice orgulloso de su proeza.

Madre mía, justo lo que necesita mi hijo: alguien que le aliente a seguir haciendo este tipo de cosas.

—No sabía que tenías un hijo —murmura demasiado cerca.

—En realidad tiene tres —suelta el listillo de mi hijo mayor poniéndolo en su lugar.

Daniel, en cuanto ve a mis tres niños en el marco de la puerta, se queda blanco como el papel. Ya está, todo se ha terminado antes de empezar.

Ahora ya sabe que soy madre soltera y saldrá huyendo como hacen todos al no parecerle tan atractiva.

—Anda, pequeño guerrero, vete con tus hermanos a ver los dibujos y deja lo de salvar el mundo para otro día, ¿entendido?

—¡Sí, mamá! —exclama haciendo un divertido saludo militar.

—Cariño, ¿puedes vigilar a tu hermano, por favor? —le pido a Alba que se ha quedado embobada con Daniel

—Claro, mamá —contesta dejándonos solos.

—Bien, pues esto ya está —concluye serio al pulsar el botón de descarga.

El sonido del agua circula libremente y hace que vuelva a prestarle atención. Ayer, cuando salí huyendo de su casa, escuché sin querer la conversación que tuvo con su madre. A pesar de que solo es sexo, saber que Daniel tiene alergia a los niños, me dolió más de lo que jamás admitiré. Sabía que esto pasaría al enterarse de la verdad, pero eso no significa que me guste su reacción.

—Claro, dime cuánto te debo.

En cuanto me dice el precio por su servicio, saco el monedero y le pago sin decir ni una palabra.

—Muchas gracias por todo.

Y con todo no solo me refiero a su trabajo de fontanero, también me refiero a lo que ha hecho conmigo estos últimos días. Gracias a

él he vuelto a ilusionarme y a ser la Vega que había enterrado bajo capas de responsabilidad al convertirme en madre.

—Un placer. Vega, yo...

—No tienes que decir nada, de verdad. Como te imaginarás, tengo mucho que limpiar y que vigilar —señalo con mi cabeza hacia el comedor.

—Sí, claro —acepta caminando hacia la salida.

—Adiós, Daniel.

Esa despedida no es un hasta luego. Es un adiós que lo libera de liarse con una madre soltera.

CAPÍTULO 18



Mierda. Es madre. Vega tiene tres jodidos niños. Esta frase no deja de sonar en mi cabeza desde que he salido del piso de la mujer que ha conseguido poner mi mundo del revés.

Además de en la ferretería, también trabajo algunos fines de semanas haciendo urgencias. Por eso, cuando mi jefe me dijo que tenía que ir a desatascar un lavabo, irónicamente pensé que era la forma perfecta de empezar un domingo. Pero al ver a Vega detrás de esa puerta, creí que era mi día de suerte. Todo iba a las mil maravillas: el coqueteo, mi exhibición de machito capaz de solucionar su «problema», hasta que llegaron sus hijos. ¡Tres! Joder, no es que odie los niños —los de otros, claro—, sin embargo, eso lo complica todo.

Reconozco que me gusta estar con Vega. Me divierto con ella y, para que engañarnos, está buenísima y me pone muy caliente. Pero es madre. No es que saberlo haya apagado mis ganas de tenerla en una cama o que me parezca menos atractiva, aunque no quiero romperle el corazón. Nunca he sido material de novio, ni nada que tenga que ver con el compromiso y no pienso intentarlo con ella si no estoy seguro de poder mantener una relación. Por mucho que me guste, no voy a jugar a las casitas ni voy a ser el padre que esos niños necesitan.

¡Maldita sea! Tendré que hablar con mis amigos y admitir que he perdido la apuesta. Me fastidia saber que se burlarán de mí durante meses por culpa de mi derrota, y si bien creía que su reconocimiento era lo que más me importaba, me doy cuenta de que en realidad es

lo más insignificante de esta situación. Desde el principio he tratado de convencerme de que Vega solo era un desafío más, en cambio, acabo de darme cuenta de que ella me importa más de lo que creía. *Genial, justo el día que he decidido alejarme de ella me doy cuenta de que me gusta de verdad.*

Confundido, llamo a la única persona capaz de ordenar las ideas en mi cabeza y, de paso, darme una colleja para hacerme ver la realidad si fuera necesario.

—Tío, estoy en medio de una partida —se queja mi mejor amigo.

—No me jodas, friki. Luego dirás que odias el apodo que te pusimos de niños. —Pongo los ojos en blanco a pesar de que no me está viendo.

La línea se queda en silencio y, cuando escucho una maldición al otro lado del teléfono, sé que Rafa sigue metido de lleno en la partida y que me ignora.

—¿iPuedes hacerme caso!? Joder, estoy en medio de una crisis existencial y tú jugando a esas mierdas —me quejo indignado.

—No son mierdas —masculla entre dientes y yo sonrío sabiendo que he captado su atención—. ¿Tan grave es lo que me tienes que contar?

—Tanto que no puedo explicártelo por teléfono.

—Está bien, capullo —bufa exasperado—. Pero ven a mi casa, no me apetece salir.

—Claro, llevaré desodorante. Seguro que has pasado mil horas delante del ordenador y tu habitación apestará a oso.

—Serás gilipollas. Si tanto te molesta mi olor, no hace falta que vengas. Te recuerdo que eres tú el que necesita hablar.

—iVale, vale! No te ofendas. Voy para allá.

Cuelgo la llamada y veinte minutos después toco el timbre de la casa de Rafa. Mi mejor amigo vive a las afueras de Málaga, en un garaje totalmente reformado debajo de la casa de sus padres. Si, él tampoco se ha independizado. Trabaja desde casa haciendo

videojuegos y, aunque el tío es superbueno en lo que hace, todavía no le ha llegado esa oportunidad que necesita para independizarse. Por lo menos él tiene algo de intimidad en esa cueva.

—¡Capullo! —grito golpeando la puerta al ver que no me ha escuchado.

Seguro que tiene puestos los auriculares a toda hostia y no se ha enterado del timbre.

Unos minutos después, un despeinado y ojeroso Rafa abre la puerta y me hace un gesto con la cabeza para que pase dentro. Tal y como me imaginaba, mi amigo lleva horas o días delante del ordenador.

—Joder, ¿cuánto hace que no ventilas esto?

—Si has venido a insultarme, ya te puedes largar —me amenaza.

Al ver su seriedad, me cierro la boca con una cremallera imaginaria y lanzo la llave a mis espaldas para darle un toque cómico a la situación. Mi mejor amigo pone los ojos en blanco y suelta una risita. Hago un hueco entre las prendas de ropa que hay en el sofá y me siento.

—Tú dirás —dice mi amigo dejándose caer en su silla.

—Es madre.

—¿Quién?

—¡Vega! Tiene tres niños.

Rafa me mira muy serio y, después de unos segundos que se me hacen eternos, se cruza de brazos.

—¿Y? ¿Cuál es el problema?

—No pienso conquistar a una madre.

—Joder, tío, ni que ellas no follaran.

—¡No es eso, idiota! Lo que quiero decir es que no me parece bien jugar con una madre soltera para ganar una apuesta. No es justo.

—Olvídate por un momento de la apuesta y de sus hijos. ¿A ti te gusta ella?

Medito durante unos segundos su pregunta y enseguida encuentro la respuesta.

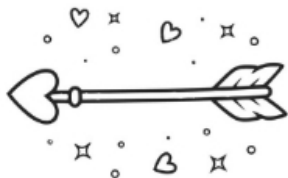
—Sí, aunque no sé si me gusta lo suficiente como para empezar una relación.

—Entonces tendrás que averiguarlo.

—¿Y si en el fondo me siento así porque lo que me pone es el reto de conquistarla?

—Eso no lo sabrás hasta que no lo intentes.

El jodido friki tiene razón. Tengo que acercarme a ella y probar si lo que siento es real. Desde el principio, Vega me ha advertido que lo nuestro solo será sexo, así que, ¿por qué no intentarlo? Ella no quiere nada serio, por lo que, si nos acostamos y se pierde la magia, ya habré conseguido la respuesta. Pero ¿y si soy yo el que quiere algo más y ella no? Entonces estaré muy jodido.



Al día siguiente entro al supermercado con paso firme, y en cuanto veo a Vega a lo lejos sonriéndole a un cliente, la poca seguridad que parecía tener se esfuma.

—¡Hombre, Daniel! Dichosos los ojos...

—Hola, Juliana, ¿cómo está la dependienta más guapa de toda Málaga? ¿Has ido a la peluquería? —la adulo.

—Eres un zalamero. No es necesario que me hagas la pelota, ya sé que vienes a ver a otra dependienta —dice palmeando mi espalda.

¿Tan evidente es? Sí, supongo que sí.

Sonrí a Juliana y me acerco hasta la caja de la única mujer que ha conseguido que me replantee muchas cosas.

—Hola, Vega.

—¿Daniel? —pregunta sorprendida.

Muy bien, campeón. Seguro que con la cara de espanto que pusiste al conocer a sus hijos pensó que no te volvería a ver el pelo.

—Veo que hoy no compras nada —indica al ver que tengo las manos vacías—. Supongo que ya no es necesario.

—No.

—¿Qué te trae por aquí? —Me duele ver la forma en la que sus hombros se hunden mientras intenta aparentar indiferencia.

—Vega, no es necesario que compre nada porque ya no me apetece fingir. He venido aquí a verte a ti, no a comprar. Que te quede claro —remarco.

Ella asiente y, al ver que sus ojos brillan un poco más que antes y que he conseguido borrar esa melancolía, me siento satisfecho.

—Lo de ayer... tus hijos... —balbuceo nervioso sacando el tema por el que he venido a hablar con ella.

—No te preocupes, es normal que no te lo esperaras. Nunca te hablé de ellos. Y entiendo que...

—No me importa que seas madre. Quiero volver a quedar contigo —le aclaro.

—¿Qué dices? Eso es imposible. Hemos tenido dos oportunidades y ninguna de ellas salió bien. ¿Qué te hace pensar que tenemos que intentar una tercera? Creo que el universo trata de decirnos algo.

—¡Me la pela el universo!

—Eres como un niño —me regaña, cruzándose de brazos, y a mí su reprimenda me pone como una moto.

—Queda conmigo y te demostraré que no soy un niño —susurro cerca de su oído.

—Daniel, eres un chico muy simpático y, para qué engañarnos, estás muy bueno.

—Gracias. —Sonríó con suficiencia.

—Pero yo ya tengo una edad para estas tonterías.

No estoy acostumbrado a que me rechacen y juro que, si no viera el fuego en sus ojos, me rendiría y buscaría a otra mujer que sí quisiera estar conmigo.

—Una última oportunidad —le pido.

—Como viste ayer, tengo tres hijos y no dispongo de mucho tiempo para...

—¿Follar? ¿Me vas a decir que no puedes hacer un hueco para que te haga tocar el cielo?

—Joder, ¿te quieres callar? Van a escucharte mis compañeras.

—Queda conmigo y me callaré.

—Daniel...

—Te prometo que pasarás la mejor noche de tu vida. Te daré tantos orgasmos que te quedarás afónica de tanto gritar mi nombre.

—Mierda. Sabes que esto es un error, ¿verdad?

—Es posible, pero será un error que valdrá la pena, te lo garantizo.

Su silencio me pone de los nervios y, cuando creo que va a darme una patada en el culo y a mandarme a la mierda, me sorprende con su respuesta.

—Está bien. Aunque con una condición.

—Lo que tú digas —acepto antes de saber su petición.

—Si esta vez algo sale mal, desistiremos.

—Por supuesto —afirmo mientras me alejo de su caja.

—Hablo en serio —me advierte.

—¡Luego te mando un mensaje! —grito desde la puerta.

Salgo a la calle antes de que se arrepienta y cancele nuestra cita y, cuando estoy lejos del supermercado, alzo el puño feliz de haber ganado esta batalla. Esta vez tiene que salir bien porque necesito saber qué siento en realidad.

CAPÍTULO 19



Doy vueltas por mi habitación para relajarme, pero por más que lo intento, no lo consigo.

—¿Quieres dejar de caminar en círculos como una loca? ¡Me estás mareando! —exclama Nora deteniendo mis pasos.

Llevo todo el día dándole vueltas a qué ponerme y al final he optado por hacer una videollamada con mi mejor amiga para que me ayude.

—Esto no va a salir bien —lloriqueo—. ¿En qué momento me convenció ese niño?

—¿En qué momento? Pues no sé, ¿quizá cuando te metió la lengua hasta la campanilla o cuando decidió que tus tetas eran su postre favorito?

—¡Nora! Mis hijos están en el comedor —mascullo.

—Churri, este tío está cañón y hasta yo me pondría tontorrón si lo tuviera delante.

—¡Te he oído, cariño! —grita Juan, su marido.

—¡Cielito, no es cierto! ¡Solo lo he dicho para tranquilizar a Vega! —suelta la muy lagarta con un guiño.

Pese a que parezca lo contrario, mi mejor amiga está locamente enamorada de su marido y jamás lo cambiaría por nadie.

—Las dos primeras veces fue un desastre, ¿por qué ahora será diferente? —vuelvo al ataque—. Estoy segura de que habrá un

terremoto, se quemará mi vestido o los extraterrestres nos abducirán.

—Si hay un terremoto, será culpa de los empotramientos de ese semental, si el vestido se quema, es porque estarás tan caliente que provocarás un cortocircuito, y si llegan los extraterrestres, seguro que es porque el sexo con ese adonis es de otro planeta.

—Muy graciosa.

—Cariño, ponte ropa interior diminuta y el vestido más sexi que tengas y disfruta de esta noche. Como tú has dicho, es solo sexo, ¿no?

—Por supuesto —mascullo fingiendo estar segura, aunque en el fondo no lo estoy.

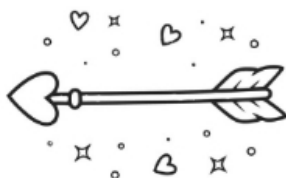
—Entonces no tienes nada de lo que preocuparte. Sal ahí y deja seco a ese semental.

—Nora, no soy una yegua.

—No seas tonta, eso ya lo sé. Me refiero a que lo montes como una verdadera amazona y, si relincha, no te asustes, tira de las riendas y acepta el desafío.

—Estás como una cabra. ¡Adiós! —me despido antes de colgar al ver que la conversación se desvía por derroteros que no me interesan.

En qué lío te has metido, Vega.



Un par de horas después dejo a mis hijos con Agustina, mi ángel de la guarda a la que estoy por hacerle un altar, y me subo al taxi. A pesar de que Daniel insistió en quedar antes a cenar, me negué. Quise hacerme la moderna y tuve que recordarle que no teníamos una relación y que no era necesario que me impresionara. Pero,

aunque al principio estaba convencida de mi decisión, ahora me arrepiento. Cuando recibí su mensaje con la dirección del hotel y el nombre de la reserva, fui consciente de lo que iba a suceder. Soy una idiota. No sé en qué momento pensé que quedar allí directamente sería buena idea. Yo no soy así. No suelo quedar con alguien solo para tener sexo. ¡Qué diablos! ¡No suelo quedar con nadie! Por querer hacerme la importante y la independiente, ahora pago las consecuencias.

El conductor me avisa de que ya hemos llegado y me devuelve al presente. El viaje se me ha hecho demasiado corto y ahora toca enfrentarme a mis decisiones. ¡Joder! ¡Ni que fuera a entrar al matadero! Me bajo del taxi aparentando una seguridad que no tengo y, con pasos seguros, empujo la puerta de entrada.

—Buenas noches. Soy Vega Carmona, tengo una reserva a nombre de Daniel Aguilar.

—Claro, señorita Carmona, el señor Aguilar la espera —me saluda el recepcionista entregándome una llave—. La habitación está en la quinta planta.

Estiro el brazo y la agarro con miedo, como si me fuera a dar una descarga. Estoy temblando y, a cada paso que doy, a mi cuerpo le resulta más difícil evitar que me desplome y haga el ridículo. ¡En mala hora hice caso a Nora cuando escogió estos taconazos! Pulso el número cinco y, mientras espero, muevo la pierna en un tic nervioso. En cuanto el timbre anuncia que he llegado a mi destino, doy un ridículo salto.

—Relájate, Vega —me digo y respiro profundamente.

Camino despacio hacia la habitación 505 para alargar el momento y, cuando tengo la puerta delante, dudo si golpearla o entrar con la llave. Tras unos segundos, deduzco que, si el recepcionista me la ha dado, es porque Daniel espera mi llegada. Paso la tarjeta por la ranura y me tenso al escuchar el característico sonido metálico. Empujo la puerta con inseguridad y doy un paso hacia el interior.

—¿Hola? —saludo al no encontrar a nadie.

Observo la habitación con detenimiento y me sorprendo al ver lo lujosa que es. *Tiene que haberle costado un dineral.*

—Hola, chispitas —me sorprende Daniel saliendo del balcón—. Estás preciosa.

—Gracias.

¿En serio me acabo de sonrojar? ¡Que tengo cuarenta, por Dios!

Daniel se acerca despacio, como si fuera un depredador deseando hincarme el diente, y yo no puedo evitar dar un paso atrás.

—Tranquila, no tengas miedo. Pasará lo que tú quieras que pase.

Ese es el problema. Como ponga en práctica todas las fantasías que se me pasan por la cabeza en este momento, es posible que sea él quien salga huyendo. Llevo tanto tiempo sin tener sexo que mi cuerpo es como un volcán a punto de explotar y, cuando esto suceda, no habrá quien me pare. ¡Arrasaré con todo! Aprieto los muslos para calmar mi deseo, pero lejos de sentir alivio, noto un incómodo tirón.

—¿Estás bien?

Su pregunta hace que vuelva a la realidad y que me centre solo en él, olvidando esa tirantez. Al ver que me mira a la espera de una respuesta, asiento con la cabeza y me estremezco al ver que me dedica una de sus sonrisas canallas. Con una lentitud casi dolorosa, sube sus manos por mis brazos y no se detiene hasta llegar a mi cuello, el cual roza con mimo. La forma delicada en la que pasa sus pulgares por mi mejilla, como si quisiera tranquilizarme, hace precisamente lo contrario. Une su frente a la mía y cierra los ojos, como si él mismo necesitara recomponerse.

Tras unos segundos separa nuestras cabezas y me besa, erizando mi piel. Al principio es delicado, sin embargo, poco a poco ahonda más en mi boca, demostrándome que los niños también saben besar. ¡Y cómo besa este! Sentir su lengua hace que el deseo estalle dentro de mí y que anhele con todas mis fuerzas tocar su piel. Tiro de su camisa e introduzco una de mis manos para acariciarle la

espalda. El gemido que me trago de su boca suena a música celestial y me provoca un calambrazo directo al vórtice de mis piernas.

Daniel me muerde la boca desesperado y baja los tirantes de mi vestido, hasta dejar mis pechos expuestos. El frío hace que mis pezones se endurezcan y que me retuerza de placer al sentir su cálida lengua mimándolos. Me muevo inquieta y deseosa de que me desnude, pero cuando aprieto mis muslos, vuelvo a sentir ese incómodo tirón que activa todas mis alertas. *¡Mierda!*

—¡Espera! —lo detengo.

—¿Pasa algo? —pregunta. Me mira como si acabara de quitarle su golosina favorita.

—Necesito un momento, por favor —le pido huyendo hacia el lavabo.

De camino agarro mi bolso y, una vez dentro, cierro la puerta bruscamente y me apoyo en la madera, maldiciendo como una camionera. Me tapo los ojos con las manos y doy un pequeño pisotón. Saco el teléfono de mi bolso y llamo a la única persona en quien confiaría mi vida.

—O el niño no tiene aguante o estás tan caliente que has explotado en cuanto te ha puesto un dedo encima —dice a modo de saludo.

—Ni lo uno ni lo otro —lloriqueo—. Es que no puedo...

—Cariño, esto ya lo hemos hablado. Eres adulta y, aunque haya pasado milenios desde el último polvo, no te has convertido en virgen.

—¡Hablo en serio! Tengo un problema —murmuro.

—¿Acaso el niño es un psicópata? ¡Envíame ahora mismo tu ubicación!

—No es eso, loca.

—¡Joder, no me asustes! ¿Entonces qué pasa?

—Verás... ¿Recuerdas que me dijiste que me pusiera ropa interior sexi?

—Ajá...

—Pues pensé, ¿qué hay más sexi que la ropa interior comestible?

—¿Y?

—Que estoy tan caliente que el caramelo se ha derretido y...

La línea se queda en silencio durante demasiado tiempo y, por un momento, creo que la llamada se ha cortado, hasta que escucho la carcajada de mi ex mejor amiga.

—¿Me estás diciendo que tienes el caramelo pegado en la *puchaina*? —pregunta sin parar de reír.

—No me hace ni puñetera gracia.

—Pues a mí sí, espera que se lo cuente a Juan.

—¡Ni se te ocurra contárselo a tu marido! Ya podrías compadecerte de mí. —Hago un puchero.

—Si me hubieras hecho caso y te lo hubieras depilado entero, esto no habría pasado.

—¡Si solo llevo un bigotito!

—Suficiente para que el caramelo se enganche.

—¿Todo bien? —salto al escuchar la voz de Daniel.

—Sí, ahora salgo. Mierda, mierda... ¿qué hago?

—Métete en la ducha. Supongo que con el agua caliente el *tanga-melo* se deshará.

—Creo que esta es la señal que necesitaba para volver a mi casa.

—¡Vega Carmona! ¡Como te vayas sin probar a ese pedazo de tío, te dejo de hablar!

Pese a las amenazas de mi mejor amiga, cuelgo la llamada y decido enfrentar a Daniel. Al final no ha habido un terremoto, mi vestido no ha salido ardiendo y tampoco han llegado los

extraterrestres, pero de todas formas el karma ha encontrado la forma de volver a fastidiar nuestra noche.

CAPÍTULO 20



Joder, ¿qué hace tanto rato en el lavabo? Cuando salió huyendo de mí, otra vez, pensé que solo necesitaba un momento a solas, pero lleva demasiado ahí dentro.

—Vega, me estás preocupando —digo con mi frente apoyada en la madera.

Justo entonces la puerta se abre y hace que me tambalee. Por un instante sonrío al ver que ha decidido salir, sin embargo, mi mundo se viene abajo al ver su cara.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que marcharme.

—¿Ha pasado algo con los niños? —pregunto preocupado al pensar que esa es la única razón por la que saldría corriendo.

—No, yo... no puedo.

—Creía que querías lo mismo que yo —indico confundido por su actitud.

—Y lo quería, pero...

—Si no te gusto, dímelo y ya está. No se va a acabar el mundo.

—No es eso... ¡me gustas!

—¿Entonces? —Me paso la mano por el pelo, exasperado.

—Es que he tenido un problemilla —susurra.

—¿Qué clase de problemilla?

—Uno pegajoso —dice con intención de marcharse.

—Vega, no te entiendo. Explícamelo, por favor —suplico agarrándola para que no vuelva a huir.

Su mirada es tan desesperada que, por un momento, pienso que no va a darme una explicación. Y cuando creo que ya está todo perdido, dice algo que me deja descolocado.

—Me he puesto un tanga de caramelo y se me ha pegado —confiesa muerta de vergüenza.

—Me tomas el pelo.

—Ojalá... —masculla.

—Esto tengo que verlo —suelto sin pensar. Llevo mi mano a su vestido, pero ella me da un manotazo.

—¡Ni hablar! Qué vergüenza, esto solo me pasa a mí —lloriquea tapándose la cara.

Me apiado de ella al verla tan abochornada y la abrazo dándole el consuelo que necesita.

—Estas cosas pasan —trato de tranquilizarla.

—¿Conoces a alguien que le haya pasado? —pregunta deseando que sea así.

—Eh... no —admito a pesar de saber que mi respuesta no le ayudará—, pero seguro que alguien ha vivido esta misma situación.

—Pues yo más bien creo que estamos gafados —contesta algo más relajada.

—No digas eso, mujer. Piensa que así no nos aburriremos nunca. ¿Te duele? —pregunto al ver su incomodidad.

—No, aunque molesta.

—Ven conmigo. —Tiro de ella hacia el lavabo.

—¡Espera! Será mejor que me vaya a casa —se queja.

—De eso nada —contesto mientras lleno la bañera.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Ayudarte —señalo su entrepierna.

—¡No, ni hablar! —exclama al comprender a lo que me refiero.

—No seas tan quisquillosa. Se supone que habíamos quedado para tener sexo.

—Lo sé, pero...

—Y para eso tenemos que estar desnudos —la interrumpo para que comprenda que antes o después tendré que verla sin ropa.

—No me gusta que sea así... ¡tan frío!

—Si eso es lo que te preocupa, tranquila, yo me encargo de que entres en calor.

Me acerco a sus labios y los beso despacio, tanteando el terreno. Quiero que se sienta cómoda a mi lado, aunque no me gustaría que se viera obligada a hacer algo que no quiere. Una vez que noto que su cuerpo se relaja entre mis brazos, deslizo los tirantes de su vestido y no me detengo hasta que la prenda está arrugada bajo sus pies. Después, me separo un poco y, sin dejar de mirarla a los ojos, me desnudo muy despacio.

Puedo sonar un poco prepotente, pero ver que Vega me contempla con admiración y deseo hace que mi orgullo se hinche hasta niveles estratosféricos. Hasta ahora nunca me había importado tanto lo que una mujer pensara de mí y descubrir que no le soy indiferente me hace inmensamente feliz.

—Vamos —indico ofreciéndole mi mano.

Ver la facilidad con la que confía en mí y agarra mi mano, pellizca una parte de mi corazón. Una que no sabía que existía. Cierro el grifo al ver que la bañera está llena y trago con dificultad el nudo que se me ha formado en la garganta. Ayudo a Vega a meterse en el agua y, cuando está sentada, me siento detrás de ella.

—Gracias —susurra apoyándose en mi pecho, más tranquila.

—¿Por qué? —pregunto confundido.

—Por ponerme las cosas tan fáciles.

Me inclino hacia un lado y la observo con atención. Está más relajada que antes y tiene los ojos cerrados. *Dios, es preciosa.*

—De nada. —Beso su mejilla.

Estiro mi brazo y agarro el bote de jabón que suelen dejar los hoteles como cortesía y enjabono su espalda hasta que consigo que su cuerpo quede laxo por completo. Su fragilidad hace que algo dentro de mi cabeza se active y que, de repente, nazca en mí la necesidad de protegerla. Saber que he sido capaz de calmarla me produce una satisfacción que hincha mi pecho.

—¿Mejor? —pregunto media hora después, sin dejar de acariciar sus brazos.

—Ajá —murmura adormilada.

—Me alegro. —Beso su cabeza.

Vega se gira y se sienta a horcajadas encima de mí, activando todas mis terminaciones nerviosas.

No sé si habrá sido consciente, pero desde que la he visto desnuda, mi erección ha sido constante y he necesitado toda mi fuerza de voluntad para no lanzarme como un animal. He intentado bajar mi grado de excitación para no incomodarla, aunque ha sido un auténtico fracaso. Vega consigue empalmarme sin hacer nada y no es necesario que esté cerca de mí. Solo con pensar en ella, mi *amiguito* le hace una reverencia. Estoy completamente jodido.

—Eres un buen tío, Daniel —dice demasiado cerca de mis labios.

—No lo digas muy alto o perderé mi reputación —suelto con mi típica sonrisa canalla que consigue ablandar a todas las mujeres.

—Lo digo en serio, eres demasiado bueno y te mereces a alguien que sepa valorar todas tus cualidades.

—¿Te refieres a estas cualidades? —Me muevo para que note mi dura polla.

Lo reconozco, no soy un tío que hable demasiado de sus sentimientos y, cuando la conversación empieza a ponerse seria, intento hacer algo que me evite tener que abrirme a los demás.

—Está claro que esta es una de ellas —gime con los ojos cerrados, volviéndome loco.

Al abrirlos, veo que están cargados de pasión, igual que los míos. La forma en la que nuestros cuerpos encajan a la perfección en ese abrazo íntimo me da un chute de adrenalina y consigue que mi cabeza empiece a dar vueltas.

Nos devoramos la boca, como si quisiéramos comernos el uno al otro, sin dejar de acariciarnos ansiosos. Vega se mueve sobre mí, para buscar el punto exacto de placer y, cuando lo encuentra, mece su cuerpo con la fricción perfecta, volviéndonos locos. Sus gemidos ahogados suplican sin palabras y despiertan en mí un deseo que me lleva al límite. La aprieto contra mi cuerpo, desesperado, tratando de contener las ganas que tengo de estar dentro de ella.

Me siento tan frenético que la agarro con fuerza y me pongo en pie, demostrando lo eficaces que han sido las horas que he machacado mi cuerpo con esos duros ejercicios. Escuchar su grito de sorpresa y ver su cara de admiración al ver que soy capaz de levantarla como si fuera una pluma, hace que haya valido la pena cada céntimo que he invertido en la membresía de mi gimnasio.

Dejo caer lentamente la valiosa mercancía que sujeto, rozando nuestra excitada piel en el proceso, y no separo nuestras bocas hasta que sus pies tocan el suelo. Envuelvo su cuerpo con una toalla para que no se enfríe y hago lo mismo con el mío. Después agarro su mano y tiro de ella para que me siga.

Estoy muy nervioso, tanto que me sorprende. No me sentía así desde que era un inexperto adolescente y temía hacer algo mal. Sonríó al darme cuenta de que, si Vega descubriera lo que pienso, se burlaría de mí diciendo que no hace tanto tiempo de eso. La muy graciosa cree que, con veintiocho años, sigo siendo un crío. Pero no por mucho tiempo. Pienso poner todo mi empeño en demostrarle que no es así.

—Eres preciosa —murmuro contra su boca, antes de volverla a besar.

La miro a los ojos y, al ver sus pupilas dilatadas y sus labios entreabiertos hinchados por nuestros besos, me doy cuenta de que quiere lo mismo que yo. Deshago el nudo de su toalla y la dejo caer

al suelo, haciendo lo mismo con la mía. La empujo con delicadeza hasta que se sienta en la cama y después me arrodillo delante de ella, sin perder el contacto visual. Le doy un pequeño tirón para sentarla en el borde del colchón y abro sus piernas dejándola completamente expuesta. Tiemblo de expectación y, sin poder contenerme, le doy un lametón que me sabe a pura ambrosía.

—Joder, todavía sabes a piruleta —mascullo, loco por culpa de esta mujer.

Su grito me la pone tan dura que, aunque en realidad me muero por devorarla hasta que se corra, decido seguir torturándola con mi lengua. Sin embargo, yo también sufro las consecuencias. Vega se estira en la cama y, cada vez que le doy una lamida, agarra la colcha con fuerza y cierra los ojos. ¿Es posible correrse sin que te toquen? Porque yo estoy a punto de hacerlo solo con ver el deseo tatuado en su cara.

Acelero un poco el ritmo y, cuando muerde sus labios para ahogar un gemido, sé que ya no hay vuelta atrás. Vega es mi *criptonita*, mi espada de Damocles, mi talón de Aquiles... MI PERDICIÓN.

CAPÍTULO 21



Me retuerzo al borde del éxtasis queriendo alargar el placer, pero en cuanto Daniel me penetra con dos dedos sin dejar de lamerme, me corro gritando su nombre. Esta explosión es inesperada, sublime y lo consume todo, dejando en evidencia cualquier placer que haya sentido antes.

—¡Joder! —grito cuando Daniel estira la sensación, encadenándola con una nueva sacudida, aún más devastadora.

Aprieto los ojos con fuerza y me pierdo entre los destellos causados por el clímax que acaba de arrollar mi cuerpo. A lo lejos escucho su risita arrogante y, aunque puede sentirse orgulloso de sus habilidades amoratorias, no seré yo quien haga crecer su ego. Si no fuera porque ha conseguido convertir mi cuerpo en gelatina, lo pondría en su lugar.

—¿Estás bien?

—Sí —consigo decir con esfuerzo.

—Me alegro, porque esto solo acaba de empezar.

Abro los ojos al escuchar sus palabras y me derrito con su sonrisa lobuna. Daniel me empuja hasta el centro de la cama y saca un preservativo de su cartera. La destreza con la que se lo coloca delata un entrenamiento exhaustivo. Aunque jamás lo admitiré, me escuece un poco imaginar cuántas han pasado por ese mismo proceso en su cama.

—¿Preparada? —pregunta a la espera de mi aprobación.

Lo miro a los ojos y me pierdo en ese mar azulado que ahora mismo parece estar en plena tormenta y lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza. Daniel se coloca encima de mí apoyando sus brazos en la cama para no chafarme y se introduce despacio, para alargar nuestra agonía.

Hace demasiado que no tengo sexo, y Daniel no es precisamente pequeño, así que no puedo evitar quejarme ante la mezcla de placer y dolor.

—¿Te he hecho daño? —se preocupa.

—No te detengas, por favor. Solo es que... hace algún tiempo para mí —confieso avergonzada.

—Está bien, pero prométeme que si te duele me avisarás.

Asiento con la cabeza y solo entonces continúa con su delicioso avance. Ver su cara de sufrimiento placentero es un auténtico afrodisíaco y estoy segura de que, si pudiera embotellarlo, me haría de oro.

—Mierda —masculla cuando consigue llenarme por completo—. Estás muy apretada.

—Lo siento —me disculpo creyendo que pueda sentir alguna incomodidad.

—¿Bromeas? Sentir la forma en la que me engulles es una puta pasada. Tanto que no sé si podré controlarme en cuanto me mueva.

—Pues no lo hagas. Contenerme, digo —le exijo.

—No sabes lo que estás diciendo —suelta con voz ronca.

—Hazlo —lo provoco apretando más fuerte para llevarlo al límite—. Necesito que lo hagas, Dani.

—Mierda. Vuelve a llamarme así y te juro que me convertiré en un animal.

—Por favor, Dani, no te contengas.

Al escucharme, abre las fosas nasales como si fuera un toro y se retira despacio para penetrarme de una sola estocada. Una vez que

comprueba que mis gemidos son de placer y no de dolor, me golpea con fuerza, consiguiendo que grite su nombre hasta quedarme afónica. Su mirada cargada de crudo deseo me estremece tanto o más que sus embestidas. Cuando ya creía que estaba perdiendo la cabeza, muerde mis labios, haciendo que mi cuerpo entero palpite hasta llevarme de nuevo al orgasmo más violento que he sentido jamás. Más que el anterior. Unos segundos después, Daniel se une a mis gritos y explota conmigo.

—¿Todavía crees que soy un crío? —pregunta con voz ronca metiendo su cara en mi cuello.

Notar su respiración entrecortada contra mi piel me calienta hasta tal punto de tener que controlarme para no suplicar que me bese.

—No sé si me ha quedado claro todavía —lo provoco casi sin respiración.

—Dame un par de minutos y te lo vuelvo a demostrar —se regodea.

—Chulito.

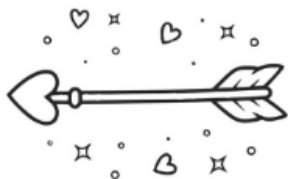
—Bruja. —Me saca la lengua.

Antes de que pueda volver a burlarme de él por su gesto infantil, me besa en la nariz y se pone en pie. Se quita el preservativo y vuelve a meterse en la cama. Tira de mí para tumbarme junto a él y coloca mi cabeza sobre su pecho. Ese gesto, que a simple vista parece tan inocente, me descoloca y, por un momento, olvido respirar.

—Deja de pensar y descansa —me regaña al darse cuenta de mi preocupación—. Tenemos que recuperar fuerzas.

Cierro los ojos para no entrar en pánico, pero por más que lo intento, no puedo respirar con normalidad. *¿Dónde te has metido, Vega?* Busco algo en lo que entretenerme para no prestar atención a mis pensamientos intrusivos y, cuando me centro en el compás de los latidos de su corazón, consigo tranquilizarme. La forma en la que baja el ritmo de sus pulsaciones consigue relajarme y llevarme a un

estado de total rendición, donde el tiempo se detiene y nada parece importar.



A las nueve de la mañana suena el telefonillo y, por la forma tan escandalosa de llamar, sé de quién se trata antes de contestar. Descuelgo y me quedo en silencio, esperando una queja que no tarda en llegar.

—Te estoy escuchando jadear, Veguita. Abre la puerta y no te hagas de rogar.

—Buenos días para ti también, Nora. Por cierto, acabo de recibir un mensaje del Primer Ministro de Nueva Zelanda diciendo que, si es posible, dejes de ser tan escandalosa por la mañana porque no pueden dormir —me quejo por su ruidosa aparición.

—Eres una exagerada, ¿lo sabías? ¡Vamos! Abre la puerta de una vez, he traído bollería para que cojas energía y también muchas ganas de escuchar cómo fue tu polvo cósmico.

—Anda, sube. —Abro la puerta temiendo que mis vecinos se enteren de mi noche tórrida.

Dejo la puerta entornada y voy hasta la cocina a preparar café. Mientras enciendo la cafetera, pienso en cómo terminó la noche y no puedo evitar sonrojarme.

Después de que Daniel me diera los mejores orgasmos de mi vida y de despertar entre sus brazos, me marché sin despedirme. No es que me hubiera arrepentido de lo que pasó —imposible hacerlo—, sin embargo, necesitaba poner distancia entre nosotros. El sexo no fue lo que me hizo huir. Fue la forma en la que se preocupó por mí y cómo puso mis necesidades por encima de las suyas lo que me desarmó. Yo buscaba una noche de sexo y encontré algo más. Algo

que me asusta más que abrir la cuenta del banco después de las vacaciones.

Antes de salir flotando de esa habitación de hotel, le di un último vistazo a su torso desnudo y suspiré como una colegiala. *¡Yo! ¡Suspi-ré!* Al darme cuenta de lo que estaba haciendo, cerré la puerta y salí corriendo por el pasillo sin mirar atrás, como si hubiera hecho algo prohibido y tuviera miedo de que alguien me pillara infraganti.

Esta mañana, después de dormir toda la noche como un bebé, he visto que Daniel me había enviado un mensaje poco después de que me marchara. Me decía lo poco que le había gustado despertarse solo en esa habitación y amenazaba con hacérmelo pagar cuando nos volviéramos a ver. Por más que sus palabras me enciendan, eso no pasará porque no habrá una próxima vez. *Lo siento, cielo. Pero esta noche no se va a volver a repetir.*

—¿El sexo guarro ha fundido tus neuronas? —Escucho la voz de mi mejor amiga demasiado cerca.

—¡Joder, qué susto! Podrías saludar antes de provocarme un infarto, ¿no?

—Llevo tres horas llamándote, Veguita. —Se cruza de brazos.

—Lo siento, pensaba en otra cosa.

—No lo dudo. Por la cara de pervertida que tienes, ya sé en lo que pensabas, cochina. Siéntate y cuéntame cómo se mueve en la cama ese chaval.

Sujeto la taza de café y suspiro resignada sabiendo que, aunque me resista, la insistencia de Nora me hará cantar como un canario. Así que decido contarle todo, y me refiero a TO-DO. Ya veis que, con Nora, no hay secretos porque, cuando tienes una amiga que no tiene pelos en la lengua, consigues no sonrojarte al hablar de estos temas tan íntimos. Al volver a narrar la parte del tanga de caramelo, mi amiga rompe a reír a carcajadas y reconoce que no ha parado de reír al acordarse.

—Vamos a ver, Vega —trata de contener la risa—, cómo es posible que no se te pasara por la cabeza las consecuencias del

caramelo. ¡Por Dios, que eres madre!

—¡Yo qué sé! Estaba muy nerviosa y no pensé.

—Oh, sí lo hiciste. Solo que tu cabeza pensaba en otra cosa. —
Levanta las cejas.

Ver la cara de pasmada que pone mientras le explico la delicadeza de Daniel al preocuparse de mis necesidades en todo momento, es digna de enmarcar.

—Me acabo de poner cachonda —suelta cuando termino.

—Eres una cerda —me carcajeo.

—Dime algo que no sepa, reina. Te veo...

—¿Relajada?

—Sí y con un cutis divino. Joder, ya te dije que lo que necesitabas era una buena follada.

—Mamá, ¡la tita Nora ha dicho una palabrota!

—¡Yo jamás digo palabras feas! Solo le he preguntado a tu madre si ya ha tendido la colada.

Jairo observa a mi mejor amiga con desconfianza, como si supiera que le está tomando el pelo. A pesar de que es el más pequeño de la casa, ya conoce las triquiñuelas de su tía postiza.

—Venga, peque. Termínate la leche —le digo casi sin poder aguantar la risa.

—Este niño conquistará el mundo si se lo propone —afirma con orgullo.

Ver a mis hijos desayunar y pelearse por el mando de la tele, me da que pensar. Mi vida ya está completa con este caos de madrugones, coladas y peleas por el mando. No hay hueco para las complicaciones de un ligue desenfrenado. Sí, lo de anoche fue apoteósico, pero me niego a abrir una puerta por la que no tengo intención de pasar. *Entonces, ¿por qué pensar en despedirme de él duele tanto?*

CAPÍTULO 22



Han pasado dos semanas desde la noche que pasé con Vega y, por más que lo he intentado, no he vuelto a saber nada de ella. He agotado el cupo de llamadas y mensajes sin obtener respuesta. Incluso me presenté en el supermercado para sobornar a Juliana, pero fue un esfuerzo inútil.

En otra situación me plantaría delante del supermercado y no me marcharía hasta hablar con ella, pero mi madre me necesita. Por desgracia, ha vuelto a tener un brote y si bien intenta aparentar que no le duele, lo hace y mucho. Lo sé por la rigidez de su cuerpo cuando cree que no la observo, midiendo cada gesto para amortiguar el latigazo inminente. Me desgarrar ver cómo ese sufrimiento agudo la deja fuera de combate, impidiendo llevar una vida normal. Por eso, a pesar de que me muero de ganas por volver a verla, ahora me toca cuidar de mi madre, estar atento a lo que necesita, aunque no me lo pida, como siempre hace ella. Sé que este brote pasará y vendrán días mejores, pero ahora el dolor manda y me obliga a centrarme en lo importante.

—¿Por qué no sales un rato con tus amigos?

Dejo de pelar la naranja que le preparaba para merendar y la miro con el ceño fruncido.

—No me apetece.

—Cielo, estoy mejor. Además, Angelita me ha dicho que iba a venir esta tarde para hacerme compañía.

—¿Quién?

—Sí, hombre, la cuñada de Paqui la charcutera —dice enfurruñada como si tuviera que saber quién es esa tal Angelita y su cuñada.

—Mamá, no pienso marcharme.

Abro la boca para recitarle todas las razones por las cuales no la voy a dejar sola, pero el sonido del timbre nos interrumpe.

—Hola, buenas tardes —saludo a la mujer que me encuentro al abrir la puerta.

—Hola, Daniel, hijo. ¿Te acuerdas de mí? Soy Angelita, la...

—Sí, sí, la cuñada de Paqui —la interrumpo fingiendo que la conozco.

—¡Ay que ver lo guapo que estás! Dame dos besos, anda. —Y, sin darme tiempo a reaccionar, me abraza y me aprieta como si fuera una *boa constrictor*.

Hago pasar a mi nueva amiga al comedor, la cual se sienta al lado de mi madre y le agarra la mano con pesar.

—Hola, Dolores. Te he traído tu primitiva, como me pediste.

—Gracias, bonita. Ya sabes que para mí eso es sagrado. Rezo cada día para que alguna vez me toque un pellizquito.

Niego con la cabeza al escucharlas. Soy de los que creo que las apuestas o loterías son un gasto tonto. Sin embargo, me callo mi opinión porque, verla feliz, es más importante que ahorrar unos euros a la semana.

—Dios te oiga —dice santiguándose—. ¿Cómo te encuentras?

—Ahí vamos, aguantando. Pero gracias a los cuidados de mi hijo, cada vez estoy mejor.

—¡Qué joya tienes, amiga! Y qué buena pareja hará con mi Andreita.

—¿Te imaginas los nietos que nos darán? —pregunta mi madre, soñadora.

Pongo los ojos en blanco al recordar la conversación que tuve con ella sobre esa tal Andrea, con quien se supone que jugaba de pequeño y a la que no recuerdo.

—Mamá, como veo que estás en buenas manos, bajo un momento a la calle. No tardo —me excuso huyendo de estas dos casamenteras.

—Claro, hijo. No te preocupes.

—Tómate el tiempo que necesites, yo cuido de tu madre —me promete Angelita—. Y a ver cuándo sacas a cenar a mi hija.

¿Sacarla? ¡Ni que fuera un perro! Finjo una sonrisa y salgo por patas antes de que me obliguen a casarme con esa tal Andreita. Tengo tanta necesidad de huir que, aunque el piso de mi madre es una lata de sardinas, ahora me parece enorme y siento que nunca llego a la puerta.

El aire frío golpea mi cara al salir a la calle y por fin puedo respirar aliviado. Estas últimas semanas han sido agotadoras: solo he trabajado y cuidado de mi madre. Hasta ahora no he sido consciente de cuánto necesitaba este momento de desconexión. Me subo a la moto con la intención de ir al bar de mi amigo Miguel, y cuando me quiero dar cuenta, estoy aparcando delante del supermercado, deseando acertar con su turno y encontrarme a Vega.

Empujo la puerta rezando un Padre Nuestro y dos Ave María. Justo entonces la veo en su caja, sonriéndole a un cliente mientras le devuelve el cambio, y exploto de felicidad. Estos días no he dejado de pensar en ella, de recordar sus besos y el tacto de su piel. Pero, al verla, me doy cuenta de que en realidad tengo una imaginación de mierda, porque mis sueños no le hacían justicia. ¡Joder! Está preciosa.

—Daniel, ¿qué haces aquí? —pregunta al darse cuenta de mi presencia.

Espero a que el cliente recoja sus bolsas y, en cuanto se queda sola, le contesto.

—Buscar una respuesta.

—No te entiendo.

—¿Puedes salir un momento? —pido al ver que sus compañeras nos están mirando.

—Imposible, yo...

—Claro que puede. Sal a descansar un rato, jovencita —interviene Juliana y me guiña un ojo.

—Ya la has oído —añado con chulería.

Vega resopla enfadada y se coloca la chaqueta con movimientos bruscos. Sale a la calle dando zancadas como si fuera una niña pequeña y a mí, en lugar de intimidarme, me pone como una moto su carácter chispeante.

—Gracias, Juliana. Te debo una.

Sigo a la valquiria, que me observa tras el cristal con los brazos cruzados, fulminándome con la mirada. Sonrío; me encantan los retos.

—¿Se puede saber por qué estás tan enfadada cuando el plantado siempre soy yo?

—¡Yo no te planté!

—Es verdad, esta vez no me plantaste. Me dejaste tirado como un perro después de...

—¿A dónde quieres ir a parar, Daniel? —me interrumpe.

—A donde tú quieras. —La arrincono contra la pared.

Ver la forma en la que su respiración se acelera me da esperanzas. No entiendo por qué insiste en mantenerse lejos de mí si en realidad le gusto, o por lo menos la pongo caliente. Y eso, maldita sea, ya es un gran paso.

—Daniel...

—Deja de jugar conmigo, joder —murmuro contra sus labios.

—Por favor, déjame ir —suplica y, si no fuera porque en sus ojos puedo ver cuánto desea estar conmigo, la dejaría marchar.

—¿Por qué te empeñas en huir de mí?

—Eso no es cierto.

—¿Quién se comporta ahora como una cría?

—¿No te das cuenta?

—Pues al parecer no, así que, ilumíname, por favor —le exijo sin separarme ni un milímetro de su cuerpo.

—Eres demasiado joven.

—¿No disfrutaste? ¿Hice algo que no te gustó?

—¡No! Estuvo genial, pero...

—Entonces no sé por qué le das tantas vueltas. Yo disfruté y tú disfrutaste. ¿Cuál es el problema?

—¡Nos llevamos doce años, por Dios!

—¿Y? Hasta donde yo sé, eso no es ilegal. Además, creo que en la cama no notaste la diferencia de edad.

—¡Madre mía! —resopla frustrada.

—Dime que no me echas de menos, que no deseas que vuelva a tocarte y me marcharé.

Debo decir que a mi discurso grandilocuente le he añadido besos en su cuello y pequeños mordiscos en el lóbulo de su oreja. Sí, lo sé, he jugado sucio. Nadie dijo que fuera un buen chico. Además, el fin justifica los medios. Sentir su cuerpo estremeciéndose es un subidón y hace que no me rinda.

—No nos hagas esto. Déjate llevar, chispitas.

—Esto terminará muy mal —insiste sin dejar de mirar mis labios.

—Es posible, pero si acabamos en el infierno, te aseguro que el camino será muy placentero.

Beso sus labios, los cuales me esperan, ansiosos, y a mi mente llegan *flashes* de esa noche. Me pongo duro como una piedra al

recordar su sabor y la forma en la que gemía mi nombre para pedirme más. Me aprieto contra su cuerpo para eliminar cualquier resquicio de aire que pudiera haber entre nosotros, y al notar mi erección, gime en mi boca, haciendo que maldiga por estar en plena calle.

—Dime que volverás a quedar conmigo, por favor —suplico rompiendo nuestro beso para no armar un espectáculo, pegando su frente a la mía.

—Está bien —acepta—. Pero...

—Tranquila, solo es sexo. Cuando te canses de mí o yo de ti, se acabó.

Ella asiente con la cabeza y en su cara aparece una expresión extraña. No sé si es porque no se cree mis palabras o porque en el fondo le hacen tan poca gracia como a mí. En otras circunstancias estaría feliz de encontrar a una mujer que solo quisiera acostarse conmigo, sin complicaciones, en cambio, Vega me hace pensar en cosas en las que todavía no estoy preparado para analizar.

—Mi madre está enferma y he estado muy ocupado, por eso no he venido antes. Te prometo que en cuanto esté mejor te llamaré. Prométeme que contestarás mis llamadas y responderás mis mensajes.

Es posible que a ella no le importe el motivo por el cual no he vuelto por aquí, sin embargo, yo necesito que sepa que no ha sido por voluntad propia. Una vez más me veo rompiendo una de mis reglas, la de dar explicaciones a mis ligues.

—Lo prometo —contesta más afectada de lo que, estoy seguro, quisiera demostrar.

Aunque lo que de verdad me gustaría es volver a besarla, reúno todo mi autocontrol y me separo de su cuerpo para alejarme sin delatar ni traicionar mis palabras.

—Te acompañaría —hago un gesto con la cabeza al supermercado—, pero alguien podría pensar que somos algo más que sexo.

La beso por última vez y me doy la vuelta, dejándola completamente descolocada. Me subo a la moto con la certeza de que, si no me relajo, me resultará imposible conducir con semejante erección.

CAPÍTULO 23



Extasiada y con la respiración acelerada, me hago a un lado y me tapo los ojos con las manos. ¡Joder con el niño! ¿Es legal eso que hace con la lengua? Tenía razón con eso que me dijo de que en la cama no se notaba la diferencia de edad. Aunque si hablamos de resistencia, la diferencia es abismal. Daniel supera con creces el aguante de Rodrigo, incluso en nuestros mejores años. Sé que las comparaciones son odiosas, pero mi ex es un indeseable que se merece quedar en mal lugar hasta en mis recuerdos.

Intento recuperar el aliento mientras pienso en lo que ha cambiado mi vida desde que este torbellino apareció en ella. Gracias a él he vuelto a sonreír como lo hacía antes y ha hecho que me sienta algo más que una madre. Con él soy más mujer que nunca, no porque necesite un hombre a mi lado para serlo, sino porque me ha recordado que tengo que vivir. Ser un poco egoísta y pensar también en mí, para variar.

Hace más de un mes que volvimos a quedar y, desde entonces, intentamos vernos una vez a la semana para, ya sabes... Hemos conseguido adaptar nuestros horarios y obligaciones y siempre encontramos un momento para nosotros. Al principio me sentía culpable por dejar a mis hijos con mi vecina, pero mi mejor amiga me hizo ver que yo también necesitaba desconectar. Me dijo que me lo tomara como si me hubiera apuntado a clases de zumba y, oye, me convenció su discurso, porque zumbas sí que zumbamos. Bromas aparte, quedar con él es mi vía de escape y a eso hay que sumarle el cutis tan radiante que tengo últimamente. En resumen: todo son

ventajas. Además, solo son unas horas, nunca he pasado la noche fuera de casa porque Dani es tan bueno en lo que hace que consigue hacerme explotar en milésimas de segundo.

—¿En qué piensas?

—En lo rápido que eres —suelto sin analizar mis palabras.

—¿Alguna queja? —pregunta incorporándose para mirarme.

Si no fuera porque sé que tiene demasiada experiencia con las mujeres y un ego del tamaño de la Torre Eiffel, pensaría que lo que veo en sus ojos es inseguridad. Eso es imposible.

—Ninguna —lo tranquilizo.

—Así me gusta.

—¿Cómo está tu madre?

Daniel me mira sorprendido, sin embargo, tengo que reconocer que no lo está tanto como yo. ¿Por qué le he hecho esta pregunta cuando soy la primera que no quiere profundizar más en esta *relación*?

—Lo siento, no debería... —intervengo en cuanto soy consciente de mi metedura de pata.

—No pasa nada, Vega. No me importa hablar de mi madre —me interrumpe—. Ya está mucho mejor.

—Me alegro.

Sé que soy yo la que me he empeñado en construir un muro protegiendo mi vida privada, no obstante, en el fondo tengo curiosidad por saber más de él y de su entorno.

—Hace unos años, a mi madre le diagnosticaron una hernia discal lumbar —me explica como si me hubiera leído el pensamiento—. Cuando mi padre falleció, ella tuvo que hacerse cargo de todo y trabajó como una burra para que a mí no me faltara de nada.

Al escuchar su historia me siento identificada porque, aunque en mi caso Rodrigo no murió, me dejó tirada y también tuve que sacarme las castañas del fuego yo sola.

—A pesar del diagnóstico, ella siguió trabajando y cargando peso durante años. Eso hizo que el dolor se extendiera hasta la pierna y que cada vez tuviera menos movilidad. La hernia empeoró y se produjo un desplazamiento del disco. Cuando eso pasó, su médico le advirtió que, si seguía así, terminaría en una silla de ruedas.

Al ver su nerviosismo, deduzco que hay mucho más de lo que me está contando y que no todo fue tan fácil como pretende aparentar.

—Es afortunada de tener un hijo como tú a su lado —digo al recordar lo difícil que fue para mí sacar adelante a tres niños sola—. Comprendo muy bien por lo que tuvo que pasar.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu historia?

—No hay mucho que contar —indico tensa—. Mi ex es un capullo y mis hijos tuvieron que criarse sin la figura de un padre.

—¿Nunca se ha encargado de ellos? —pregunta sorprendido.

—Es mejor que cambiemos de tema, sabes que prefiero mantener mi vida al margen.

—Ya, claro. Yo solo estoy para el placer, ¿no? —se ofende.

—Daniel, no te enfades. Desde el principio fui sincera contigo.

—Lo dices como si yo quisiera que tuviéramos una relación seria. Solo tengo curiosidad, la misma que tendría por alguien que acabo de conocer.

—Está bien —acepto sin creer del todo sus palabras—. Tengo que marcharme.

—¿Ya? ¿No puedes quedarte un ratito más? —me pide abrazando mi cuerpo para evitar que me vaya.

El tacto de sus dedos deslizándose por mi antebrazo me gusta demasiado y provoca en mí cosas que no quiero nombrar. *No me puedo permitir pensar en eso ahora.*

—Ya te advertí que hoy tenía que ser uno rapidito. Tengo que ir a recoger a los niños y llevarlos al cine. Les prometí que esta tarde sería para nosotros.

—Podría ir con vosotros —comenta tan pancho, como si no acabara de soltar la mayor estupidez del mundo.

—¿Estás loco?!

—¿Qué? No pongas esa cara, tus hijos ya me conocen.

—iComo el fontanero que desembozó el desagüe de mi lavabo!

—Y otro tipo de tuberías... —bromea alzando las cejas.

Me bajo de la cama y me visto enfadada. No sé si estoy tan alterada porque me indigna su proposición o porque en el fondo no me desagrada tanto como quiero aparentar.

—Espera, no te enfades.

—No me enfado, aunque no me gusta que cambies las normas. Dijimos que entre nosotros solo habría sexo y no voy a involucrar a mis hijos en esto.

—Vaya, gracias. Me acabas de hacer sentir como un trozo de carne —se enfada.

—No es eso, pero tienes que comprender que no tenemos una relación y no me gustaría que mis hijos se encariñaran contigo y que después sufrieran.

—¿Y si lo nuestro tiene futuro?

—No digas tonterías —continúo vistiéndome—, nosotros no pegamos ni con el mejor pegamento del mundo.

—Lo que a ti te pasa es que estás muerta de miedo.

—¿Yo? ¡Estás delirando!

—Tienes miedo de conocerme mejor y que te guste de verdad. Entonces no tendrías ninguna excusa para echarme de tu vida.

—No dices más que estupideces —mascullo mientras me visto.

—Mírame a los ojos y dime que no te gusto nada.

—Es obvio que me gustas. Me acuesto contigo, ¿no?

—No me refiero a eso y lo sabes. Te empeñas en insistir en nuestra diferencia de edad, pero sé que en el fondo te gusta como

soy, aunque sientas pánico a dejarme entrar en tu vida.

—Eres un creído.

—Y tú una cobarde.

Un escozor se instala en mi estómago al escuchar la rabia en su voz y mis ganas de huir aumentan. Agarro mis cosas y, cuando estoy saliendo de la habitación, sus palabras me desgarran por dentro.

—Pensé que una mujer tan valiente como tú tendría más agallas.

Cierro y me marcho sin mirar atrás. Necesito salir a la calle para volver a respirar con normalidad. Saludo con la cabeza al recepcionista del hotel que, con tantas visitas, ya me sonríe con simpatía.

Una vez que atravieso la puerta de entrada, tomo una bocanada de aire y cierro los ojos para intentar calmarme. La ansiedad aprieta mi cuello y, si no me tranquilizo pronto, terminaré desmayándome o algo peor.

—Mierda, mierda, mierda. Esto se me está yendo de las manos.

Al final, recuerdo los ejercicios que me enseñó mi mejor amiga y empiezo a respirar de forma consciente hasta conseguir relajarme. Saco el teléfono de mi bolso y marco el número de Nora.

—Ha vuelto a pasar —susurro en cuanto contesta.

—¿El qué exactamente? —pregunta tensándose por el tono de mi voz.

—Acabo de tener un ataque de ansiedad.

—¿Ahora estás bien?

—Sí, he conseguido frenarlo a tiempo.

—Esa es mi chica. ¿Qué lo ha desencadenado?

—Daniel y su empeño por ir más allá.

—Me gusta este chico —se burla.

—Nora, hablo en serio.

—Y yo, cariño. Completamente en serio. No sé si eres consciente, pero, desde que ese yogurín apareció, mi mejor amiga ha vuelto a sonreír y a tener ese brillo en los ojos que hacía millones de años que no veía.

—Yo...

—¿A qué tienes miedo, Vega?

Pienso unos segundos en su pregunta y llego a una respuesta antes de lo que me hubiera imaginado.

—A que me rompa el corazón.

—Es posible que eso suceda, pero si no lo intentas y resulta ser el amor de tu vida, te perderás una historia preciosa.

—Daniel no es el amor de mi vida —afirmo algo indecisa.

—Puede que sí o puede que no, eso no lo sabemos. Lo que está claro es que, si no lo intentas, nunca lo sabrás.

—Gracias, Nora.

—¿Por ser la mejor psicóloga de la historia?

—Por eso y por ser la mejor amiga del mundo.

Después de despedirme, cuelgo el teléfono y llamo a un taxi. El trayecto hasta mi casa lo paso dándole vueltas a sus palabras y, cuando meto la llave en la cerradura, ya he tomado una decisión.

CAPÍTULO 24



El sonido de la puerta al cerrarse me rompe algo por dentro. ¿Por qué tengo que ser tan bocazas? Al final, por culpa de mi impulsividad, la he presionado demasiado y he conseguido que huya de mí. *Otra vez.* Esto se está volviendo una costumbre y empiezo a cansarme.

Salgo de la cama y me visto a tirones, como si la ropa fuera la culpable de mi mala leche. Una vez que recojo todas mis cosas, dejo la habitación y, antes de salir a la calle, cabeceo en dirección al recepcionista, el cual me dedica una mirada cómplice. De puta madre. Hasta él se ha dado cuenta de que me acaban de plantar. *Otra vez.*

Voy hasta mi moto, arranco y pongo rumbo al bar de mi amigo Miguel. Una vez que llego, aparco en la puerta y entro en el local.

—Hola, Nano. Lo de siempre —le pido al camarero.

Paso de largo y llego hasta donde están los capullos de mis amigos.

—¡Si es el hombre del momento! —suelta Rafa.

—¿Ya te has cansado de meterla? —se burla Miguel.

—Vete a tomar por culo —mascullo con un humor de perros.

—Creo que a nuestro Dandi se le está resistiendo una mujer por primera vez —remata José.

—Si vais a empezar a tocarme los cojones, me marchó a mi casa.

—Espera, tío, no te vayas —dice Rafa—. No les hagas caso y siéntate.

—Está bien, pero a la primera provocación me largo. —Me dejo caer en la silla.

—Pues sí que tienes la piel fina últimamente... —continúa Miguel.

Le dedico lo que pretende ser una mirada intimidatoria y el muy capullo suelta una carcajada levantando su botellín de cerveza a modo de brindis. ¡Será cabronazo! Por más que trato de parecer enfadado, ver la picardía en su cara hace que tenga que esforzarme por disimular una sonrisa.

Después de varias horas, las bromas y tonterías de mis amigos consiguen que mi humor cambie. Gracias a ellos me tranquilizo y dejo de pensar durante un rato en la mujer que está trastocando todo mi mundo.

—Entonces, ¿todo bien con Vega? —pregunta Rafa cuando Miguel y José se van a la barra a pedir unas tapas para cenar.

—Ni por asomo, tío. ¿Te puedes creer que se ha enfadado porque he insinuado que fuéramos al cine con sus hijos? Esa mujer es como la electricidad. Hay momentos que es estable, pero ¡bum! de repente hay una subida de tensión y todo salta por los aires. No sé cómo gestionar esto —admito derrotado.

—Es normal que te sientas así —dice con cara de listillo.

—Ah, ¿sí? Ilumíname, friki. —Me cruzo de brazos.

—Tu especialidad es la conquista exprés: chicas jóvenes, sin ataduras y con ganas de un buen revolcón. Lo tenías dominado: sonrisa de tipo duro, frase de manual y directas a tu cama.

—Lo dices como si fuera un puto depredador —me quejo.

—Hasta que Vega se cruzó en tu camino —continúa ignorándome—. Ella se convirtió en un desafío para ti porque no fue fácil convencerla y cuando lo hiciste, te jodió descubrir que ella solo quería tener sexo contigo.

—¿Qué dices? ¡Estás loco! Yo no quiero tener ninguna relación seria.

—Entonces, ¿por qué te empeñas en conocerla más? Si solo fuera sexo, no estarías tan enfadado porque te ha negado la posibilidad de pasar tiempo con sus hijos.

Pienso en lo que dice mi mejor amigo y me doy cuenta de que tiene razón. Todo el rato voy vendiendo el discurso de que Vega es un rollo pasajero, pero en el fondo, quiero más. Es algo que llevo sintiendo hace algún tiempo y que no me he permitido pensar en profundidad. Está claro que esta mujer es algo más que un revolcón y no tengo ni idea de cómo actuar en esta situación. Tal y como ha dicho Rafa, no estoy acostumbrado a esto y me siento confundido.

—¿Qué nos hemos perdido? —pregunta José sentándose en la silla con un plato de bravas.

—Por la cara de Daniel no creo que sea algo divertido.

Justo cuando voy a enviar a mis amigos a freír espárragos, mi teléfono empieza a sonar. Lo saco del bolsillo de mi chaqueta y me paralizó al ver quién me ha enviado un mensaje. Estoy tan sorprendido que Rafa tiene que darme un codazo para que vuelva a la realidad.

—Eh... ahora vuelvo, chicos. —Me pongo en pie y salgo a la calle, ignorando los abucheos de mis amigos. Lo último que quiero es que este par de cotillas lean nuestra conversación.

Vega:

Hola.

Daniel:

Hola.

¿Qué tal ha ido el cine con los niños?

Vega:

Ha ido bien, gracias.

Durante unos segundos, demasiado largos, por cierto, Vega escribe y escribe, pero no me envía nada.

—¡Vamos, envíalo ya! —mascullo nervioso como si pudiera escucharme.

Vega:

Tenemos que hablar.

¡Mierda! Esas tres palabras me taladran la cabeza y se atraviesan en mi garganta, ahogándome. ¿Qué coño me pasa? ¿Desde cuándo me pongo así por una mujer? No sé por qué esas palabras me producen tanto miedo si ya sabía que este día iba a llegar.

Daniel:

Ok. Cuando quieras.

Vega:

¿Te va bien mañana a las tres y media? Es que así aprovecho que los niños están en el colegio.

Por supuesto, mejor quitarse el problema lo antes posible.

Daniel:

*Me parece bien.
Dime el lugar y allí estaré.*

¡A tomar por culo! Si quiere dejarme, pues que lo haga. Ya estoy cansado de ir detrás de ella como un perro faldero. Entonces, ¿por qué respiro con dificultad?

—¿Todo bien? —pregunta Rafa a mi espalda.

—¡Joder, tío, qué susto me has dado! —exclamo con la mano en el pecho para recuperar la respiración.

—Lo siento, pensaba que habrías escuchado la puerta.

¿Cómo voy a escuchar algo que no sea el retumbar de mi corazón y el pitido de mis oídos? Imposible.

—Me estás preocupando, Dani. —Se agacha a mi lado.

—Estoy... bien —murmuro.

—Y una mierda —suelta sin dejar de mirarme—. Respira por la nariz y suelta el aire por la boca despacio. Así, muy bien.

—Gracias —digo una vez que consigo serenarme.

—¿Qué ha pasado?

—Vega me ha dicho la típica frase de «tenemos que hablar».

—Oh, oh.

—Exacto.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué quieres que haga? Estoy harto de luchar contra corriente. Se acabó. Si ella no quiere verme no le voy a suplicar.

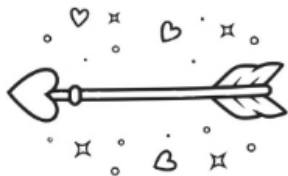
—Pues es una lástima.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, por primera vez, he visto a un Dani ilusionado por algo.

—No digas tonterías.

—Esta conversación ya la hemos tenido y sabes lo que pienso. Pero hasta que tú no lo aceptes, no hay nada más que hablar. Venga, vamos dentro o José y Miguel se comerán todas las tapas.



Al día siguiente, media hora antes de la cita, entro en la cafetería y me siento en la primera mesa que veo libre. El lugar es acogedor e íntimo. El aroma a café y bollería invaden mis fosas nasales y me dan la calma que necesito.

Vega odia la impuntualidad. Y, aunque soy consciente de que hemos quedado para que me dé la patada, no puedo evitar llegar antes de la hora acordada para agradarla.

Lo sé, soy patético.

Esta noche no he pegado ojo, por eso me pido un café muy cargado para despejarme y compensar las pocas horas que he dormido. Desde que recibí su mensaje no he dejado de pensar en los posibles escenarios a los que me enfrentaría hoy y eso me ha mantenido en vilo todo el puñetero día, y parte de la noche.

El sonido de la puerta me devuelve al presente. Giro mi cabeza de forma automática y, al verla, peleándose con su abrigo, sonrío con ternura. ¿Ternura? *Joder, estoy cada vez peor.* Una vez que consigue quitarse el gorro y luchar con su bufanda, mira a su alrededor buscándome entre la multitud. Nuestras miradas se encuentran y durante unos segundos nos quedamos atrapados en los ojos del otro, como si fuéramos imanes incapaces de separarse. Una corriente invisible recorre mi cuerpo y me pone los pelos de punta. *¿Ella también habrá sentido lo mismo?* Pero cuando empiezo a creer que Vega también ha notado esta conexión, rompe el contacto visual y camina hacia mi mesa.

—Hola. —Se sienta sin mirarme a los ojos.

Mal, empezamos muy mal.

—Hola, Vega. —Hago el gesto de ponerme en pie, y al darme cuenta de que mi primer impulso es besar esos labios que me vuelven loco, me mantengo en mi asiento.

Remuevo el café con la cucharilla, dándole el tiempo necesario para que organice sus pensamientos. Por suerte, antes de que el silencio nos asfixie, aparece la camarera con una sonrisa cómplice.

—¿Qué va a tomar?

—Un café con leche, por favor.

—Ahora mismo se lo traigo.

Antes de marcharse, la camarera me dedica una mirada insinuante, la cual ignoro a propósito. Siempre he sido de los que aprovechaban estas indirectas, sin embargo, ya no me interesa ese tipo de coqueteo superficial.

—Yo... quería hablar contigo —murmura cuando estamos a solas —. Mierda, no sé cómo empezar.

—Deja de darle vueltas. Dilo y ya está —le pido deseando que todo esto termine lo antes posible.

—Es que no es tan fácil. —Me mira por primera vez desde que se sentó.

—El «tenemos que hablar» que me enviaste me da una pista, así que puedes estar tranquila. No te lo pondré difícil.

—No tienes ni idea... —murmura muy bajito.

—Así que supongo que ha llegado el momento de despedirnos, ¿no?

—Te equivocas.

La miro a los ojos tratando de descifrarla, y por más que lo intento, no consigo saber cómo se siente.

—Entonces, ¿qué era eso tan urgente que me querías decir?

CAPÍTULO 25



Siento pánico. El temor me paraliza y me cierra la garganta, impidiéndome hablar. Estoy aterrorizada, pero no quiero que Daniel crea que voy a terminar con esto. ¡Se acabó lo de ser una cobarde!

—Yo... Siento cosas y... ¡estoy muerta de miedo! Vale, ya lo he dicho —esto último lo digo más para mí misma que para él.

Daniel me mira con la boca abierta como si, de repente, me hubieran crecido dos cabezas. Si no fuera por la tensión que me oprime, me reiría de su expresión.

—Perdona, no entiendo nada —murmura confundido por mis palabras.

—Creo que resulta más que obvio...

—Pues resultará obvio para ti —me interrumpe.

—... que me gustas.

—Creo que estamos en conversaciones diferentes. Espera, ¿acabas de decir que te gusto?

Me mira con sorpresa y esperanza a la vez, quizá esperando que se trate de una broma pesada, pero en cuanto le sonrío con timidez, comprende que lo que le acabo de decir es cierto.

—Joder, joder, joder —masculla poniéndose en pie—. Esto sí que no me lo esperaba.

Se pasa las manos por los ojos y suelta el aire que al parecer estaba conteniendo. Parece tan confundido que por un momento creo que no le ha gustado mi respuesta.

—Por tu reacción creo que preferías que hubiera puesto fin a lo nuestro.

—¡No! —exclama demasiado fuerte—. Por supuesto que me alegra tu confesión porque... tú a mí también me gustas.

—¿En serio?

Sus palabras impactan en mi cabeza y me hacen sonreír de una forma a la que ya no estoy acostumbrada. Lo observo en silencio. Me muero de ganas por escuchar lo que me tiene que decir, pero también tengo miedo de que se trate de un sueño.

—Sí, me gustas, aunque tengo que confesar que no sé cómo explicarlo porque hasta ahora nunca me había sentido así por nadie. No sé cómo lidiar con esto. Lo único que tengo claro es que no quiero terminar con lo que tenemos.

—Ya... claro. Supongo que te gustaría seguir como hasta ahora —apunto para disimular mi decepción.

Sí, lo sé, soy una hipócrita. Yo, la misma que le había jurado que solo quería una aventura, deseo que este chico quiera intentar algo conmigo. *Soy patética.*

—No.

—¿No? —pregunto desconcertada.

—En absoluto. Me niego a seguir como estábamos hasta ahora porque no quiero conformarme con migajas. Quiero más, mucho más. Tengo que confesar que yo también estoy acojonado y, aunque en el fondo no sé definir lo que siento en realidad porque nunca he estado en esta situación, me gustaría conocerte sin restricciones ni normas y descubrir a dónde nos lleva.

¡Joder! Al final va a conseguir que se me rompa la mandíbula de tanto sonreír. *Estoy en sus manos y la verdad es que me importa una soberana mierda.*

—Vale. —Me ha dejado sin palabras.

—¿Vale? ¿Es lo único que vas a decir?

Su pregunta trata de parecer casual, pero en el fondo puedo ver su inseguridad. *¡Es tan mono! Joder, estoy perdida.*

—No pienso engordar tu ego, Dani. Ya te he dicho que me gustas —trato de aparentar una dureza que no siento. No estoy preparada para que descubra lo mucho que me afecta.

—Es verdad. Tengo que gustarte mucho para que hayas aceptado salir conmigo —me provoca.

—¡Yo no he dicho que vaya a salir contigo!

—No es necesario, sé que estás loquita por mis huesos y que no puedes mantenerte alejada de mí —bromea acercándose cada vez más.

—Eres un creído —digo fingiendo que no me derribo con su chulería.

—Sí, pero en el fondo te gusta que lo sea —murmura pegado a mi boca.

—Un momento —me aparto y nos dejo con las putas ganas—, tienes que prometerme que iremos despacio.

—Ajá —me sigue la corriente mientras vuelve a avanzar.

—Hablo muy en serio. Tengo tres hijos y no quiero que salgan perjudicados en esto.

Se detiene y me mira muy serio. Necesito que comprenda que, aunque quiero estar con él, lo primero son mis hijos. Nunca haría nada que pudiera hacerles daño.

—Te lo prometo, yo también quiero hacer bien las cosas —anuncia como si me hubiera leído el pensamiento justo antes de besarme despacio.

—No sé si creerte, la verdad —declaro después de separarme de él.

—Tendrás que averiguarlo, nena.

—Ah, no. ¡Eso sí que no! No voy a consentir que me llames nena, caramelito, churri o alguna de esas horteradas.

—¿Se me permite llamarte chispitas?

—Solo cuando estemos solos —digo después de pensarlo unos segundos.

No me suele gustar esa clase de cursilerías, pero escuchar su apelativo cariñoso me arranca una sonrisa tonta. ¿Yo? ¿Conmovida por un simple apodo?

—Entonces, ¿cuándo tendremos nuestra primera cita?

—¿Hola? ¿Acaso he estado quedando con otra persona?

—Espero que no —bromea—. Ya sé que en realidad no es nuestra primera cita, pero sería la primera vez que quedamos después de sincerarnos. ¿Qué te parece?

—Está bien —acepto.

—¡Genial! Dime el día que te va mejor y organizo una cena romántica. Yo invito —indica.

—¿Solo cena? —pregunto coqueta, calentándome al instante. *No me soporto, parezco una adolescente.*

—Por supuesto que no, te prometo una velada perfecta —murmura contra mis labios—, que se convertirá en una noche ardiente si consigues que los niños duerman en casa de alguien.

—Haré lo que pueda —prometo con la voz entrecortada, mientras organizo en mi cabeza el plan perfecto para quedarme a solas con este adonis.

Mierda, soy una madre horrible, ¿verdad? ¿Cómo es posible que con él todo pase a un segundo plano? ¿Cómo ha conseguido este niñato de veintiocho años que sea tan egoísta? Bueno, para ser sincera, eso no es cierto. Siempre pondré el bienestar de mis hijos por encima de cualquier cosa, aunque ahora, además, también pienso en mí. Antes mi felicidad estaba al final de la lista y eso es lo que ha cambiado ese niñato. Ahora quiero disfrutar de la vida y no conformarme con la insulsa rutina que he tenido estos últimos años. ¿Eso me hace ser una mala persona? Yo creo que no.

—Creo que es hora de que me hables de tu pasado —interrumpe mis pensamientos.

—¿Cómo?

—Es lo normal, ¿no? Te dije que quería conocerte sin restricciones.

—Tienes razón —admito.

—Si no te apetece, podemos dejarlo para otro día —dice acariciando mi mano.

Podría aprovechar el comodín que me acaba de regalar, pero decido ser valiente y abrirme con él. No es justo que siga con este ostracismo. Daniel me sonrío, comprendiendo cuánto me cuesta remover mi pasado, y es en ese preciso instante cuando soy consciente de cuánto deseo que me conozca de verdad, sin capas ni máscaras.

—No, está bien. ¿Qué quieres saber?

—Lo normal, supongo. ¿Cómo se llaman tus padres, fuiste una niña traviesa, tienes hermanos...?

—Vale, entiendo. Veamos... Mi madre se llamaba Lucía y mi padre está en paradero desconocido. Fui una niña muy buena y responsable y, aunque siempre soñé con saber cómo se sentía al tener uno, no tengo hermanos. Me encantaba leer e ir al colegio porque era la empollona de la clase —reconozco haciéndolo reír.

—Has hablado de tu madre en pasado.

—Sí, murió cuando yo tenía diez años. Se quedó embarazada muy joven. Mi padre no quiso hacerse cargo del bebé y la abandonó, por lo que nunca llegué a conocerlo —admito—. Estaba tan enamorada de él que la tristeza terminó por apagarla.

—Lo siento mucho.

—Gracias; en realidad fue una desconocida para mí. No me malinterpretes, era mi madre y la quería, sin embargo, siempre la recuerdo depresiva y ausente. No llegó a hacerse cargo de mí; fue mi abuela quien me crio.

—Háblame de ella.

—Mi abuela Paqui fue lo más parecido a una madre que tuve y siempre me cuidó. Era la persona más alegre y optimista que he conocido nunca, por eso su partida me destrozó. Era muy especial. —Se me quiebra la voz al recordarla y me tomo unos segundos para no romperme—. Tenía mucho carácter, pero también era la que daba mejores abrazos. Esos que consiguen reconfortarte o romperte cuando necesitas llorar.

—Me hubiera encantado conocerla. —Me acaricia la mano para darme ánimo—. ¿Murió hace mucho tiempo?

—Hace doce años. Fue duro, me quedé destrozada y, aunque siempre tuve el apoyo de mi mejor amiga Nora, fueron años muy dolorosos.

—¿Y tu ex? Has dicho que tu mejor amiga te ayudó, ¿y él?

—A Rodrigo lo conocí un año después. Pensándolo bien, creo que ese fue el motivo por el cual lo nuestro avanzó tan rápido. Lo conocí en la peor época de mi vida, cuando tenía las defensas bajas, y supongo que fue como encontrar un salvavidas en medio de una tormenta.

—¿Por qué dices que lo vuestro fue rápido?

—Creo que por hoy es suficiente —concluyo nerviosa por remover mi pasado.

—Tienes razón, lo siento, supongo que soy demasiado curioso y te prometí que me lo tomaría con calma.

Aunque sus ojos están cargados de decepción y curiosidad, le agradezco que me comprenda y que me dé mi espacio. Confío en él y sé que no tardaré demasiado en contarle toda mi historia, pero prefiero ir despacio y no forzar las cosas.

CAPÍTULO 26



Han pasado dos meses desde que tuvimos la conversación que lo cambió todo. Esa en la que, por un momento, creí que era una despedida. Aún me veo allí, paralizado, tras su confesión. Después de todo lo que habíamos pasado, no podía creerme que me diera una oportunidad. Cuando malinterpretó mi asombro y pensó que me daría por satisfecho con lo que teníamos, casi me atraganto. Me resultó casi cómico que me creyera capaz de conformarme con tan poco. De no haber sido porque no quería hacerle daño, me habría reído de la situación. Por suerte, al final conseguimos sincerarnos y compartir el miedo que sentíamos por lo que empezaba a crecer entre nosotros.

Y por fin, después de una espera casi agónica y de miles de mensajes diarios, ha llegado el día de nuestra *primera* cita. A pesar de las ganas que teníamos de vernos, Vega lo tuvo complicado para quedar. Su hijo pequeño se puso enfermo y el virus estomacal campó a sus anchas hasta infectar a todos los miembros de esa casa. Pero hoy, por fin, ha llegado nuestro momento.

Aunque me moría de ganas de tenerla otra vez entre mis brazos y besar esos apetecibles labios, el tiempo que hemos pasado separados me ha servido para organizar la cita perfecta. Y para echarla un huevo de menos, eso también. ¿Cómo es posible extrañar tanto a alguien que acabas de conocer? Vega ha conseguido ganarse un hueco en mi corazón demasiado pronto y tengo que admitir que me tiene un poco «acojonadito». *Más bien cagado de miedo a niveles estratosféricos.*

Todo tiene que salir perfecto. Llevo tantos días pensando en cada detalle al milímetro que no me puedo permitir que algo salga mal. Golpeo el pie nervioso mientras espero a que mi cita haga acto de presencia. Hace cinco minutos que le envié un mensaje diciéndole que había llegado y la espera se me está haciendo eterna.

El corazón se me desboca en cuanto asoma por el portal. Está preciosa, joder. Camina con paso firme, marcando el ritmo con sus tacones y regalándome esa sonrisa que me desarma. Con cada paso que da, la respiración se me vuelve entrecortada, como si el mundo entero se hubiera reducido a ella.

—Hola —dice en cuanto se detiene delante de mí.

—Hola, preciosa —la saludo sin dejar de mirarla embobado.

—¿Voy bien así? —pregunta dándose una vuelta.

Cuando me preguntó qué tipo de cita íbamos a tener, solo le dije que se pusiera ropa cómoda. Ahora, al verla con esos pantalones pitillo negros que le sientan de miedo, me doy cuenta de que da igual lo que se ponga esta mujer porque siempre está espectacular. El simple hecho de verla así, sonriendo como una niña de quince años, me pone de muy buen humor.

—Estás perfecta, como siempre. —Tiro de ella para rodearla con mis brazos.

—Eres un adulator.

—Y te encanta —digo antes de besarla despacio, muy despacio.

Gimo en su boca al notar el sabor de sus labios. ¡Joder, cuánto la he echado de menos! Vega ha conseguido que me haga adicto a sus besos, como una droga que te engancha y te eleva con cada dosis. A pesar de que lo que en realidad me apetece es desnudarla y hacerla mía en medio de la calle, corto nuestro beso y le ofrezco un casco. No es plan de que nuestra cita empiece y termine en el calabozo.

—¿Vamos? —pregunto una vez se coloca el casco.

—¿A dónde?

—Es una sorpresa. —Bajo la visera y me hago el misterioso.

Media hora después, aparco la moto en la calle y la ayudo a bajar. Me quito el casco y la observo inseguro, buscando su reacción.

—¿Hemos venido a tu casa? —pregunta sorprendida imagino que al recordar la interrupción de la última vez.

—Mi madre se ha ido a ver a su amiga a Fuengirola. Esta vez de verdad, lo he comprobado —indico al ver que se cruza de brazos.

—¿Estás seguro? Que tu madre casi me pillara una vez fue vergonzoso, pero que nos pasara otra vez sería humillante.

—Te lo juro por mi lista de Spotify. —Cruzo los dedos y me los llevo a los labios a modo de promesa.

Vega suelta una risita por mi estúpida broma y yo siento un pellizquito en el corazón. Subimos en silencio, como si de repente hubiera entrado en pánico.

—Estás en tu casa. —Hago una exagerada reverencia en cuanto abro la puerta.

Después de mi gesto, mira a todos lados con desconfianza, como si temiera encontrarse con alguien. Supongo que, por culpa del susto que se llevó la última vez, necesita comprobar que, efectivamente, no hay nadie.

—Ponte cómoda, ahora vuelvo —pido besándola en la cabeza.

Voy a la cocina y saco la botella de vino que dejé enfriando hace unas horas. Saco un par de copas y las coloco en la bandeja junto a los canapés que prepararé esta tarde. También corto un poco de queso y añado unos cuantos frutos secos. Lo último que quiero es que nos emborrachemos y fastidiemos nuestra noche especial.

Agarro la bandeja y vuelvo al comedor. Vega analiza con curiosidad el plan que he organizado para hoy y, al ver su ceño fruncido, no puedo evitar sonreír. Aprovecho que todavía no se ha dado cuenta de mi presencia y me permito admirar cada curva de su cuerpo. Joder, qué ganas le tengo. *Paciencia, pedazo de perverso. Todo a su debido tiempo.*

—¿Qué te parece?

—¡Mierda, qué susto me has dado! —se queja llevándose una mano al corazón.

—Lo siento, no quería asustarte.

—¿Qué es todo esto, Daniel?

—Lo que parece —aclaro dejando la bandeja en la mesa—. Pensé que sería divertido hacernos un retrato.

—Dani, yo no sé dibujar. Tendrías que ver los dibujos que le hago a mi hijo Jairo. En lugar de superhéroes parecen mutantes con un mal día o monstruos con capa.

—¡Qué exagerada eres! —me carcajeo—. Seguro que no es para tanto, además, yo tampoco soy Picasso.

—Te prometo que sí —gimotea.

—No te preocupes, esto no es una competición. Solo es para divertirnos. —La abrazo y beso sus labios.

—Está bieeeeeen —acepta no demasiado convencida—. Pero luego no digas que no te lo advertí.

Nos sentamos uno frente al otro para no ver nuestros dibujos y, antes de empezar con las obras de arte, le sirvo una copa de vino y brindo con ella.

Durante un buen rato no decimos nada. Solo nos miramos mientras intentamos plasmar al modelo que tenemos delante. Doy un sorbo de mi copa y disimulo la sonrisa que se me escapa al ver a Vega resoplar, probablemente frustrada por no haber conseguido el resultado que quería. ¡Es tan adorable!

—¿Cuéntame algo sobre ti? —me sorprende con su pregunta.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que quieras. —Y su sonrisa consigue tambalearme por dentro.

—Veamos... De pequeño fui un niño bastante inquieto y algo travieso.

—No sé por qué me lo imaginaba. A veces me recuerdas a Jairo.

Arrugo la nariz al no saber si, parecerme a su hijo de cuatro años, es un cumplido o un insulto, pero decido tomármelo como un halago.

—Mi madre siempre decía que era como Daniel el travieso, el protagonista de aquella serie, y que no podían haberme puesto un nombre más adecuado. —Sonrío al recordar esos días en los que solo me importaba coleccionar cromos o jugar al fútbol.

—Compadezco a tu pobre madre —se burla sacándome la lengua.

—Sin embargo, todo eso cambió cuando mi padre murió.

—Lo siento mucho. ¿Qué le ocurrió?

—Un ataque al corazón fulminante. —Cierro los ojos al recordar esa época—. Perder a mi padre con catorce años fue muy duro. La adolescencia es una etapa muy complicada y sobre todo sin una figura paterna que te guíe.

—Te entiendo más de lo que imaginas.

—Lo sé. Pero a pesar de que no tuve un padre que me enseñara a ligar —le guiño un ojo—, no me puedo quejar. Mi madre se encargó de que me convirtiera en una persona trabajadora y honrada.

—Hizo un buen trabajo.

Una hora después de conocernos mejor mientras pintamos, Vega golpea la mesa con la palma de sus manos y suelta un suspiro derrotado.

—Bueno, pues la suerte está echada —bromea—. He hecho todo lo que he podido.

—Yo también he terminado. ¿Quién lo enseña primero?

—Empiezo yo. Estas cosas es mejor sacárselas lo antes posible —suelta algo achispada por el vino—. Ay, madre mía, qué vergüenza.

Verla en mi casa, tan relajada y preciosa, enciende un fuego en mí que nunca había sentido. Es como un hormigueo que me quema el pecho y me recorre por dentro. Me dice que estoy exactamente donde debo estar, con la persona que hace que todo tenga sentido.

—Venga, a la de una, a la de dos y a la de... itres! —exclama al dar la vuelta a su dibujo con los ojos cerrados.

—Bueno, la verdad es que ese mentón a lo Popeye me favorece mucho —me burlo, riéndome.

—Eres muy gracioso. Ya te dije que no sabía dibujar.

—No está tan mal, chispitas. Venga, me toca a mí.

Giro la libreta para que vea mi obra maestra y, unos segundos después, las carcajadas no se hacen esperar.

—Joder, viendo tu dibujo, el mío no parece tan horrible —dice limpiándose las lágrimas.

—No tienes ni idea, soy un artista incomprendido —sigo con la broma.

—Espera, ¿me has hecho bizca? —Vuelve a estallar en risas—. ¿De verdad es así como me ves? Soy horrible.

La observo con diversión, feliz de verla tan desinhibida y mostrando su verdadera personalidad. Saber que he sido yo quien ha provocado esa risa hace que se me hinche el corazón.

—No, en realidad te veo así.

Giro la hoja de la libreta y le muestro el segundo dibujo que he hecho: el de verdad. Vega se queda completamente paralizada con la boca abierta, como si fuera un pez sacado del agua. Ahora soy yo el que suelta una carcajada.

CAPÍTULO 27



Me llevo una mano a la boca impresionada y durante unos segundos no digo nada. ¿Qué decir cuando tu cita te sorprende de esta manera?

—¿Sabes dibujar? —pregunto, mientras me recompongo al descubrir una nueva faceta suya.

—Un poco —dice quitándole importancia.

Me hace gracia ver la timidez que muestra en este momento y, si no estuviera tan sorprendida por esta revelación, me burlaría de él.

—¿Un poco?! Es precioso —admito emocionada.

Me pongo en pie para apreciar los detalles. Cada trazo, cada línea marcada sobre el papel, cobra sentido hasta formar una imagen fascinante. Mi retrato. ¡Joder! Me quedo admirándolo, incapaz de apartar la vista, y no puedo evitar preguntarme cómo es posible que me haya dibujado así. No me creo que pueda ser capaz de captar cada detalle en tan poco tiempo. Algo en ese dibujo me desarma, como si en tan solo unas líneas hubiera podido plasmar mi verdadera esencia, esa que muestro solo a unos pocos.

Levanto la mirada para encontrar la suya, esperando ver en sus ojos el orgullo de quien sabe que ha hecho algo increíble, aunque en lugar de eso encuentro timidez. Una timidez sincera, casi vulnerable, que me golpea directo al pecho. Su inseguridad me enternece y hace que me pregunte si él también suele protegerse detrás de un muro por miedo a que le hagan daño.

—Venga, es hora de cenar. ¿Me acompañas?

Me encantaría saber más sobre el descubrimiento que acabo de hacer, pero decido darle un poco de margen. Asiento con la cabeza y lo sigo hasta la cocina. Me hace gracia verlo, tan grande como es, moviéndose en un espacio tan reducido. Entonces me fijo en sus manos y toda diversión se me corta. Daniel sujeta el cuchillo con seguridad, moviéndolo con precisión al cortar las verduras, concentrado y ajeno a mi mirada. De repente, un calor intenso y sofocante se abre paso por todo mi cuerpo, dejándome sin aliento.

—Quiero ayudarte —casi exijo. Necesito pensar en otra cosa que no sea en sus manos en plena acción.

Daniel me sonríe como si supiera el motivo por el que necesito echarle una mano. Me pasa un cesto de patatas y me pide que pele algunas. Feliz por haber encontrado algo en lo que entretenerme, aprovecho para saber algo más de su nueva faceta.

—¿Cuánto hace que dibujas?

—Desde que tengo uso de razón. —Sonríe—. Siempre me gustó dibujar, era algo que me evadía y me relajaba. Mi madre siempre bromea diciendo que nací con un lápiz debajo del brazo. Tras la muerte de mi padre, no podíamos permitirnos clases particulares, sin embargo, no me rendí. Devoraba cualquier tutorial de internet y practicaba a diario para mejorar mi técnica y poder acceder a la universidad. Pasaba las horas llenando mis cuadernos, pero nunca me cansaba de hacerlo.

—¿Y qué ocurrió? —pregunto sabiendo que algo le impidió cumplir su sueño.

—Lo intenté. Me esforcé al máximo y aprobé la selectividad con buena nota y pude acceder a la universidad donde estudié diseño gráfico. Fue la mejor época de mi vida —admite con los ojos cerrados y una triste sonrisa, como si lo volviera a vivir—. Dos años después, mi madre enfermó y tuve que abandonar mi carrera a medias.

—¿Y tu madre aceptó tan fácilmente?

Sé que algo más tuvo que pasar porque, como madre, yo jamás permitiría que mis hijos se rindieran y lucharía con uñas y dientes para que pudieran perseguir su sueño.

—No tuvo más remedio. —Se ríe con sarcasmo—. Mi madre es una mujer muy valiente, pero también terca y cabezota. Desde que mi padre murió, se dejó la piel para que no me faltara de nada y no podía permitir que siguiera haciéndolo a costa de su salud.

—La engañaste —indico al darme cuenta de que esa era la única razón por la que su madre le permitió que dejara la universidad.

—Lo hice. —Sonríe—. Le dije que me había dado cuenta de que esa carrera no era lo mío y que no quería seguir perdiendo el tiempo. Además, le hice creer que me habían ofrecido un puesto en una empresa de publicidad que, después de ver mis dibujos, no les importó que no tuviera la titulación.

—Y te creyó.

—Puedo ser muy convincente cuando quiero. —Me guiña un ojo.

—Doy fe. —Pongo los ojos en blanco.

—Desde ese día trabajé en lo que me salía: camarero, fontanero, repartidor... Mi madre sigue convencida de que formo parte de una gran empresa.

—Dani, lo que hiciste es...

—Lo que haría cualquier hijo —sentencia.

—Renunciaste a tu sueño para cuidar a tu madre y eso no lo hace cualquiera, así que no le quites mérito —mascullo enfadada al ver que no se valora.

Lo observo con atención mientras coloca el pescado que ha preparado en el horno, como si lo que me acaba de contar no tuviera importancia.

—¿Sabes? Tenemos más en común de lo que yo pensaba.

—Ilumíname —me pide con curiosidad.

—Yo también decidí no estudiar para cuidar de mi abuela, aunque en su caso fue por el alzhéimer —confieso sintiendo que el pecho se me desgarró al recordarlo.

Siempre que pienso en esa época, algo dentro de mí se rompe, pero después de que Daniel se haya sincerado conmigo como lo ha hecho, creo que se merece conocer algo de mí también.

—Imagino que fue duro.

—Durísimo —admito con un nudo en la garganta—. Al principio, cuando no sabíamos lo que tenía, nos reíamos con sus despistes achacándolos a su edad. Cada vez que me llamaba como a mi madre y se daba cuenta de su error, se burlaba y se llamaba a sí misma «vieja chocha». Mis alarmas saltaron el día que de verdad creyó que me llamaba Lucía. Fuimos al médico y el diagnóstico fue devastador.

Daniel agarra las dos copas de vino y tira de mi mano hasta llevarme al comedor. Me hace un gesto para que me siente y me ofrece la mía. Doy un trago para recuperar fuerzas y, bajo su atenta mirada, le relato el infierno que viví durante los últimos años de mi abuela.

De los olvidos frecuentes, pasó a la dificultad para encontrar las palabras adecuadas y eso hacía que tuviera muchos cambios de humor. Con el paso de los meses su memoria empeoró y empezó a tener ciertas dificultades para realizar tareas cotidianas. Cada vez estaba más ansiosa y más de una vez tuve que luchar con su agresividad. Hasta que llegó un momento en que su dependencia fue total y casi ni hablaba. Su mirada, que siempre había estado tan llena de vitalidad, era ausente y carecía de brillo. El impacto emocional de ver cómo poco a poco se apagaba fue brutal. Descubrir que ya no volvería a ser la misma persona y que, por más que me esforzara, jamás conseguiría que se curara, fue insoportable.

—Me aislé —admito— y, excepto a Nora, perdí a todas mis amistades. En mi vida solo existía mi abuela.

—Eres increíble —dice agarrando una de mis manos.

—Estaba tan agotada que más de una vez deseé que todo terminara y, como si mis plegarias hubieran sido escuchadas, murió un año después. —Rompo a llorar sintiéndome culpable.

Daniel me abraza y deja que, durante unos segundos, llore y saque todo ese remordimiento que llevo dentro.

—Es lógico que pensaras así. Estabas sola y debió ser horrible todo lo que tuviste que vivir siendo tan joven. Así que no te permito que te sientas culpable, ¿me oyes?

Sonríó contra su pecho, avergonzada por haber pensado alguna vez que este hombre, tan lejos de la inmadurez de mi ex, pudiera ser un niño irresponsable.

—Venga, que el pescado ya debe estar listo. Vamos a cenar y a hablar de cosas alegres.

—Sí, por favor. —Me río agradeciendo que mi máscara de pestañas sea resistente al agua.

Ver la forma en la que Daniel sirve la cena que acabamos de sacar del horno me produce una calidez especial en el corazón. No es que me emocione ver a un hombre cocinar —que también—, sino que no estoy acostumbrada a que alguien cuide de mí. Normalmente, soy yo quien prepara la cena y se preocupa de que todos estén bien, y comprobar que también soy merecedora de estas atenciones me conmueve.

Nos sentamos en la mesa y no puedo evitar gemir de placer al dar el primer bocado al pescado.

—Joder, esto está delicioso. ¿Qué le has echado? —Cierro los ojos para saborearlo y descubrir los ingredientes secretos.

—Hierbas provenzales, una cucharadita de mostaza antigua y un poco de miel —contesta con voz ronca—. Deja de gemir o tiraré todo lo que hay encima de la mesa y te follaré aquí mismo.

Al escucharlo me atraganto y empiezo a toser.

—Ni hablar —me quejo—, no me puedes privar de este delicioso manjar.

—Pues entonces compórtate —amenaza, con una sonrisa lobuna que me hace dudar seriamente de mi decisión de seguir comiendo.

Después de este momento tan caliente y de que haya tenido que fingir que sus palabras no han conseguido derretir mi ropa interior, Daniel me cuenta anécdotas divertidas de su infancia. Sé que ha cambiado de tema para que olvide los recuerdos agridulces y esa información gana puntos en mi lista interminable de cualidades, a pesar de que hace tiempo que decidí que era una pérdida de tiempo llevar la cuenta.

Continuamos disfrutando de una deliciosa tarta de queso, y Daniel me cuenta la travesura que le hizo a su anciana vecina que lo cuidaba mientras su madre trabajaba. Con todo lujo de detalles me describe cómo se atrevió a echar tinte naranja en el champú cuando ella dormía la siesta y la bronca que le cayó al descubrirlo. El brillo pícaro en su mirada y la forma en la que lo cuenta hacen que no pueda contener la risa.

—Tendrías que haber visto su pelo color zanahoria, parecía un payaso de circo —se carcajea.

—No me puedo creer que hicieras eso. —Me limpio las lágrimas provocadas por la risa.

—Lo hice —admite orgulloso—, la pobre tuvo que usar gorro durante meses para salir a la calle.

—Madre mía, espero que Jairo nunca copie tus ideas. Juntos seríais capaces de aniquilar el mundo. —Al darme cuenta de lo que acabo de decir, casi me atraganto con la puñetera tarta.

—Te prometo que, cuando nos conozcamos, no le enseñaré mis trucos —bromea.

¿Puede ser más perfecto? Conocer a un hombre y que no tenga miedo a conocer a tus hijos, no tiene precio. A pesar de que me he empeñado en no presentárselos, lo cierto es que me muero de ganas de ver cómo se llevan. ¿Es posible que esté perdiendo la cabeza?

CAPÍTULO 28



Estoy eufórico. Que Vega haya comenzado a abrirse a mí me tiene en una especie de burbuja de felicidad y no puedo dejar de sonreír. Y no me refiero solo a conocer detalles de su pasado, sino también al momento en el que ha mencionado el día que conoceré a sus hijos. Para mí, ese paso es gigantesco, y sentir que ella confía lo suficiente en mí como para incluirme en esa parte de su vida me llena de ilusión y de vértigo.

El día que quedamos en la cafetería, le solté una pequeña mentira. Fue una mentira piadosa; ni siquiera me siento culpable. Cuando decidimos darnos una oportunidad, acepté sus condiciones de forma automática. Esas en las que prometí ir despacio. No es que pretenda engañarla, pero sabía que la verdad la espantaría. ¿Para qué confesarle que no sé ir despacio? ¿Que no soy capaz de tomarme las cosas con calma y menos si se trata de ella? Soy una persona nerviosa y, desde pequeño, cuando quiero algo, lo quiero ya. Y si le hubiera confesado que lo quería todo con ella, la hubiera asustado y alejado de mi vida. Por eso tomé la decisión de aceptar sus reglas y conquistarla con todas mis armas de destrucción masivas, tratando de no asustarla.

—¿Te apetece ver una peli?

—Eh... claro —contesta con decepción en su voz.

Disimulo mi sonrisa al descubrir su desilusión y agarro el mando a distancia para escoger una película. En realidad, yo también me muero de ganas por tenerla entre mis brazos, sin embargo, quiero ir todo lo despacio que necesita.

Esa era la teoría, porque media hora después, mientras vemos una comedia romántica que ella ha escogido, mis dedos hormiguean por tocar su piel. Tampoco ayuda que esté tumbada de lado, con su cabeza recostada encima de mi muslo, ni que sus manos estén peligrosamente cerca de mi erección. Si ya me lo decía mi madre: cariño, tienes muy buenas intenciones, pero te pueden los nervios. ¡No tengo remedio! A tomar por culo mi contención.

Llevo mi mano a su pelo y lo acaricio, despacio. El suspiro que sale de sus labios me sabe a gloria y me empuja a seguir con mi avance. Deslizo la mano por la parte baja de la espalda y, una vez allí, la cuello debajo de su jersey. La forma en la que se estremece y se mueve para buscar mi contacto me calienta. Ascendo por su vientre y no me detengo hasta llegar a uno de sus pechos. Vega se gira para mirarme y me alegro de ver que ella también se muere de ganas por besarme. Sin decir ni una palabra se incorpora y se sienta encima de mí, a horcajadas.

—Ya era hora —susurra cerca de mis labios, moviéndose encima de mi erección.

—¿Impaciente, chispitas?

—Ajá —admite, mientras me besa y rodea mi cuello con sus manos—. Por lo que veo, tú no lo estabas. Has tardado demasiado.

—No tienes ni idea. —Cierro los ojos—. Si estuviera más cachondo, me habría dado una isquemia cerebral y habrías tenido que llamar a una ambulancia.

—¿Qué es eso? —pregunta con la respiración acelerada, sin dejar de moverse contra mi polla para provocarme.

—Cuando no llega suficiente sangre al cerebro —le explico levantando mi pelvis, para volverla loca y, de paso, volverme yo también.

—Eres una caja de sorpresas, Dani. —Tira de mi pelo mientras gime.

¡Mierda! Adoro cuando me llama así, aunque solo sea el diminutivo de mi nombre. Me lanzo a su boca, hambriento, uniendo

nuestros cuerpos como si fueran uno.

Le quito el jersey despacio sin dejar de mirarla a los ojos, como si alargar el gesto pudiera darme un segundo más para recomponerme. En cuanto lanzo la prenda al otro lado del sofá y descubro que lleva puesto un *body* negro, suelto una maldición. El encaje se le pega al cuerpo como si fuera una puta trampa y no esconde nada a la imaginación. Sus pezones se marcan a través de la tela y me saludan, descarados. El efecto es inmediato. Todo mi cuerpo se tensa, consciente de que estoy a nada de perder el control. Se queda quieta y me mira con deseo. Ardo en silencio y comprendo que estoy perdido. Lo sé.

Con una sonrisa seductora a lo *femme fatale* que consigue alterarme, se pone en pie y da unos pasos atrás. Sin perder el contacto visual, se quita los zapatos con calma. Y, con la misma lentitud dolorosa, desliza los pantalones por sus largas piernas y no se detiene hasta que no se los quita. La forma en la que se estira y se mueve con elegancia, me hace arder de ganas.

—Póntelos —señalo sus tacones—, por favor.

Vega accede a mi petición y, después, se queda quieta frente a mí, sin apartar la mirada en ningún momento. ¡Joder! Cada segundo que pasa así, inmóvil, me hace arder de ganas. Verla enfundada en ese *body* con los tacones puestos, es una maldita locura. Ella sabe perfectamente lo que provoca en mí y eso la hace todavía más irresistible. Es una puta diosa y no hay forma humana que me impida perderme en ella.

De repente, vuelve a caminar hacia mí y cada movimiento de su cuerpo es un espectáculo por sí mismo, consiguiendo que me estremezca de anticipación. Observo la forma en la que sus caderas se balancean al andar, deseando tocarla y moldearla a mi antojo. Consciente de que cada segundo que pasa me lleva a un límite casi insoportable.

Vega vuelve a sentarse a horcajadas sobre mí y el roce de nuestros cuerpos nos hace gemir a ambos. De forma automática,

llevo mis manos a su culo y la aprieto contra mi erección para demostrarle cuánto he disfrutado de las vistas.

—Eres increíble —murmuro contra su boca justo antes de besarla.

Nuestros labios se buscan con urgencia, dando paso a lenguas hambrientas e intrépidas moviéndose al compás de nuestros jadeos. Desde el primer día que la besé, no me pude quitar su sabor de la cabeza y me volví adicto a ella. Cada vez que la tengo cerca, esa necesidad vuelve a activarse, como un impulso difícil de controlar. Una electricidad recorre mi piel y se instala en mi pecho, haciendo que mi corazón lata con fuerza. Me anclo a ese beso, a la forma en que su respiración se mezcla con la mía, a cómo el mundo se reduce a cenizas a nuestro alrededor. El tiempo se detiene mientras nos exploramos sin prisa, suspirando con cada roce compartido. El beso cada vez se hace más profundo y siento la necesidad de pegarla más a mi cuerpo, como si quisiera fundirla con el mío.

Necesito más. Me separo de sus labios y respiro con fuerza a la vez que acaricio sus pechos a través del encaje, apretándolos con delicadeza hasta escuchar sus quejidos de placer. La dureza de sus pezones me pone cada vez más cachondo y consigue que pierda la poca cordura que me quedaba. ¡Joder! Llevo tanto rato conteniendo las ganas, que me va a explotar la puta cabeza. Bajo la parte delantera de su *body* muy despacio, viendo cómo sus perfectas tetas se asoman por el escote. Paso una lengua por su pezón y sonrío al ver que su piel se eriza con mi contacto. Saber que está tan desesperada como yo me da cierta satisfacción. Cuando lamo el otro, Vega se estremece y comienza a frotarse con mi erección. ¡A tomar por culo mi fuerza de voluntad! Atrapo uno con mis dientes y tiro levemente de él hasta que escucho su grito de placer.

—Dani —susurra extasiada.

Jugueteo con ellos durante un rato y me fascina observar cómo reaccionan al roce de mi lengua. Nuestras respiraciones se vuelven cada vez más rápidas, más entrecortadas. Decidimos saborear el momento y estirar el placer hasta que ya no podemos más.

Ante mi atenta mirada, desabrocha mis pantalones y acaricia mi erección. Gimo al notar su tacto y aprieto la mandíbula para no saltar sobre ella. Después, se baja de mi regazo y se arrodilla frente a mí sin perder el contacto visual. Mi cuerpo tiembla de expectación esperando su próximo movimiento, pero en cuanto siento su lengua encima de mi glándula, me doy cuenta de que no estaba preparado para este impacto.

—Me vuelves loco —balbuceo como si se me hubiera derretido el cerebro.

Sus lametones se vuelven cada vez más atrevidos y, cuando creo que voy a perder la puta cabeza, me engulle haciendo que suelte una maldición. La imagen de Vega dándome placer con la boca mientras me sostiene la mirada sin pudor, es devastadora y no la pienso olvidar jamás. En sus ojos hay una mezcla de deseo y de necesidad, que me desarma por completo. ¿Se habrá dado cuenta del efecto que tiene sobre mí? Lo dudo, si supiera todo el poder que tiene en sus manos y la facilidad con la que podría terminar conmigo, saldría huyendo.

Cuando creo que no hay nada más erótico que ver sus labios húmedos, rodeando a mi polla, decide ponerme a prueba. Verla llevar su mano libre a su entrepierna, como si no pudiera contenerse más, me deja completamente noqueado. Mis ojos se clavan en ella y en sus movimientos, incapaz de perderme el espectáculo de ver cómo se masturba mientras me da placer con la boca. Estoy tan afectado que, por un momento, creo que en realidad sí que me va a dar una isquemia cerebral y terminaremos la noche en urgencias. Aprieto los dientes para contenerme, pero cuando me doy cuenta de que estoy al borde de perder el control, la detengo.

—No quiero que esto acabe tan pronto —la tranquilizo al ver la decepción en sus ojos.

Tiro de sus brazos hasta volver a sentarla en mi regazo y beso sus labios con desesperación.

—Por favor —suplica, los ojos cerrados por la excitación—. Te necesito.

Saco un preservativo del bolsillo y me lo coloco ante su atenta mirada. Retiro a un lado su *body* y me introduzco en ella dolorosamente despacio. Mientras siento esa mezcla de placer y tormento, me doy cuenta de que mis anteriores relaciones sexuales han sido insulsas, casi como una necesidad fisiológica. Con Vega he descubierto que sin duda prefiero la sensualidad y el sufrimiento placentero que siento con ella.

Una vez que estoy dentro por completo, coloco los brazos debajo de sus muslos y levanto la pelvis. Me muevo despacio hasta que el ritmo se vuelve cada vez más rápido e intenso. Sus gemidos se mezclan con los míos y, aunque podría esforzarme en alargar esta deliciosa tortura un poco más, la noche es larga. Ha llegado el momento de darnos la liberación que tanto necesitamos.

CAPÍTULO 29



La excitación nos vuelve la respiración errática y el calor nos consume. Daniel se mueve con maestría, penetrándome sin descanso hasta alterar cada célula de mi cuerpo.

Cierro los ojos con fuerza para disfrutar del placer y clavo mis uñas en su espalda. Daniel suelta un ronco gemido y acto seguido se pone en pie, haciéndome gritar por la impresión. Camina hacia su dormitorio sin salirse de mi interior y, una vez dentro, me tumba en su cama. Después se coloca encima de mí, apoya los brazos a cada lado de mi cabeza, y empieza a moverse con rapidez. Con embestidas firmes y profundas, concentrado en darnos el máximo placer. Sus movimientos son tan profundos que consigue llegar a lugares a los que nadie había conseguido llegar y hace que los ojos se me pongan en blanco.

—¡Dani! —exclamo al límite.

—¡Joder! —grita al sentir que estoy a punto de correrme.

Daniel mete una de sus manos entre nuestros cuerpos y la mueve en círculos hasta que consigue que un fulminante orgasmo explote y arrase dentro de mí. ¡Madre del amor hermoso! Este hombre es capaz de derretir cada una de las neuronas de mi cabeza. Me quedo rígida bajo su cuerpo mientras grito su nombre, intentando surfear el torbellino de placer y una vez que se va desvaneciendo, soy consciente de que estoy abrazada a él como si fuera un koala.

Estoy noqueada. Los pulmones me arden y veo destellos blancos tras los párpados.

—¡Hostia!

—No ha estado mal —murmura con la voz entrecortada.

—¿Que no ha estado mal?!

—Todo se puede mejorar —concluye orgulloso—. Dame media hora y te lo demuestro.

—Joder con el ego adolescente —me burlo.

El muy capullo sale de mi interior con una sonrisa canalla y, al ver su chulería, dudo en borrarle la sonrisa a guantazos o a besos. ¿Es eso posible? Al parecer, con él, todo es posible. Se quita el preservativo, me guiña el ojo y se da media vuelta. Tengo el cerebro licuado. Observo aturrida sus andares y no puedo evitar recrearme en la forma en la que mueve ese delicioso culo que, si puedo, morderé más tarde.

—Pervertida —me acusa justo antes de entrar en el lavabo que tiene en su habitación.

Me tapo la cara con el brazo y sonrío, consciente de que me ha pillado. El muy cretino sabe que está bueno y ese es precisamente el motivo por el que ha sabido que me lo estaba comiendo con los ojos. En otro momento de mi vida me habría sentido avergonzada por mi actitud, pero con él resulta divertido, como un juego. Unos preliminares que consiguen encenderme casi tanto como lo hace una de sus intensas miradas.

Unos minutos después, Daniel vuelve a la habitación paseándose como si fuera un dios del Olimpo, sin importarle un bledo su desnudez. Observo con atención sus músculos y los tatuajes que le cubren el cuerpo, y no puedo evitar impresionarme por lo imponente que es. La primera vez que me fijé en su sonrisa canalla y en su cuello y manos tatuadas, pensé que era el típico chulo enamorado de sí mismo. No podía estar más equivocada. A pesar de mis rechazos y de mis negativas, Daniel no paró hasta demostrarme que él no era así y eso me hace pensar en lo injusta que fui con él.

—¿Todo bien? —pregunta metiéndose en la cama de nuevo.

Se tumba a mi lado y tira de mí para que coloque mi cabeza en su pecho y, cuando lo hago, siento que todo encaja. Su perfume amaderado, ese que siempre consigue noquearme, llega a mis fosas nasales y me aturde por un momento.

—Sí, claro —contesto demasiado rápido.

—A mí no me engañas —besa la punta de mi nariz—, empiezo a saber cuándo los engranajes de tu cabecita dan vueltas porque algo no te encaja.

—Yo... solo pensaba en lo mal que me he portado contigo —admito.

—Pues yo no tengo queja de tus acciones —bromea con una risita.

—Hablo en serio. —Me incorporo para mirarlo a los ojos—. Te juzgué.

—El ser humano juzga a las personas como mecanismo de protección. —Acaricia mi espalda—. Nuestro cerebro está programado para analizar el entorno y evitar riesgos. Es un método de defensa.

—Gracias por hacerme sentir mejor después de lo mal que te lo he hecho pasar.

—¿Sabes qué hacemos también por instinto?

—¿El qué?

—Pelear hasta el final cuando creemos que algo realmente importa. Y tú, Vega, lo haces. Ha valido la pena cada una de las noches en vela si al final he conseguido que me des una oportunidad.

Joder con el niño. ¿Cómo es posible que alguna vez pensara que era un crío? Tiene más madurez emocional que yo. Dibujo con el dedo las líneas de tinta de su piel para recuperar el habla y, cuando le voy a preguntar el significado del tatuaje que lleva en su pecho, se adelanta.

—Son míos.

—¿Cómo dices?

—Los tatuajes que llevo, los he hecho yo. Bueno, quiero decir que los he dibujado.

—En serio, tienes mucho talento. Deberías retomarlo.

—Ya es tarde, además, mi madre me necesita.

Levanto la cabeza y lo miro de reojo. Sus palabras son firmes y el dolor que refleja en sus ojos me confirma que en el fondo sigue teniendo el mismo sueño.

—Por cierto, me encantaría conocer a tu mejor amiga —suelta de repente, congelándome.

—¿A Nora?!

Él asiente con un punto de inseguridad. Aunque el pánico amenaza con bloquearme, fuerzo una bocanada de aire. La tentación de negarme es fuerte, pero si voy a apostar por esto, debo empezar a derribar mis muros, por mucho miedo que me dé. No es que me avergüence de él, más bien temo que Nora lo asuste. Mi amiga puede ser muy intensa cuando se lo propone y cuando no, también. No quiero que salga corriendo en cuanto la conozca.

—Voy muy rápido, ¿verdad? —Se incorpora haciendo que yo también lo haga—. Lo siento, a veces soy demasiado impulsivo y me dejo llevar. Sé que te prometí que iría despacio, sin embargo, estar contigo me nubla la mente y pierdo la capacidad de pensar con claridad. Cada vez que recuerdo que he conseguido que me des otra oportunidad, me explota la cabeza y todo se me va de las manos. Te prometo que intento hacer las cosas bien, pero cuando menos me lo espero, voy a trescientos por hora.

Me resulta imposible no sonreír al verlo hablar a toda velocidad, atropellando las palabras como si tuviera miedo a mi reacción. Los nervios lo vuelven torpe y encantador, casi adorable, y esa mezcla me desarma. Se esfuerza tanto en darme una explicación que casi ni se le entiende y es precisamente eso lo que me parece más tierno.

Intento mantener la compostura para que no piense que me río de él, pero al final no puedo evitar que se me escape una risita suave.

—¿Te burlas de mí? —Se hace el ofendido y comienza a hacerme cosquillas.

—¡Para, para! —Me retuerzo.

—Pagarás muy cara tu ofensa —amenaza con su tortura *cosquillil*.

Me revuelvo en la cama para escapar de sus ingeniosas manos que, en poco tiempo, han descubierto mis puntos débiles. Daniel se coloca encima de mí y atrapa mis manos colocándolas encima de la cabeza. Su mirada penetrante me demuestra que el momento de las risas ya se ha terminado y que ahora viene uno más intenso, lo cual me asusta más que no controlar mi cuerpo cuando me hacen cosquillas.

—Dani...

Él cierra los ojos al escucharme y, al abrirlos de nuevo, me mira con cariño, casi como si pudiera leer mi mente a través de mis pupilas.

—Entiendo que todavía no estés preparada para que entre en tu mundo, solo prométeme que lo pensarás —dice con una dulzura tan sincera que me parte un poco por dentro.

Antes de que me dé tiempo a responder, atrapa mis labios con una delicadeza tan inesperada que siento cómo se me humedecen los ojos. Estoy en una nube. Daniel es capaz de hacerme reír, encenderme y emocionarme de una forma tan brutal, que me asusta. Es como si, hiciera lo que hiciera, pusiera todo su empeño y diera lo mejor de él.

—No quiero que pienses que trato de invadir tu espacio, Vega. Solo es que me encantaría conocer a las personas que te hacen feliz y que te han apoyado todos estos años.

Joder con el niñoato. Con cada una de sus frases consigue abrir una pequeña grieta en el muro que he levantado alrededor de mi corazón. Y lo más increíble de todo es que lo hace con palabras

suaves, cargadas de comprensión, hasta que esa barrera que creía firme empieza a resquebrajarse. Poco a poco las defensas que me han protegido todos estos años van cediendo y el muro termina cayendo sin que pueda hacer nada. ¿O tal vez es que, en el fondo, ya no quiera hacer nada para protegerme de él?

—Está bien, te la presentaré —acepto.

—¿De verdad? No quiero que te sientas obligada a...

—Pero cuando conozcas a Nora no quiero quejas porque, te lo advierto, será implacable, intensa y pesada —lo interrumpo.

—Joder, tengo una novia increíble. —Besa mis labios con pasión para silenciar las palabras que iban a salir de mi boca.

¡¿NOVIA?! ¿En qué momento los encuentros furtivos se han convertido en un compromiso? La duda me asalta un segundo, pero cuando su mano me acaricia el pecho, las preguntas se evaporan. Daniel tiene la capacidad de licuarme el cerebro sin esfuerzo. Tiene tantos encantos —y no solo los más evidentes— que en muy poco tiempo ha conseguido algo que no esperaba: que quiera que forme parte de mi círculo más íntimo, ese al que no dejo entrar a cualquiera.

—¿No vas a decirme que no somos novios o a rebatírmelo? —pregunta sorprendido en cuanto separa nuestros labios.

—No —contesto con una sonrisa sincera.

—¿Qué día es hoy? —Estira su brazo para agarrar su teléfono.

—¿Qué haces? —Me río por su actitud exagerada.

—Tengo que apuntar el día en el que he conseguido que no me lleves la contraria, ¡esto es histórico!

—Eres idiota —digo sin dejar de reír por sus ocurrencias.

—Lo sé, pero te ha quedado claro que somos novios, ¿no?

En cuanto afirmo con la cabeza, se queda paralizado, con los ojos muy abiertos, abriendo la boca como si fuera un pez luchando por respirar. Me preocupo al ver que, unos segundos después, sigue inmóvil, sin decir nada. En el instante en el que voy a preguntarle si

está bien, se baja bruscamente de la cama y comienza a dar saltos y a levantar el puño gritando «¡Sí!», «¡Toma ya!» y cosas similares. De repente, cuando creo que ha perdido la cabeza, se detiene en seco y se acerca a mí, despacio.

—Lo has dicho en serio, ¿no? —pregunta un tanto inseguro.

—Que sí, pesado.

Ver sus ojos llenos de felicidad, como si fuera un niño que acaba de recibir el mejor regalo de Navidad del mundo, hace que miles de mariposas revoloteen libres y que me falte la respiración por un momento. Y justo cuando creo que mi respuesta ha conseguido calmarlo, me carga en brazos y comienza a dar vueltas, arrancándome más de una carcajada.

Sí, definitivamente, la vida con él nunca será aburrida.

CAPÍTULO 30



Hoy por fin voy a conocer a Nora y a su marido. A pesar de que lo estoy deseando, también estoy muy nervioso. Cuando Vega accedió a ser mi novia hace un par de semanas y aceptó presentarme a su mejor amiga, no me lo podía creer. Aunque ese día me sentí eufórico, ahora no puedo evitar sentirme inseguro. ¿Les gustaré? ¿Pensarán que soy demasiado joven, tal y como le pasó a Vega al principio? Me seco las manos sudorosas en los vaqueros y me estudio en el espejo. Me peino el mechón rebelde de siempre y me rocío con el perfume que vuelve loca a Vega. «Mi novia». Joder, qué bien suena. Esa palabra que siempre me había dado pánico escuchar y que ahora me hace tan feliz. ¡Cómo cambian las cosas!

Entro en mi habitación para coger mi abrigo y las llaves del coche de José. Se lo pedí porque hoy hace mucho frío y no quiero que mi chica se resfríe. Sí, me he vuelto un romántico de cojones. Me encanta mi moto, pero reconozco que en invierno es un coñazo. Mientras le doy vueltas a si debo o no comprarme un coche, voy al comedor para despedirme de mi madre.

—Me marchó —digo dándole un beso en la cabeza.

—Uy, muy guapo te has puesto tú para ir con los chicos, ¿no?

—Eh... sí, bueno, es que tengo una cita.

Mi madre, que está viendo un programa de cotilleos en la televisión, gira la cabeza como si fuera la niña del exorcista, asustándome. ¡Mierda! ¿Por qué no soy capaz de mantener la boca cerrada?

—¿Una cita? ¿Con quién? —Ver la ilusión en su cara me hace recular antes de que prepare el ajuar para mi boda.

—Con nadie, mamá, te tomaba el pelo. ¿Con quién voy a quedar si ya sabes que no quiero relaciones serias?

—Ay, hijo. ¡Con eso no se juega! —dice llevándose la mano al corazón de forma exagerada—. Por un momento pensé que habías cambiado de opinión.

Salgo del comedor entre risas y, cuando cierro la puerta de nuestra casa, apoyo la espalda en la puerta.

—Por los pelos —murmuro.

No me avergüenzo de ella, ni mucho menos, pero sé cómo se las gasta mi madre. Si descubre que tengo pareja, querrá el pack completo; si a mí me cuesta tomármelo con calma, ella directamente no tiene frenos. Para ella todo es blanco o negro y si supiera que estamos saliendo, no nos dejaría ni respirar hablando de planes de boda o de los hijos tan guapos que tendremos. No, ni hablar. No voy a exponer a Vega a esa situación, ni permitir que mi madre eche por tierra todo lo que he conseguido.

Lo último que quiero es que mi chica salga despavorida ante tanta presión.

Media hora después detengo el coche y le envío un mensaje para avisarle de que ya he llegado. Mi impresionante novia solo tarda cinco minutos en aparecer y apenas una fracción de segundo en dejarme sin aliento. Joder... está espectacular. Bajo el abrigo lleva un vestido burdeos ceñido a su cuerpo. Al verlo, no puedo evitar imaginarme quitándoselo despacio.

—¿Estás bien? Llevo un rato llamándote. —Me devuelve al presente.

Me he quedado tan embobado contemplándola que ni me he enterado cuando ha entrado en el coche.

—Sí, claro. Es que por un momento me he quedado admirando tu belleza. Estás preciosa.

—Eres un zalamero —contesta con una sonrisa, la cual me indica que le ha gustado mi piropo.

Vega me guía hasta el restaurante al que iremos a cenar con sus amigos y, cuando conseguimos aparcar, mis manos empiezan a temblar de los nervios.

—No tienes de qué preocuparte. Ya te dije que a Nora le caes bien desde el principio —me tranquiliza como si pudiera leerme el pensamiento—. Eso sí, prepárate para sus indirectas y su talento natural para los dobles sentidos porque siempre dice lo que piensa.

Mi chica me abraza y me besa para calmar mi ansiedad y, por suerte, consigue su objetivo. Estar cerca de ella es todo lo que necesito.

Entramos en el restaurante y, una vez que decimos que tenemos una reserva, nos acompaña hasta nuestra mesa. A lo lejos veo a una pareja que se agarran de las manos y se ríen por algún comentario. En cuanto levantan la cabeza y se dan cuenta de nuestra presencia, la chica se pone en pie y abraza a Vega.

—Tú debes ser el semental que ha conseguido que mi mejor amiga tenga un cutis de quinceañera, ¿no?

—¡Nora! —la regaña su mejor amiga.

—Ese soy yo. —Le doy dos besos.

Me acerco a su marido para estrecharle la mano y, de reojo, la sorprendo moviendo los labios para decirle a Vega: «me gusta este chico».

—Hola, soy Juan, el marido de esta loca —se presenta con una sonrisa.

—Te he oído, cielito —le advierte su mujer—, creo que esta noche tendrás que pagar penitencia.

—Lo estoy deseando, amor. —Su contestación y los morritos de su mujer me indican que ese castigo será placentero para los dos.

Nos sentamos en las sillas libres y poco después llega el camarero a tomarnos nota. Una vez que nos sirve las bebidas y se

retira, empieza el interrogatorio.

—Y bien, ¿qué intenciones tienes con mi mejor amiga?

—Tierra, trágame —masculla Vega, muerta de la vergüenza.

—¿Qué?! Es normal que quiera lo mejor para mi amiga, ¿no?

—No si tratas de venderme en matrimonio como si fuera una virgen.

—Ah, eso sí que no, porque tú de virgen no tienes ni un pelo —suelta partiéndose de risa por su broma.

—No te preocupes, Vega. Ya sabes que no me asusto con facilidad.

—Me gustas —acepta Nora—, pero si le rompes el corazón a mi mejor amiga, yo te romperé las piernas.

Escuchar su amenaza mientras me sonrío de oreja a oreja es algo un poco escalofriante, si bien comprendo su preocupación.

—Te prometo que no lo haré, aunque si lo hago, no pondré resistencia para que me des esa paliza tan merecida.

—Es un trato, *yogurín* —suelta tendiendo su mano para que se la estreche.

—Ni que tuviera cinco años —se queja mi chica—, soy capaz de darle una paliza yo sola, no necesito que lo hagas por mí.

—¿Os estáis escuchando? Parecéis unas mafiosas hablando de romper piernas y dar palizas —aporta Juan, que no puede dejar de reír.

Una hora después, mientras terminamos el segundo plato, Nora nos cuenta entre risas una anécdota de cuando eran pequeñas.

—Todo ocurrió el día que quisimos hacer jugo de *gummybaya*.

—¿Perdón? ¿Me he perdido algo? —pregunto al no comprender lo que quiere decir.

—¡Los Gummi's! ¿Nunca los has visto? —exclama Nora, sorprendida de que no sepa de lo que está hablando.

—Cariño, es muy joven para conocerlos —le explica Vega.

Sé que intenta ayudarme para que a Nora no le dé un infarto al descubrir que no conozco los dibujos de su infancia, pero en el fondo me da rabia su comentario y sobre todo haber nacido doce años más tarde y no haber vivido lo mismo que ella.

—Los Gummi era una serie de dibujos animados que Vega y yo veíamos de pequeñas. Eran unos osos mágicos que vivían escondidos en el bosque para proteger su jugo de *gummybaya* —explica emocionada.

—¿Y qué tenía de interesante ese jugo?

—¡Muy buena pregunta, *yogurín*! La *gummybaya* era una bebida mágica que les daba fuerza y agilidad.

—¿Y a que no te imaginas qué quiso hacer mi amiga la lumbrera?

—¡Oye! No recuerdo que te negaras a hacerlo. —Se cruza de brazos.

—¡Me dijiste que tenías la fórmula secreta! ¡Me mentiste!

—Te dije que creía tener la fórmula secreta.

Verlas discutir como si tuvieran ocho años me arranca una sonrisa. Aunque me hubiera encantado conocer a la Vega de entonces, verla enfurruñada como una cría, enciende algo dentro de mí.

—Lo que sea. La cuestión es que Nora me hizo ir a su casa para hacer la dichosa *gummybaya*. Cogimos una botella de gaseosa y le pusimos jabón para platos, champú de la Barbie y purpurina rosa.

—Mucha, mucha purpurina rosa —aporta Nora.

—Todo parecía ir a las mil maravillas hasta que...

—Hasta que movimos la botella como si no hubiera un mañana —cuenta Nora orgullosa de su hazaña.

—Aquello empezó a llenarse de espuma y, cuando abrimos el tapón, salió todo el contenido disparado, poniendo perdida la cocina de sus padres.

—Esa fiesta de la espuma fue épica —suelta Nora, soñadora.

—Lo fue, hasta que nos dimos cuenta de que nuestro jugo mágico había roto la televisión de la cocina.

—Estuve castigada un mes. —Sonríe satisfecha.

—Veo que no soy el único que tenía ideas de bomberos, ¿eh? Lo mismo Jairo tiene a quién parecerse.

—Si alguna vez se te ocurre decir eso delante de mi hijo, no dudaré en acabar contigo —bromea, pasándose el dedo por el cuello en señal de amenaza.

Salimos del restaurante y nos despedimos de Nora y de su marido. Después de hablar con ellos toda la noche, me doy cuenta de que son el equilibrio perfecto. Ella, a pesar de ser psicóloga, es impulsiva y algo loca y él, con su tranquilidad, le da la paz que Nora necesita.

Me tranquiliza pensar que, aunque la vida de Vega estuvo llena de dificultades, pudo contar con una amiga como Nora, dispuesta a luchar por ella con uñas y dientes y ser su apoyo incondicional.

—Gracias —susurro, rodeándola por la cintura al llegar al coche.

—¿Por qué?

—Por permitirme entrar en tu círculo.

La beso entonces con una urgencia desesperada, intentando acallar los gritos de mi cabeza; esos que me empujan a confesarle lo que siento, arriesgándome a espantarla y perderla para siempre.

CAPÍTULO 31



Me costó mucho tomar la decisión de empezar una relación con Daniel, aunque tengo que reconocer que el niño es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. A veces nos empeñamos en no arriesgarnos por miedo a sufrir. Pero vivir a salvo no significa vivir felices.

Estos dos meses han sido increíbles. Gracias a Daniel he vuelto a reír a carcajadas sin motivo alguno, he aprendido a dejarme llevar y he comprendido que, además de ser una madre para mis hijos, también tengo derecho a ser una mujer a la que pueden amar. Bueno, ese es otro tema, el amor. Todavía no hemos hablado de lo que sentimos el uno por el otro porque de momento lo nuestro fluye, como dicen ahora los jóvenes.

Sé que fui la primera en pedir que nos tomáramos con calma nuestra relación, sin embargo, mi corazón ha decidido ignorarme e ir por libre. Creo que empiezo a sentir cosas especiales y eso me acojona más que recibir una carta de Hacienda. No entraba en mis planes enamorarme, y menos de alguien tan joven, y todavía no estoy preparada para pensar detenidamente en lo que siento hasta que no consiga enfrentar mis demonios del pasado.

Debo admitir que a su lado el mundo tiene otro color. Aunque al principio nuestros horarios parecían incompatibles, hemos conseguido el equilibrio y cada encuentro supera al anterior. Mi humor ha cambiado desde que está en mi vida y nada ha logrado empañar mi felicidad. Ni siquiera las burlas de Nora sobre cómo un buen sexo es capaz de endulzar mi carácter de mierda. ¡Hasta mis

hijos lo han notado! Todo es tan idílico que vivo en un estado de alerta constante. No me fío de tanta dicha; presiento que, en cualquier instante, el destino me soltará un revés de realidad directo a la mandíbula.

Haciendo gala de mi recién estrenada impulsividad, hoy he decidido darle una sorpresa a Daniel. Lo teníamos todo preparado para vernos esta noche, pero al final las cosas se han complicado. Esta mañana me ha llamado para decirme que Miguel le ha pedido que le ayude en el bar y que no ha podido negarse. Hoy hay un partido importante y el local estará a rebosar. Sé que su amigo le dio trabajo cuando lo necesitaba y entiendo que no se niegue a echarle una mano. Ser consciente de lo buena persona que es hace que algo revolotee dentro de mí y, aunque intento espantar esas mariposas, no puedo evitar sonreír como una tonta.

A pesar de que sé que es lo correcto, reconozco que su llamada me desilusionó. Hace más de una semana que no nos vemos y me moría de ganas de estar con él. Por eso he decidido presentarme en el bar para darle una sorpresa y de paso hacerle la noche más llevadera. En cambio, mientras me pinto los labios en el espejo del lavabo, mis nervios salen a flote y me hacen dudar de si he tomado la decisión correcta.

—Necesito hablarlo con alguien —le digo a mi reflejo, marcando ya el teléfono de la única persona que me conoce más que nadie.

—¿No te estarás arrepintiendo? —Es su forma de saludarme.

—¿Y si no le apetece que sus amigos me conozcan? ¿Y si le estorbo mientras trabaja? ¿Y si cree que estoy invadiendo su territorio?

—Joder, Vega. ¡Pon el freno! —exclama cortando mis inquietudes de raíz—. Me crispas las orejas.

Suelto una risita al escuchar su último comentario porque lo ha sacado de un programa para niños que ve Jairo.

—Parece que ese niñato, como tú lo llamas, te ha hecho volver a tu adolescencia y con ella han vuelto todas tus inseguridades. ¿Tú te

estás oyendo? Ese chico bebe los vientos por ti y si no ha ido más deprisa en la relación es porque ha respetado tus reglas. Así que ponte guapa, mueve el culo a ese bar y déjalos a todos con la boca abierta.

¿He dicho ya cuánto la quiero? Nora es la amiga perfecta y siempre sabe qué decir. No sé qué hubiera hecho sin ella todos estos años.

—¡Sí, mi capitán! —me burlo.

—Así me gusta, grumete. Ya verás que, en cuanto lo veas, se te van a quitar todas las tonterías y si no, podéis esconderos en el almacén para desahogaros a gusto.

—Siempre pensando en lo mismo —disimulo para que no se dé cuenta de lo interesante que me ha parecido esa idea.

Media hora después, me subo en un taxi y le doy la dirección del bar de Miguel. Estoy atacada. La tensión me recorre por dentro y me resulta imposible quedarme quieta. Muevo el pie en un tic nervioso y por un momento pienso en pedirle al taxista que dé media vuelta. Una vez que el grado de ansiedad aumenta, respiro despacio y cuento hasta diez para calmarme. Me siento un poco tranquila una vez se detiene el coche y el conductor me avisa de que ya hemos llegado. Pago la carrera con manos temblorosas y me bajo. Me esfuerzo y camino despacio para no caerme de bruces debido al temblor de piernas.

Empujo la puerta y el bullicio me golpea de lleno; entiendo perfectamente por qué Miguel necesitaba refuerzos. El local está abarrotado de gente que ríe y grita por encima de la música. Estiro el cuello buscando una figura familiar y sonrío al localizarlo tras la barra, concentrado en tirar una caña. Todavía no me ha visto, pero siento esa fuerza invisible que me empuja hacia él, como un imán contra el que no puedo, ni quiero, luchar. Me acerco lentamente sin escuchar el ruido de fondo, solo el latido de mi corazón que golpea fuerte en el pecho con una mezcla de emoción y miedo a partes iguales.

Daniel esboza una de sus sonrisas marca de la casa, capaz de derretir el iceberg más sólido. Sin embargo, al ver a quién va dirigida, el frío me cala a mí. Una chica espectacular, de su edad y con un escote de infarto, se inclina sobre la barra para susurrarle algo al oído. Sé que él solo es amable y que ese magnetismo es parte de su naturaleza, pero no puedo evitar que la escena me haga sentir pequeña y fuera de lugar.

Justo en el momento en el que dudo si continuar acercándome o darme la vuelta, Daniel levanta la mirada como si hubiera notado mi presencia. Su sonrisa se ensancha al instante y pronuncia mi nombre. Lanza el trapo que tenía en el hombro y sale de la barra corriendo como si algo se quemara. Reconozco que ver la cara de idiota que se le ha quedado a la chica cuando se ha dado cuenta de que la ha dejado tirada por otra, no tiene precio. *Lo siento, tú tendrás las carnes prietas, pero yo lo tengo a él*, pienso para darme ánimos.

Antes de que pueda decidir si le ha hecho ilusión mi visita, se lanza a mi boca y me devora como si hiciera un año que no nos vemos. *Vale, creo que le ha gustado la sorpresa.*

—¿Qué haces aquí? —Y en su tono no hay reproche, sino una ilusión imposible de fingir.

—Eh... no sé, pensé en sorprenderte.

—Pues, objetivo cumplido.

—Sé que estás trabajando y no quiero molestar...

—Vega, tú nunca molestas —dice serio y acto seguido me agarra la cara para que lo mire a los ojos—, ¿entendido?

Asiento con la cabeza, emocionada, y él me vuelve a besar, haciendo que mi ropa interior se calcine.

—Ven, te serviré uno de mis cócteles especiales. —Tira de mi mano y me arrastra hasta la barra.

—Miedo me das. —Finjo un escalofrío.

Me siento en el mismo taburete en el que estaba hace un momento la chica que tonteaba con él y hago como que no me afecta ese recuerdo. Después de servirme ese cóctel prometido que, por cierto, sabe a pura ambrosía, Daniel se excusa y continúa con su trabajo.

—Hola, preciosa. ¿Te pongo algo? ¿Una bebida, algo para picar, un piso en la playa? —pregunta con picardía un chico más o menos de la edad de Daniel.

Lo miro con atención y no puedo evitar fijarme en lo atractivo que es. Su pelo negro, algo largo, le aporta un aire rebelde. Sus ojos azul claro, enmarcados por unas pestañas largas y oscuras que muchas envidiarían, captan toda la atención. Casi parece un pirata moderno, con la barba de varios días y un aro en la oreja.

—¡Lárgate, Nano! —exclama mi chico, dándole una colleja al pirata.

—Eh, tío, la he visto primero —se queja.

—Lo dudo, es mi novia —anuncia orgulloso.

El pirata se lleva la mano a su sedoso pelo y se lo peina con nerviosismo. *Qué pelo tan brillante tiene. Debería preguntarle qué champú utiliza.*

—Vamos, tengo quince minutos de descanso —dice saliendo de la barra mientras agarra mi mano.

Daniel me guía entre la multitud, tirando suavemente de mí, hasta detenerse frente a una puerta que tiene un cartel que indica «Prohibido pasar». Un escalofrío me recorre al recordar lo que me ha dicho Nora. ¿Y si se cumple? ¿De verdad me empotrará contra una caja? Y lo más importante, ¿quiero que lo haga? Qué tonterías estoy diciendo... ¡Por supuesto que quiero que lo haga!

Cierra la puerta y se apoya contra ella con los brazos cruzados. Mi pulso se dispara al verle sonreír con esa picardía que le caracteriza. La forma en la que sus músculos se marcan tampoco ayuda a que mi calenturienta cabeza piense con claridad. No puedo evitar

imaginarlo presionándome contra la pared, sintiendo el calor de su cuerpo, mientras sus manos...

—Te veo un poco acalorada —murmura como el canalla que es—, no será que estás deseando que te toque, ¿verdad?

—Más quisieras —miento como una bellaca.

Daniel chasquea la lengua y echa el cerrojo. El sonido retumba en mi pecho, haciendo que mis latidos se aceleren. Un cosquilleo recorre mi espalda. Sube hasta mi nuca y deja un calor intenso a su paso, estremeciendo todo mi cuerpo. Mi respiración se acelera cuando él se acerca lentamente, como si fuera un depredador dispuesto a hundir los dientes en su presa. Cada paso suyo consigue que mi corazón retumbe más fuerte y que la sangre golpee con más fuerza.

—¿Estás segura de que no quieres que te toque? —pregunta demasiado cerca.

—Mierda —exclamo justo antes de lanzarme a su boca y morderla con desesperación.

—Te he echado de menos, chispitas —balbucea contra mis labios.

Enredo mis dedos en su pelo y tiro de él para decirle, sin palabras, que yo también lo he echado mucho de menos. Tanto que estoy a punto de cometer una locura.

CAPÍTULO 32



El sabor de sus besos me vuelve loco. Muerdo su boca y la pego más a mí para eliminar cualquier distancia, porque sentirla lejos me duele.

Cuando me di cuenta de que estaba en el bar, no me lo podía creer. Ver su mirada perdida, preguntando sin palabras si había hecho bien en venir a verme, me rompió por dentro. Desde ese momento ansié tocarla y besarla para demostrarle que tenerla cerca siempre me hace feliz. Si fuera consciente de cómo la miro, no tendría dudas.

Al ver a Nano merodear a su alrededor, algo se me revolvió en las entrañas. Nunca he sido de relaciones estables y supongo que por eso no conocía este miedo a perder lo que quiero. Acabo de descubrir que, contra todo pronóstico, soy un celoso de mierda.

No es que sea posesivo, pero ver a otro intentando acaparar su atención mientras yo me mato a servir copas a una horda de borrachos, me ha puesto de una mala leche considerable.

Además, necesitaba hablar con ella y borrarle a besos la inseguridad que vi en sus ojos, por culpa de esa rubia que intentaba que prestara más atención a sus tetas que a la bebida que me estaba pidiendo. No soporto que crea que voy a engañarla con otra cuando ella me vuelve tan jodidamente loco. Quiero que sepa y que comprenda que no hay ninguna como ella. Que, hasta que apareció en mi vida, nadie fue suficiente. En cambio, como no quiero que salga huyendo al decirle todas estas cosas, me veo en la obligación de demostrárselo con hechos. Esa era mi intención al llevarla al

cuartito de descanso: hablar con ella, abrazarla y robarle algún beso furtivo. Pero al ver el deseo en sus ojos, no he podido resistirme.

Vega mete sus manos dentro de mi camiseta y mi piel reacciona al instante. La respiración se me acelera y no puedo evitar desear estar en cualquier otro lugar para poder hacer todo lo que imagina mi mente calenturienta. Con cada beso, la urgencia por sentir el calor de su cuerpo se intensifica, y su tacto, lejos de calmarme, me prende aún más, como si alguien intentara apagar el fuego con gasolina. Sus jadeos aumentan esa necesidad y consiguen que me queme por dentro, deseando dejarme llevar.

Introduzco mi mano dentro de su pantalón y, al llegar al vórtice de sus piernas, Vega se retuerce y gime en mi boca. Justo cuando estoy a punto de traspasar la barrera de su ropa interior, alguien golpea la puerta.

—¡Dandi, te necesitamos!

—¡Dame cinco minutos! —exclamo sin moverme.

—Y una mierda, tío, esto se ha llenado hasta los topes. ¡Te necesito ya!

—Puto chapas de los cojones —mascullo enfadado.

—¡Te he oído!

—¡Que te den, capullo!

—Lo siento. —Se separa de mí disculpándose.

Noto cómo se le enrojecen las mejillas y su expresión cambia a una mezcla de vergüenza y ganas de desaparecer. Aprieto la mandíbula al ver su reacción y me hago la promesa de hacerle pagar a Miguel su incomodidad. No pienso permitir que nadie le haga sentir así nunca más.

—No tienes de qué avergonzarte —la tranquilizo.

—Tu amigo...

—¿Pensará que nos estábamos metiendo mano en la sala de descanso? —digo al imaginar por dónde van sus pensamientos—. Oh, sí, lo hará. Pero tampoco estábamos haciendo nada malo.

Cuando la atracción es así de intensa, es imposible mantener las manos alejadas demasiado tiempo. ¿No crees?

Ella me dedica una sonrisa que consigue estrujarme el corazón y, si no fuera porque sigo temiendo que salga huyendo, caería de rodillas a sus pies y le confesaría todo lo que me hace sentir. En lugar de eso, me limito a extenderle la mano y, cuando la toma, abro la puerta disfrutando de su contacto una vez más. La llevo hasta la barra y le hago un gesto para que se siente en el taburete. Me acerco a Miguel y lo miro con odio, a pesar de que mi amiga suelta una carcajada al ver la palabra «frustración» dibujada en mi frente.

Las horas pasan y la gente va marchándose del bar, aunque no lo hacen tan rápido como desearía. Normalmente, las noches de partido suelen pasar volando, pero con la presencia de Vega todo parece ir en cámara lenta. Es como si hoy el tiempo hubiera decidido ralentizarse para tocarme los huevos.

Una vez que conseguimos echar al último borracho del bar, José y Miguel se acercan a donde nos encontramos mientras termino de limpiar la barra.

—Bueno, ¿no nos presentas, Dandi? —suelta Miguel, pasándose por el forro la advertencia silenciosa que le he hecho.

A su favor, tengo que reconocer que se han mantenido al margen toda la noche y no han agobiado a Vega a base de preguntas.

—Vega, estos capullos son Miguel y José.

—Encantada —dice ella dándoles dos besos a cada uno.

—Ya era hora de que nos la presentaras, ¿no? Ni que te avergonzaras de nosotros —se hace el ofendido José.

—Quizás lo haga. —Me cruzo de brazos fingiendo que es así.

—Uy, lo que ha dicho —gime de forma exagerada José, llevándose una mano al corazón.

—¡Qué feo, Dandi! Esto es de primero de amigo, tío. Las churris están después de los colegas.

—Lo dice el que se tiró seis meses sin hablarnos porque consiguió ligarse a una alemana —aprovecha José para recriminarle.

—¿Tú de qué lado estás? —se ofende el susodicho.

—Del tuyo, por supuesto. Solo estaba haciendo una pequeña aclaración.

—Pues no sé, podrías habértela guardado para otro momento, la verdad.

Vega mira a uno y a otro como si fuera un partido de tenis y, si no fuera porque su risita me dice que se está divirtiendo, echaría a estos dos a collejas.

—Qué vergüenza, seguro que pensará que estamos locos —indica Miguel.

—Por mí no os preocupéis, estoy acostumbrada a esto. Mi mejor amiga, a pesar de ser psicóloga, está como una regadera.

—Me gusta esta chica —opina José.

Mi chica le sonríe y se disculpa para ir al lavabo. En cuanto Vega cierra la puerta, soy consciente de que mi tranquilidad se ha terminado. Los conozco. Sé que estos dos locos van a empezar con sus gilipolleces.

—¡Joder, tío, está buenísima! —exclama Miguel.

—Ten cuidado. —Lo señalo medio en broma, medio en serio.

—Deberías darnos las gracias —dice José, con un golpe en mi espalda.

—¿Yo? ¿Por qué debería hacerlo?

—Porque sin nosotros no la habrías conocido —explica Miguel mirándome como si fuera tonto.

—¡Eso, eso! —lo secunda José.

—Que os den —mascullo.

—Míralo, como está a punto de ganar la apuesta está muy subidito el tío. Pues que sepas que fuimos nosotros quienes la

escogimos para ti —aporta Miguel, el Chapas, que una vez más demuestra que es un bocazas.

—¿Qué apuesta?

La voz de Vega me paraliza y, por un momento, no me salen las palabras. Los oídos me empiezan a pitar y tengo la sensación de que el suelo se va a abrir y me va a tragar. ¡Me cago en la puta!

—Esto no... —murmuro.

Ella niega con la cabeza antes de que pueda decirle que no es lo que parece, y su dolor me destroza. Sus ojos, que hasta hace nada brillaban de diversión, ahora lo hacen de decepción y tristeza. Vega se marcha y durante unos segundos me quedo rígido, sin poder moverme. Pero en cuanto me doy cuenta de lo que acaba de ocurrir, salgo corriendo detrás de ella. ¡Mierda! ¿Cómo ha podido torcerse tanto la noche en tan poco tiempo?

Miro a un lado y al otro de la calle y no está. Ha desaparecido. Saco el teléfono del bolsillo de mi pantalón y la llamo varias veces, sin obtener respuesta, así que lo vuelvo a guardar al ver que no quiere hablar conmigo.

—¡Joder! —grito furioso mientras golpeo una pared.

Vuelvo a entrar en el bar y la imagen de mis dos amigos dando vueltas de un lado a otro, nerviosos, no me consuela. Sus miradas inquietas y su arrepentimiento no van a hacer que ella me perdone.

—Sois unos putos bocazas —escupo, enfadado.

—Tío, no sabíamos que ella estaba ahí —se excusa Miguel.

—Además, ¿por qué te pones así? Esa tía es solo...

—Si continúas la frase te parto la cara —lo amenazo con los dientes apretados.

—Eh, hermano, tranquilo —trata de mediar Miguel—. Ha sido sin querer. ¿Hay algo que no nos hayas contado?

—Me largo, no me apetece teneros cerca ahora mismo.

Sé que no debería tratarlos así porque ellos no saben mis sentimientos hacia Vega, sin embargo, ahora no tengo tiempo de explicarles nada. Estoy muy nervioso y, si me quedo, haré o diré algo de lo que luego me arrepentiré y no quiero que nuestra amistad se vea afectada por un malentendido.

Me subo a la moto y derrapo como si el mismísimo diablo me persiguiera. Necesito hablar con ella, darle una explicación sobre esa dichosa apuesta.

CAPÍTULO 33



Me bajo del taxi y arrastro los pies hasta llegar a mi portal. Abro la puerta con manos temblorosas y, cuando aprieto el botón del ascensor, me veo obligada a respirar despacio para no echarme a llorar.

Estoy devastada. Saber que para él solo fui un trofeo, un motivo de mofa entre sus amigos, me desgarrar. No puedo evitar castigarme por haber ignorado mi instinto, ese que me gritaba que me alejara. Ahora entiendo por qué un chico de veintiocho años insistió en quedar con una mujer de cuarenta. Supongo que están tan acostumbrados a conseguir un ligue con un solo chasquido que necesitaron un nuevo reto.

—Eres gilipollas, Vega —me insulto, sin miramientos—. A ver si aprendes a ser más realista.

Toco la puerta de mi vecina y, al verme con esta cara de acelga, hace el intento de preguntarme qué me pasa. No tengo ganas de hablar, por lo que niego con la cabeza y llamo a mis hijos para que vengan a casa conmigo. Sé que ellos se lo pasan genial con Agustina y que acabo de fastidiarles su noche de pijamas, pero los necesito a mi lado para no romperme.

—Jo, mami. Íbamos a ver la película de *Iron Man* —se queja Jairo.

—Venga, enano, podemos verla en casa. ¿Verdad, mamá? —interviene Alba, echándome un cable.

Asiento con la cabeza y, después de darle las gracias a mi vecina, entramos al piso de al lado.

—Venga, niños, id haciendo palomitas mientras yo me pongo el pijama.

—¡Yupi! ¡Cómo en el cine! —No suelo dejarles que coman palomitas tan tarde, sin embargo, tengo que compensarlos de alguna forma.

Una vez que me coloco el pijama más hortera y también el más cómodo que tengo, me siento en la cama y respiro profundamente. Me duele. Me asfixio al recordar el preciso instante en el que descubrí que solo era un juego para él.

—Mamá, hay un chico en la puerta que pregunta por ti.

Me limpio la única lágrima que me he permitido derramar y me pongo en pie, asustada.

—Cariño, ¿cuántas veces os he dicho que no abráis la puerta a nadie? —regaño a mi hija.

—Lo sé. Es que no dejaba de golpear la puerta y de llamarte. Justo cuando venía a buscarte, Jairo la ha abierto.

Salgo de mi habitación enfadada por no haber escuchado el ruido y, al verlo parado en el marco de la puerta, me quedo congelada.

—Vega... —Su voz es lastimera y, si no fuera porque ahora sé la verdad, lo creería.

—¿Para qué has venido? —escupo enfadada.

—Tengo que hablar contigo, por favor.

—Niños, esperadme en el comedor. Alba, échale un vistazo a Jairo —le pido en voz baja para que su hermano no se entere.

—Tienes que escucharme, por favor —dice en cuanto los niños se han marchado—. Lo que has oído...

—¿Lo de la apuesta? ¿Acaso no es verdad?

—Sí, pero...

—Entonces no hay nada de qué hablar.

—Por favor, déjame entrar para que pueda contártelo todo —suplica a la vez que coloca un pie para que no pueda cerrar.

Por un momento pienso en cerrarle la puerta en las narices y dejarlo con la palabra en la boca. Después recuerdo que soy adulta y no una adolescente, a pesar de que estos días he parecido una.

—Está bien —me cruzo de brazos—, aunque tendrás que hablar en el rellano.

—Como quieras —acepta con resignación—, pero prométeme que me escucharás hasta el final sin decir nada.

—¿Ahora se supone que tengo que hacerte promesas? No te las mereces.

—Lo sé. Es que, si me interrumpes, no creo que sea capaz de terminar.

—De acuerdo, continúa. No tengo toda la noche.

—Es cierto, todo empezó como una apuesta, no te lo voy a negar. Mis amigos siempre se quejan de que consigo a la chica que me propongo y me retaron a conquistar a la mujer que ellos escogieran. Decidieron darme de alta en la aplicación de citas y me dijeron el día y el lugar en el que tenía que verme contigo.

Daniel se pasa las manos por el pelo, nervioso, y cierra los ojos como si ahora viniera la peor parte.

—Acepté el reto, no voy a mentirte. Cuando me dejaste plantado en el restaurante, mi ego se sintió herido; no podía permitir que pensaran que una mujer me había dejado tirado. Mi intención era conquistarte solo para cobrarme el premio: su admiración.

—Malditamente genial —me quejo—. Pues estarás orgulloso, lo conseguiste. Ahora ya puedes marcharte con tus amigos a celebrarlo y a reírte de mí.

Hago un esfuerzo casi sobrehumano por no derramar ni una sola lágrima, pero no lo consigo. A pesar de que intento parecer fría y distante, saber que solo he sido un juego para él, me desgarrar por

dentro. Por primera vez decidí dejarme llevar y pensar en mi felicidad y ¿qué he obtenido? Un corazón roto.

—¡No! ¡Espera! No he terminado —ruega desesperado—. Sé que es posible que no me creas o que suene a una burda excusa, pero eso fue solo al principio. A medida que te fui conociendo, todo cambió. Tienes que creerme, Vega, esto es real.

—Daniel, márchate. Deja que me lama las heridas con dignidad, por favor. No es necesario que me mientas, se me pasará. Desde el principio sabía que te cansarías de mí y lo entiendo. Alguien tan joven no busca una relación estable.

—¿Sabes? Me jode saber que en el fondo nunca quisiste dar una oportunidad a lo nuestro.

—¿Cómo te atreves? ¡Eres tú el que se ha burlado de mí!

—Admito que mis intenciones no fueron buenas al principio, sin embargo, he hecho todo lo posible para demostrarte mis sentimientos —me deja paralizada—. No sabes lo difícil que ha sido estar a tu lado y no confesarte que estoy enamorado de ti por miedo a que salieras huyendo.

—Eso no es cierto...

—Lo es —admite, mientras sus facciones se suavizan—. Me he enamorado de ti, Vega. No sé exactamente cuándo pasó, aunque sí cómo. Me pusiste a prueba, y por primera vez tuve que esforzarme de verdad por conocer a alguien y terminé cayendo en tus redes.

—No puede ser —murmuro cubriéndome la boca—. No es posible.

—¿Cuándo empezarás a creer más en ti? Eres increíble y me duele que no creas que te mereces esto.

Me quedo sin palabras al escucharlo. Mi cabeza me dice que cierre la puerta y que lo eche para siempre de mi vida, en cambio, mi corazón me grita que recuerde la forma en la que me ha tratado todos estos meses. Sus caricias, sus besos, sus miradas cargadas de algo más que deseo. No, no es posible. ¿De verdad está enamorado de mí?

—Yo...

—Ojalá pudiera decirte que me arrepiento de haber aceptado esa apuesta, pero no puedo. Si no lo hubiera hecho, nunca te habría conocido, y me habría perdido descubrir lo que se siente al querer de esta manera.

Se acerca a mí, despacio, y agarra una de mis manos. Sin palabras, me suplica que le dé una oportunidad.

—El único motivo por el que mis amigos han sacado el tema de la apuesta, es porque no he sido capaz de confesarles lo que siento por ti y no sabes cuánto me arrepiento. Me gustaría pensar que, si te hubiera encontrado en esa *app*, te habría escrito de todas formas, aunque en realidad son ellos los que hablaron contigo.

—Bueno, la verdad es que hablaron con Nora.

—¿Disculpa? —pregunta sin comprender mis palabras.

—Yo me apunté a la *app* para ayudar a mi mejor amiga. La empresa la contrató para que hiciera un estudio sociológico y ver la forma en la que poder mejorar el algoritmo. Así que fue ella la que se inventó mi perfil y habló con tus amigos.

—¿En serio?

Su seriedad me deja descolocada. Por más que lo intento, no consigo descifrar si está enfadado o aliviado, y esa incertidumbre me hace sentir un nudo en el estómago. Asiento con la cabeza y lo observo con atención para leer entre sus gestos lo que realmente piensa.

—Entonces para ti también empezó como un juego.

Y cuando lo escucho y comprendo que tiene razón, me siento una hipócrita. Tal y como dice, yo también acepté salir con él, no porque quisiera, sino para ayudar a mi mejor amiga.

—Supongo que tienes razón.

—Lo más importante es: ¿sigues creyendo que esto solo es un juego?

Lo miro en silencio, estudiando su expresión, para descifrar si lo que acaba de decir es completamente sincero o si hay algo que se me escapa. Busco una grieta, alguna duda o señal que lo delate, pero no la encuentro. Entonces me llega la respuesta, tan clara que consigue desarmarme más de lo que hubiera imaginado.

CAPÍTULO 34



¿Por qué se queda callada? La pregunta que le he hecho no es tan difícil, ¿no? Su silencio me está poniendo nervioso y, si no me contesta pronto, creo que caeré fulminado como si un rayo hubiera impactado en mi pecho.

—Por supuesto que no, para mí esto no es un juego. Fui sincera contigo cuando dije que me gustabas y que quería conocerte.

Al escucharla, suelto todo el aire que estaba conteniendo y sonrío, como un maldito pirado. Sé que no me ha dicho que me quiere ni que está enamorada de mí, pero de momento me vale. Soy consciente de que lo ha pasado muy mal con su expareja y que, a pesar de que siente cosas por mí, tiene miedo a volverse a equivocar.

—Joder, menos mal. —Cierro los ojos—. Entonces, ¿todo bien entre nosotros?

Mi primer impulso ha sido besarla, sin embargo, quiero estar seguro de que el tema de la apuesta está olvidado.

Vega me sonrío de medio lado y, cuando menos me lo espero, se lanza a mis brazos y me besa. ¡La hostia! Es el mejor beso de reconciliación que me han dado, aunque, pensándolo bien, nunca antes he hecho las paces con una novia, básicamente porque no la he tenido.

—Ejem, ejem. —Escuchamos a nuestro lado.

Separamos nuestros cuerpos como si de repente ardieran y nos encontramos con una mujer de unos setenta años, mirándonos con

una sonrisita tierna.

—Hola, Angustias. Él es Daniel —me presenta.

La mujer asiente como si supiera quién soy y ese gesto me hace feliz. Saber que Vega habla de mí a la gente de su alrededor me emociona.

—Encantado —saludo guiñándole un ojo y recibiendo una risita a modo de respuesta.

—Bueno, será mejor que entremos —se despide Vega, tirando de mí hacia el interior de su piso. Cierra la puerta y se apoya en la madera, avergonzada porque su vecina haya sido testigo de nuestro beso.

—Menos mal que ha sido Angustias la que nos ha pillado *in fraganti*, porque si llega a ser Herminia, la del quinto, habría sido la comidilla del edificio.

—¿Y qué? En algún momento tendrán que saber que tienes novio, ¿no? —indico acercándome a ella peligrosamente.

—Mami, dice Manu que si vas a tardar mucho —nos interrumpe Jairo.

—No, cielo, ya voy. Es que estábamos hablando —le contesta nerviosa.

—Hola, ¿cómo te llamas? —me pregunta su hijo pequeño, mirándome con curiosidad. Imagino que, al no llevar el mono del otro día, no me ha reconocido.

—Yo Daniel, aunque puedes llamarme Dani. ¿Y tú?

—Jairo y me puedes llamar... ¡Jairo! —explica como si no fuera evidente—. ¿Te gustan las películas de superhéroes?

—¡¿Bromeas?! ¡Me encanta Marvel! Mi personaje favorito es Iron Man. Sé que mucha gente no lo considera un superhéroe porque no tiene superpoderes, pero para mí es el mejor.

Jairo se queda con la boca abierta y, justo cuando estoy a punto de retractarme y cambiar de personaje, empieza a dar saltos.

—¡El mío también es Iron Man! ¿Has oído, mamá? ¡Le gusta Iron Man, como a mí!

—Sí, hijo, lo he escuchado —dice Vega, revolviéndole el pelo.

Y ese gesto, por tonto que parezca, consigue ablandarme el corazón. Nunca la había visto en la faceta de madre y me da a mí que va a ser maravillosamente demoledor verla cuidar de sus hijos.

—¿Te quedas a ver la peli de *Iron Man* con nosotros?

Busco la aprobación de Vega y, en cuanto ella asiente, acepto el trato. Jairo celebra la victoria alzando un puño, como si invocara al mismísimo Thor, y corre al salón para anunciar la noticia a voz en grito.

—Gracias. —Beso su frente.

—¿Por qué? —pregunta con una preciosa sonrisa.

—Por permitir que conozca a tus hijos. Esto es muy importante para mí.

—Te lo advierto, no más secretos.

—Lo juro.

—Espero que comprendas que, por el momento, te presentaré como un buen amigo.

—¿Cómo de bueno? —coqueteo y me pego a su cuerpo.

—Uno MUY bueno —me devuelve la provocación.

¡La madre que la parió! ¿Cómo voy a poder disimular la enorme erección que abulta mis pantalones? Vega suelta una risita al darse cuenta y, después de darme un ligero beso en los labios que me sabe a poco, me lleva de la mano al comedor.

Allí nos esperan sus hijos, observándonos con curiosidad. Cuando su madre me presenta como un gran amigo, ellos reaccionan de formas distintas: Manu con interés, Alba con desconfianza y Jairo con admiración. Reconozco que me hubiera encantado que me presentara como su novio, pero comprendo que lo hace para

protegerlos. Sus hijos no sabían de mi existencia y no es justo que se enteren de golpe.

Dos horas después, la película ha terminado y un Jairo muy excitado por las escenas de acción salta por los sofás. ¡Joder, cuánto me recuerda a mí cuando era pequeño!

—¡Jairo, baja! —lo regaña su hermana.

Alba derrocha una responsabilidad impropia de sus ocho años. Es como si la vida la hubiera obligado a saltarse capítulos y madurar a golpes. Me entristece ver esa mirada adulta en una niña; tanto que, si tuviera delante al cobarde de su padre, le explicaría a puñetazos lo que significa cuidar de una familia.

—Hasta otro día, Dani —se despide Manu, que es el más tímido de todos.

—Venga, chicos, a la cama. Ahora iré a daros un beso de buenas noches.

Una vez que los niños se marchan a su habitación, Vega me acompaña a la salida.

—Siento que al final la noche haya terminado así.

—¡Qué dices! Ha sido una pasada ver *Iron Man* con tu pequeño diablillo. Tiene una energía envidiable.

—Sí, espero que no te haya hecho mucho daño. —Señala mi entrepierna, refiriéndose al momento en el que Jairo quiso dar una patada al villano y se la dio a mis huevos.

—Tranquila, las joyas de la corona están bien —le quito importancia a pesar de que el dolor hizo que se me saltaran las lágrimas—. De verdad que me lo he pasado muy bien.

Y lo digo muy en serio. Por supuesto que me hubiera encantado tenerla desnuda en la cama solo para mí, pero tener el privilegio de conocer a sus hijos y pasar tiempo con ellos es un paso muy grande en nuestra relación.

Le doy un beso tierno y me despido de ella con la promesa de hablar mañana por teléfono para que me cuente qué han opinado

sus hijos de mí. Sí, necesito saberlo.

Al salir de su edificio veo que tengo varias llamadas perdidas de Miguel y José, y algunas otras de Rafa. Con los primeros no tengo ganas de hablar, así que, aunque es muy tarde, decido llamar a mi mejor amigo. Suele quedarse hasta las tantas jugando a sus videojuegos, por lo que estoy seguro de que no lo despertaré.

—Tío, ¿dónde estabas? ¡Me tenías preocupado! Miguel y José me llamaron muy nerviosos y me contaron lo de Vega.

—A esos dos ni me los nombres —bufo todavía enfadado con ellos.

—No seas tan duro. Hasta que no vieron tu reacción, no se dieron cuenta de lo importante que es Vega para ti.

—Lo sé y me arrepiento de no habérselo contado, de todas formas son unos capullos. No era el momento ni el lugar para soltar sus tonterías.

—Ya sabes que son incapaces de mantener el pico cerrado. —Suelta una risita—. ¿Has podido arreglarlo con Vega?

—Sí, por suerte he conseguido que comprenda que lo de la apuesta fue solo al principio.

—Me alegro, tío.

—He conocido a sus hijos —suelto de repente, con una gran sonrisa en la cara.

—¿Y?

—Ha sido... raro, aunque en el buen sentido de la palabra. No estoy acostumbrado a tratar con niños, pero son maravillosos. Jairo te encantará, me recuerda tanto a mí cuando era pequeño...

—Joder, no te reconozco. ¿Quién te iba a decir hace unos meses que te ibas a enamorar y disfrutarías haciendo de padre?

—Es una maldita locura.

En realidad, es una locura maravillosa, una mezcla de emoción, esperanza y nervios que me hace imaginar cómo será nuestro

futuro. Cómo será la vida que algún día tendré junto a Vega y a sus hijos, compartiendo momentos, risas y pequeñas rutinas que hoy solo puedo soñar. Y pensar en ese futuro, en lugar de asustarme como hubiera hecho hace unos meses, me impacienta.

CAPÍTULO 35



—Mamá, ¿dónde está la chaqueta de Iron Man que me regaló Dani!? —grita desesperado el pequeño de mis hijos.

—¿Es necesario que te escuche todo el bloque? —lo regaño al entrar en su dormitorio—. Toma, estaba en el comedor.

Sonríó al ver a Jairo poniéndose su chaqueta favorita y recuerdo el día que se la regaló. Después de varios meses en los que Daniel venía a comer a casa y pasaba tiempo con los niños, decidimos ir juntos al parque de atracciones. Ante los ojos de los desconocidos, parecíamos una familia corriente; él encajaba perfectamente en el papel de padre. Debo admitir que la idea me removiό por dentro. Imaginarlo integrado en nuestro día a día, de forma permanente, ha dejado de ser un temor para convertirse en el sueño que espero ver cumplido. Y no lo digo porque necesite tener a alguien a mi lado para superar los obstáculos, sino por lo que empiezo a sentir por él.

Daniel ha pasado a ser una persona muy importante para mí y, gracias a su labia y carisma, también ha conseguido meterse en el bolsillo a los dos hombres más importantes de mi vida. Con Alba le costó un poco más. De todos mis hijos, ella es la más protectora y desde el primer día miraba a mi novio con cierta desconfianza, como si supiera que era más que un amigo. Aunque eso cambió el día que los llevamos al parque de atracciones. Daniel se aseguró de sorprenderlos a todos con un regalo pensado especialmente para cada uno: para Alba, unos patines en línea con la promesa de enseñarla a utilizarlos; para Manu, una pelota de fútbol que lo hizo

sonreír al saber que iban a estrenarla juntos; y para Jairo, la chaqueta de Iron Man que tanto deseaba.

Ese día consiguió ganárselos y no solo por los regalos, Daniel estuvo pendiente de ellos, escuchándolos cuando querían contarle algo y montándose con los niños en todas las atracciones. En ese momento fui realmente consciente de que estaba enamorada. Sabía que tenía sentimientos hacia él, pero ver la forma desinteresada en la que trataba a mis hijos hizo que mi corazón saltara de felicidad y que supiera que lo quería.

—¡Vamos, chicos! —grito desde la cocina—. Si no os dais prisa llegaremos tarde al colegio.

Mis hijos salen corriendo de sus habitaciones y, una vez que agarran sus mochilas, abro la puerta de la calle y entramos en el ascensor.

—Mami, ¿vendrá Dani a buscarnos esta tarde?

Me quedo congelada con el dedo en el botón y, si no fuera porque Alba lo pulsa por mí, todavía seguiríamos en nuestra planta.

—¿Por qué lo preguntas, cielo?

—Porque es guay y nos gusta pasar tiempo con él —suelta como si nada—. Se puede quedar a dormir, si quieres.

Las puertas se abren y mis hijos salen del habitáculo, aunque yo me quedo congelada en el mismo lugar. Sin saber qué es lo que ha pasado en realidad.

—Mamá, sabemos que Dani es tu novio —me dice Alba, asomando la cabeza.

—¿Lo sabéis? —pregunto sorprendida.

—Claro, te mira como si quisiera besarte. —Sonríe ruborizada.

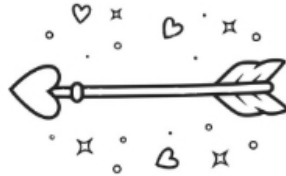
—Ah, ¿sí? ¿Y qué sabes tú de besos con ocho años? —bromeo.

—No soy tan niña —contesta poniendo los ojos en blanco—. Además, el otro día vi cómo te besaba en la cocina.

¡Joder! Ya sabía yo que ese beso era una mala idea, pero la otra noche, al verlo con mi delantal mientras fregaba los platos de la cena, no me pude resistir.

—No pasa nada, en serio. Nos gusta Dani.

—Gracias por decírmelo, cariño. —Sonríó a mi hija, que con solo ocho años tiene más madurez que muchas personas que conozco.



—¿Nos pilló? —pregunta Daniel, preocupado.

Aprovechando que los niños se quedan en el comedor y que tengo fiesta en el trabajo, Daniel ha venido a comer a mi piso y ahora... digamos que acabamos de tomarnos el postre. ¡Y qué postre! ¡Este chico es insaciable!

—Sí. —Acaricio uno de sus tatuajes—. También me ha dicho que no me preocupe porque les gustas.

—Les gusto, ¿eh? —dice sonriendo de medio lado, con suficiencia.

Mi cabeza descansa encima de su pecho y su ronca risita me hace cosquillas en la oreja.

—Espero que no se te suba a la cabeza, campeón.

—Tarde, chispitas —bromea—. Háblame de tu ex.

Ese cambio de tema me hace perder la sonrisa por un momento.

—¿Por qué quieres saber de él? Es parte del pasado. —Me tenso.

—Necesito saber qué hizo para entenderte mejor. Además, dejando de lado lo idiota que fue al abandonarte, no comprendo cómo pudo apartar a sus hijos de su lado y no verlos crecer.

—No sé qué responderte a eso. Durante muchos años me hice las mismas preguntas, pero jamás encontré las respuestas.

—¿Alguna vez se puso en contacto con vosotros?

—Nunca, y lo agradezco, la verdad. No quiero a alguien así en la vida de mis hijos.

—No acabo de entender qué viste en él.

—Ya te conté que Rodrigo apareció en la peor época de mi vida, cuando mi abuela murió. Lo que no sabes es que, además de la pena que sentía por su pérdida, me quedé con una gran deuda. Mi abuela tenía algunos ahorros, pero no fueron suficientes. Yo tuve que dejarlo todo para cuidarla y no podía trabajar porque tenía miedo a dejarla sola, así que al final su pensión no fue suficiente. Pedí varios préstamos y, al fallecer, gasté lo poco que nos quedaba en su entierro.

—Lo siento.

Daniel acaricia mi espalda y, aunque su consuelo no va a hacer que olvide esa época, consigue apaciguar mi pena.

—Tenía veintiocho años cuando Rodrigo apareció con su falsa madurez. Me llevaba diez años y su disposición para resolverme la vida me deslumbró. En aquel entonces, hundida en deudas y duelo, lo vi como un salvavidas; ahora sé que solo fue un depredador que olió mi vulnerabilidad para atraparme en su red.

Recuerdo lo ingenua que fui al dejarme deslumbrar. Gracias a Nora comprendí cuánto me había anulado como persona y, desde entonces, he luchado por volver a ser quien era. Pero mi esencia no volvió por completo hasta que Daniel apareció en mi vida. Él ha sido un soplo de aire fresco, un compañero que ha dejado que renazca con paciencia y mimo, dándome el tiempo y el espacio que necesitaba.

—Meses después de conocernos —continúo explicándole—, me convenció de que lo mejor era que nos fuéramos a vivir juntos para compartir gastos.

—Un noviazgo rápido.

—Demasiado —aclaró—. Nos compramos una casa cerca de su trabajo y vendimos el piso de mi abuela para poder dar ese dinero

como entrada. Me costó muchísimo dejar atrás los recuerdos de mi infancia y una vez más me convenció de que era lo mejor.

—Claro, lo mejor para él —masculla enfadado.

—Tres años después me quedé embarazada de los mellizos y decidimos casarnos. A partir de ese momento él empezó a cambiar. Ya no era la persona cariñosa del principio y poco a poco los niños y yo pasamos a un segundo plano. Apenas pasaba tiempo en casa: solo trabajaba y salía con sus amigos, o eso decía.

—¿Y Nora? ¿No te abrió los ojos?

—Mi mejor amiga sabía que no conseguiría que cambiara de opinión y, aunque le costó no decir nada, aceptó mi decisión. Como podrás imaginar, ella no lo tragaba, por lo que aprovechaba a venir los días que él trabajaba.

—¿Te he dicho ya lo bien que me cae tu amiga?

Me acurruco en su pecho y aspiro su aroma. ¿Cómo es posible que alguien a quien apenas conozco me haga sentir en casa con un simple abrazo?

—La gota que colmó el vaso fue cuando me quedé embarazada de Jairo. —Sonrío con tristeza al recordarlo—. Mi pequeño diablillo fue inesperado y a él no le gustó nada la noticia. Todavía recuerdo el día que se lo conté. Fui una ingenua al pensar que ese bebé podría salvar nuestro matrimonio. Para entonces ya sabía que mi marido me engañaba, pero al no trabajar ni tener ahorros, decidí aguantar por el bien de mis hijos. Sin embargo, un año después de que Jairo naciera, Rodrigo me abandonó. Se llevó el poco dinero que teníamos en la cuenta y me dejó tirada con tres niños y una hipoteca por pagar.

—¡Qué hijo de puta! Si alguna vez lo tengo delante, le parto la cara.

—Si no hubiera sido por mi mejor amiga, no sé dónde estaríamos ahora —me emociono.

—Recuérdame que le monte un altar a Nora para venerarla como se merece.

—No se lo digas o no habrá quien la aguante.

Al recordar mi pasado, algo dentro de mí se remueve. No porque añore esa época, sino porque no puedo evitar sentir la pena y la desdicha de aquellos años. Levanto la cabeza para mirar a Daniel y, al encontrarme con sus ojos cargados de furia por todo lo que le he contado, lo sé. Es él.

CAPÍTULO 36



Cada vez que recuerdo lo que Vega me contó de su ex, tengo instintos asesinos. ¿Cómo alguien puede ser tan hijo de puta? Saber que la dejó tirada y que jamás le pasó la manutención hace que me hierva la sangre. Por suerte, su mejor amiga la ayudó a vender la casa y, con lo poco que le quedó después de liquidar la hipoteca, tuvo para pagar unos meses de alquiler en el diminuto piso que vive ahora.

—¡Mira, Dani, lo he conseguido! —grita Alba para llamar mi atención.

Observar a Alba deslizarse por el asfalto me provoca un subidón de adrenalina. Cada vez que recupera el equilibrio tras un traspié, siento una punzada de orgullo en el pecho, de esas que te ensanchan el corazón y te obligan a sonreír como un idiota. Y, por mucho que lo intento, no consigo entender cómo su padre pudo seguir con su vida como si nada y dejar atrás a sus hijos.

—¡Muy bien, princesa guerrera! —la animo, ganándome una preciosa sonrisa que se me clava en el centro del corazón.

—¡Pásamela! —me pide Manu que juega con su hermano con la pelota.

Miro a los tres niños a lo lejos y sonrío de pura felicidad. Todavía recuerdo cómo me esforcé al máximo el día que los conocí para gustarles pensando en mi relación con su madre. Pero bastaron cinco minutos con ellos para darme cuenta de que no solo lo hacía

por ella. Me atraparon por completo y supe que quería estar en su vida, formar parte de su mundo y ganarme su cariño de verdad.

Vega aparece a lo lejos, trayendo unos helados, y siento que mi corazón explota al verla. Es increíble, y no me refiero solo a lo guapa que es. Mi chica es preciosa por fuera y por dentro. Una mujer fuerte que le ha tocado vivir una vida difícil y que, aun así, ama a los suyos sin límites. Sonríó al ver la felicidad de los niños cuando su madre les da su helado y luego vuelvo a mirarla a ella, que los observa con la mirada orgullosa de una madre, llena de amor y dedicación.

—Hola, guapo. ¿Estás solo? —bromea al volver hasta mí.

—Eso depende de lo que me ofrezcas.

—Daniel Aguilar, espero por tu bien que esa no sea tu respuesta cuando una chica guapa te haga esta pregunta.

—Solo si esa chica guapa eres tú —contesto. La miro con intensidad y me aguanto las ganas de comerle esa boca.

—Toma, para que te enfríes un poco.

Cojo el helado que me ofrece, y al ver la forma descarada en la que lame el suyo, mi erección crece y un gemido de frustración se me escapa de los labios.

—Eres mala, chispitas —la acuso recibiendo una sonrisa provocadora—. Esta me la pagas.

—Me muero por pagar mi penitencia —dice la muy descarada justo antes de lanzar un beso al aire.

Las siguientes horas son un infierno, no porque los niños tiren de mí cada vez que quieren llamar mi atención, sino por las provocaciones de la arpía de su madre. La muy bruja se pasa toda la tarde intentando hacer salir a la bestia que llevo dentro y, como siga así, acabaré besándola delante de los niños.

—Dani, ¿te quedas a cenar? —pregunta Manu.

—¡Síííí, *porfi*! —suplica Jairo poniéndome ojitos.

¿De verdad creen que tienen que convencerme para pasar tiempo con ellos? Miro a su madre, para que me dé su aprobación, y cuando asiente con la cabeza, les respondo.

—Solo si vemos una película después.

—¡Trato hecho! —Me ofrece la mano Jairo, como si acabáramos de firmar un pacto muy importante.

Los niños se adelantan decidiendo qué película veremos hoy y nosotros los seguimos. Cuando estamos a punto de llegar a su casa, mi teléfono suena. Al ver que se trata de mi madre, no lo dudo y activo el altavoz.

—Hola, mami chula.

—Hola, cariño. ¿Tienes planes para mañana?

Miro a Vega con el ceño fruncido. Ella se encoge de hombros y me da a entender que por ella no hay problema. Conozco lo lianta que puede llegar a ser mi madre, así que prefiero averiguar qué trama antes de contestarle.

—¿Por qué?

—Mira que te cuesta contestar, ¿eh? —se queja—. Porque tienes una cita.

—¿Una cita? Que yo recuerde no tengo hora con el médico.

—No, tonto. Tienes una cita con Andrea.

—¿Andrea? —pregunto sin saber a qué se refiere.

—La hija de Angelita. La chica sigue coladita por ti, como cuando erais pequeños, pero espero que no te aproveches y la utilices como a un pañuelo.

—¡Mamá! —me quejo al ver la mala impresión que tiene de mí.

—Ay, hijo, lo digo por eso de que siempre dices que no quieres novia ni formar una familia.

Tierra, trágame y escúpeme en una isla desierta sin conexión ni wifi. Vega me mira fijamente y, por más que trata de aparentar, sé que le ha dolido el comentario de mi madre.

—No pienso quedar con Andrea.

Silbo a los niños para que se detengan y agarro a Vega de su brazo para que me mire. Quiero que sepa que ese Dani, el que decía que no quería saber nada de compromisos, ya no existe.

—Anda, ¿y por qué? La chica es bien guapetona y yo no voy a estar siempre aquí, Danielito. Quiero verte feliz con una buena mujer que...

—Tengo novia —le suelto de repente interrumpiendo su discurso.

—... te cuide el día que yo ya no esté. Espera, ¡¿qué has dicho?!

—Que he conocido a una mujer maravillosa que me hace inmensamente feliz —contesto.

Los ojos de Vega se llenan de lágrimas y me sonrío, conmovida, como si todo lo demás dejara de existir. Ver esa emoción tan pura en su rostro hace que algo en mí se derrita y que quiera ser yo quien dibuje esa sonrisa cada día.

—¿Mamá? —pregunto preocupado al no escucharla.

—Ay, madre. Ay, madre. ¡Ayyyyyy!

—¿Qué pasa, Dolores? —pregunta alguien a lo lejos.

—¡Que mi niño se ha echado novia! —grita extasiada.

—¿No iba a quedar con mi Andrea?

—Ay, Angelita. Que no, que mi niño se ha enamorado.

—Mamá, luego hablamos —le digo antes de que esas dos se pongan a discutir por mi culpa.

—Invita a comer a esa chica, Dani, que me muero de ganas de conocer a la persona que ha conseguido ganarse tu corazón.

—Sí, señora —contesto con una sonrisa justo antes de colgar.

Sin que me lo espere, Vega se lanza sobre mí y me abraza. Me susurra al oído un «eres increíble» que consigue erizarme la piel. Le doy un beso rápido para que los niños no nos vean y, antes de perder el control por completo, seguimos el camino hasta su casa.

Una vez arriba, mientras los niños recogen sus cosas, Vega y yo vamos a la cocina a preparar algo para cenar.

—Así que has conocido a una mujer maravillosa que te hace inmensamente feliz —suelta—. ¿La conozco?

—Un poco —contesto jugueteón abrazándola por la espalda.

—Tu madre no sabía nada de mí. —No es una pregunta.

—No —admito—. Supongo que no quería darle falsas esperanzas hasta no saber si lo nuestro seguía adelante. Verás, mi madre es una soñadora y sabía que cuando supiera que tenía novia, empezaría a hacerme el ajuar.

—Lo entiendo —contesta con una sonrisa sincera—. ¿Qué te apetece cenar?

—¿Pedimos unas pizzas en el italiano? Mañana no hay colegio y seguro que a los niños les encanta la idea.

—Está bien —acepta.

Después de ir a la habitación de los niños, verlos saltar emocionados por la idea y escuchar con atención qué ingredientes quiere cada uno, marco el teléfono de la pizzería y hago el pedido.

—Dicen que en media hora las tendrán listas.

—¡Yo quiero ir contigo a buscarlas, Dani!

—¡Y yo! —lo secunda Manu.

Media hora después, feliz de ver lo emocionados que están por pasar tiempo conmigo, bajo a la calle con los tres niños a recoger las pizzas. Disfruto muchísimo cada segundo con ellos y no puedo evitar pensar en lo afortunado que soy de que me permitan estar en su vida y de que quieran formar parte de la mía.

Al fin comprendo el verdadero peso de la palabra familia: es saber que existen personas que cuentan contigo y sentir el impulso visceral de protegerlas contra todo y contra todos.

CAPÍTULO 37



Soy feliz. Por primera vez en muchos años siento que vuelvo a sonreír sin motivo alguno y el causante de esa felicidad no es otro que Dani. Ese niño con sonrisa canalla que no se rindió hasta que le di una oportunidad.

Aprovecho que se han llevado las llaves de casa y me doy una ducha rápida para quitarme el polvo del parque. A pesar de que intento relajarme bajo el agua, no puedo evitar recordar la última vez que nos duchamos juntos. ¡Madre mía, qué calor!

—Te has vuelto una perversa, Vega Carmona. —Me río burlándome de mí misma.

Salgo de la ducha y, mientras me seco, escucho el timbre. ¡Qué raro! Me enrolló la toalla y abro la puerta pensando que al final se han olvidado las llaves.

—Mira que os he dicho que cogierais las llaves... —los regaño.

Pero al fijar la vista en la persona que ocupa el rellano, el mundo se detiene en un chirrido seco. El aire se vuelve espeso en mis pulmones y me obligo a forzar una inspiración para no desplomarme.

—¿Qué haces tú aquí? —consigo articular en un susurro que me quema la garganta.

—Hola, cariño. Estás tan guapa como siempre. ¿Me has echado de menos?

Su voz, esa que consiguió embaucarme en el pasado, ahora me resulta sibilina y desagradable.

—No te lo vuelvo a preguntar, Rodrigo. ¿A qué coño has venido?

—Veo que tus modales sí han cambiado. Es una pena.

Intento cerrarle la puerta en las narices al ver que estira el brazo para acariciarme la cara y es entonces cuando el muy cretino decide contestar a mi pregunta.

—He vuelto.

—Enhorabuena, ¿quieres una medalla? —Me cruzo de brazos.

—No seas impertinente, cielito. Quiero ver a mis hijos —me pide con voz autoritaria.

—Llegas un poco tarde, ¿no crees? —Finjo pensar el tiempo que hace que nos dejó tirados como gusanos—. Unos tres años y medio.

—Sí, bueno. He estado ocupado.

—¿Ocupado?! ¿Me estás vacilando?! ¡Te fuiste! ¡Te llevaste nuestro dinero! —le acuso.

—No seas exagerada, te dejé una casa.

—¡Dirás una gran hipoteca! —exploto.

De repente, la puerta del ascensor se abre y las risas de mis hijos llegan hasta nosotros. Daniel aparece con tres pizzas familiares en una mano y a mi hijo pequeño de la otra. En cuanto se fijan en lo tenso que está el ambiente, se les borra la sonrisa de la cara.

—Hola, niños. ¿Cómo estáis?

—Mami, ¿quién es este señor? —pregunta Jairo.

—Soy tu padre —se presenta el muy idiota—. ¿No te acuerdas de mí?

—Cómo se va a acordar si apenas tenía un año cuando te largaste —escupo.

—Bueno, no importa. A partir de ahora pasaremos tiempo juntos. ¿Eh, campeón?

—¿Puedes llevarte a los niños dentro, por favor?

La voz me tiembla, pero mis ojos suplican a Daniel que entienda la gravedad del momento. Él me mira serio, esforzándose por leer lo que ocurre, y yo rezo para que comprenda que lo único que necesito es alejar a los niños. Y lo hace. Capta el mensaje al vuelo, asiente levemente y, sin hacer preguntas, los reta a una carrera hasta el sofá, transformando la tensión en un juego.

—¿Qué quieres?

—¿Quién es ese? —masculla.

—No pienso contestar esa pregunta.

—Yo que tú colaboraría un poco más —contesta demasiado seco.

—¿O qué? —pregunto asustada por la nueva faceta de mi ex.

—No tienes ni puta idea de lo que puedo hacer, Vega. Tengo amigos por todas partes, ¿sabes?

—Ni se te ocurra amenazarme —le advierto.

Su nueva versión me impone, pero, aun así, no me puedo dejar amedrentar por él. Lo miro con rabia contenida, con un odio macerado durante todos estos años, y saco fuerzas del recuerdo de esas noches que lloré al sentirme sola y abandonada.

—Solo quiero pasar tiempo con mis hijos. —Baja el tono al ver que no voy a ceder.

—¿Por qué ahora?

—Siempre he pensado en ellos.

—Claro, por eso los llamaste para felicitarlos en sus cumpleaños, ¿verdad?

—Tengo derecho y lo sabes.

—Perdiste ese derecho el día en el que los abandonaste.

—Eso ya lo veremos. Tendrás noticias mías.

Observo a la persona que una vez fue importante para mí mientras se aleja y siento que no lo conozco. Rodrigo siempre ha

sido un egoísta, aunque hoy he notado algo diferente en él y eso me asusta. Tengo miedo de que haya vuelto para robarme a mis hijos porque, si eso sucediera, yo me moriría.

—¿Era tu ex? —pregunta Daniel a mi espalda.

Me doy la vuelta y, después de asentir con la cabeza, lo abrazo. Ahora más que nunca necesito sentirlo para que me dé esa seguridad que mi ex ha conseguido reducir con su sola presencia.

—Todo irá bien —me promete sin saber cuál es la gravedad del asunto.

Asiento con la cabeza y decido dejar a un lado esta desagradable visita. No voy a permitir que ese capullo nos fastidie la velada. Daniel, en lugar de coserme a preguntas, me sonríe y me deja el espacio que ahora mismo necesito. No quiero que los niños me vean mal y que se preocupen por algo que todavía no ha llegado.

Como si mi pasado no hubiera irrumpido en mi vida de nuevo, nos sentamos en el sofá y colocamos las pizzas en la mesita que hay delante. Escogemos la película, que esta vez es de dibujos, no de superhéroes, y cenamos entre risas.

Un par de horas después, Daniel me ayuda a llevar a los niños a la cama. Estaban tan agotados que han caído en combate antes de que terminara la película. Me asomo a la habitación de Jairo y, cuando veo a mi chico arropándolo con tanta delicadeza, mi corazón se derrite de ternura. Me marea pensar en lo rápido que ha pasado de ser un desconocido a alguien tan importante para mí. Alguien casi imprescindible en mi vida. Ver la forma tan madura en la que ha actuado esta tarde al ver a mi ex me ha hecho pensar. Por cómo apretaba los puños supe cuánto se estaba conteniendo y, en lugar de amenazar a Rodrigo, se mantuvo al margen por mí. Me siento fatal por haberlo juzgado desde el principio.

—Está K.O. —dice al darse cuenta de mi presencia.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por pensar en mí y en los niños. Sé que te hubiera encantado enfrentar a Rodrigo, lo vi en tus ojos, sin embargo, en lugar de eso, te quedaste con ellos.

—No era el momento de partírla la cara a ese idiota, aunque te juro que tarde o temprano lo haré. ¿Quieres que me quede esta noche?

Mi primer impulso es decirle que no, pero al instante me doy cuenta de que en realidad no es lo que quiero. Volver a ver a mi ex ha sido muy duro y necesito a Daniel a mi lado.

Asiento con la cabeza y a cambio recibo una preciosa sonrisa que consigue calentarme por dentro. Agarro su mano y tiro de él hasta que nuestros labios se unen. Lo beso despacio, saboreando el momento, y comienzo a caminar de espaldas hasta mi dormitorio. Una vez dentro, cierro la puerta y, entre besos y gemidos, nos desnudamos.

—Eres preciosa —susurra contra mis labios.

Acaricia mi pelo con una delicadeza que me desarma, como si temiera que me desvaneciera. Ese gesto consigue que un nudo enmarañado se instale en mi garganta y que me falte la respiración. El pecho se me encoge y tengo que parpadear porque los ojos se me han llenado de lágrimas. Una marea de emociones me golpea, derribando los muros que tanto me costó levantar. Me siento desnuda, y no hablo de mi piel. Estar con él es un arma de doble filo: tiene el poder de destrozarme con un dedo, pero también es el único capaz de recomponer mis pedazos y cicatrizar el pasado.

Me separo de su cuerpo y me meto en la cama. Daniel me sigue poco después y se acurruca junto a mí, dándome el calor que necesito en este instante. Su abrazo me reconforta y me hace sentir segura, como si en sus brazos nada ni nadie pudiera hacerme daño.

—Pase lo que pase estaré a tu lado —me promete. Sus palabras consiguen emocionarme.

Me besa con delicadeza, trazando un camino con sus labios hasta llegar a ese punto tan sensible entre el cuello y la oreja que

consigue hacerme estremecer. Sus manos ascienden hasta mis pechos y los amasa con suavidad. Daniel se desliza por mi cuerpo y deja un reguero de besos a su paso hasta llegar al vórtice de mis piernas. Separa mis muslos sin perder el contacto visual y me lame despacio. Su lengua me vuelve completamente loca.

Me retuerzo de placer y lo agarro del pelo, pegándolo más a mi cuerpo. ¡Joder! Este niño va a acabar conmigo. Muevo mis caderas para buscar ese punto placentero y, antes de que lo encuentre, Daniel introduce un dedo en mi interior, curvándolo hasta que me hace explotar en mil pedazos.

—¡Dani! —exclamo con un grito ahogado.

Mis hijos duermen a pocos metros y sé que debería controlarme para no despertarlos. Pero con él no sé hacerlo. Despierta en mí unas emociones que creía dormidas y me recuerda que todavía sigo viva, quizá más de lo que he estado en mucho tiempo.

—Madre mía —balbuceo extasiada—, eso ha sido rápido.

—¿Alguna queja, chispitas?

—Ni una maldita queja. —Sonrío relajada.

Acaricio su pecho tatuado y deslizo mi mano por su cuerpo hasta llegar a su erección. Rodeo su polla con mis dedos y me sorprendo cuando me detiene.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto confundida.

—Esto era para ti. —Besa mi frente—. No me mires así, ya tendremos tiempo de que me devuelvas el favor. Hoy ha sido un día de muchas emociones y es tarde.

Daniel estira el brazo para apagar la luz y me deja sin palabras.

—Duérmete y deja de darle vueltas a esa cabecita. —Tira de mi brazo para que coloque mi cabeza en su pecho.

En otro momento discutiría con él sobre lo injusto y poco saludable que es que se vaya a dormir con semejante erección. Sin embargo, estoy tan cansada que solo puedo acurrucarme en su

cuerpo y cerrar los ojos. Definitivamente, Daniel es mucho más de lo que yo creía en un principio y he sido muy injusta con él.

CAPÍTULO 38



Abro los ojos y, durante un instante, no reconozco el lugar en el que estoy. En cuanto recuerdo que anoche me quedé a dormir en el piso de Vega, sonrío como un idiota. Giro la cabeza y la encuentro a mi lado, durmiendo plácidamente, agarrada a mi brazo como si no quisiera que me marchara. Me río bajito al pensar en lo absurdo que es eso. Después del regalo tan grande que me ha hecho, no pienso irme a ninguna parte. Sus hijos son lo más importante para ella, por eso sé que dejarme pasar la noche aquí es una gran prueba de amor.

Me pierdo recorriendo sus facciones: la sombra de sus pestañas, la curva delicada de su nariz, el contorno de sus labios entreabiertos. Soy un tipo con suerte, no hay duda. «Podría despertarme así el resto de mi vida», pienso. Y lo más increíble es que la idea no me provoca ganas de salir corriendo, sino un deseo voraz de anclarme a ella.

Retiro su mano con cuidado y me bajo de la cama. Me detengo unos segundos y, como si fuera un hechizo, me quedo atrapado mientras observo cómo duerme. Su respiración es tranquila y, durante un instante, pienso en que quizá yo tenga algo que ver con esa calma. La idea me atraviesa de golpe y hace que un calor sofocante me recorra el cuerpo de arriba abajo. Cuando empiezo a pensar que estoy cruzando un límite que roza lo obsesivo, me obligo a apartar la mirada.

Arrimo la puerta al salir del dormitorio y me encuentro a Alba saliendo del lavabo, rascando sus ojos algo dormida.

—Hola, princesa. ¿No puedes dormir?

—No, he tenido una pesadilla —contesta con voz ronca.

—¿Quieres que vayamos al comedor a ver los dibujos?

Ella asiente con una preciosa sonrisa y me agarra de la mano como si fuera lo más natural del mundo. El contraste de su mano diminuta con la mía me corta la respiración. Un instinto de protección, primario y feroz, me estalla en el pecho. Me aterra su fragilidad, su inocencia intacta. La sola idea de que alguien se atreva a herirla me provoca una rabia que no sabía que poseía. Y es en ese momento cuando me doy cuenta de que quiero formar parte de su vida y de la de sus hermanos. Protegerlos si alguna vez alguien se propone herirlos y consolarlos si eso llega a suceder.

Enciendo la televisión y me siento en el sofá. Alba se acurruca a mi lado y tengo que contener la emoción para no echarme a llorar. Saber que tengo su confianza y aprobación es un sentimiento que jamás podré explicar. Después de una hora viendo dibujos, riéndonos al comentar los capítulos, le propongo que preparemos juntos el desayuno. Ella asiente con una preciosa sonrisa y me lleva de la mano a la cocina, ansiosa por cocinar conmigo.

Tengo que admitir que no soy un buen cocinero, pero gracias a internet conseguimos la receta de unas tortitas que nos salen riquísimas. Una vez que tenemos un par de platos llenos, decidimos despertar a los miembros de la casa. Alba se encarga de levantar a sus hermanos y yo a su madre.

—Buenos días, chispitas —la saludo dándole besitos por toda la cara.

—¿Daniel? —pregunta con voz pastosa—. ¿Qué haces aquí?

Abre los ojos de golpe, confundida por un segundo, sin recordar por qué sigo en su casa. Cuando se da cuenta, su cuerpo se relaja y me dedica una sonrisa tranquila. Verla despeinada, con los ojos entrecerrados y con cara de recién levantada, consigue que me derrita un poco más por ella.

Sin que me lo espere, tira de mí haciendo que caiga encima de su cuerpo y que olvide por un instante lo que venía a decirle. Vega me besa despacio. Mi cuerpo reacciona de inmediato y me obliga a esforzarme al máximo para apartarme de ella.

—Espera, espera —balbuceo contra su boca.

—¿Desde cuándo te has vuelto un estrecho?

—Desde que tus hijos están esperándonos en la cocina —contesto divertido.

—Mierda, haces que pierda la cabeza —se queja y me da un beso corto. Después me empuja para levantarse de la cama.

—Hemos hecho el desayuno.

—¿Hemos? —pregunta sorprendida.

—Ajá. Alba y yo —indico orgulloso.

—Eso habrá que verlo. Aunque antes deberías solucionar tu *pequeño* problema. —Señala mi erección.

—¿Pequeño? Acabas de herir mi orgullo.

—Lo dudo —se burla.

—Tú eres la culpable de *esto*.

La beso con ganas, para compensar todas las horas que no la he tenido entre mis brazos y, lejos de solucionar el *problema*, ese beso incendiario lo único que consigue es que me ponga más duro y que desee tenerla para mí solo. Sí, soy un egoísta en lo que se refiere a ella, no lo puedo evitar.

—Para o terminaremos haciendo una locura.

—Me encantan las locuras, chispitas.

—Dani...

Mi nombre en sus labios es una mezcla de gemido y súplica y, escucharlo, me eriza la piel. Pero, como soy un buen chico y lo último que quiero es que sus hijos nos pillen en pelotas, me separo de ella.

—Será mejor que vayas tirando. —La giro y le doy un azote juguetón que le arranca una risita que se me cuela en el pecho.

Respiro despacio durante unos segundos para enfriar mi mente calenturienta y me obligo a pensar en cosas que no sean el cuerpo de mi novia en diferentes posiciones del *Kama Sutra*.

Salgo de la habitación cuando consigo tranquilizarme y sonrío al ver la imagen tan tierna que tengo frente a mí. Alba está sirviéndole el Cola Cao a Jairo mientras Vega besa la cabeza de Manu. Joder, ¿desde cuándo soy tan sensible? Carraspeo para deshacer el nudo de la garganta y me hincho como un pavo al ver la sonrisa de Manu y Jairo al verme.

—¡Te has quedado a dormir, Dani! —La versión mini de Iron Man se lanza a mis brazos, haciendo que cierre los ojos para contener las lágrimas.

Te juro que de esta no salgo con el corazón intacto.

Desvío la mirada a Vega y le guiño un ojo al ver que está tan emocionada como yo. Me siento con ellos a desayunar y finjo que no estoy afectado.

Una hora después, mi madre me llama por teléfono. Me levanto de la mesa y me voy al comedor para buscar un poco de privacidad. Los niños no paran de parlotear y mi madre todavía no sabe que Vega tiene hijos.

—Buenos días, mamá.

—¿Buenos días? Me podrías haber avisado de que no dormías en casa, ¿no? Siempre haces lo mismo, este niño me va a matar de un disgusto...

—He dormido en casa de Vega —la interrumpo para que deje de regañarme, y funciona.

—¿Así se llama tu novia? —pregunta con emoción en la voz—. ¡Ay, Dani! ¡Qué nombre tan bonito! Estoy deseando conocerla.

—Sí, mamá...

—¡No me trates de tonta! Vendréis este fin de semana a comer y no se hable más. Porque, conociéndote, serías capaz de esperar a la boda para presentármela.

—¿Boda? Estás como una cabra. Prácticamente la acabo de conocer.

—¿Y eso qué tiene que ver? Cuando conocí a tu padre, supe que me casaría con él y que sería el amor de mi vida.

—Lo sé, mamá. Pero no todos tenemos que sentir lo mismo.

—Bueno, lo que tú digas. Habla con ella y dime si le va mejor hoy o mañana para comer. —Y me cuelga.

Miro durante unos segundos el teléfono y pienso en lo que me acaba de decir mi madre. Quizá no pensé en campanas de boda el primer día, pero sí supe que Vega era un rompecabezas que quería resolver. Ahora entiendo que no fue mi orgullo el que me hizo insistir tras el plantón del restaurante; fue una fuerza invisible que ya sabía, mucho antes que yo, que ella era mi destino.

—¿Todo bien? —pregunta Vega acercándose a mí en cuanto vuelvo a la cocina.

—Sí, era mi madre. Quiere que vayamos a comer con ella este fin de semana —digo bajito para que solo ella me escuche.

Ella abre los ojos, entre asustada y sorprendida, y aunque me habría encantado que reaccionara de otra forma, lo entiendo perfectamente. Sé cuánto le ha costado aceptarme e involucrarme en la vida de sus hijos, y lo último que quiero es presionarla para que conozca a mi madre.

—Tranquila, no tiene por qué ser este fin de semana. No hay prisa.

La miro a los ojos para que comprenda que mis palabras son sinceras. Ahora que he conseguido hacerme un hueco en su vida, no pienso marcharme. Tenemos todo el tiempo del mundo.

CAPÍTULO 39



Sentir que Daniel me comprende y respeta mis tiempos me conmueve profundamente; sé que, en el fondo, se muere de ganas por presentarme a su madre. Su empatía me confirma que darle aquella oportunidad fue la mejor decisión de mi vida. Es esa mezcla de seguridad y ternura la que me impulsa a querer saltar al vacío por él.

Tiro de su mano y me lo llevo al comedor para que los niños no escuchen nuestra conversación.

—Quiero conocer a tu madre —le suelto, dejándolo con la boca abierta.

—Pero... Pero...

—Daniel, quiero conocer a la mujer que te crio para que me cuente tus más oscuros secretos —bromeo.

—Vega, no quiero que te sientas obligada a hacerlo —dice muy serio.

—No me siento obligada, quiero hacerlo. Eso sí, preferiría que, de momento, los niños se quedaran al margen.

—Claro, lo entiendo.

—Hoy me toca trabajar, podemos quedar mañana si quieres. Puedo preguntarle a mi vecina si puede quedarse con los niños un rato. Seguro que no le importa.

Como respuesta, mi chico me mira emocionado y me abraza con fuerza. Saber que soy la causante de su felicidad hace que mi

corazón lata más deprisa y que las mariposas muevan sus alas, nerviosas.

—Joder, no sabes en lo que te estás metiendo. —Reparte besos por toda la cara—. Mi madre se va a volver loca cuando te conozca. Eres consciente de que va a empezar a preparar nuestro ajuar, ¿verdad?

—Me estás asustando.

—Todavía estás a tiempo de negarte. No quiero que te sientas presionada o que esto afecte a nuestra relación.

Me separo de él y lo miro a los ojos. Ver el miedo en ellos me hace acariciar su mejilla y besarlo con delicadeza, para que comprenda que entre nosotros todo está bien.

—Me muero por conocerla, Dani.

—Joder, te follaría ahora mismo —murmura en mis labios, calentando cada porción de mi cuerpo.

Daniel pega su cuerpo al mío y cuela sus manos en la parte de arriba de mi pijama hasta llegar a mi pezón. Aprieto los muslos desesperada al notar que tira de él y no puedo evitar soltar un gemido.

—¡Mami! ¡Jairo ha vuelto a tirar la leche! —grita Alba desde la cocina, separándonos de golpe.

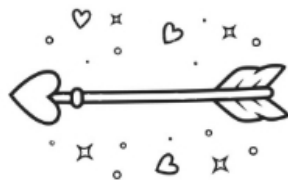
—Bienvenido a mi caótica vida, llena de interrupciones. Tú también estás a tiempo de huir.

—Nunca pensé que diría esto, pero me encanta tu caótica vida. No voy a huir —promete y me da un beso que consigue trasladarme a un lugar paradisíaco.

—Será mejor que vayamos con los niños antes de que quemen la cocina.

—Sí, claro —carraspea—. Ahora mismo te alcanzo.

Daniel señala de nuevo su erección y yo no puedo evitar sentir lástima por él. El pobre lleva así desde ayer y me temo que, con los niños delante, no podré solucionar su situación.



—¡Qué hijo de puta! —exclama Nora fuera de sí al otro lado del teléfono—. ¿Y qué coño quiere ese cabronazo ahora?

Cuando la he llamado al salir del trabajo para contárselo, sabía que iba a reaccionar así. Rodrigo jamás fue santo de su devoción.

—Dice que quiere ver a sus hijos.

—A buenas horas... —bufa.

—No sé si dice la verdad y, no saber cuáles son sus verdaderas intenciones, me acojona.

—Tranquila, cariño. Estamos contigo. Juan tiene un amigo que trabaja en un bufete de abogados, hablaremos con él.

—Gracias —contesto agradecida.

Me siento afortunada de saber que, una vez más, mi mejor amiga estará a mi lado y me ayudará en esta batalla.

—¿Y tú cómo estás? —se interesa con su vena de psicóloga.

—Sorprendentemente bien. Supongo que el hecho de que Daniel se quedara a dormir en casa tuvo mucho que ver.

—Espera, espera. ¿Me estás diciendo que el yogurín se quedó a dormir allí, con los niños en casa?

—Sí.

—¡Joder! ¡Que le den a Rodrigo! Esto sí que es un bombazo —explota.

Estallo en carcajadas con sus palabras y, cuando consigo tranquilizarme, le cuento lo comprensivo que fue con la situación.

—Tendrías que verlo con los niños. Te juro que cada vez que los veo juntos, mis bragas se carbonizan. Y no solo por lo sexi que me parece haciendo cosas cotidianas —que también—, sino por lo

sincera que es su preocupación por todos. Me parece increíble que, en tan poco tiempo, haya conseguido crear una conexión tan fuerte con ellos.

—Ay, ¡qué bonito, joder! —lloriquea Nora al otro lado del teléfono —. Me alegro tanto por ti, cariño.

—Y no sabes lo más gordo. Mañana voy a conocer a su madre — le suelto sin anestesia.

—¡Joder, Vega! Esas son palabras mayores... ¡Tu suegra! ¿No estás nerviosa?

—Más bien acojonada. No por conocerla, tengo miedo de no caerle bien y que eso influya en nuestra relación.

—¡Eso es imposible! No hay ninguna posibilidad de que le caigas mal. Pero sabes que eso lo complica todo, ¿verdad? Conocer a tu suegra es algo importante.

—¿Más importante que presentarle a mis hijos?

—*Touché.*

Después de saciar la curiosidad de mi amiga y de prometerle que mañana la llamaré para contarle cómo ha sido el primer encuentro con mi suegra, le envío un mensaje a Daniel.

Vega:

¡Hola, guapo! ¿Qué tal?

Daniel:

Hola, preciosa.

Preparándome para ir al bar de Miguel.

Esta noche tiene que ir a echarle una mano a su amigo y, aunque en realidad hace muy pocas horas que lo he visto, me hubiera gustado estar con él.

Vega:

Ten cuidado con las rubias tetonas.

Daniel:

*Tranquila,
nadie es capaz de hacerte sombra.*

Vega:

*Es cierto, no tengo nada que temer por
una veinteañera con un cuerpo escultural
y unas tetas enormes.*

Intento que mi comentario suene irónico, sin embargo, en cuanto veo que Daniel ya no está en línea y que me llama por teléfono, me doy cuenta de que no lo he logrado.

—Escúchame bien. Ninguna mujer, por atractiva que sea, será capaz de que eche a perder lo que tenemos. Ya he tenido ligues de una noche antes, pero hasta que te conocí, nada de eso me llenaba. Eres lo mejor que me ha pasado y engañarte sería una idiotez. Y yo no soy un idiota. ¿Te queda claro?

Los ojos se me llenan de lágrimas al escucharlo y mi voz se queda atascada en la garganta, incapaz de darle una respuesta coherente.

—Sí —contesto emocionada.

—Me alegro. Te echaré de menos, chispitas. De hecho, llevo echándote de menos desde que me despedí de ti esta mañana.

—Yo también te echo de menos —admito.

—Es bueno saberlo —suelta una risita.

—Lo digo en serio, para mí también eres alguien importante. Has entrado en mi vida arrasándolo todo y ahora ya no soy capaz de vivir sin ti.

—Joder, vuelve a repetirme esas palabras mañana cuando nos veamos y pueda besarte hasta hacerte perder el sentido.

—No creo que sea muy buena idea excitarte justo antes de conocer a tu madre.

—¡A la mierda la comida con mi madre! Le diré que nos ha salido un imprevisto y que no podemos ir.

—¡Ni se te ocurra! —le advierto riéndome a carcajadas.

—Está bien, mañana nos vemos. Si te arrepientes, solo tienes que decírmelo y lo cancelaré.

—No voy a hacer tal cosa, no soy una cobarde.

—Lo sé, nos vemos mañana. Pórtate bien.

Cuelgo la llamada sonriendo como una tonta enamorada y no puedo evitar pensar en lo afortunada que soy de tenerlo en mi vida. Daniel me ha contagiado sus ganas de vivir y, gracias a él, he vuelto a ilusionarme. Su insistencia me hizo darle otra oportunidad, y aunque no me arrepiento de mi decisión, a veces me pregunto si es justo para él. Mi vida no es un juego: traigo conmigo una carga familiar que él no tendría por qué soportar. Por otro lado, la única forma de que esté conmigo es aceptarla. Así que, en los momentos en los que tengo dudas, me asalta la idea de que a lo mejor algún día se cansará de que esta no sea su familia de verdad.

Esa es una conversación que debemos tener, pero que por ahora he ido posponiendo. Supongo que el miedo a perderlo tiene mucho que ver con que nunca le haya preguntado si alguna vez le gustaría tener hijos. Es algo que me asusta y que, de momento, no quiero saber. Hace demasiado tiempo que no me sentía tan feliz y no quiero que nada explote nuestra burbuja de felicidad.

CAPÍTULO 40



Estoy nervioso. No porque crea que a mi madre le caiga mal Vega o porque nuestra relación se vuelva más seria después de presentársela. Lo que temo es que mi señora madre la presione demasiado y consiga asustarla. No quiero que nuestra relación se vea afectada ni que cambie nada entre nosotros.

Llego a casa de Vega a la hora acordada —sí, en nuestra primera cita aprendí que a mi chica no le gusta la impuntualidad— y le envío un mensaje para que baje. En cuanto la veo aparecer, mi corazón se acelera como pasa siempre y la punta de los dedos me pican, porque tienen ganas de tocar su piel. ¡Estoy fatal!

—¿A quién se lo has robado? Este no es el de José. —Señala el coche con el que la recojo hoy.

—A nadie. Este es mío.

—¿Te has comprado un coche?

—Sí, no puedo llevar a los niños en mi moto. Así que la vendí.

—¿iQue has hecho, qué?!

—Que he vendido mi moto y...

—¡Estás loco! —suelta emocionada.

—No es para tanto, es solo una tartana de segunda mano —me justifico nervioso para que no le dé demasiada importancia.

Vega se lanza sobre mí y me envuelve en un abrazo intenso. Suspira acongojada, pero cuando empiezo a preocuparme por ella, se separa un poco, como si lo hiciera para recuperar el aliento.

—Eres increíble, Daniel Aguilar.

Su mirada me atraviesa, y en un instante siento que todo lo demás se desvanece. Sus ojos, llenos de lágrimas, me hablan sin decir ni una sola palabra y consiguen desarmarme con un solo pestañeo. Me acerco lentamente y la beso. La beso no solo con pasión, también con ternura y con una promesa silenciosa. Necesito que sienta, en cada roce, que ella y sus hijos son lo más importante para mí. Que quiero que mi vida gire alrededor de ellos y que no hay nada que no haría para protegerlos y hacerlos felices.

—Pues al final sí que iré empalmado —bromeo al separarme de sus labios.

Ella suelta una risita y, por la forma en la que traga, sé que también está afectada. Le guiño un ojo y le abro la puerta de mi nuevo coche como todo un caballero.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco —confiesa.

—Todo saldrá bien —le prometo acariciando su mano—. Solo tienes que recordar una cosa: mi madre es muy intensa. Intentará presionarnos para que nos casemos y todas esas cosas. Pero debes tener claro que eso lo decidimos nosotros, ¿vale?

Le doy un beso en la nariz una vez que asiente y arranco el coche antes de que le quite la ropa a tirones y estrene el coche como se merece: escuchando los jadeos ahogados de mi chica.

Una vez que llegamos a mi barrio y consigo aparcar, vamos hasta mi casa cogidos de la mano. De camino saludo a algunos vecinos y conocidos, que me miran extrañados al verme junto a una mujer en actitud tan cariñosa.

—¡Ya hemos llegado! —anuncio en cuanto atravesamos la puerta.

Mi madre, que ha decidido ponerse las mejores galas para conocer a su nuera, aparece por el pasillo con una sonrisa radiante.

—Mamá, te presento a Vega —digo orgulloso.

—¡Ay, mi niña! ¡Qué ganas tenía de conocerte! —grita, apretando a Vega en su abrazo de mamá osa.

—Pues como no aflojes un poco te vas a quedar sin nuera —bromeo y con eso me gano la mirada reprobatoria de mi madre.

—Encantada, señora Dolores.

—¡Nada de señora, ahora somos familia! Puedes llamarme Dolores o Lola. Como prefieras. Venga, vamos a la mesa. He preparado unos entrantes para chuparse los dedos.

—He traído una botella de vino para la comida. —Le entrega mi chica.

—Ay, qué detalle. Voy a ponerla en la nevera. Ponte cómoda, ahora volvemos.

Antes de que me pueda quejar, mi madre tira de mi brazo con la fuerza de un marinero y me arrastra hasta la cocina.

—Es muy guapa —cuchichea como si eso fuera un secreto.

—Lo dices como si no me hubiera dado cuenta. —Me río.

—Me gusta esa chica.

—A mí también —admito, sin vergüenza.

Mi madre me mira emocionada y me abraza. Estoy seguro de que ahora mismo piensa en la fecha de la boda, en el ajuar y en todos los nietos que le voy a dar. Lo que no sabe es que ya tiene tres. Me río disimuladamente al saber que, cuando se entere, se va a caer de culo.

—Bueno, y ¿cuánto tiempo hace que estáis saliendo? —pregunta mi madre al volver al comedor.

Vega y yo nos miramos y nos reímos sin saber qué decir. En realidad, hace casi seis meses que nuestra historia comenzó, pero hemos tenido tantas idas y venidas que no sé desde dónde contabilizar nuestra relación.

—Un par de meses, mamá —decido decirle la fecha desde la que Vega aceptó que fuéramos novios.

—Daniel Aguilar, llevas dos meses con novia ¿y no has tenido la cara de decírmelo?

Ya estamos. La furia de la señora Dolores acaba de explotar y, como no encuentre algo que apague su ira, la comida terminará mal.

—En realidad, todo ha sido mi culpa.

Miro a Vega con el ceño fruncido, y cuando me sonrío, comprendo de inmediato lo que quiere decir. No es hasta que asiento levemente, dándole mi permiso silencioso, que se atreve a hablar.

—Daniel no te ha dicho nada porque yo le pedí que fuéramos despacio.

—Lo entiendo, cielo. Pero...

—Verás, Dolores, soy madre y no quería que mis hijos estuvieran involucrados hasta no estar segura de que lo nuestro funcionaba.

Mi madre la mira anonadada, incapaz de soltar una palabra, y yo decido marcar en mi calendario el día en el que alguien consiguió dejar con la boca abierta a la señora Lola.

—¿Tienes un hijo? —balbucea.

—Ha dicho hijos, en plural —aclaro.

—¿Cuántos?

—Tengo tres. Los mellizos se llaman Alba y Manu y tienen ocho años, y el pequeño de cuatro es Jairo —explica, insegura.

Por la cara que se le ha quedado a mi chica, estoy convencido de que cree que a mi madre esta noticia no le ha gustado, pero si la conozco tanto como yo creo, estallará de felicidad en tres, dos, uno...

—¡Ay, ay, ay! ¡¿Tengo nietos?!

—Mamá... —le advierto.

—Ay, hija, perdona mi entusiasmo. Es que siempre quise tener nietos. —Se limpia una lágrima—. ¿Los podré conocer?

—Por supuesto —contesta mi novia, feliz.

A partir de ese momento, mi madre no deja de interrogar a Vega para que le cuente cosas de sus hijos y, cuando ya creo que estamos salvados, hace la pregunta del millón.

—Entonces, ¿cuándo tenéis pensado casaros?

—¡Mamá!

—Todavía no hemos hablado de eso, aunque si alguna vez lo decidimos, serás la primera en saberlo.

¡Chica lista! Su respuesta, algo ambigua, ha conseguido calmar las ansias casamenteras de la señora Lola.

Terminamos de comer y nos despedimos de mi madre con la promesa de que la próxima vez traeremos a los niños. Una vez que entramos en el coche, nos miramos en silencio y rompemos a reír nerviosos.

—Bueno... no ha estado tan mal, ¿no?

—Sí, al final hemos salido victoriosos. —La abrazo—. Espero que no te hayan entrado ganas de salir huyendo al conocerla.

—Tu madre es increíble y... no hay nada que pueda hacer que me aleje de ti.

El beso que viene a continuación no tiene nada de inocente, es intenso, urgente y no apto para menores. Un beso que nos arrastra y nos empuja a buscarnos con manos temblorosas, casi desesperadas.

—Será mejor que paremos ahora —digo, aunque en realidad lo que me apetece es desnudarla y hacerla mía en el asiento de mi nuevo coche.

Y así, con una tremenda erección, arranco y conduzco hasta casa de Vega. Cuando llegamos a su barrio, me siento orgulloso de haber sido capaz de conducir a pesar de tener toda la sangre de mi cerebro en otro lugar.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunta sorprendida.

—Por querer entrar en mi mundo y no salir huyendo.

Vega me sonríe y me abraza en silencio. No necesitamos palabras. Sentir su cuerpo relajado es suficiente para saber que ella también me quiere.

Me encantaría subir a su piso y continuar lo que empezamos hace apenas un instante, sin embargo, decido no presionarla. Sé que tiene que recoger a los niños en casa de su vecina, así que me obligo a separarme de ella y la despido con un beso que me sabe a demasiado poco. Joder, cada vez me cuesta más dejarla ir.

Le digo adiós con la mano a través de la ventanilla y vuelvo a mi casa con una sonrisa de tonto. Aunque, en cuanto imagino el interrogatorio al que me someterá mi señora madre cuando aparezca por casa, se me borra de golpe.

CAPÍTULO 41



Hoy va a ser un día perfecto; lo presiento. Por primera vez en la vida, me he adelantado a la alarma. Me he quedado ahí, con los ojos fijos en el techo y una sonrisa boba dibujada en la cara, disfrutando de un silencio que solo podía ser el preludio de algo bueno.

No soy precisamente una persona madrugadora, al contrario, soy muy dormilona y el cansancio suele ganarme la batalla. Me cuesta horrores levantarme y, cuando por fin lo consigo, ya es tarde: la mañana se descontrola y no llegamos a tiempo al colegio.

Hoy todo ha salido redondo. Los niños se han levantado de buen humor, se han vestido sin gritos ni peleas y han desayunado sin derramar la leche. ¡No me lo podía creer! Cuando hemos conseguido salir de casa con tiempo de sobra, casi lloro de la alegría.

Aunque tengo que reconocer que lo mejor de la mañana ha sido ver la cara de asombro de la capitana de las madres del año al ver que llegaba incluso antes de que abrieran la puerta. *¡Chúpate esa, doña perfecta!* He pasado por su lado con la cabeza en alto y caminando como si fuera una modelo de pasarela. ¡Ha sido un subidón increíble! ¡Mejor que un orgasmo! Está bien, me he pasado con el entusiasmo. No es mejor, pero está cerca.

¿Sabéis esos días en los que parece que todo es de color de rosa y que, de repente y sin esperarlo, todo se tuerce? Pues es lo que me acaba de pasar a mí en cuanto he dejado a mis hijos en el colegio.

—¿Qué coño quieres, Rodrigo?

—Vengo a hablar contigo.

—Creo que el otro día ya quedó todo claro.

Lo esquivo para ignorarlo, pero al pasar por su lado me agarra por el brazo más fuerte de lo que me gustaría.

—Te equivocas. El otro día estabas tan cachonda mirando a tu novio adolescente que no me prestaste atención.

—No te permito que...

—Debería darte vergüenza. Follarte a un niño como ese delante de los niños.

—Lo que haga en mi vida privada es asunto mío.

—¿No te das cuenta? —Suelta una carcajada escalofriante—. Perderá el interés por ti más pronto de lo que crees. ¿De verdad esperas que se quede contigo cuando puede tener a alguien de su edad? Cariño, siento decirte que ese niño se cansará de jugar a las casitas y se buscará alguien más joven, como hice yo.

—Suéltame. —Tiro de mi brazo con exigencia sin conseguir liberarme.

—Te lo advierto, no voy a permitir que críes a mis hijos en un entorno de perversión.

—¿iTus hijos!? Vaya, es gracioso que digas eso cuando llevas cuatro años sin preocuparte por ellos.

—Eso va a cambiar a partir de ahora.

—Será mejor que te alejes de ellos hasta que un juez diga lo contrario.

—Eso ya lo veremos. —Sus palabras suenan a amenaza.

—Toma la tarjeta de mi abogado —insisto.

Le entrego a Rodrigo el trozo de cartón con los datos del abogado amigo de Juan y me voy, fingiendo mantener una calma que no siento en absoluto. Sé que lo he pillado con la guardia baja y por eso no ha hecho nada para retenerme. Así que, antes de que cambie de opinión, acelero el paso para perderlo de vista lo antes posible.

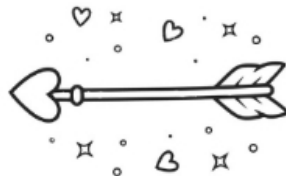
Con lo bien que iba el día... Era demasiado bonito para ser verdad.

Una vez que estoy a salvo, lejos de sus garras, me permito bajar un poco el ritmo. Necesito tranquilizarme o entraré en pánico. Me siento en un banco y cierro los ojos para que mis pulsaciones vuelvan a la normalidad. Aunque creo haberlo conseguido, el recuerdo de la conversación con mi ex se cuela en mi cabeza y altera mi estado de ánimo.

Soy consciente de que sus palabras han sido estratégicamente pensadas para hacerme daño, y aun así han conseguido hacer mella en mí. Creo de verdad que lo que Daniel siente es genuino y sincero, pero no puedo evitar pensar que algún día se cansará, tal y como ha dicho Rodrigo. Este pensamiento no es producto de la conversación con mi ex, en realidad es algo que me acompaña desde el día en que me permití bajar las defensas con él.

A esa preocupación se suma la culpa que siento por cargar a Daniel con una responsabilidad que no le corresponde. Es demasiado joven para hacerse cargo de una familia que no es la suya. Tiene toda una vida por delante y se merece formar la suya propia, y eso es algo que yo no podré darle jamás.

Cuando por fin consigo recuperar la respiración, entro en mi trabajo y, a pesar de que me esfuerzo por fingir que todo va bien, no me puedo sacar de la cabeza las malditas palabras de mi ex: *Daniel se cansará de ti.*



Al acabar mi turno, me quito el uniforme y me despido de mis compañeras. Tengo un dolor de cabeza insoportable y lo único que me apetece es meterme en la cama. Solo espero que los niños no tengan ganas de ir al parque y así poder cumplir mi objetivo.

Salgo a la calle sin prestar atención a mi alrededor y, cuando una mano me sujeta por el brazo, me asusto e intento soltarme.

—Tranquila, soy yo.

La voz de Daniel actúa como un bálsamo y consigue que mis músculos, esos que se habían puesto en alerta para protegerme, se relajen.

—Joder, qué susto —suspiro aliviada.

—¿Va todo bien? —pregunta preocupado.

—Sí, sí, claro. Todo bien. ¿Qué haces aquí?

—Resulta que tengo la tarde libre y he pensado en acompañarte a recoger a los niños.

Daniel me abraza y cualquier rastro de ansiedad desaparece. Cierro los ojos y los aprieto con fuerza deseando que, en realidad, nunca se canse de mí.

—¿Seguro que va todo bien?

—Que sí, pesado. Venga, vámonos ya o no llegaremos a por los niños.

Caminamos cogidos de la mano mientras hablamos de nuestras cosas, reímos de pequeñas tonterías y compartimos miradas cómplices. Pero cuando nos acercamos al colegio, algo dentro de mí me obliga a soltar su mano. Él me mira con el ceño fruncido, y aunque no dice nada, en su rostro veo que le ha dolido mi reacción.

—Hombre, veo que nuestra charla surtió efecto y has empezado a llegar a la hora —suelta la arpía número uno—. Espero, por el bien de tus hijos, que se vuelva una costumbre.

—Tengo que reconocer que si yo tuviera a ese semental también llegaría tarde al colegio —apunta la arpía número dos, devorando a Daniel con los ojos.

Escuchar sus risitas consigue sacarme tanto de quicio que me despiertan instintos asesinos. Yo las mato. Después del día de mierda que he tenido, lo último que necesito es que estas dos cacatúas, con aires de grandeza, me toquen los ovarios. Cuando

estoy a punto de lanzarme sobre ellas para arrancarles esos pelos de rata que tienen en la cabeza, Daniel me agarra del brazo y me frena.

—Es fascinante vuestra obsesión por la puntualidad —interviene Dani con una calma cortante—. Supongo que, si tuvierais una vida mínimamente interesante, no os dedicaríais a husmear en la de los demás.

Joder. Me ha dejado muda y, de paso, con el termómetro interno a punto de estallar. Verlo ponerlas en su sitio me ha puesto más caliente que el café recién hecho. Sin embargo, os prometo que nada es comparable a la cara de acelga mustia que se les ha quedado a esas dos arpías. Me siento tan eufórica y excitada por el momento que no puedo evitar lanzarme a sus brazos y besarlo con todas mis ganas. A tomar por culo Rodrigo, las arpías y cualquier persona que quiera joderme el día o meterse en nuestra relación.

No sé si duraremos un mes, un año o veinte, pero pienso disfrutar de lo que estamos viviendo hasta el final, exprimiendo cada instante como si fuera el último.

CAPÍTULO 42



Detesto a las malas personas que caminan por el mundo mirando por encima del hombro, creyéndose superiores. Esas que necesitan rodearse de palmeros que les ríen las gracias para sentirse importantes y seguir pisoteando a los demás.

Mi madre siempre decía que a cada cerdo le llega su San Martín, pero yo nunca he tenido la paciencia de esperar a que el tiempo actúe. No es complejo de héroe; es que he aprendido que a los que ladran solo se les calla plantándoles cara hasta que se quedan sin aliento. Porque en cuanto se topan con alguien que ladra más que ellos, se hacen pequeñitos y dejan de dar por culo.

Y eso es exactamente lo que ha pasado esta tarde en el colegio de los niños. Al llegar, he respetado la distancia de seguridad que me ha marcado Vega. Sí, no soy idiota. Sé que justo antes de llegar me ha soltado la mano. No sé si por vergüenza o porque no quiere que, de momento, se sepa lo nuestro, pero, aun así, me ha dolido. Sin embargo, cuando ese par de momias han aprovechado para burlarse de ella, no me he podido resistir. Y tengo que confesar que ha sido demasiado placentero ver cómo se hacían diminutas. El beso que me ha dado Vega cuando he salido en su defensa, eso... ¡Joder! Es indescriptible. Si no fuera porque estábamos en plena calle y había menores delante, le habría arrancado la ropa.

—¡El último que llegue es un huevo podrido! —provoca Jairo a sus hermanos en cuanto Vega abre la puerta de su casa.

Y todos salen corriendo a empujones a pesar de las advertencias de su madre.

—¡Dejad las cosas en vuestra habitación y lavaos las manos! —les grita Vega.

Dios, es tan sexi. ¿Suenan pervertido si digo que ese lado autoritario me pone muy caliente? Bueno, en realidad me pone cachondo en todas y cada una de sus facetas. Da igual si está bebiendo, caminando, mirando el cielo o agachándose para coger un cartón de leche, tal y como está haciendo ahora. ¡Mierda! Tengo que controlarme o los niños descubrirán la tienda de campaña que tengo en los pantalones.

Justo cuando mis manos comienzan a moverse solas, llamadas por su delicioso culo, los niños entran corriendo y enfrían el momento.

—¿Cómo ha ido el día? —les pregunta su madre.

Los niños narran las anécdotas de su día de forma atropellada, pisándose los unos a los otros. Me fascina la destreza de Vega para desenredar ese nudo de palabras y dar a cada uno su momento de gloria. Ese código descifrador que, claramente, solo poseen las madres. La forma en la que les presta atención es de admirar. Es posible que Vega no sea una madre puntual, tal y como decían las dos cacatúas, pero es la mejor madre que cualquier niño podría tener.

Sus voces resuenan a lo lejos, como un murmullo, y yo solo la veo a ella. Su paciencia, esa arruguita que le aparece en el rabillo del ojo cuando sonrío, la forma en la que cuida de sus hijos... Toda ella. Verla en su estado natural, me golpea en el centro del pecho y me hace sentir inseguro. No por lo que siento, sino por no creermelo merecedor de estar en su vida.

—¿La quieres caliente? —Me saca de mis pensamientos intrusivos, con el cartón de leche en la mano.

Dios. Sí, muy caliente. No sabes cuánto.

—Mejor fría —contesto en su lugar.

Los niños sueltan una risita dándose codazos los unos a los otros y mis sentidos arácnidos se ponen en alerta.

—¿Ocurre algo? —Me agacho para ponerme a su altura.

—Miras a mamá como si fuera un helado de chocolate —suelta Jairo.

Su comparación me deja sin palabras. Porque sí, el enano tiene razón. Quiero comerme a su madre como si fuera un maldito helado de cucurucho.

—Me encanta el chocolate —admito con una sonrisa.

—A nosotros también —confiesa Manu, con timidez.

—Y también me gusta vuestra madre —les digo guiñándoles un ojo, provocando más risitas que me resultan encantadoras.

—Si ya habéis terminado, id al comedor a ver los dibujos mientras recojo la cocina —ordena su madre, desconocedora de nuestra conversación.

Como si hubieran escuchado la palabra mágica, los niños salen corriendo de la cocina y comienzan a pelearse por el mando de la televisión.

Ajena por completo a mi estado febril, Vega enjuaga unos vasos en el fregadero con movimientos lentos y distraídos. El sonido del agua se mezcla con el de la televisión, creando una escena cotidiana. Yo la observo en silencio, sin poder apartar la mirada de la curva de su cuello, de cómo se inclina sin saber el efecto que provoca en mí ese simple gesto. Trago saliva para controlar el calor que me recorre el cuerpo, pero es inútil. El deseo de acercarme a ella es más grande que mi sentido común.

—¿Qué haces?! —exclama al notar que la abrazo por la cintura.

—Lo que llevo queriendo hacer toda la tarde.

Introduzco mis manos debajo de su camiseta y asciendo por su estómago hasta llegar a su sujetador. Bajo las copas de un tirón y acaricio sus pezones con delicadeza, ganándome un suspiro cargado de pasión.

—Dani, los niños...

Noto su lucha interna, ese pulso entre el deseo y la prudencia por los niños que están a pocos metros. Pero justo cuando voy a claudicar para respetar su espacio, su mano se cierra sobre mi erección con una urgencia que me hace perder el sentido. ¡Joder!

Necesito sentirla.

Deslizo una de mis manos y la cuelo en su pantalón, traspasando su ropa interior. Por la forma en la que se arquea cuando acaricio su clítoris, sé que necesita que vaya más allá y no seré yo quien le niegue ese placer.

—Ábrete para mí —le exijo con voz ronca.

Ella accede a mis deseos más oscuros y consigue que la poca cordura que me quedaba desaparezca. Introduzco dos dedos en su interior y maldigo al ver lo preparada que está para mí. Giro su cabeza con la otra mano y la beso para tragarme sus gemidos. Muevo mis dedos y no me detengo hasta que estalla en mi mano, conteniendo un grito de placer.

Vega se apoya contra el fregadero, inclinándose hacia delante para no perder el equilibrio mientras yo beso su cuello. Permanecemos unos segundos abrazados, para recuperar la respiración.

—Estás loco —murmura contra mis labios en cuanto se da la vuelta.

—Eso ya lo sabías.

—No sabes las ganas que tengo de desnudarte —confiesa contra mi cuello.

Acaricia mi pecho y desliza sus manos hasta llegar a la cinturilla de mi pantalón, y cuando la detengo, me mira con el ceño fruncido.

—No.

—Pero...

—No es el momento, Vega. Tranquila, lo encontraremos. —La vuelvo a besar.

—No es justo —lloriquea haciendo un puchero de lo más adorable.

—Lo sé, la vida es muy injusta. Pero estoy seguro de que nos compensará en algún momento —bromeo dándole un pequeño azote en el culo.

Sí, definitivamente podría acostumbrarme a esto. A algo tan cotidiano como preparar la merienda de los niños y meterle mano en la cocina.

CAPÍTULO 43



Se me han fundido las neuronas y algo más. Daniel consigue que mis inhibiciones desaparezcan y que cometa locuras, como rendirme a un orgasmo explosivo mientras mis hijos están al otro lado del pasillo. ¿Me convierte eso en una madre terrible? Quizá. Pero, por primera vez en años, el sentimiento de culpa no ha sido invitado a la fiesta. Durante mucho tiempo he pensado solo en los demás, ignorando lo que yo necesitaba. Así que ha llegado el momento de ser un poco egoísta y disfrutar. Porque, seamos honestos, ya no soy una niñata por mucho que Nora se empeñe en decir lo contrario, y cuando sea una anciana decrepita no quiero arrepentirme de no haber vivido.

—¿Mañana madrugas? —disimulo mis ganas de que se quede esta noche.

—Depende. ¿Vas a proponerme algo indecente?

—Es posible —me hago la misteriosa.

—Entonces, debería informarte de que mañana voy de tarde.

Espero unos segundos por si él mismo llega a la conclusión, pero al ver su sonrisa de medio lado, comprendo que no me lo va a poner fácil.

—¿Te quieres quedar a dormir?

—Sí y mil veces sí —murmura contra mi boca.

Daniel me envuelve en sus brazos y mi cuerpo tembloroso se relaja al sentir su calor. Su abrazo me da seguridad y me hace

deseo que esto nunca termine. Levanto la cabeza y busco su mirada. Cuando nuestros ojos se encuentran, se dicen más de lo que deberían. En los suyos puedo ver una pasión contenida, un amor al que todavía no ha puesto palabras y que, si las dijera en voz alta, me asustaría. Él me observa, paciente, esperando la señal que le indique que estoy preparada para escucharlas, pero esa señal no llega. Estoy enamorada de él, aunque me aterra verbalizarlo y que la magia se rompa. Desliza sus dedos por mi mejilla con una delicadeza que me desarma, provocando que la humedad empañe mis ojos. Me fascina que, a pesar de su juventud, posea esa paciencia infinita para descifrar mis silencios. Sí, sé que no debería juzgar así a las personas, sin embargo, es algo que a veces me cuesta.

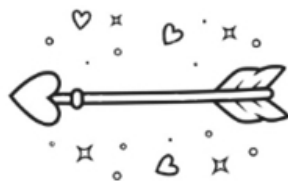
—No tenemos prisa —susurra, leyendo mis pensamientos—. No me voy a ir a ninguna parte.

Al escuchar su voz firme y sincera, soy incapaz de contener la emoción. Una lágrima consigue escaparse y salir rodando por mi mejilla, y antes de que siga su camino, Daniel la limpia con dulzura.

—Venga, será mejor que vayamos con los enanos —dice para romper el momento.

Es increíble ver que no solo es consciente de lo que siento, sino que además siempre encuentra la forma de ponerme las cosas fáciles. No presiona ni exige. Simplemente permanece a mi lado, atento a mis reacciones. Me demuestra con hechos que entiende mis tiempos y mis miedos. Un maldito sueño hecho realidad.

Daniel es todo lo que soñé algún día, pero con un cuerpo mucho más joven de lo que imaginé. Aunque sería una idiota si me quejara de eso.



—Mami, ¿hoy nos puede contar el cuento Dani? —pregunta mi pequeño terremoto saltando encima de su cama.

—Sí, por favor —lo secunda Manu, menos efusivo que su hermano.

—Por supuesto que sí —acepta el susodicho antes de que pueda dar una excusa para librarlo de esa tarea.

—No te sientas obligado, de verdad —susurro para que solo él pueda escucharme.

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

La sinceridad en sus ojos me desarma. Saber que lo hace porque le apetece y no porque se sienta presionado me deja sin respiración.

Arrimo la puerta al salir y voy a la habitación de Alba para darle las buenas noches. Después de arroparla y de charlar con ella un rato, vuelvo al dormitorio de los chicos. Me quedo tras la puerta y sonrío al ser testigo de este momento tan especial. Daniel se inventa sobre la marcha un absurdo cuento de un héroe llamado *Capitán Pedorretas* que arranca una carcajada a los niños. A pesar de sus risas, mi chico se toma en serio su papel y continúa contándoles la historia hasta que consigue atrapar su atención. Una vez que el superhéroe con nombre ridículo consigue capturar a las salchichas radioactivas que querían invadir la ciudad, les da un beso de buenas noches en la frente.

¿Y qué hago yo? Romper a llorar, por supuesto. Todo el dique que logré levantar cuando Rodrigo me abandonó se desmorona ahora, dejando que la emoción fluya por mis mejillas como una marea incontenible.

—Eh, ¿estás bien? —se preocupa al verme en este estado tan lamentable.

—No —balbuceo.

—¿Ha ocurrido algo?

—¡Pues claro que ha ocurrido algo! —exclamo en susurros—. ¡No puedes venir a mi casa, tratarnos a mis hijos y a mí con tanto cariño y pretender que aguante el llanto!

Al escucharme, me regala una de sus preciosas sonrisas y me envuelve en un abrazo que me tranquiliza y me desestabiliza a partes iguales. Cierro los ojos y lo aprieto con fuerza. Dejo que sus brazos me envuelvan y calmen el torbellino de emociones que tengo dentro.

—No es justo —sollozo.

—¿El qué?

—¡Esto! —Me señalo la cara—. Estoy desbordada por todo.

Admitirlo en voz alta me tranquiliza. Estoy cansada de protegerme, de callar lo que siento por miedo y de obligarlo a él a hacer lo mismo.

Daniel tira de mi mano y me lleva hasta el dormitorio. Una vez dentro, cierra la puerta, se sienta en la cama y me invita con un gesto a que haga lo mismo.

—Lo siento.

Sus palabras me atraviesan y, por un momento, creo que va a dejarme. Aunque al ver el amor reflejado en sus ojos, vuelvo a respirar.

—¿Por qué? —pregunto nerviosa.

—Porque soy incapaz de contenerme por más tiempo. Siento si mis palabras llegan antes de lo que tú necesitas, pero no aguanto más. Yo también estoy desbordado —me advierte—. Te quiero, Vega. No sé si me enamoré de ti el día que me dejaste plantado en el restaurante o cuando te besé por primera vez, pero te quiero. Te quiero por tu valentía, por tu fuerza, por esa sonrisa que consigue iluminar mis peores días, por tus inseguridades, tus miedos y por esa forma tan impresionante que tienes de querer a los tuyos. Te quiero porque, a pesar de que te empeñes en no verlo, eres increíble.

Mis lágrimas caen por mi cara sin control, como si de repente hubiera abierto las compuertas de la presa y fuera incapaz de retenerlas.

—Dani...

—Tranquila —me consuela—. No importa si no estás preparada para decirlo o si en realidad todavía no sientes lo mismo que yo, pero necesitaba decírtelo. ¿Vale?

Asiento con la cabeza llorando a mares, sin poder hablar. Tengo un nudo en la garganta y las palabras no consiguen atravesar mis cuerdas vocales. Es extraño. Por un lado, estoy pletórica, feliz de que al fin me haya dicho las palabras que tanto temía escuchar. Aunque mi corazón está tan lleno de amor que temo que explote de un momento a otro, tengo un sabor amargo en la boca. Es un sentimiento agri dulce al no ser capaz de decirle lo mismo. Porque él se lo merece. Daniel se merece que le abra mi corazón y le diga, por fin, todas esas palabras bonitas que llevo tiempo guardando por miedo. Por más que intento confesar lo que siento, algo me lo impide y no consigo hacerlo. Es como si se hubieran atascado en mi garganta y no fueran capaces de salir. Sin embargo, no poder decirlas en voz alta no significa que no se lo pueda demostrar.

Me lanzo a sus brazos y lo beso con ansias. Muerdo su boca, tiro de su pelo y pongo todo mi empeño para que comprenda sin necesidad de palabras que yo también lo quiero. Que terminé cayendo en sus redes a pesar de que me esforcé al máximo por alejarlo. Que me siento afortunada de tenerlo en mi vida y que haré todo lo posible para que no se arrepienta de lo nuestro.

Y aunque me repito esas frases como un mantra, hay algo que me atormenta. Esa maldita voz que se empeña en recordarme que, tal vez, no sea suficiente. Siento un pellizco en el corazón al pensar en la posibilidad de que vuelva a repetirse la historia. Porque, perderlo a él, sería devastador.

CAPÍTULO 44



Algo no va bien. Es posible que la haya presionado demasiado con mi declaración, aunque en el fondo sé que no es eso. Cuando he pronunciado las palabras que jamás pensé que le diría a una mujer, he visto el amor en sus ojos, pero ni una pizca de rechazo o miedo. Entonces, ¿qué le ocurre? ¿Por qué de repente se ha tensado entre mis brazos?

Todavía me parece increíble que yo, el Dandi de mi barrio, el chico que no quería relaciones, sea capaz de detectar su estado de ánimo.

—Sea lo que sea, olvídalo —le advierto separándola unos segundos—. En esta habitación solo estamos tú y yo. No me gustan los tríos.

Mi broma parece tranquilizarla y eso me alivia. No quiero que tenga dudas ni que se pierda en pensamientos que no existen. Necesito demostrarle con caricias que lo nuestro es real y que todo saldrá bien.

Acaricio su mejilla con delicadeza, como si fuera la pieza exclusiva de un museo y temiera romperla. Agarro su cara con las dos manos y esas esmeraldas que tiene por ojos me atraviesan y me dejan paralizado.

—Eres preciosa —susurro contra su boca, justo antes de besarla.

Vega clava sus dedos en mi espalda y se aprieta contra mi cuerpo, ansiosa. Por la forma en la que su pecho se mueve contra el mío, sé que su respiración cada vez está más acelerada. Necesita

que la lleve al límite, como hago siempre, y hoy no cederé. Esta vez necesito besarla despacio, recorrer su cuerpo con calma y hacerle el amor sin prisas, para que mis palabras se le queden grabadas en la piel. Quiero que este momento sea especial y que, cuando tenga dudas de nosotros o de ella misma, vuelva a este recuerdo. Al instante en el que las palabras fueron sustituidas por besos y gemidos.

La llevo hasta la cama sin dejar de besarla y la empujo con delicadeza para que se tumbe. Me coloco junto a ella y empiezo a desnudarla con una calma que me quema. Conquisto cada porción de su piel con mis labios, arrancándole gemidos ahogados que ponen a prueba mi autocontrol. Tengo que recordarme, como un mantra, que hoy el premio no es la meta, sino el camino.

Ver su cuerpo desnudo retorciéndose encima de la colcha pone a prueba mi fuerza de voluntad y casi consigue que mande a tomar por culo mi promesa de tomarme las cosas con calma. Hago un camino de besos húmedos y desciendo a sus pechos. La torturo durante unos segundos hasta que mueve la pelvis, tratando de que vaya más rápido.

—¿Tienes prisa?

—¿Y tú? ¿Pretendes volverme loca? —pregunta entre jadeos ahogados.

—Sí, esa es justo mi misión de hoy —confieso lamiendo su pezón.

Mi chica maldice y se remueve, inquieta. Separo sus piernas despacio, como si fuera un ritual del que no me puedo saltar ningún paso. Me coloco entre sus muslos y fricciono nuestros cuerpos, arrancándole un gemido.

—Silencio o despertarás a los niños.

—Vale, pero no pares —exige justo antes de taparse la boca con su mano, obediente.

Llevo mi mano hasta su centro y recorro sus pliegues con devoción. Ella mueve las caderas desesperada para animarme a que

acelere el ritmo y, al darme cuenta de su intención, me detengo volviéndola loca. «Lo siento, hoy tengo las riendas».

Continúo con mis caricias y no me detengo hasta que siento que está al límite. Cuando siento que está a punto de explotar, me detengo ganándome su reproche. Saco mi mano y en su lugar coloco mi polla, rozándola. Agarro sus manos con firmeza y las subo, sosteniéndolas sobre su cabeza. Mi cuerpo presiona el suyo, inmovilizándola contra la cama. Me fascina tenerla así, a mi merced, sin que pueda moverse mientras que el deseo nos consume a ambos. Muevo las caderas para que note lo duro que estoy y, de paso, torturarme un poco yo también. Vega se retuerce y suplica entre gemidos que se la meta. Sus ruegos hacen que pierda la poca cordura que me queda.

—Me vuelves loca —jadea con los ojos cerrados.

—Abre los ojos —exijo, al límite.

Algo golpea mi pecho con fuerza cuando veo su mirada cargada de deseo. No estoy preparado para el brillo de anhelo de sus pupilas, ni a la necesidad que me transmiten. Estoy acabado. Vega consigue desarmarme por completo. Saber que estoy expuesto a ella, que podría destrozarme el corazón, es algo que me fascina y me aterra a partes iguales. Sin embargo, a pesar de que me asusta esa intensidad, no puedo resistirme a lanzarme de cabeza porque ella es la única que ha conseguido que quiera tomar ese riesgo.

Sus ojos se llenan de lágrimas, desbordados por todo lo que siente y no se atreve a decir. Esa vulnerabilidad es la que me empuja a introducirme despacio en su cuerpo, alargando esta conexión tan especial. Una vez que nuestros cuerpos están completamente unidos, muevo mis caderas despacio. Ondeo mis movimientos para llegar a ese punto placentero y casi doloroso.

Vega suelta pequeños gemidos contenidos sin dejar de moverse. Todavía tiene las manos inmovilizadas, por lo que sus movimientos son limitados.

—Dani, por favor —suplica volviendo a cerrar los ojos.

—Ábrelos para mí. Quiero que me mires a los ojos cuando te corras.

Ella me obedece y, en cuanto nuestras miradas se vuelven a cruzar, la embisto con golpes secos pero contenidos. Despacio, con una fuerza que quema. Sus súplicas me atraviesan y me hacen perder la cabeza, haciendo que me olvide de todo excepto de ella y su placer. Me consume las ganas de tenerla, de marcarla, de fundirme en su cuerpo hasta que no quede nada entre nosotros salvo el fuego en nuestra piel.

—Sí, joder...

—Te quiero, Vega.

Mis palabras consiguen que sus gemidos se hagan más lastimeros y me empujan a poner más empeño en mis movimientos. Su orgasmo llega como una explosión, sacudiendo su cuerpo, hasta que arrastra al mío a un placer indescriptible. Algo que, hasta ahora, nunca había sentido.

¡Hostia puta!

Aprieto los párpados y me pierdo en una última embestida, fundiéndome en ella. La descarga me desgarrar el alma y me deja con un grito mudo atrapado en la garganta. Mi piel se eriza mientras surfeo una marea de placer que no se parece a nada que haya experimentado antes.

Una vez que ese coletazo intenso va disminuyendo, llega la relajación. Como esa calma que viene después de la tormenta. Respiro profundamente para aspirar su olor, ese que me vuelve loco y que me tranquiliza a partes iguales.

A medida que mis pulsaciones bajan, mi cuerpo se va haciendo más pesado y mis brazos ya no son capaces de sostenerme. Me aparto a un lado para no aplastarla y descubro las lágrimas derramadas por su cara.

—Eh, ¿estás bien?

Ella me mira con los ojos brillantes, con restos del orgasmo que acaba de arrasar su cuerpo, y me sonrío. Asiente con la cabeza y me

abrazo como si necesitara agarrarse a esa ancla para no perderse en el mar de sus pensamientos. Después coloca su cabeza en mi pecho y suspira, agotada.

Acaricio su espalda y disfruto de la cadencia de su respiración. Nunca hubiera imaginado lo alucinante que era hacer el amor con la persona indicada. Es algo que no puedo explicar con palabras. Un acto cargado de sensualidad, y también de amor, de comprensión, de querer hacer feliz al otro, y de futuro. Un futuro que solo me veo compartiendo con ella. Con la mujer que ha conseguido que me olvide de las relaciones superficiales y que me lance al vacío sin miedo.

Soy consciente de que todavía no me ha dicho que me quiere, pero lo siento. Lo siento cuando me mira, cuando me besa y cuando me sonríe. Sé que es así, lo noto en el corazón. Y, aunque deseo escucharlas, no tengo prisa. Estoy convencido de que pronto llegarán y, ese día, será el mejor de mi vida.

Cierro los ojos con una calma que jamás había sentido. Sabiendo que, si es con ella, estoy dispuesto a arriesgarme. Solo si es con ella.

CAPÍTULO 45



Presto atención a mi reflejo y, en lugar de fijarme en lo que llevo puesto, no puedo dejar de admirar la sonrisa tonta que llevo en la cara desde que Daniel me dijo que me quería. Sí, señores y señoras, el niñato me quiere y, aunque yo también lo quiero a él, no fui capaz de decírselo. *Soy una cobarde, lo sé.*

Después de confesarme lo que sentía, me hizo el amor y... ¡joder! Nunca nadie me había hecho sentir deseada y especial a la vez. Dani es diferente. La manera en la que se entrega por completo, sin reservas, me fascina y me empuja a querer corresponderle igual. No porque se lo deba, sino porque merece sentirse tan querido como me hace sentir a mí.

El sonido de mi teléfono me arranca de mis pensamientos.

—Hola, nena. ¿Te falta mucho? —pregunta mi amiga, poniendo una voz grave, como si fuera un galán de telenovela.

—Ya casi estoy. Ahora bajo.

—No tardes. El taxista empieza a mirarme raro —esto último lo murmura para que solo yo pueda escucharla.

Cuelgo la llamada después de prometerle que tardo unos segundos y me coloco los zapatos a saltitos por el pasillo, mientras rezo para no matarme en el intento.

—¡Ya era hora! —me recibe Nora en cuanto salgo a la calle.

—Lo bueno se hace esperar.

—Eso sería cierto si, en lugar de mi mejor amiga, tuviera una cita con un maromo de dos metros con una anaconda entre las piernas.

—Cómo te oiga Juan...

—¿Quién te dice que no hablo de él? —insinúa alzando las cejas.

—Vale, demasiada información —suelto una risita nerviosa.

Esta noche es solo para nosotras. Nora me llamó quejándose de que no le hacía caso desde que tenía novio. Sé que exagera, sin embargo, reconozco que a mí también me apetecía salir con ella. Además, a Daniel lo llamaron para trabajar esta noche, así que tampoco podríamos vernos. Hablé con Agustina y, como siempre, se quedó con los niños. Definitivamente voy a construirle un altar a esta mujer con mis propias manos.

—¿A dónde vamos? —pregunto en cuanto me subo al taxi.

—Es una sorpresa —contesta haciéndose la interesante.

Al pensar en las posibilidades que tenemos de terminar esta noche en un calabozo, mi cuerpo se estremece. Pero en lugar de bloquearme como hubiera hecho antes, decido hacer algo que Daniel me ha enseñado desde que estamos juntos: dejarme llevar. Aunque esa valentía se termina cuando el taxi se detiene delante de un edificio con luces de neón de color rosa chicle.

—¿Me has traído a un club de estriptis? —pregunto con la mandíbula desencajada.

—¡Bienvenida a tu despedida de soltera! —exclama.

—¡Yo no me caso!

—Lo sé, pero como cuando te casaste no hiciste una...

—Nora...

—¡Vale! Es una excusa estúpida, pero no me negarás que es un plan de lo más divertido —suelta dando saltitos, ilusionada.

—Joder...

—Vamos, no pongas esa cara. Hemos venido a mirar, no a tocar.

¡La madre que la parió! Mira que hay lugares para salir y a la muy loca se le ocurre traerme aquí.

—Cenamos, tomamos unas copas y, si el lugar te abruma, nos largamos.

Nora está tan emocionada que, al final, asiento, creyendo que quizás estoy siendo un poco exagerada. Ella me abraza con un pequeño gritito y entramos en el local.

En cuanto traspasamos las puertas de madera, un ambiente pesado me golpea. El lugar es oscuro, íntimo, lleno de mesas en las que se pueden ver grupos de chicas con formas fálicas en la cabeza.

Me relajo al comprobar que el hilo musical es de lo más comercial, con canciones pegadizas y conocidas que no tienen nada que ver con la atmósfera que imaginaba. Creía que en un club así sonarían ritmos más sensuales, escogidos para provocar el deseo. Descubrir que este lugar es más normal de lo que yo había imaginado me tranquiliza.

La chica de la entrada nos acompaña a una mesa para dos, demasiado cerca del escenario. Justo cuando estoy a punto de pedirle que nos busque una un poco más apartada, veo la cara de felicidad de mi mejor amiga.

—Desde aquí podremos verlo todo en tres dimensiones —bromea, dejándome claro que ella eligió este lugar al hacer la reserva.

La cena es bastante aceptable, especialmente si tenemos en cuenta que, por lo general, en los sitios que ofrecen comida y espectáculo, la calidad suele dejar mucho que desear. Aunque claro, también debemos tener en cuenta que el vino y los brindis absurdos de mi mejor amiga han conseguido que mi paladar no sea tan exigente.

—Uy, uy, esto mejora —indica Nora al ver que las luces se vuelven más tenues y una voz sugerente suena por los altavoces.

Ella agarra su copa de vino y mueve el cuerpo al ritmo de la canción *Pony* de Ginuwine que apareció en la película *Magic Mike*.

Qué predecible.

El escenario se llena de un humo blanquecino y un foco demasiado fuerte ilumina el centro de la pista. Mi mejor amiga empieza a silbar como una loca cuando la cortina se abre despacio y deja al descubierto un cuerpo escultural. Está de espaldas y lleva el equipo completo de bombero: casco, abrigo, pantalones y guantes.

El bombero mueve sus caderas al ritmo de la música y se quita despacio el abrigo, mostrando una espalda musculada.

—Joder, esos putos focos me van a dejar ciega —se queja Nora, con razón. A pesar de poder ver el espectáculo en primera fila, la luz es tan fuerte que hace daño a los ojos.

El chico da la vuelta y se baja con provocación los tirantes del uniforme, provocando silbidos y gritos entre las féminas del local. De repente, algo llama mi atención. La forma en la que se mueve me resulta familiar. Llevo mi mano encima de los ojos a modo de visera y, cuando consigo ver las facciones del bombero, me pongo en pie como un resorte.

—No me digas que te has animado y vas a subir a ponerle unos billetes en su tanga —me anima mi mejor amiga sin saber lo que acabo de descubrir.

El bombero se queda petrificado al cruzarse con mi mirada y mi nombre escapa de sus labios en un susurro de pura incredulidad.

No espero a escuchar nada más; agarro mi bolso y huyo entre las mesas como si el local estuviera envuelto en llamas, ignorando los gritos de júbilo de las mujeres que me rodean y los de mi mejor amiga llamándome sin comprender nada. Esto no puede estar pasando; es una pesadilla. Cuando llego a la calle, tengo la sensación de que he tardado una eternidad en encontrar la salida. Miro a mi alrededor buscando un taxi al que poder subirme, sin embargo, no encuentro forma alguna de escapar.

—Mierda, mierda, mierda —lloriqueo, agobiada.

—¡Vega! —grita esa voz.

Empiezo a caminar rápido para evitar enfrentarme con esta situación, pero al parecer el destino está muy gracioso hoy y se empeña en ponerme las cosas difíciles.

—¡Espera, por favor!

Tira de mi brazo con fuerza para evitar que siga corriendo y me da la vuelta. Cuando nuestros ojos impactan, siento que miro a un completo desconocido y esa sensación es devastadora. Me arden las entrañas al pensar que, una vez más, se han reído de mí.

—¡Déjame, Daniel!

—Por favor, tienes que escucharme.

—¿¡El qué!? ¡¿Vas a decirme que no es lo que parece?! —exploto—. ¡Joder, te estabas desnudando! Y esas mujeres...

—Vega, escucha...

—¡No! ¡Tenía que haber hecho caso a mi instinto desde el principio!

—Estás siendo muy injusta conmigo —me advierte con un tono de voz frío. Uno al que no estoy acostumbrada.

—¿Cuándo pensabas decirme que eras estríper? —señalo su torso desnudo.

—Verás, no es algo de lo que me sienta orgulloso. Aunque las facturas no se pagan solas.

—¡Me mentiste!

—No lo hice. Te dije que trabajaba en lo que me salía.

—¿Y no hay más trabajos? ¿O es que acaso te gusta el baile privado?

—Mira, voy a olvidar lo que acabas de insinuar —resopla—. Estoy cansado.

Daniel se da media vuelta y se marcha. Me deja con la palabra en la boca y el corazón hecho añicos. Soy consciente de que quizás he sido un poco dura con él. ¡Vale! Lo reconozco, he sido muy dura. Pero ver a tu novio a punto de desnudarse delante de cientos de

mujeres deseando quitarle la ropa con los dientes no es plato de buen gusto. Además, ¡me lo ocultó! Y todo el mundo sabe que, cuando mientes, es porque tienes algún motivo oscuro para hacerlo.

Estoy destrozada. Al reconocer su figura encima del escenario, me han entrado náuseas y un dolor punzante ha atravesado mi pecho. Ni siquiera he podido darle una explicación a Nora, solo necesitaba salir a la calle para volver a respirar.

No tengo fuerzas. Las lágrimas caen sin freno y recorren mi rostro mientras pienso en lo que acabo de descubrir. Todas mis inseguridades, esas que he tratado de aplastar al fondo de mi cabeza, salen en tropel arrasando mi autoestima.

Como si el destino creyera que todo esto no es suficiente, mi teléfono empieza a sonar. Al ver el nombre de mi vecina en la pantalla, mi intuición me dice que algo no va bien.

—¿Qué ha pasado, Agustina? —Me quedo unos segundos en silencio, escuchándola, y cuando termina siento que el mundo se me viene abajo—. ¿Dónde estáis?! ¿Está bien mi niño?!

Las preguntas se agolpan en mi garganta y no me permiten escuchar lo que me dicen al otro lado del teléfono. Caigo de rodillas en el asfalto del *parking* sin saber qué hacer. Solo puedo escuchar el llanto de mi vecina mientras dice cosas que no logro comprender. ¿Cómo se pueden torcer tanto las cosas?

Al escuchar el nombre del hospital al que tengo que ir, algo se activa en mi cerebro y decido que debo moverme. Sin embargo, antes de que pueda levantarme, una mano se adelanta y me ayuda.

—Vamos, yo te llevo.

—Pero...

—Creo que no es momento de discutir. Tus hijos te necesitan. Vamos.

La dureza en su voz me deja claro lo injusta que he sido con él. Sí, me ha mentado, pero después de todo lo que hemos pasado, debería haberlo escuchado. Aun así, no puedo evitar pensar que no es él quien tendría que preocuparse por el bienestar de mis hijos. No

es justo que cargue con una responsabilidad que no le corresponde,
y mucho menos después de cómo lo he tratado.

CAPÍTULO 46



Le hago un gesto para que me siga hasta mi coche y, en cuanto me dice dónde tenemos que ir, arranco y me incorporo a la circulación. Aunque el trayecto hasta el Hospital Regional Universitario no es demasiado largo, el ambiente tenso y los nervios lo hacen interminable.

El teléfono de Vega empieza a sonar e interrumpe este momento incómodo.

—Hola, Nora. —Se queda unos segundos en silencio, escuchando los gritos de su mejor amiga—. Sí, perdona por irme así. Ya hablaremos de eso más tarde. Voy de camino al hospital.

Vuelvo a oír a Nora al otro lado, alterada, sin entender qué está pasando.

—Es Jairo. Al parecer se ha caído y lo han llevado al Hospital Regional Universitario. —Hace otra pausa—. Está bien. Nos vemos allí.

Los tres han conseguido ganarse un lugar especial en mi corazón, pero escuchar el nombre del pequeño de la casa me destroza. Antes de que pueda preguntarle qué es lo que le ha ocurrido exactamente, la veo colgar la llamada y marcar otro número.

—¿Rodrigo? Hola, soy Vega. Sí, sé que es muy tarde. ¡Escúchame! Es Jairo, se ha caído y... ¿Qué quieres decir con que si está atendido? Pues supongo, ¡está en un hospital! —explota nerviosa—. Esto es increíble. ¡Olvidalo! Solo pensé que querías saberlo.

Cierra los ojos con fuerza y apoya la cabeza en el reposacabezas. Sé que está nerviosa e imagino que la contestación de su ex no habrá ayudado a calmarla.

—¡Será gilipollas! ¡Capullo! ¿Por qué coño has vuelto si tus hijos te importan una mierda? ¡Si es que ya lo sabía yo! ¡Idiota! —Golpea el asiento con rabia.

Detengo el coche en el arcén y le agarro las manos antes de que se haga daño.

—Eh... Tranquila.

—¿Qué haces?! ¡Tenemos que ir al hospital, Dani! —grita destrozada, sin dejar de llorar. Perdida.

—Jairo no necesita que a su madre le dé un ataque de ansiedad, ¿de acuerdo? Así que ahora mírame y respira despacio —le pido con tacto—. Así, buena chica.

Una vez que consigo que Vega se calme, arranco el coche y vuelvo a la carretera. No me detengo hasta que no llegamos al hospital. Sin importarme una mierda las multas que me puedan llegar, dejo el coche en carga y descarga y la sigo hasta urgencias. Se acerca al mostrador y una enfermera le señala la sala de espera.

Vamos al lugar que nos ha indicado y allí encontramos a Agustina, abrazando a los mellizos, que, por sus ojos enrojecidos, parece que también han llorado. Me quedo parado unos metros atrás, dándoles la intimidad que necesitan. Los niños levantan la cabeza y, al ver a su madre, lloran desconsolados. La pobre Agustina también llora, sintiéndose culpable por la situación.

—Lo siento tanto —se disculpa su vecina, con pesar.

—No te preocupes, sé lo inquieto que es mi hijo.

—Mami, le dije que no lo hiciera, pero no me hizo caso —le cuenta Alba, entre lágrimas—. El muy cabezota se subió a la mesa y saltó al sofá para hacer de Superman. Rebotó con los cojines y se golpeó la cabeza al caer al suelo.

—Ya está, cariño. Ahora está con los médicos, ellos sabrán qué hacer —la consuela su madre.

Me emociona verlos así, rotos. Contengo las lágrimas y, aunque desearía estar allí con ellos para darles mi apoyo y consolarlos, después de lo que ha ocurrido no me creo con derecho a hacer tal cosa.

—¡Dani! —gritan los dos, al darse cuenta de mi presencia.

Se me forma un nudo en la garganta al verlos correr hacia mí, llorando. Me agacho para recibirlos y ellos se lanzan a mis brazos, haciendo que pierda el equilibrio. Ellos lloran y a mí, con cada lágrima, se me rompe un poco más el corazón. Me pongo en pie y acomodo a cada niño de un brazo. La sensación de sentir sus respiraciones agitadas sobre mi cuello es única y hace que un instinto paternal, ese que creía enterrado en el fondo de mi corazón, florezca. Camino hasta los asientos teniendo cuidado de la carga tan valiosa que llevo y saludo a Agustina.

Estoy destrozado. Me siento en los sillones sin soltar a los niños, haciendo lo posible para no encontrarme con su mirada. Esa que hará que me rompa en mil pedazos. Aunque pongo todo mi esfuerzo en no prestarle atención, termino haciéndolo. La mirada de Vega tiene una mezcla entre emoción y miedo que consigue removerme algo por dentro. Me encantaría abrazarla, besarla y prometerle que todo va a salir bien. En lugar de eso, me obligo a callar. Sus ojos se llenan de lágrimas y me hacen flaquear. Justo en el instante en el que voy a ponerme en pie, aparece una doctora preguntando por la familia de Jairo Basterra.

—Su hijo está consciente y estable —le explica la doctora con voz calmada mientras revisa sus informes—. Debido a la caída, se ha fisurado el codo. Nada preocupante, no se preocupe. Le hemos escayolado el brazo y tendrá que llevar el yeso unas tres semanas.

Trago saliva al escucharla y, cuando termina, la miro a la espera de ese «pero» que puede romperlo todo.

—Aunque la exploración física ha salido bien, vamos a hacerle un TAC por protocolo —añade—. Esto no significa que creamos que tiene algo grave, pero es la mejor forma de descartar cualquier hemorragia o pequeña fractura. Solo es para asegurarnos. En cuanto tengamos el resultado, podré darle el alta si todo sale como creo.

Suelto el aire que estaba conteniendo y doy gracias de que algo salga bien esta noche. Aprieto un poco más a los niños en este abrazo infinito porque, aunque eran ellos los que necesitaban consuelo, yo también necesito tenerlos cerca.

Vega asiente con la cabeza a la explicación de la doctora y le da las gracias. Después se deja caer en uno de los asientos, agotada, y cierra los ojos para digerir todo lo que le acaban de decir.

—Creo que es mejor que se lleve a los niños —le pido a Agustina.

No sé si estoy precipitándome a tomar una decisión así, pero los niños tienen que estar cansados y un hospital no es lugar para ellos.

—Nosotros no queremos irnos —murmura Manu contra mi cuello, con los ojos casi cerrados.

—Cariño, Dani tiene razón. Tenéis que descansar. A Jairo todavía tienen que hacerle unas pruebas, pero os prometo que, en cuanto le den el alta, volveremos a casa.

Ellos me dan un último abrazo y me besan, llevándose la poca fuerza que me quedaba. Después se despiden de su madre y se marchan del hospital de la mano de Agustina, que también necesita tomarse un respiro.

—Gracias por todo. Yo...

—Quiero que sepas que nunca te he mentado —la interrumpo. Necesito que sepa la verdad, aunque lo nuestro haya terminado—. Tal y como te dije, trabajé de todo y sí, también fui estríper, pero mis desnudos no fueron integrales y nunca vendí mi cuerpo. Hace años, cuando casi no teníamos ni para comer, vi un anuncio en un periódico. Buscaban jóvenes bailarines para un espectáculo y ni me lo pensé. Mi madre necesitaba su medicación y las deudas nos estaban comiendo.

—No hace falta que me lo expliques.

—Lo sé, pero quiero hacerlo —insisto—. Colgué el uniforme de baile cuando a mi madre le concedieron la ayuda por dependencia, pero hace un mes todo se torció. La burocracia nos ha dejado a cero mientras revisan su expediente y los recibos no esperan. Volver al club fue un acto de desesperación; era el único lugar donde podía conseguir efectivo de forma legal e inmediata para que ella no se quedara sin su medicación.

Vega me mira emocionada y, aunque quiero abrazarla, me contengo. Me duele darme cuenta de que siempre busca una excusa para echarme de su vida y eso me hace pensar en si en realidad lo nuestro tiene futuro. Quizás ella tenía razón cuando dijo que somos de mundos diferentes y que la diferencia de edad es demasiado grande.

—Dani...

—¿Cómo está mi niño?! —grita Nora desde la puerta, con cara de preocupación.

Aunque tengo curiosidad de saber qué era eso que me iba a decir, en el fondo agradezco su interrupción. No me apetece escuchar sus razones ni que se sienta obligada, una vez más, a perdonarme por haber estado a su lado cuando me ha necesitado. Quiero que necesite estar conmigo porque me quiere y no porque soy útil.

CAPÍTULO 47



Esto es una pesadilla. Primero me encuentro a mi novio medio desnudo, moviendo las caderas frente a un grupo de mujeres eufóricas por sus abdominales, y después recibo la llamada que ninguna madre quiere recibir.

Me siento miserable. El pánico a que me destrozaran otra vez me hizo levantar el muro antes de tiempo y juzgar a Daniel sin defensa alguna. Ahora, con la verdad sobre la mesa, la magnitud de mi injusticia me golpea con fuerza. Lo he herido donde más le duele, y dudo que su paciencia infinita aguante un desplante más. El silencio de su mirada me dice que esta vez, el daño es irreparable. Desde el principio ha tenido una paciencia infinita conmigo. Ha aguantado mis inseguridades y desprecios... y ahora está cansado.

—¿Cómo está mi niño?! —grita mi mejor amiga, interrumpiendo nuestra conversación, justo cuando estaba a punto de pedirle perdón.

Miro a Daniel arrepentida y él, con la comprensión que le caracteriza, se pone en pie y le deja paso para que se siente a mi lado. Cuando Nora me abraza, asustada, me siento la peor amiga del mundo. Me marché sin darle una explicación y la dejé tirada, pero aun así está aquí conmigo, como siempre.

—Jairo está bien —la tranquilizo—, solo quieren hacerle unas pruebas para descartar.

—¿Cómo se ha caído?

—Haciendo de Superman.

—Menos mal que mi niño tiene la cabezota muy dura —bromea entre hipidos.

Mi mejor amiga se separa de mí limpiándose las lágrimas y es entonces cuando se da cuenta de que Daniel está en la sala.

—¿Dónde está el fuego? —bromea Nora refiriéndose a su disfraz.

—No estoy para bromas —contesta Daniel, cruzándose de brazos.

—Ay, mira, cariño, un bombero —dice una mujer mayor que acaba de entrar en la sala de espera—. ¿Qué te ha pasado, cielo? ¿Se te ha quemado la camiseta?

La mujer, que deberá tener unos ochenta y pico años, mira el pecho de Daniel, el cual está desnudo. Solo lleva unos malditos tirantes que sujetan sus pantalones y que lo hacen parecer todavía más sexi.

—No es bombero, señora. Pero me consta que sabe apagar fuegos con su manguera. —Pone la puntillita mi amiga.

—¡Nora!

—¿Qué? ¿Acaso no es cierto?

—Será mejor que me marche —nos interrumpe Daniel—. Te agradecería que me informaras sobre el estado del enano.

Asiento con la cabeza y me muerdo la lengua para no suplicarle que se quede. Pero él se va, dejándome con una congoja en el pecho. Quizás tendría que haber insistido, haberle dicho que lo necesitaba, sin embargo, después de lo injusta que he sido con él, no he tenido valor para pedírselo.

—¿Qué has hecho, Vega? —pregunta mi amiga, muy seria.

—¿Yo?

—No te hagas la tonta conmigo. ¿Por qué has salido del club como si hubiera un incendio? —Ella, al darse cuenta de la comparación con el disfraz de Daniel, sonrío—. Vale, quizás ese ejemplo no ha sido el mejor.

—Lo siento, yo...

—¿Sabes lo preocupada que he estado? Te fuiste corriendo y no pude seguirte porque tenía que pagar la cuenta —me echa en cara—. Y cuando salí, ya no estabas. Te llamé, pero comunicabas.

—Sí, estaba hablando con Agustina. Lo siento, de verdad. Me impactó ver a Daniel en ese escenario y necesité salir de allí. Al verlo medio desnudo delante de tantas mujeres jóvenes y guapas locas por él, me sentí...

—¿Celosa?

—Sí —admito—. También pensé que se estaba riendo de mí.

—Y claro, no se te ocurrió pensar en todas las veces en las que te demostró que él no era así, ¿no? —me regaña.

—Yo...

—Vega, te adoro, pero a veces eres rematadamente idiota —me suelta Nora con esa honestidad que escuece—. Te obsesionaste con su edad mientras él te daba lecciones de madurez que a tu ex ni le sonaban. Has tenido delante a un hombre cuya preocupación por tus hijos es más auténtica que la de su propio padre biológico, y lo has echado a patadas.

—Lo sé. Tengo miedo de que me deje por alguien más joven —confieso.

—¿Como hizo Rodrigo? Cariño, está claro que nunca podemos saber si alguien nos va a engañar, pero eso no depende de la edad y tú mejor que nadie lo sabes. ¿O acaso tu ex, que era mayor, no te dejó también por alguien más joven? Amar a alguien significa darle tu confianza y creer que no la va a romper. Tienes que aprender a convivir con tus miedos y tus traumas, trabajar con ellos para que cada día pesen menos, porque no es justo para él que empieces una relación culpándolo o castigándolo por lo que hizo otra persona.

¡Mierda! Tiene razón, he sido implacable por culpa de las cicatrices del pasado y lo he castigado por los errores de Rodrigo. Siempre lo he tratado como un niño, cuando en realidad la que no ha estado a la altura he sido yo. Daniel ha entrado en esta relación con el corazón abierto, expuesto, dando todo lo que tenía, sin

miedo. Yo lo he vivido todo detrás de un muro de hormigón, preparada para atacar cuando él se equivocara. Está claro que esta relación estaba condenada al fracaso, pero no por la edad o cualquiera de mis absurdos motivos. Estaba condenada porque me empeñé en que así fuera.

Cierro los ojos para ordenar mis pensamientos y agradezco que mi mejor amiga se quede a mi lado, en silencio, dándome el espacio que necesito. Nora es como una hermana para mí y me siento afortunada de tenerla en mi vida. No solo porque me apoya en todas mis locuras, sino también porque es la única que me dice las verdades a la cara. Esas que duelen y a la vez te hacen ver la verdad.

Media hora después, la doctora nos llama y nos dice que podemos pasar a ver a Jairo.

—¡Mami! ¡Mira qué escayola tan molona! —exclama mi hijo—. ¿Puedo pedirle a Dani que me haga uno de sus dibujos? Es que sabe dibujar superbién —le cuenta orgulloso a su doctora—. ¿A que sí, mami?

Siento una punzada de dolor en el pecho al escuchar su nombre y pienso en lo difícil que será contarles que ya no estamos juntos. ¡Qué idiota fui! Me resistí a que conocieran a Daniel porque creí que así los protegería del dolor cuando él me dejara. Estaba tan convencida de que eso pasaría que retrasé ese momento todo lo que pude. Sin embargo, al final resulta que van a sufrir de todas formas, pero por mi culpa. Porque el peligro no era Daniel, era yo misma.

Guardo en mi bolso los informes de urgencias mientras la doctora me da indicaciones sobre la medicación y los cuidados de Jairo. La oigo, aunque no la escucho, así que rezo para que todo esté apuntado en los papeles del hospital, ya que estoy tan aturdida que apenas puedo prestar atención a lo que me dice.

Soy consciente de que hemos salido a la calle cuando el aire golpea mi cara. Siento que estoy flotando, desconectada de todo. Mi hijo y mi mejor amiga me hablan, pero no logro concentrarme en nada de lo que me dicen. No sé qué hacer, estoy perdida.

—Cariño —mi amiga me agarra la cara para llamar mi atención—, he llamado a un taxi.

Asiento con la cabeza, agradeciéndole que haya tomado las riendas, y la sigo sin dudar, como si mi cuerpo se moviera en piloto automático. Estoy agotada. Ha sido una noche cargada de demasiadas emociones.

Me subo al coche en silencio porque sé que, si abro la boca, todo se vendrá abajo y no podré parar de llorar. Miro por la ventana durante todo el trayecto, escuchando de fondo una conversación de la que no formo parte. Mi hijo le cuenta a Nora su emocionante aventura en el hospital y yo me siento aliviada de que sea ella quien le preste atención, porque yo no soy capaz de hacerlo.

No consigo quitarme a Daniel de la cabeza, ni la decepción que he visto en sus ojos. Me duele haberlo perdido, aunque no tanto como saber que yo he sido la causante de su dolor. En realidad, si lo pienso bien, quizá le he hecho un favor. Él merece a alguien mejor que yo, tenga la edad que tenga.

Me encantaría poderle echar la culpa de mi fracaso a Rodrigo. Decir que, una vez más, ha conseguido joderme la vida. Pero esta vez no puedo hacerlo, porque la única culpable soy yo.

CAPÍTULO 48



Lo mío con Vega terminó hace un mes y no he vuelto a saber nada más de ella. El último mensaje que me envió fue para decirme que el niño estaba bien. Leerlo me tranquilizó, aunque también tuvo un sabor agridulce al saber que sería el último.

Reconozco que los primeros días tenía la esperanza de que me llamaría para arreglar lo nuestro, pero eso no sucedió. Así que, desde el día que me di cuenta de que todo había acabado, soy un alma en pena. Respiro porque es algo que mi cuerpo hace de forma automática, si no, me ahogaría. Todo me sienta mal y mis amigos no aguantan mi malhumor. Ellos no me entienden. No tienen ni idea de lo que duele arriesgarse, enamorarse como un idiota y ver que todo se desmorona por una tontería. Es frustrante sentir que, pese a haberlo dado todo, al final no ha servido para nada.

En realidad, ya debería habérmelo esperado. Desde el principio supe que me lo iba a poner difícil y, aun así, me lancé a la piscina sabiendo que la encontraría vacía. Pero lo hice porque, por una vez, me permití soñar. Creí que se enamoraría de mí y que viviríamos ese «felices para siempre» como en los cuentos de hadas que le gustan a Alba. ¡Qué idiota fui! ¿Cómo fui capaz de creermé tanta tontería?

—Mirad, lo está haciendo de nuevo —susurra Miguel.

—¿Quedarse pensativo con sus paranoias? —sigue José.

—Sí, eso y soñar con los ojos abiertos —lo secunda Rafa.

—Lo que tendría que hacer es ir a verla en lugar de ahogarse en su propia compasión.

—Sí, claro. ¿Y volver a arrastrarse? —se indigna José.

—Sabéis que os escucho, ¿verdad? —mascullo, harto de ellos.

Los muy idiotas llevan días viniendo a la ferretería a mirarme como si fuera un mono de feria mientras trabajo. ¿Qué se creen? ¿Que voy a tirarme a las vías del tren?

—Pues no lo parece, tío. Si nos escucharas, habrías luchado por ella —apuntilla Rafa, dándome de lleno en el corazón.

—¿Luchar? ¿Para qué? Lo he intentado, joder, demasiadas veces. Aunque al parecer eso no es suficiente.

—Eres un cobarde —vuelve a atacar mi mejor amigo.

—¡Eso! —lo apoya el dúo sacapuntas que parece haberse puesto de acuerdo.

—¡Largaos y dejadme en paz! —exclamo. Unas clientas entran en la tienda y se asustan al escucharme gritar como un energúmeno.

Mis amigos me miran enfadados y salen de la tienda quejándose de lo desagradecido que soy. Por un momento me siento culpable y pienso en ir tras ellos para pedirles perdón, pero no lo hago porque no me apetece hablar. Además, los conozco y sé que mañana volverán a molestarme con sus ocurrencias. Siempre lo hacen.

Me acerco a las señoras que me miran asustadas y, al preguntarles qué buscan, salen de la tienda como si les hubiera atendido el mismísimo Belcebú.

—O dejas de espantar a la clientela o te despido —me amenaza mi jefe, saliendo de su despacho.

—No digas tonterías, si soy la alegría de la huerta. —Fuerzo una sonrisa que, más que encantadora, parece la de un asesino en serie.

Mierda. Hace tanto que no sonrío que estoy un poco oxidado.

—Daniel, tienes que salir de ese pozo como sea. Créeme, yo he estado en él, y es una auténtica mierda. Tanto para ti como para los que te quieren.

—Estoy bien, Sebas, mis amigos son unos exagerados. Se me pasará.

Justo cuando va a replicarme, Dolores entra en la tienda y deja a mi jefe paralizado. Le dedica una sonrisa tímida y él, como siempre que la ve, se vuelve torpe. Si no fuera porque no estoy de humor, volvería a burlarme de él y de su inseguridad. Dolores ha empezado a venir con más frecuencia, y yo aprovecho cada momento para escabullirme y dejarlos solos. Aunque mi jefe asegura que no le gusta, sus ojos parecen decir todo lo contrario, y estos últimos días incluso le ha dedicado alguna sonrisa que otra.

Después de que Sebas me mire con el ceño fruncido, advirtiéndome que no me vaya, me largo con la excusa de buscar algo al almacén. Sé que esta vez he ganado la batalla, pero no la guerra. Porque, por mucho que me empeñe en decirles a todos que estoy bien, en realidad no es así. Por más que intento olvidarla, no lo consigo. Cada noche me autoconvenzo de que lo nuestro no fue tan especial y que pronto encontraré a otra que me haga sentir lo mismo. En el fondo sé que no es tan fácil.

A media tarde, mientras preparo el pedido de un cliente, noto que mi teléfono vibra dentro del pantalón. Al principio no le hago caso porque estoy en horario de trabajo, pero cuando la llamada sigue insistiendo, decido ver de quién se trata. Ver su nombre en la pantalla me deja paralizado e incapaz de reaccionar.

—Cógelo, chico, ya atiando yo al señor Rodríguez —dice mi jefe al ver mi cara.

Asiento agradecido y voy a la trastienda para tener un poco más de intimidad. Antes de descolgar, cierro los ojos y respiro despacio para tranquilizarme. No sé qué querrá, aunque su insistencia no me da buena espina.

—¿Vega?

—¡Dani! ¿¡Está Jairo contigo!?

—¿Jairo? No —contesto confundido—. ¿Por qué lo...?

—¡Joder! —grita fuera de sí—. ¡No puede ser!

—¿Qué ocurre? —pregunto asustado.

—He venido a buscar a los niños al colegio y me he preocupado cuando no he visto a Jairo. Pero al ver que todos los de su clase ya habían salido, he preguntado por él. —Vega solloza nerviosa y a mí se me hiel la sangre—. Alguien lo ha recogido. Esto no me puede estar pasando a mí.

Llora desconsolada y, al escucharla tan perdida, algo dentro de mí se rompe en mil pedazos.

—A lo mejor está con Nora.

—No, tampoco está con ella. ¿Qué voy a hacer?

Pensar en la posibilidad de que al enano le pase algo, me desgarr por dentro. En tan poco tiempo esos niños han conseguido ganarse mi corazón y no soportaría que algo malo les ocurriera.

—¿Dónde estás?

—En el colegio —gime, devastada.

—Voy para allá.

Cuelgo la llamada antes de que pueda darme alguna excusa para volver a rechazarme. No estoy dispuesto a alejarme de los niños. Ellos me importan más de lo que jamás pensé y quiero formar parte de sus vidas. Así que, aunque ya no esté con su madre, siempre estaré cuando me necesiten.

Hablo con Sebas y, al ver la palidez de mi rostro, me hace un gesto para que me marche. Cojo las llaves de mi coche y salgo de la tienda como si me persiguiera un toro.

Llego en tiempo récord. Nunca en mi vida he corrido tanto y juro que, cada segundo de esos quince minutos se me ha hecho eterno. Aparco en el primer sitio libre y salgo corriendo hacia el colegio. En cuanto atravieso la puerta principal, me encuentro a Vega sentada en la silla de recepción, encogida como si tratara de protegerse.

—Vega...

Levanta la cara al escuchar su nombre y a mí se me rompe algo por dentro cuando me doy cuenta de su estado. Tiene el rostro

empapado de lágrimas, los ojos enrojecidos de tanto llorar y un gesto de desesperación. Me duele verla así, tan pequeña, tan perdida, como si el mundo se le hubiera venido encima.

Se pone en pie para recibirme y, sin que me lo espere, se lanza a mis brazos. Su llanto no tarda en llegar y su cuerpo convulsiona angustiado. Ojalá pudiera hacer algo para borrar su sufrimiento y devolverle la sonrisa.

—Eh, tranquila. Todo saldrá bien —trato de consolarla—. ¿Dónde están Alba y Manu?

—Se los ha llevado Nora. No quería que me vieran en este estado. ¿Dónde estará...? Es tan pequeño —susurra acongojada.

—Alguien tiene que haberlo visto. ¿Has hablado con su profesora, con el conserje? Es imposible que se lleven a un niño así sin más.

—Al parecer su profesora estaba enferma y lo ha sacado una sustituta. Están localizándola para que nos diga algo más.

Giro la cabeza y me fijo en una puerta con un cartel que dice «dirección» y toco con los nudillos sin pensarlo. Entro al despacho cuando una voz femenina me invita a pasar.

—Hola, buenas tardes. ¿Es la directora?

—Sí, Lourdes Estrada. ¿Y usted es?

—Un amigo de Jairo Basterra. ¿Han averiguado algo?

—Todavía no, pero estamos esperando a que localicen a la profesora que hizo la sustitución. Cuando la madre de Jairo nos avisó, ella ya se había ido del centro.

—¿Usted tiene hijos? —la interrumpo.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Mucho, señora Estrada. Imagino que, como madre, le gustaría que el colegio de su hijo removiera cielo y tierra si desapareciese.

—¿Qué está insinuando? Estamos siguiendo el protocolo del colegio.

—Pues teniendo en cuenta que ha desaparecido un niño en su centro, la veo demasiado tranquila, la verdad. Mire, no estoy aquí para acusar a nadie, pero está claro que alguien ha cometido un error y estamos perdiendo un tiempo muy valioso.

La mujer, por fin consciente de la gravedad del asunto, asiente con la cabeza. Levanta el teléfono y hace la llamada que debería haber hecho en cuanto se dieron cuenta de que el niño no estaba, esa que ha retrasado demasiado.

—Gracias —dice Vega cuando salgo del despacho—. Me he quedado tan bloqueada que no sabía qué hacer.

—Todo saldrá bien, te lo prometo.

La promesa sale de mi boca antes de siquiera pensarlo. No sé si podré cumplirla, pero de lo que sí estoy seguro es de que me dejaré la piel para conseguirlo.

CAPÍTULO 49



Se me cierra la garganta y me cuesta respirar. Saber que mi niño pueda estar en peligro me produce una angustia difícil de explicar. No quiero ser pesimista, sin embargo, mi cabeza se empeña en enseñarme los peores escenarios.

Cuando descubrí que Jairo había desaparecido, pensé en Daniel. Fue la primera persona que se me pasó por la cabeza y, después de comprobar que no estaba con Nora, fue a él a quien llamé. Mi intuición me decía que no había recogido a mi hijo, pero algo me empujó a buscarlo.

Verlo en el colegio fue como recibir una bocanada de oxígeno. Quise besarlo, decirle que había sido una idiota y pedirle que volviera a mi lado. Pero me callé al pensar en todo el daño que le he hecho.

—¿Vega? —me llama la directora—. Esta es la señorita Domínguez, la sustituta de la profesora de Jairo.

—¿Recuerda cómo era la persona que recogió al niño? —pregunta Daniel.

—Sí, era un hombre —contesta nerviosa—. De verdad que yo no sabía que... él dijo que era su padre y yo...

—¿Su padre?! —Caigo de rodillas, incrédula.

—El niño dijo que lo conocía —se justifica.

—¿En este colegio no se firman autorizaciones para recoger a los alumnos?

—Sí, a principio de curso se les proporciona un listado para que apunten los nombres de los familiares que podrán recogerlos —informa la directora.

—¿Y el padre de Jairo estaba apuntado en esa lista? —inquire Daniel, sabiendo la respuesta.

—No —admite sabiendo que la han cagado.

—Eso creía. Vamos, tenemos que poner una denuncia. —Me levanta del suelo.

Siento que todo a mi alrededor flota, como si estuviera en un sueño... o, mejor dicho, en una pesadilla. Me dejo llevar por él, igual que una marioneta a la que mueven los hilos. Tomo conciencia cuando Daniel me abrocha el cinturón. Coloco mi mano sobre la suya y lo miro con miedo. Él asiente con la cabeza y, sin decir nada, consigue transmitirme la serenidad que necesito. A pesar de la frialdad que muestra en esta situación, sé que también está asustado, y eso me emociona. Saber que se preocupa tanto por mis hijos, aunque no lleven su misma sangre, me demuestra una vez más lo idiota que he sido.

Cierro los ojos durante el trayecto y solo los abro cuando llegamos a la comisaría. Me bajo del coche con las piernas temblorosas, deseando que todo se solucione y que encuentren a mi hijo sano y salvo.

—Buenas tardes, venimos a poner una denuncia —le dice Daniel a un oficial que parece más interesado en su ordenador que en escucharnos.

—Claro, siéntense. ¿Qué tipo de denuncia? —pregunta sin dejar de mirar la pantalla.

—Mi hijo ha sido secuestrado por su padre biológico.

El oficial levanta la vista del teclado y me presta atención. Nos hace preguntas sobre cómo y dónde ha ocurrido el secuestro para rellenar su informe.

—¿Cómo se llama el padre?

—Rodrigo Bastera.

—Perdone, ¿ha dicho Rodrigo Bastera? —pregunta un hombre vestido de paisano, asomándose por el cubículo.

—Sí, ¿por qué?

—¿Por casualidad esta es la persona de la que habla?

El oficial me entrega una carpeta con fotografías de mi ex en diferentes situaciones: sacando dinero de un cajero, tomándose un café en un bar, entregando un paquete a alguien... ¿Qué coño está pasando?

—Sí, es él. ¿Por qué tienen tantas fotos de Rodrigo?

—Martínez, me encargo yo —le dice al oficial que nos tomaba declaración—. Acompañenme, por favor.

Lo seguimos hasta un despacho al fondo de la comisaría y tomamos asiento cuando él nos lo pide.

—Señora...

—Llámeme Vega, por favor.

—Soy el inspector Álvaro Sánchez —se presenta tendiéndonos la mano—. Hace un par de meses me destinaron a Málaga siguiendo la pista de Rodrigo Bastera.

—No entiendo, ¿qué ha podido hacer para que la policía lo busque?

—Por lo que sabemos, el señor Bastera se trasladó a Méjico hace unos años. Vivió la vida loca hasta que, en poco tiempo, se fundió todo el dinero.

—Mi dinero —recalco.

—Terminó trabajando para uno de los cárteles más peligrosos del país, uno que no solo trafica con drogas, también con mujeres. Rodrigo no era importante en la organización, era solo una pieza prescindible hasta que cometió el estúpido error de robarles. Se llevó una gran suma de dinero y documentación que comprometía directamente al jefe del cártel. En ese momento dejó de ser un

simple colaborador y se convirtió en un problema. Llegaron a encontrar el dinero en una habitación de hotel, pero ni rastro de la documentación que robó. El cártel puso precio a su cabeza y suponemos que movieron sus contactos para hundirlo e inculparlo ante la ley, porque poco después, Méjico emitió una orden de búsqueda internacional y la alerta se difundió a través de la Interpol. Así que Rodrigo pasó a ser un delincuente, con una gran diana en la cabeza.

—¡Dios mío!

Me llevo las manos a la boca al no creer lo que escucho. ¿Rodrigo un criminal? ¿Cómo es posible? La certeza de que Jairo está en manos de un hombre que ya no tiene nada que perder me oprime el pecho hasta el desmayo. Me aterra imaginar de qué es capaz Rodrigo cuando se sienta acorralado por la policía y por sus propios demonios mejicanos. He vivido años con un extraño, y el precio de mi ceguera lo está pagando ahora mi hijo. Es cierto que, al volver a verlo, tuve una sensación extraña. Como si ya no fuera el de siempre, pero jamás imaginé que sería capaz de secuestrar a su propio hijo.

Estoy tan nerviosa y alterada que, cuando mi teléfono empieza a sonar, doy un salto de la silla.

—Es él. —Le enseño con manos temblorosas la pantalla de mi móvil—. Es Rodrigo.

—¡Villar! —grita el inspector.

Una rubia imponente entra en el despacho y dirige una mirada profesional a quien supongo es su superior.

—Tenemos llamada, dame trazado, ¡ya! —le ordena—. Está bien, Vega. Necesito que se tranquilice y que confíe en mí. Para poder localizar dónde se encuentran, necesito que la llamada dure mínimo cuarenta segundos. Pero si pudiera retenerlo más de un minuto, podríamos encontrar una ubicación precisa.

—Lo intentaré —indico con voz temblorosa.

—Ponga el altavoz para que podamos escucharlo.

—¿Diga?

—Hola, cielito. ¿Cómo estás?

Su tono de voz despreocupado me revuelve el estómago. ¿Cómo puede ser tan cínico? ¡Joder! ¡También es su hijo! A lo lejos escucho un sonido fuerte, una especie de golpe seco que me confunde. ¿En qué lugar estará?

—¿Dónde tienes al niño, Rodrigo?

—Veo que vas al grano. Está bien, yo también lo prefiero. Necesito que reúnas sesenta mil euros en efectivo.

—¿¡Estás loco!?! ¡No dispongo de tanto dinero!

—¿Te crees que a mí me importa? ¡Pídeselos a la zorra de tu amiga la psicóloga! —escupe enfadado—. Tienes un par de horas, Vega.

—¡Eso es imposible!

—Está bien, te doy veinticuatro horas. Ni una más.

En el instante en el que el inspector Sánchez me hace un gesto con las manos para que me calme, recuerdo que no debo enfadarlo. Necesito alargar la llamada lo máximo posible. Además, tampoco quiero que Rodrigo pierda los nervios teniendo en su poder a mi hijo.

—Veré qué puedo hacer.

—Supongo que no hace falta que te recuerde que, si quieres recuperar al mocoso sano y salvo, tienes que venir sola.

—¿Dónde será el intercambio?

—Eres demasiado impaciente. —La línea se queda en silencio y, por un momento, creo que ha colgado—. Todo a su debido tiempo, preciosa.

—Como le hagas algo a mi hijo, te mato —lo amenazo.

—Joder, me pone cachondo ver lo salvaje que te has vuelto. Me aburrías cuando eras tan sumisa.

—Eres un hijo de puta —escupo.

—Mañana te volveré a llamar y te pasaré la ubicación. Puede que, antes de devolvarte al mocoso, me apetezca divertirme un poco contigo.

Antes de que pueda decir algo más para alargar la conversación, la llamada se cuelga y me quedo en *shock*. ¿Cómo voy a conseguir esa cantidad de dinero en tan poco tiempo? Tengo miedo. Mi cuerpo tiembla como una hoja y se me cierra la garganta solo de pensar en lo asustado que estará mi niño. Desesperada, busco a Daniel con la mirada y me sorprendo al no encontrarlo. ¿Dónde ha ido? Me pongo en pie y salgo del despacho mirando a todos lados, pero no aparece.

—Vega, lo tenemos —dice el inspector a mi espalda.

CAPÍTULO 50



¡Qué hijo de puta! Escuchar la frialdad de Rodrigo mientras hablaba de su hijo como si fuera un pedazo de carne, una simple transacción, me revuelve el estómago. Está claro que ese trozo de mierda no se merece los hijos que tiene.

Mientras Rodrigo escupía sus exigencias, mi cerebro se desconectó de sus insultos para centrarse en un sonido de fondo. Un latido sordo y rítmico que se filtraba por el auricular. Lo reconocí incluso antes de procesarlo: el golpe metálico contra la piedra caliza, ese retumbar seco que solo produce el corazón de una cantera.

Y no una cualquiera, era la cantera de La Araña. Lo supe en el mismo instante en el que, junto al sonido de la piedra, pude escuchar el mar. Esta cantera no se parece a ninguna otra de Málaga. Mientras la mayoría se encuentran en el interior, lejos del bullicio de la ciudad y del mar, La Araña se sitúa sobre un acantilado. Allí, el eco de la piedra caliza se mezcla con los gritos de las gaviotas y el murmullo constante del tráfico. Trabajé allí durante un año, en uno de tantos trabajos que tuve por aquella época, y ese sonido se me quedó grabado para siempre.

En cuanto averigüé dónde estaba Jairo, no me pude contener. Supe que tenía que actuar rápido porque el tiempo corría en nuestra contra. Soy consciente del papeleo y los permisos que tendrá que pedir la policía antes de poder salir a rescatar al niño, y no estoy dispuesto a esperar. Nunca me perdonaría que algo malo le pasara.

Salgo del despacho sin hacer ruido. Aprovecho que todos están demasiado ocupados como para prestarme atención. Cruzo el pasillo

conteniendo la respiración, empujo la puerta y, en cuanto piso la calle, echo a correr hacia mi coche. Arranco sin pensarlo y pongo rumbo a la cantera con el corazón desbocado. Sé que me estoy metiendo en un lío y que, cuando la policía descubra que he ido por mi cuenta, habrá consecuencias. Ahora eso me importa una mierda.

Veinte minutos después llego a la cantera. En ese tiempo, Vega no ha parado de llamarme. Ver su nombre iluminado en la pantalla mientras conducía me ha dejado el estómago hecho un nudo. Me he sentido fatal por no contestarle, pero lo hago por su bien. Lo último que necesita ahora es otra preocupación más.

Es tarde y, a esas horas, los empleados ya deben haber terminado su turno, por lo que apenas quedará gente en la cantera. Aun así, aparco en un lugar alejado, lo bastante discreto como para no levantar sospechas. Miro mi teléfono y no me sorprende al encontrar un mensaje suyo.

Vega:

¿Dónde estás?

Has desaparecido de repente.

Ya han localizado a Rodrigo.

Están coordinando el rescate.

Leerlo me revuelve las entrañas y la culpa me golpea de lleno. Me habría gustado quedarme con ella para consolarla, pero ahora solo hay una prioridad: la seguridad de Jairo.

Salgo del coche y subo por una cuesta hasta llegar a la zona de las cuevas. Tengo la suerte de conocer este lugar como si fuera la palma de mi mano y eso hace que me mueva con soltura. Por la forma en la que retumbaba la voz de Rodrigo, sé que estaba en el interior de una de ellas, aunque no demasiado cerca de la zona de extracción.

Camino despacio y observo todo a mi alrededor. Trato de descubrir en mi memoria el punto exacto en el que se encuentran y, cuando veo un viejo cobertizo, pienso que ese puede ser un buen

escondite. Recuerdo que allí guardábamos la vieja maquinaria, esa que ya no utilizábamos por estar medio oxidada. Sí, definitivamente es un buen lugar donde ocultarse.

Me asomo con cuidado por la rendija de la puerta, conteniendo la respiración, y descubro a Jairo atado a una silla. Verlo tan pequeño e indefenso, con los pies colgando sin tocar el suelo, me encoge el pecho.

La imagen me golpea con una violencia que no esperaba y, al instante, noto cómo algo oscuro empieza a crecer dentro de mí. Siempre he sido un tipo tranquilo, de los que intentan arreglar las cosas con palabras, pero ahora mismo no hay diálogo posible. No cuando todavía puedo ver el rastro que han dejado sus lágrimas. Pensar en el miedo que ha debido pasar hace que quiera hacer daño a quien se lo ha hecho a él.

—Tío, te dije que solo serían unas horas, ¡no puedes quedarte aquí hasta mañana! —le grita un hombre al que no puedo reconocer al estar de espaldas.

—Cambio de planes. La zorra de mi ex no se vio capaz de reunir el dinero en menos tiempo. Además, tú me prometiste que me tendrías la documentación falsa en una hora y tampoco la tienes. La vida es así de injusta —masculla Rodrigo, muy nervioso.

—¡Está bien! ¡Haré todo lo posible! —exclama el hombre, enfadado.

Escucho sus pasos apresurados y me escondo para que no me descubran. Una vez que el sonido se pierde por el pasillo, vuelvo a salir de mi escondite.

—Espero que tu mami reúna pronto el dinerito para que papá se pueda largar —le dice agarrándolo por uno de los cachetes—. ¡Comportate como un hombre y no llores! Pareces una niña, joder.

Escuchar el llanto de Jairo me parte en dos. Cada sollozo es una puñalada que me empuja a sacarlo de este lugar cuanto antes. Rodrigo desaparece tras una puerta y, segundos después, el sonido inconfundible del chorro golpeando la porcelana retumba en el

silencio. Esa distracción es la oportunidad que esperaba y no la puedo desaprovechar.

Entro en el cobertizo con sigilo, tratando de pasar inadvertido, aunque sin perder el tiempo. Jairo, al verme, abre la boca para hablar, pero se calla en cuanto le hago un gesto para que permanezca en silencio. Corto sus ataduras y le susurro para que solo él pueda escucharme:

—Sal corriendo y escóndete. Enseguida iré a buscarte.

Con una valentía que me hincha el pecho de orgullo, asiente en silencio y se marcha sin hacer el más mínimo ruido.

—¿Qué coño?! —explota el muy idiota al darse cuenta de que la silla está vacía y la puerta abierta.

—Eres un hijo de puta.

—Vaya, vaya. Si es el rollito adolescente de mi mujer.

—Dirás tu exmujer.

—Ah... ¿No te lo ha dicho? ¡Esto sí que es gracioso! —Suelta una risotada cargada de odio y de veneno—. Vega y yo todavía seguimos casados. ¿No es perfecto?

Aprieto los dientes con fuerza para no darle el gusto de verme derrotado. A pesar de que trato de disimular, su comentario me ha dolido. ¿Sigue casada? ¿Por qué nunca me lo ha contado? Mi parte más insegura me grita que ella jamás pensó en que teníamos futuro, no obstante, mi corazón, el que salta de alegría cada vez que la tiene delante, me dice con voz temblorosa que eso no es cierto.

—Eres escoria, pero por suerte, tus hijos no han salido a ti —escupo.

Rodrigo se lanza encima de mí con el puño en alto, aunque yo soy más ágil que él. Esquivo su puñetazo y aprovecho que está despistado para propinarle uno en el estómago, arrancándole el aire de sus pulmones. Se incorpora llevándose la mano al lugar donde lo he golpeado y me sonrío de una forma escalofriante.

—Hagas lo que hagas, yo siempre seré el padre de esos niños. Tú solo eres quien se folla a su madre.

Cegado por la ira, lo empujo contra la pared, sin darle tiempo a reaccionar. El golpe resuena seco. Rodrigo me mira sorprendido, pero a mí ya no me importa nada. En lo único en lo que puedo pensar es en la cara de Jairo cubierta de lágrimas. La sangre me arde en las venas. Siento una rabia densa, negra, que me nubla la vista y me acelera el corazón, como si fuera un tambor de guerra.

—Eres un maldito cabronazo —escupo, antes de estrellar mi puño contra su mandíbula.

El impacto hace que crujan mis nudillos y que me arda la mano, aunque eso no me detiene. Vuelvo a golpearlo. Y otra vez. Cada puñetazo arrastra el dolor que me atravesó al ver a Vega hecha pedazos y el terror insoportable de no poder llegar a tiempo. El muy idiota intenta defenderse lanzando un golpe torpe que me roza el pómulo, pero la adrenalina se encarga de que no sienta el dolor.

Se lanza sobre mí, haciendo que ambos caigamos contra una mesa. Él intenta golpearme, arañarme, en cambio, yo estoy tan fuera de mí que no consigue su objetivo. Lo agarro por la camiseta y lo lanzo al suelo. Me coloco encima y descargo toda mi ira sobre él. Mis puños se manchan de sangre y no soy capaz de distinguir si es la mía o la suya, aunque en realidad no me importa. Con cada golpe su cuerpo va perdiendo fuerza, pero aun así no me detengo. No puedo. Es como si mi cerebro hubiera recibido la orden de destruirlo y no pudiera parar hasta conseguir su objetivo.

Cuando su cabeza cae hacia un lado y deja de oponer resistencia, me doy cuenta de que ya no responde. Me detengo, jadeando por el esfuerzo, con los nudillos en carne viva y el corazón desbocado. Rodrigo ha perdido la conciencia. Sé que debería sentirme algo culpable, sin embargo, no lo hago.

Y entonces lo escucho.

Sirenas.

Al principio son un murmullo en la lejanía, pero poco a poco se van haciendo más estridentes. Me pongo en pie apartándome de su cuerpo justo cuando la puerta se abre de golpe y alguien me apunta con un arma.

—¡Alto ahí! ¡Policía! ¡Ponga las manos donde pueda verlas!

Las levanto despacio y, al hacerlo, me doy cuenta de que me tiemblan. Miro por última vez a ese despojo humano y, aunque la rabia todavía no se ha marchado del todo, siento alivio. Pase lo que pase, Jairo ya está a salvo.

CAPÍTULO 51



El corazón me golpea las costillas con tal fuerza que temo que se me escape por la boca. En cuanto el inspector localizó la señal en la cantera de La Araña, el mundo se volvió un torbellino. Trataron de impedirme que fuera con ellos, pero mi desesperación terminó por romper su resistencia y finalmente permitieron que subiera a uno de los furgones.

—¿No puede ir más rápido? —le exijo al policía que conduce.

El oficial me dedica una mirada ceñuda por el espejo retrovisor y, al ver su hostilidad, decido sentarme bien y dejar que hagan su trabajo. Aunque trato de tranquilizarme, mi pie no me hace caso y empieza a moverse nervioso. Nunca he estado tan preocupada y si a eso le sumas que Dani ha desaparecido delante de mis ojos, el resultado es un estado de ansiedad y confusión que me desborda por completo.

—Ni se le ocurra bajar —me advierte el policía en cuanto nos detenemos.

Prometo que pongo mi voluntad en obedecer, pero en el instante en el que veo el coche de Dani aparcado cerca de nosotros, entro en pánico. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha llegado antes que nosotros? Ignoro por completo cualquier protocolo y me bajo del furgón, recibiendo las maldiciones y quejas de los oficiales.

Echo a correr por el camino y sigo las voces amenazantes hasta que llego a una cueva. Nada me prepara para la escena que me encuentro: Daniel permanece estático, con las manos alzadas y la

mirada perdida. A sus pies, el cuerpo de Rodrigo yace inerte, con el rostro cubierto de sangre. ¿Qué precio ha pagado Dani por nuestra libertad?

—¡Dani! —lo llamo cuando me agarran por los brazos para impedirme que me acerque más.

Él, como si hubiera recuperado la conciencia en ese momento, me mira con una mezcla de alivio y de rabia.

—¡Déjenlo! —les exijo—. ¡Es inocente!

—Vega, será mejor que se calme —me pide el inspector Sánchez—. Lléváoslo a comisaría.

—¡No! —grito dejándome la voz—. ¡Dani!

—Tranquila, todo saldrá bien —me dice al pasar por mi lado.

Tiro de mis brazos con fuerza para soltarme, pero cuando lo consigo, ocurre algo que hace que me congele.

—¡Mami!

Los ojos se me llenan de lágrimas al ver a mi niño corriendo hacia mí, asustado. Tiene la cara sucia y, desde lejos, puedo ver el rastro de su llanto.

—¡Mi niño! —Me arrodillo en el suelo y lo abrazo con fuerza—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo?

—No, mami, he sido muy valiente. No he hecho ruido como me ha pedido Dani y he conseguido escapar.

—Eres un superhéroe.

—Como Dani. Él ha pegado a papá para salvarme.

—Lo sé, cielo.

Después, todo se vuelve confuso, como si estuviera envuelta en una neblina. Apenas puedo creer que Jairo esté a salvo conmigo. Por un instante pensé que lo perdería para siempre y comprobar que, aunque está asustado, está bien, me hace inmensamente feliz. Pero esa felicidad se mezcla con la preocupación por él. No sé cuáles serán las consecuencias que tendrá por haberse tomado la justicia

por su mano, y eso me asusta. El miedo que siento por él no me permite disfrutar del momento.

—Vega, el oficial Dominguez los llevará a casa. Necesitan descansar —indica el inspector Sánchez—. Sería conveniente que mañana pasara por la comisaría.

—Está bien. ¿Qué le ocurrirá a Daniel? —pregunto preocupada—. Él solo protegía a mi hijo. ¡Tiene que ayudarlo!

El inspector me mira con el ceño fruncido y suspira cansado, como si estuviera pidiéndole un milagro.

—Veré lo que puedo hacer. —A pesar de que sus palabras no me gustan, asiento y entro en el furgón sin soltar a mi hijo.

Al llegar a casa, el abrazo de Nora casi nos deja sin respiración. Al escuchar sus sollozos, los niños se acercan en un revoltijo de brazos y cabezas que no deja espacio para nada más.

Una vez que consigo calmar a los niños, baño a Jairo y, después de cenar, todos caen rendidos. Se han empeñado en dormir juntos, así que los he metido en mi cama. Total, no creo que pueda pegar ojo esta noche.

—¿Cómo estás? —pregunta Nora.

—Estoy bien.

Mi mejor amiga, que me conoce como nadie, se ha empeñado en no separarse de mí. Sabe perfectamente que no le estoy diciendo la verdad y me observa con los brazos cruzados, esperando a que sea sincera.

—Hecha una auténtica mierda —admito.

—Eso está mejor.

—¿Que esté así de mal?

—No, que lo admitas. —Me estrecha entre sus brazos—. Lo que has vivido hoy es un infierno y es normal que estés destrozada. No es para menos.

—Pensaba que lo perdía —admito llorando.

El abrazo de mi amiga consigue abrir las compuertas de mis ojos y que todas las lágrimas que he estado conteniendo delante de los niños salgan como si fuera un torrente. Ella es la única capaz de romperme por completo y reconstruirme, todo a la vez.

—Ven, vamos a sentarnos un momento. —Me lleva hasta el sofá del comedor—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Con Rodrigo? —pregunto confundida—. Pues denunciarlo. No pienso permitir que esté cerca de mis hijos.

—Me refería a Dani.

Ah, él... ¿Qué voy a hacer? Buena pregunta.

—Lo voy a ayudar. Mañana iré a comisaría para testificar e intentar que no presenten cargos contra él.

—No me refería solo a eso.

—¿Qué quieres que haga? Lo nuestro se ha terminado.

—La pregunta es: ¿tú quieres que se termine?

—¿Y qué importa eso? Le he hecho mucho daño. Él apostó por nosotros y yo solo me empeñé en poner obstáculos a nuestra relación. Nunca me va a perdonar.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Se lo has preguntado?

—No, pero...

—No des nada por sentado, Veguita —suelta con ese tono paternalista, como si le hablara a una niña de cuatro años.

Me quedo unos segundos inmóvil. Miro el horizonte, pero no veo nada. Intento que mi cerebro procese toda la información y me dé una solución mágica, aunque eso no ocurre.

—Escucha —llama mi atención—. Si no le importaras, no hubiera salido corriendo para ayudarte.

—Lo hizo por el niño —insisto.

—¡Joder, qué cabezota eres! ¡¿No te das cuenta de que está loco por ti?! —explota poniéndose en pie—. ¡Eres una cobarde, Vega

Carmona! ¡No te reconozco! ¿Dónde está esa mujer que le plantaba cara al mundo?

—¡No lo sé! —admito entre lágrimas.

Nora vuelve a sentarse a mi lado y me mira emocionada, con una gran sonrisa.

—Yo te diré dónde está. —Lleva una mano a mi corazón y me mira con seriedad—. Está aquí, pero solo tienes que atreverte a encontrarla. Cielo, no dejes escapar un gran amor solo por miedo o cobardía.

—¿Y si no quiere saber más de mí?

—Pues lo superaremos juntas, te lo prometo. No quiero que te pases la vida arrepintiéndote por no haberlo intentado hasta el final.

Me lanzo a los brazos de mi mejor amiga, mi hermana, y lloro. Dejo salir mis miedos, mis dudas, mis inseguridades... y en su lugar aparece una paz y una determinación que hacía tiempo que no sentía.

—Por fin. —Levanta las manos como si fuera una alabanza de la iglesia—. Menos mal que has entrado en razón.

—Gracias, loca. —Suelto una risita.

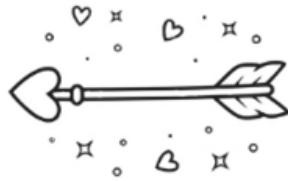
—De nada, cabezota. Y ahora que mi misión ha terminado, vuelvo a casa con mi maridito. Necesito que me abraze hasta que se me pase el mal rato que he pasado.

Nora me da un último abrazo en la puerta y me hace prometer que no cambiaré de opinión e intentaré recuperar al amor de mi vida.

Una vez que se marcha, me invade la soledad. Todo está en silencio. El único ruido que escucho es el de los engranajes de mi cabeza dando vueltas, tratando de buscar la manera de convencer a Daniel para que me perdone.

Entro a mi dormitorio y me emociono al ver a mis hijos abrazados en el centro de la cama. De repente siento frío y sé que ni la mejor manta de lana podrá calentarme. Lo único que podría hacerlo es

sentir sus brazos alrededor de mi cuerpo, dándome la calma que necesito en este momento.



A la mañana siguiente, aviso a mi vecina para que se quede con los niños. Los pobres han tenido tantas emociones que siguen dormidos, sin embargo, yo no puedo esperar más. Necesito ir a comisaría porque me muero de ganas de ver a Daniel.

Entro en el edificio fingiendo una seguridad que no siento, y cuando me dicen que ya se ha ido, siento una mezcla de alegría y decepción. Por un lado, me alegra saber que lo han soltado, pero por otro me entristece darme cuenta de que no me ha llamado. ¿Dónde estás?

CAPÍTULO 52



Cruzo el umbral de mi habitación frotándome los ojos. Apenas han pasado unas horas desde que abandoné la comisaría y, pese a que busqué refugio en la cama, el sueño me ha esquivado. Siento las pupilas como si las atravesaran mil agujas y un dolor sordo me martillea el cráneo.

Cuando entro en el comedor, me encuentro a los idiotas de mis amigos observando todos mis pasos como si fuera el mono de un zoo. Miguel me mira preocupado, Rafa lo hace con pesar y José... el muy cabronazo se está partiendo el culo al ver mis pintas.

—Tío, vaya cara de culo que tienes.

—Gracias, capullo, yo también te quiero.

—Dejad al niño —me defiende mi madre—. El pobre ha pasado la noche en el calabozo.

—¿Calabozo? Ni que estuviéramos en la Edad Media —se burla José.

Mi madre, sintiéndose ultrajada, le suelta a mi amigo una colleja voladora al más puro estilo ninja, que estoy seguro de que habrá resonado hasta en la Antártida.

—¡Habrased visto el niño este! Te conozco desde que ibas en pañales, Joselito, así que no me toques las palmas que me conozco.

—Joder, Lola, das unos reveses que ni Muhammad Ali —suelta Miguel.

Mi madre se cruza de brazos y, por un momento, me la imagino con guantes de boxeo y pantalones de raso, preparada para darle el K.O. a su contrincante. Pensar en mi señora madre de esa guisa hace que una sonora carcajada salga de mi pecho.

Todos me miran extrañados y con razón. Desde que lo mío con Vega se terminó, no he vuelto a reír, y menos con tantas ganas. Mi vida sin ella ha sido insulsa, como esa sopa a la que le falta sabor.

—¿Cómo estás? —pregunta Rafita, preocupado.

—Estoy bien, o al menos lo estaré —le prometo.

—Venga, tío, ¿por qué no vamos a tomar unas cañas? —propone José.

—Son las diez de la mañana —le recuerdo.

—Pues vamos a desayunar —apunta.

—Estoy cansado, chicos.

—Es normal —indica Rafa—. Mejor nos vamos y, cuando tengas ganas de hablar o de salir, nos avisas. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza y le agradezco sin palabras que me proporcione el espacio que necesito. Ahora mismo no soy una buena compañía y no me apetece fingir que todo está bien.

Una vez que Rafa consigue llevarse a esos dos de mi casa, vuelvo a mi habitación. Necesito soledad y, aunque quiero mucho a mi madre, su verborrea no es lo que más me apetece en este momento.

Me tumbo en la cama y me tapo los ojos con el antebrazo. La oscuridad me alivia. Mi cabeza es un hervidero de pensamientos y la penumbra es lo único que consigue silenciar esas voces. Necesito descansar, pero por más que lo intento, no consigo dormirme. Los recuerdos de lo que ocurrió ayer llegan a mi cabeza como si fueran *flashes*. El miedo, la rabia y la desesperación vuelven a arrasarlo todo, y me dejan completamente devastado.

Nunca he sido una persona violenta, y pensar que la policía pudo haber llegado más tarde me tiene sobrecogido. Si eso hubiera

pasado, no sé lo que le habría hecho a ese hijo de puta. Todavía no me creo que, después de cómo le dejé la cara, me hayan dejado libre.

Al pensar en eso me viene a la memoria mi conversación con el inspector Sánchez.

—Sabes que lo que has hecho es un delito, ¿verdad? —pregunta .

—Lo sé.

—¿Eres consciente de las consecuencias?

Guardo silencio. Sé que actué por una causa justa, pero no puedo negar que sentí una satisfacción oscura al hundir mis puños en su cara. Aceptaré las consecuencias con la cabeza alta.

—Yo te lo diré —continúa al ver que sigo callado—. De dos a cinco años de prisión si las lesiones son graves y de cinco a diez si no hubiéramos llegado a tiempo. ¿En qué coño pensabas al ir solo? Deberías habernos avisado en cuanto descubriste dónde tenían al niño.

—Dígame la verdad. Si alguien a quien quiere estuviera en peligro, ¿esperaría a que la policía se coordinara o actuaría solo? — Su silencio me da la respuesta que necesito—. Jamás me hubiera perdonado que le pasara algo malo a Jairo. Él... ¡Joder! Ellos han pasado a ser parte imprescindible de mi vida.

—Le entiendo, pero se arriesgó demasiado. No sabía si él estaba armado y podría haberle disparado.

—Podrían haber pasado muchas cosas, sin embargo, al final todo salió bien.

—Para usted no —me regaña.

—Si el precio que tengo que pagar por su seguridad es mi libertad, que así sea.

Cierro los párpados derrotado. Soy consciente de que voy a ir a la cárcel y, aunque no me arrepiento de nada, tengo miedo. No solo por mí, también por cómo se lo va a tomar mi madre. No habrá nadie que la pueda cuidar y, pese a que tengo algunos ahorros, no

creo que le duren mucho. Y ella... pensar en ella me duele. No volver a ver su sonrisa, sus preciosos ojos verdes, me desgarran por dentro.

—Pues está usted de suerte.

Miro al inspector como si de repente le hubieran salido dos cabezas y él, al ver mi cara de incompreensión, sonríe.

—Porque resulta que vi con mis propios ojos cómo se defendía del señor Basterra. Usted solo estaba protegiendo al niño. Así que, según la versión que hemos indicado en nuestro informe, actu  en legítima defensa. Tendr  que testificar en el juicio y mantener esta versión, pero por ahora es usted libre. Puede marcharse.

— C mo?  En serio? No puede ser —mascullo.

—Mire, señor Aguilar. En la vida me he encontrado a muchos hijos de puta en el camino y, por desgracia, no he podido meterlos a todos entre rejas. Pero, siempre y cuando est  en mi mano, no permitirá que alguien inocente vaya a la cárcel. Eso sí, le pido discreción.

—iPor supuesto! iJoder! —Abrazo sin pensar al inspector—. Lo siento, soy un poco efusivo.

—Tranquilo, lo comprendo. Y ahora, l rguese antes de que cambie de opinión.

Todavía no me puedo creer que haya salido ileso de todo esto. Soy consciente de que el juicio no será fácil, pero con el testimonio del inspector tengo alguna posibilidad.

— Quieres comer algo? —pregunta mi madre asomando la cabeza.

—No, mamá. No tengo hambre.

—Ay, hijo, como sigas así te vas a quedar escuchimizao.

Me incorporo al ver su cara de preocupación, sintiéndome el peor hijo del mundo.

—Tranquila, de verdad. Estoy bien, solo necesito descansar. — Sonrío.

Ella retuerce las manos, nerviosa, indecisa por algo.

—Suéltalo —la animo.

—Sé que me dijiste que no querías hablar del tema, pero ¿estás seguro de que lo tuyo con Vega ha terminado? Se os veía tan enamorados... —dice soñadora.

—Sí, mamá.

—A veces, por miedo a que nos hagan más daño, nos retiramos. Sentimos pánico, rechazo, dudas y, en lugar de luchar, nos escondemos. En la vida hay cosas por las que vale la pena empezar una guerra.

—Tengo miedo —admito.

—Lo sé, cariño. Pero tú no eres un cobarde. Lo has demostrado al proteger a ese niño de su propio padre sin pensar en las consecuencias. Y también cuando dejaste tus estudios, tu sueño, para cuidarme.

Miro a mi madre sorprendido por sus palabras. ¿Acaso ella lo sabía? ¿Cómo es posible?

—Soy madre. —Suelta una risita—. Yo lo sé todo, cielo. Decidí hacerme la tonta porque sabía que no conseguiría que cambiaras de opinión. Además, por desgracia, tampoco podía ponerme a trabajar para impedirte.

—Mamá...

—Te quiero, hijo. Gracias por cada sacrificio, por esos madrugones y por dejarte la piel para que a mí no me faltara nada, sin perder nunca esa sonrisa.

Sus palabras rompen mi última defensa. Me invade una mezcla de emoción y alivio; por fin, esa carga que arrastraba en solitario se ha desvanecido.

Me pongo en pie y la abrazo. Soy incapaz de retener las lágrimas y termino llorando en los brazos de mi madre, como cuando tenía cinco años. Permanecemos así durante unos instantes, sin decir nada, solo sintiéndonos.

El sonido del timbre interrumpe nuestro momento. Mi madre, al ver la insistencia de la persona que llama, se limpia las lágrimas y se marcha después de dedicarme una preciosa sonrisa y un guiño que me da un pellizco en el corazón.

Lo sabe. Mi madre lo ha sabido todo este tiempo. Pienso en sus palabras y, al analizarlas, la realidad me golpea el pecho.

Sí, es cierto. No soy ningún cobarde.

CAPÍTULO 53



Me sudan las palmas de mis manos. Siento recorrer la adrenalina por mis venas y el corazón late desbocado. Tengo miedo, pero a pesar de que el pánico trata de que me vuelva a encerrar para protegerme, la decisión ya está tomada. Él merece el riesgo. Necesito que comprenda que no voy a volver a alejarlo de mi vida, que lucharé por él porque... ¡Porque lo quiero!

Levanto la mano para tocar el timbre y casi no lo consigo. Mi mano tiembla tanto que necesito varios intentos y un par de respiraciones profundas para hacerlo. Al escuchar el sonido estridente, mi cuerpo se tensa. Ya está, lo he hecho. Ahora solo me queda sincerarme con él y esperar a que me crea.

Nadie contesta. El silencio hace que me ponga cada vez más nerviosa. ¡Mierda! ¿Y si resulta que, después de lo que me ha costado venir, no está en casa? Cierro los ojos suplicándole al destino, ese que se ha empeñado en complicarme la vida, que por una vez esté de mi lado. Vuelvo a pulsar el timbre varias veces, rezando para que alguien conteste y, cuando creo que todo está perdido, escucho la voz de Dolores.

—¿Diga?

—Eh... Hola, Dolores. Soy yo, Vega. He venido porque...

No hace falta que diga más. Me abre la puerta al escucharme y agradezco ahorrarme las explicaciones.

Empujo la puerta y accedo al portal. Me seco las manos en mi pantalón mientras espero a que llegue el ascensor, pero estoy tan

impaciente, que tengo la sensación de que tarda más de lo normal.

—¡A la mierda!

Ya no puedo esperar más. Necesito verlo y hablar con él. Es como si algo dentro de mí quemara y solo Dani fuera capaz de apagar ese incendio. O de prenderlo, según se mire.

Subo los escalones de dos en dos, ignorando el ardor en mis pulmones y el riesgo de tropezar. Al alcanzar el cuarto piso —cuatro plantas que se me han antojado una montaña—, Dolores me recibe con una sonrisa cómplice que me devuelve el aliento.

—Hola, preciosa. ¡Pasa, pasa! Mi Dani está en su habitación. — Me empuja para que acceda al interior—. Está un poco *regulero*, pero seguro que tu visita lo alegrará.

—Eso espero —murmuro.

Ella me guiña un ojo y se lleva el dedo índice a sus labios para pedirme que no diga nada. Camina hacia el dormitorio de Dani y asoma la cabeza.

—Cariño, tengo un regalo para ti.

—¿Un regalo? ¿Qué dices, mamá?

—Tengo que pedirte una cosa, hijo. Recuerda lo que te acabo de decir.

No sé a lo que se refiere, pero por mi bien, espero que sea algo que me ayude. Dolores me hace un gesto con la cabeza y abre la puerta para dejarme pasar.

—Hola, Dani.

Su cara de sorpresa casi me divierte, sin embargo, ver las ojeras y los ojos rojos son como un cubo de agua fría. ¿Ha llorado? ¿Qué le ocurre?

—¿Vega? ¿Qué haces aquí? ¿Los niños están bien?

Saber que, aunque no tengan su sangre son en lo primero en lo que piensa, me estruja el corazón y hace que un calor líquido recorra todo mi cuerpo. ¡Cómo no he visto esto antes!

—Los niños están bien, tranquilo. Los he dejado con Agustina para ir a comisaría. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro. —Señala una silla de escritorio.

Tomo asiento y no sé qué hacer con las manos. Se mueven solas y me traicionan. Los nervios me juegan una mala pasada y, en lugar de parecer segura, debo dar la imagen de la mujer orquesta: primero mano en la rodilla, luego en el regazo, después enredándose en mi pelo... *Joder, Vega, quédate quieta de una vez.*

—¿Estás bien?

—Sí —contesto demasiado rápido—. Bueno, en realidad no lo estoy.

Daniel me mira con el ceño fruncido y un poco preocupado, pero sigue manteniendo las distancias. Espero no haberlo perdido para siempre.

—Desde la noche del club mi vida no es la misma. Sé que he sido una idiota y que no te he valorado lo suficiente. En mi defensa diré que mi vida amorosa siempre fue un desastre. Supongo que no pensaba que esta vez sería diferente e hice lo posible por alejarte de mí. Pero tú siempre estabas ahí —admito con una risotada triste—, aguantando cada golpe, cada desplante, hasta esa noche. Todavía sigo sin comprender qué viste en mí para seguir insistiendo a pesar de los obstáculos que te ponía.

—Vega... —me interrumpe con una seriedad que me eriza la piel.

—No, déjame hablar, por favor. Necesito decírtelo y, cuando termine, si me lo pides, me iré.

Cierro los ojos unos segundos, intentando reunir el valor necesario para mostrarme tal y como soy, sin máscaras, como jamás lo he hecho con nadie. Para enseñarle todo lo que he escondido por miedo a que me destrozaran de nuevo. Y, por primera vez, siento que, aunque Daniel pueda hacerme daño, vale la pena saltar al vacío por él.

—Cuando Rodrigo se fue, me dejó rota. Aunque no por el motivo que crees —trago saliva al recordarlo—. Hacía tiempo que él me

engañaba. Al principio fueron cosas sutiles: cambios de humor, el olor de perfume de otra mujer en su ropa, mensajes demasiado cariñosos... Quise creer que todo estaba en mi imaginación, pero en cuanto se enteró de que estaba embarazada, se descontroló. Se volvió descuidado. Ya no le importaban las apariencias. Ahora sé que quería escapar y no paró hasta conseguirlo. El día que me abandonó me sentí poca cosa. Me había sustituido por alguien más joven que yo y eso hizo que me sintiera insegura. Hundió mi autoestima de tal forma que incluso llegué a pensar que me lo merecía, que era normal que me dejara.

Llevo días dándole vueltas a esa época y hasta hace poco no comprendí la huella que ese abandono dejó en mí.

—Hasta que llegaste a mi vida, me limitaba a sobrevivir, convencida de que el amor era un privilegio ajeno y que no merecía ser querida. Mi existencia transcurría en un gris monótono, en blanco y negro, hasta que tú apareciste para teñirlo todo de colores vibrantes y estridentes. Pero tanta luz me abrumó y no supe cómo aceptar ese regalo hasta que sentí que te perdía.

Las lágrimas resbalan por mis mejillas y la congoja que siento en el pecho crece con cada palabra, y ya no me puedo detener.

—Te quiero, Dani. Es posible que estas palabras lleguen tarde, pero necesitaba decirte que lo conseguiste. Lograste que me enamorara de ti con tu preciosa sonrisa, con tus ganas de vivir y tus bromas. Hiciste que, a mis cuarenta años, me sintiera igual que una adolescente. Y siento mucho no habértelo dicho hasta ahora porque te mereces a alguien que luche por ti.

Me tapo la cara y apoyo los codos en mis rodillas. Después de haberme contenido, dejo que las lágrimas sean libres. Ya no puedo más. Tenerlo tan cerca y sentirlo tan lejos me destroza por dentro.

Salto asustada al notar su mano en mi brazo y levanto la cara. Dani me mira emocionado y no sé si siente compasión por mí o le han conmovido mis palabras.

—No —dice en tono serio, casi enfadado.

—¿No? —pregunto confundida. Espero que esa negativa no signifique un rechazo.

—No merezco a nadie más que no seas tú.

Su confesión me deja sin aliento. La seguridad con la que habla se clava en mi pecho y me deja sin respiración. Rompo a llorar, sin saber qué hacer ni cómo reaccionar. Temo haberlo entendido mal y hacerme ilusiones, porque eso terminaría con la poca cordura que me queda.

—Te quiero, Vega, sigo haciéndolo. No he conseguido olvidarte y, sinceramente, no creo que lo haga jamás.

—Dani... —susurro con incredulidad.

—Te quiero de todas las formas imaginables a ti y a tus hijos. No sabía cuánto necesitaba una familia hasta que os conocí y, ahora que sé que también me quieres, no pienso alejarme de vosotros.

—¿Estás seguro? Mi vida es un caos y...

—¡Me encanta el caos! —Me agarra la cara—. Soy una persona inquieta y la normalidad me aburre.

—Entonces estás en el lugar correcto —bromeo.

—Tengo una duda. ¿Por qué no te divorciaste de Rodrigo?

—Te lo dijo él, ¿verdad? —continúo cuando Dani asiente—. Verás, él se largó. Desapareció de la faz de la tierra y yo no sabía si estaba vivo o muerto.

—Entiendo.

—Eso es algo a lo que pienso poner solución enseguida.

—Me alegra oírlo. Puede que suene demasiado posesivo, pero odio que tengas algo que ver con ese hijo de puta.

Su lado oscuro me pone a cien y, sin pensarlo, me lanzo a sus labios. El beso que llega a continuación, uno que podríamos catalogar como material solo para adultos, consigue alterar cada partícula de mi cuerpo, haciendo que mi sangre comience a hervir. Volver a sentir el sabor de sus labios, el tacto de sus manos es un

regalo. Uno que pienso cuidar a partir de ahora. *Palabrita del niño Jesús.*

Nuestras manos se vuelven cada vez más intrépidas y se cuelan por debajo de la ropa, necesitando sentir el calor de nuestra piel.

—Joder, chispitas. No sabes cuánto te he echado de menos — balbucea contra mi boca.

—Y yo, niñato —contesto con una risita.

—Espera, espera —me pide separándose un poco de mí ganándose mi enfado—. Si conozco a mi madre como creo que lo hago, estará detrás de la puerta, escuchándonos. No quiero espectadores cuando esté dentro de ti. —Esto último lo susurra en mi oreja y provoca un escalofrío que llega hasta mi entrepierna.

—¡Lo siento, chicos! ¡Ya os dejo solos! —Escucho la voz de Dolores amortiguada tras la madera.

Saber que mi suegra —joder, qué bien suena eso— ha escuchado nuestra conversación me arranca una carcajada. No puedo parar de reír y Dani, al verme, se une a mí. Después me levanta de la silla y hace que me siente en su regazo.

—Una cita. Necesito una cita contigo sin interrupciones.

—Eso está hecho. Dime el día y la hora y allí estaré.

—Venga, vamos a buscar a los niños, necesito que conozcan a la loca de mi madre. Si vamos a hacerlo oficial, ¡que sea a lo grande!

Sonrío al escucharlo y solo puedo asentir, afortunada por tenerlo en mi vida.

CAPÍTULO 54



Cuando Vega entró en mi habitación, no imaginé lo que iba a ocurrir. Al principio creí que había venido para agradecerme lo de Jairo, pero jamás pensé que se iba a declarar.

Escuchar ese «te quiero» de su boca fue el bálsamo que necesitaba para que la tristeza que se había alojado en mi corazón desapareciera. Esas palabras me hicieron tan feliz que, cuando dijo que lo mismo llegaban un poco tarde, casi me eché a reír. ¿Cómo es posible que no sepa cuánto la quiero? ¡Joder! Si hasta mis amigos, que son unos cafres, se han dado cuenta. Pero imagino que, al tratarse de uno mismo, el radar para descubrir este tipo de cosas está un poco escacharrado.

—Dani, ¿tu madre es como tú? —pregunta Alba con curiosidad.

—¿Te refieres a si es tan guapa y simpática como yo? —bromeo.

—No, tonto. Me refiero a si es buena.

Flechazo directo al corazón. Tocado y hundido.

—No tenéis ni idea de lo que os espera, niños —advierto—. Vais a ser los niños más abrazados, besados y consentidos del planeta.

—¡Yupi! —exclama Jairo desde su sillita—. ¿Y podremos llamarla abuela?

Vega gira la cabeza a mi lado y asiente con una sonrisa. Joder, esta mujer y su familia van a acabar conmigo. Cualquier día me explota el corazón de tanto amor.

—Claro que sí y te aseguro que, si lo hacéis, llorará de alegría.

Una vez que conseguimos aparcar, caminamos hacia el portal. Los niños van delante, sin dejar de hablar, y Vega y yo lo hacemos cogidos de la mano. Me invade una plenitud absoluta al contemplar la estampa que formamos: una familia. Ese sentimiento me atraviesa el pecho y hace que camine con la cabeza alta, deseando que el mundo entero sea testigo de mi felicidad.

—Hemos llegado —les digo a los niños para que se detengan.

Salimos del ascensor y nos encontramos con mi madre, que nos espera en el rellano emocionada. Los niños se quedan congelados y la miran en silencio, a la espera de su reacción.

—¡Qué ganas tenía de conoceros, niños! —exclama acercándose a ellos y cubriendo sus cabecitas de besos.

—Mamá, los vas a espachurrar —bromeo al ver su efusividad.

—Ay, es que estoy tan emocionada —admite separándose un poco—. Espera un momento... Yo os conozco.

—¿A nosotros? —pregunta Alba, sorprendida.

—¡Sois los niños que vi en el centro de salud! —exclama volviendo a abrazarlos con fuerza—. ¿Te acuerdas, Dani? Te conté que había visto a unos niños muy educados y aproveché para recordarte las ganas que tenía de ser abuela.

—Lo recuerdo —reconozco, emocionado.

—Esto es el destino —suelta a punto de llorar—. Pasad, pasad. He preparado pasta para comer.

—Es nuestro plato favorito —dice Manu, algo tímido.

—Lo sé, un pajarito me lo ha dicho. —Le guiña un ojo.

Mi madre arrastra a los niños al interior con besos y arrumacos, y Vega y yo nos quedamos en el rellano con una sonrisa tonta en la cara.

—No me puedo creer que estuviéramos tan conectados.

—¿A qué te refieres?

—Ese día le dije a mi madre que no todo el mundo es feliz teniendo hijos y le prometí que, si alguna vez encontraba a la mujer indicada, la dejaría preñada. —Suelto una risita al recordarlo—. En ese momento no tenía ni idea de que querría tanto a unos niños que no son mis hijos.

—Te quiero, niñato.

—Y yo, chispitas.

Beso sus labios que, a estas alturas, ya se han convertido en una adicción para mí. La abrazo fuerte y cierro los ojos un instante para saborear este momento.

—La presentación no ha ido mal, ¿no?

—Nada mal. Aunque tampoco tenía dudas. Tu madre es increíble.

—¿Te he dicho que me parezco mucho a ella? —bromeo.

—Ah, ¿sí? Eso tendrás que demostrarlo —me provoca.

—Estaré encantado —acepto el reto—. Tengo toda la vida para hacerlo.

—¡Tortolitos! ¡Venid ya o la comida se va a enfriar!

Ambos sonreímos y la obedecemos. Al entrar en el comedor, nos detenemos, sin palabras, con el corazón encogido por la emoción. Los niños ríen felices, cada uno con un regalo en las manos, mientras mi madre los mira con los ojos brillantes.

—Mamá, ¿cuándo los has comprado? —pregunto sabiendo que tan solo hace un par de horas que le dijimos que iba a conocer a los niños.

—Los compré después de conocer a Vega. Sabía que este día iba a llegar —confiesa orgullosa de su deducción.

—Mira, mamá —salta Jairo de su silla—. Me ha regalado un Iron Man.

Los niños le enseñan los juguetes a su madre, la cual sonríe feliz al ver lo emocionados que están.

—¿Ya le habéis dado las gracias?

—Gracias, abuela —suelta Jairo.

El comedor se sumerge en un silencio absoluto, como si el tiempo se hubiera detenido en ese instante. Mi madre lo mira con los ojos muy abiertos, petrificada, con la voz perdida. No puedo evitar sonreír: Jairo, con solo cuatro años, ha conseguido dejar a doña Lola sin palabras, como ya hizo su madre.

—¡Ay, mi niño! —Lo abraza sin contener las lágrimas—. Qué feliz soy.

—Tenías razón, Dani —susurra el pequeñajo—. He conseguido que llore de felicidad.

Su orgullo incendia mi corazón. Saber que, a partir de ahora, voy a poder ser testigo del crecimiento de estos niños, me llena de alegría.

—Y bien, ¿para cuándo la boda?

—¡Mamá! —la regaño, fingiendo que no he pensado mil veces en eso.

A pesar de que nunca he querido casarme, desde que conozco a Vega, no puedo evitar imaginármela caminando hasta mí vestida de blanco, como una maldita hada de los bosques. En mis sueños me mira emocionada mientras dice el «sí, quiero» delante de todo el mundo. Soy consciente de que ese momento llegará algún día, pero todavía nos queda mucho camino por delante. Aunque sea demasiado pronto para pedírselo, nada me impide que esa escena siga en mi cabeza, ¿verdad?

Cuando nos vamos a marchar, mi madre abraza a los niños como si no volviera a verlos en un año y ellos, en lugar de agobiarse, le siguen la corriente y sonríen felices.

Al llegar a su casa, subo con ella para despedirme y, una vez que los niños desaparecen entre risas, aprovecho para abrazarla.

—Gracias —le digo.

—¿Por qué?

—Por ser valiente, aunque tuvieras miedo.

—Valió la pena el riesgo —admite con una sonrisa.

—Tengo que confesarte que, si no hubieras venido, habría ido yo a buscarte.

—¡Vaya! ¿Me estás diciendo que si fuera más paciente me habría ahorrado el mal trago?

—Es posible.

—Bueno, de todas formas, no me arrepiento. Después de todo lo que has hecho por mí, te merecías que esta vez fuera yo quien te buscara.

Le acaricio la mejilla y ella busca mi contacto apoyando su cara. No puedo más, necesito besarla. Me agacho para tener mejor acceso y lo hago. Ella se pega a mi cuerpo y, lo que empieza como un beso lento y sentido, se convierte en uno intenso y desesperado. Vega introduce sus manos debajo de mi camiseta y las sube hasta mi pectoral, arrancándome un gemido.

—Espera —la detengo.

—¿Qué ocurre? —Se separa de mí confundida.

Ver lo afectada que está por un beso me enciende. Sus labios están hinchados, sus pupilas dilatadas y respira con dificultad. Vega se muerde el labio y yo me pongo duro al instante. ¡Joder! ¿Por qué tengo que ser tan correcto cuando deseo arrancarle la ropa?

—Creo que es mejor que paremos. —Doy un paso atrás a pesar de que mi cuerpo me pide otra cosa.

—¿No te vas a quedar a dormir? —pregunta decepcionada.

—Será mejor que lo dejemos para otro día. Han sido unos días muy intensos para todos y deberíamos descansar.

—Mierda, lo siento. Yo... Tienes razón —se excusa.

—Vega, mírame. —Levanto su cara—. No hay nada que desee más que desnudarte y hacerte el amor despacio, sin embargo, precisamente por eso no me puedo quedar. Si lo hago, ninguno de los dos descansaremos y reconozco que estoy agotado.

—Está bien, pero... me debes una cita. —Me sonrío.

—Por supuesto, chispitas. Te lo prometo.

Y aunque mi corazón me grita que no sea idiota y que la bese hasta que ambos perdamos el sentido, le doy un último abrazo y me voy.

Entro en mi coche y cierro los ojos para asimilar todo lo que ha ocurrido. Sé que, a partir de hoy, todo va a cambiar, y estoy ansioso por descubrir lo que nos espera juntos. No puedo evitar sentir miedo. No porque me asuste tener una relación tan seria, sino por la posibilidad de que mañana cambie de opinión y decida que ya no quiere seguir a mi lado.

Puede que suene absurdo que piense así después de todo lo que hemos pasado, pero supongo que amar también es eso: sentir un pellizco de dolor al imaginar que podrías perder a la persona que quieres.

Arranco el coche y, justo cuando voy a ponerme en marcha, recibo un mensaje suyo que consigue que la cara me duela de tanto sonreír.

Vega:

*Acabas de irte y ya te echo de menos.
Gracias por mirar más allá de mis miedos,
por tu paciencia, por quererme bien y
por hacerme sentir especial cuando
yo ya no sabía cómo hacerlo. Te quiero.*

Dani:

*Yo también te echo de menos, chispitas.
Prometo compensarte por mi ausencia de
hoy y no volver a permitir que duermas sola
nunca más. Te quiero.*

Vega:

Me gusta tu promesa.

Y así, con un mensaje lleno de intenciones, hemos encontrado la manera de decirnos que a partir de ahora no vamos a perder el tiempo. Que lo que sentimos es real, que estamos juntos y que queremos vivirlo sin miedo, aprovechando cada instante que nos regale la vida.

CAPÍTULO 55



Hace un año tomé la decisión de ser valiente y, después de todo este tiempo, puedo asegurar que no ha habido ni un solo día que me haya arrepentido.

Ese día Dani me hizo una promesa: no permitir que volviera a dormir sola nunca más. ¡Y vaya si la cumplió! Desde entonces empezamos a pasar cada vez más tiempo juntos, hasta que, sin darnos cuenta, ya vivía con nosotros. Por eso, una mañana decidí envolver una copia de la llave de nuestra casa y le pedí que se mudara definitivamente. En realidad, solo fue una forma de hacerlo oficial, porque él ya formaba parte de nuestra familia.

Día tras día me ha demostrado lo equivocada que estaba con él. Me ha enseñado que no todo es lo que parece y que no debemos juzgar a las personas. Cuando lo conocí pensé que era un niño sin cerebro y al final ha resultado todo lo contrario a lo que nunca hubiera imaginado.

Cada vez que lo veo jugar con mis hijos, pienso en todas esas veces en las que no lo creí capaz. Pensé que no soportaría la presión y se marcharía ante el primer contratiempo. Sin embargo, está ejerciendo de padre incluso mejor que el biológico, a pesar de no compartir su sangre. Porque con él he aprendido que, padre no es quien engendra, sino quien cuida, quiere, protege y ama.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —pregunto al encontrarme con una casa vacía al llegar del trabajo.

—¡Estamos aquí! —grita Jairo.

Sigo la voz de mi hijo pequeño hasta la habitación de Alba y lo que me encuentro me deja sin palabras.

—Pero... ¿qué hacéis? —pregunto aguantándome la risa.

—Me están haciendo un tratamiento de belleza para nuestra gran cita.

Dani me responde con una seriedad casi cómica, como si llevar una mascarilla de oso panda fuera lo más normal para un viernes tarde. Alba suelta una risita mientras se concentra en pintarle las uñas de un negro riguroso. A su lado, Manu y Jairo esperan su turno para la manicura, exhibiendo con orgullo la misma mascarilla facial, y la imagen me arranca una carcajada.

Me acerco a la pequeña cuna y sonrío al ver a la pequeña Lola durmiendo, con el chupete a medio poner. Es tan bonita y pequeña. ¿Quién me iba a decir que con cuarenta y un años iba a ser madre? En realidad, la llegada de Lola fue toda una sorpresa. Como esos regalos que no esperas y que aparecen en el momento indicado. Sé que puede sonar algo cursi, pero es la verdad. En el instante en el que nos dijeron que era una niña, sentí que debíamos llamarla como mi suegra y, no hace falta decir que, cuando se enteró, lloró toda la tarde de emoción.

—Niños, no deberíais obligar a Dani a hacer estas cosas —los regaño mientras acaricio los mofletes de Lola.

—¿iQué dices!? ¿Sabes el cutis tan suave que me quedará después de esto? —Señala la mascarilla—. Voy a parecer más joven.

—¿Más todavía? —me burlo.

—Además, me encanta el color negro medianoche que me ha puesto Alba —añade presumido, moviendo los dedos para que pueda verlo.

—Tus amigos se burlarán de ti —le advierto.

—Me paso por el fo... *ejem* —se corta al recordar que los niños están delante—. Quiero decir, que no me importa lo que ellos piensen porque no tengo una masculinidad frágil.

—Ah, ¿no?

—¿Quieres que te demuestre lo intacta que está mi masculinidad más tarde? —me provoca acercándose más a mí.

—¡Cuidado! No te muevas, papi, o te mancharé.

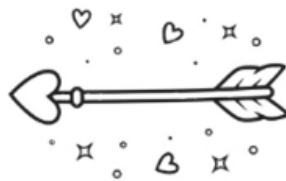
Dani se congela al escuchar esa palabra por primera vez de los labios de Alba. Habíamos hablado sobre este tema porque él temía no estar a la altura o que jamás lo vieran como a un padre. Sin embargo, yo siempre supe que este día llegaría. Ver sus ojos llenos de lágrimas por la emoción hace que los míos se contagien.

—¿Qué has dicho? —balbucea.

—Yo... perdona...

—No, princesa, tranquila —responde él con voz suave—. No sabes lo feliz que me has hecho. En realidad, me moría de ganas de que me llamarais así porque hace mucho que os siento como mis hijos. No importa si tenemos la misma sangre o no, os quiero igual que a Lola.

Los tres niños, olvidando las uñas pintadas y la mascarilla, se lanzan contra él, abrazándolo con fuerza. Miro la escena emocionada, grabándola en mi memoria para no olvidarla jamás. Sabiendo que este será uno de los momentos más especiales de nuestra vida.



Mi novio decidió que, para nuestro aniversario, prepararía una velada romántica. Por mucho que traté de averiguar lo que había planeado usando mis mejores armas, no conseguí que soltara prenda. Lo único que me dijo es que tenía que ponerme elegante.

Así que, una hora después, algo nerviosa, me miro en el espejo y acaricio mi vestido de satén negro mientras me pregunto qué nos deparará la noche. Desde el embarazo, mi cuerpo no ha vuelto a la

normalidad y, aunque tengo algún complejo, Dani se encarga de borrarlos a besos.

—¿Te falta mucho?! —pregunta mi chico desde el comedor.

Agarro mi bolso de mano y salgo del dormitorio, intentando mantener el equilibrio encima de los tacones. En cuanto pongo un pie en el comedor, Daniel suelta un silbido y me devora con la mirada.

—Estás preciosa, casi comestible —murmura sin dejar de escanear mi cuerpo.

Y él no se queda corto. El traje que lleva le queda como un guante y no puedo evitar corresponderle con la misma intensidad. Ese *look* totalmente negro le da un aire peligroso que hace que mi piel se estremezca deseando sentir su tacto.

—¡Alto! —le advierto al ver que se acerca con intención de besarme—. No voy a dejar que estropees mi obra de arte.

—Tú sí que eres una obra de arte —dice sin perder de vista mis labios.

—Venga, vámonos, Dandi —utilizo el mote que tenía antes de conocerme.

Dani aparca en un parquin del centro y, como todo un caballero, me abre la puerta del coche. Me toma de la mano y empieza a caminar. No saber a dónde me lleva ni qué planes ha preparado para esta noche hace que un cosquilleo suba por mi estómago.

Pasear por las calles de Málaga a estas horas es fascinante. Estoy tan ensimismada observando el ambiente nocturno que, cuando Dani se detiene, choco con él. Levanto la vista para mirar dónde hemos parado y me sorprendo al ver el cartel del Hotel Vincci Larios.

—¿Vamos a cenar en el Taller de Larios Diez?

—Ajá.

—¿Como en nuestra primera cita? —Dani asiente—. ¿La cita en la que te dejé plantado?

—Sí, pero espero que esta vez no termine igual. —Me guiña un ojo.

—Te lo prometo.

La cena es deliciosa. Todo es perfecto y la compañía lo es aún más. Ver el amor con el que me mira, como si fuera la única mujer de la faz de la tierra, me pone la piel de gallina. Estoy deseando tenerlo en un lugar menos público para poner en práctica todo lo que piensa mi cabeza al observarlo. ¡Por Dios! Si vestido informal consigue llamar mi atención, verlo con ese traje negro hace que mi boca se seque.

Mi entrepierna se contrae al sentir la forma en la que acaricia mi mano y entrelaza nuestros dedos.

—Te quiero, chispitas. —Levanta la copa con la otra mano—. Brindo por nosotros. Para que sigamos mirándonos con la misma intensidad a pesar de los años.

—Que así sea. —Alzo mi copa—. Te quiero, niño.

Doy un sorbo para sellar el brindis sin apartar mis ojos de los suyos, deseando que el deseo se haga realidad. Soy consciente de que la vida da muchas vueltas y que lo nuestro podría durar dos años o una eternidad, pero no voy a volver a preocuparme por lo que todavía no ha llegado. Lo que tenga que ser, será. Y por el camino pienso disfrutar de mi yogurín probando todas las posturas habidas y por haber.

Una vez que terminamos de cenar, salimos a la calle. Daniel me guía hasta el coche y yo no puedo evitar decepcionarme. Por un momento creí que había reservado una habitación en el hotel para terminar la noche por todo lo alto.

—¿Estás bien? —pregunta al notar el silencio en el trayecto a casa.

—Sí, claro —finjo.

Él lleva su mano a mi rodilla y la acaricia, provocando un escalofrío que arrasa todo mi cuerpo. Lo necesito.

—¿Crees que Lola estará bien? —pregunto cuando llegamos a casa.

Hemos dejado a los niños en casa de mi suegra y, aunque sé que están en las mejores manos, es la primera vez que me separo de Lola.

—Tranquila, mamá osa. Los niños están bien —me tranquiliza—. ¿Quieres que llamemos a mi madre?

Miro mi reloj y, al ver lo tarde que es, niego con la cabeza. ¡Ni que fuera una madre primeriza, por favor!

Dani abre la puerta y me hace un gesto para que pase primero. En cuanto pongo un pie en el recibidor y descubro que todo está iluminado con pequeñas luces que alumbran de forma cálida, me quedo sin palabras.

—¿Qué es esto? —pregunto con un nudo en la garganta.

—¿De verdad creías que nuestro aniversario solo sería una simple cena?

Me giro al escuchar la voz de Dani a mi espalda. Me derrito al ver que su sonrisa brilla más que todas las luces que iluminan nuestro piso.

—Pero ¿cómo?

—He tenido ayuda.

Saber que se ha tomado la molestia de preparar todo esto, hace que me explote el corazón. Definitivamente, no me lo merezco, pero haré todo lo que esté en mi mano para compensarle lo que hace por mí y por nuestros niños.

CAPÍTULO 56



Doy un paso tras otro y admiro todos los detalles. Un camino de pétalos, algunos jarrones con flores, una cubitera con una botella de champán enfriándose...

—Al principio pensé en quedarnos en el hotel —explica mientras cierra la puerta—, pero quería que fuera algo más íntimo.

—Es perfecto —admito con lágrimas en los ojos.

—Ven aquí. —Tira de mí para consolarme.

Me pego contra su pecho, al que ya considero mi hogar. Las lágrimas salen de mis ojos, aunque esta vez son de alegría. Me siento muy afortunada de que esa aplicación nos uniera, pero sobre todo de la insistencia de Dani. Si no hubiera sido por él, ahora no estaríamos aquí y mi vida estaría vacía.

—No llores, preciosa. Hoy es un día para celebrar. —Se separa un poco para limpiarme las lágrimas.

—Te quiero. Hasta que te conocí no supe lo que era estar enamorada. Gracias por enseñármelo.

Dani me besa, despacio, para saborear el momento. Sus caricias son un bálsamo que me alivia y me quema a partes iguales. Cuando separa nuestras bocas, veo que él también está emocionado. Toma mi mano con delicadeza y la besa, tirando de mí hasta nuestro dormitorio. Las pequeñas guirnaldas forman un camino brillante, dándole un aspecto de bosque encantado. Abre la puerta y, al cruzar el umbral, me quedo completamente paralizada.

—¡Es precioso! —exclamo por la impresión.

La habitación ya no se parece en nada a la que dejé hace unas horas. Decenas de velas iluminan cada rincón y proyectan sombras cálidas, haciendo que el ambiente sea íntimo y sensual.

Aunque lo que consigue quitarme el aliento es otra cosa. La cama, que siempre había sido sencilla y discreta, ha desaparecido. En su lugar hay un cabecero de hierro forjado y, sobre él, un precioso dosel. La suave seda en tonos claros cae hacia el suelo hasta ocultar parte de la cama. Todo parece sacado de un sueño y, por más que lo miro, no me puedo creer que sea real. Una fantasía creada exclusivamente para mí.

Me giro para mirarlo, para preguntarle cómo es posible que hayan hecho esto en tan poco tiempo, y él se encoge de hombros.

—Tengo contactos, chispitas —admite, misterioso.

Me lanzo sobre él y devoro su boca, desesperada, sin poder creer que este hombre sea todo para mí.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —pregunta algo inseguro.

—¡¿Bromeas?! Es lo más increíble que alguien ha hecho por mí. Te quiero.

Acaricio su cara para memorizarlo. Lo miro a los ojos y me quedo impactada en ese azul que tanto me impresionó cuando lo conocí. Me emociono al recordar todo por lo que hemos pasado y al pensar en lo que nos queda por vivir juntos. Vuelvo a besarlo, pero esta vez de forma tierna, dulce. Un beso cargado de amor y de futuro.

Enredo mis dedos en su pelo y tiro de él cuando el beso se vuelve más intenso, más hambriento. Roza mis caderas con sus dedos y asciende hasta llegar a mis pechos. Los acaricia despacio y me arranca un gemido. A pesar de que la tela se interpone entre nosotros, siento el tacto de su piel como si fuera lava. Se me eriza el vello al sentir su boca húmeda descender por mi cuello.

—Espera —lo detengo—. Quiero pedirte algo.

—¿El qué? —pregunta con voz ronca—. Espero que tenga que ver con nosotros dos desnudos en esa cama.

—Algo así.

Salgo del dormitorio escuchando sus maldiciones y vuelvo con mi teléfono. Busco una melodía en concreto y, cuando la canción *Pony* de Ginuwine empieza a sonar, le sonrío provocativa.

—Quiero que me hagas un estriptis.

—¿En serio?!

—Por supuesto. Me fui del club antes de verte en acción. *Porfiiii*.
—Le pongo morritos para que acepte.

—Siéntate en la cama. Se mira, pero no se toca —me advierte con un guiño, metido de lleno en el papel.

Me da la espalda y empieza a moverse de forma sensual al ritmo de la música. Desliza la americana por sus anchos hombros y la lanza lejos. Después se gira y se desabrocha la camisa, despacio, hondeando las caderas, mirándome de forma lasciva. ¡Joder! Su baile me está poniendo muy caliente.

Sus manos recorren su torso mientras se muerde el labio, sosteniéndome la mirada con una intensidad que me abrasa. De un tirón violento, se despoja de la camisa enviando los últimos botones a volar por la habitación. Se apoya en el armario, moviendo la pelvis con una cadencia lasciva que acelera mi pulso. Da una patada a sus zapatos y empieza a bailar, pasando sus grandes manos por su pecho esculpido, el cual deseo recorrer con mi lengua. Las uñas negras que antes me habían parecido tan entrañables por su significado, ahora me resultan diabólicas y de lo más sexis.

Cuando desabrocha su pantalón con una lentitud casi agónica, trago con dificultad. La tela resbala por sus fuertes muslos, dejándolo con un eslip de color negro que no deja nada a la imaginación. Su erección me saluda imponente y a mí me entra un hambre voraz.

Dani se acerca con andares peligrosos y se arrodilla ante mí, abriendo mis piernas lentamente. Desliza sus manos por mis muslos

y las sube, despacio. Tengo calor, mucho calor. La suave tela de mi vestido se me pega a la piel y me molesta. Una vez que la prenda está en mi cintura, tira de mis piernas para colocarme al borde de la cama. Sus dedos tocan mi ingle y me provocan. Cierro los ojos disfrutando de su tacto y gimo al sentir que separa la tela de mi tanga a un lado. Antes de que sea consciente de lo que está haciendo, siento el calor de su boca. Entonces su lengua acaricia mi clítoris y me arranca su nombre en un grito ahogado.

Me devora por completo, como un auténtico depredador. Mi cuerpo se retuerce extasiado, buscando el roce justo para terminar con esta tortura. Grito cuando introduce un dedo en mi interior y le suplico que siga. Él continúa y no se detiene hasta que arrasa mi cuerpo por completo. A pesar de que intento cerrar los muslos para controlar los espasmos, él los abre y sigue devorándome.

Todavía tiemblo con los coletazos del orgasmo cuando Dani tira del nudo de mi cuello, haciendo que la parte superior de mi vestido caiga. El frío hace que mis pezones se endurezcan, deseosos de tener su atención.

—Joder, eres deliciosa —murmura antes de llevarse uno de mis pechos a la boca.

—Dani... —gimo al sentir sus dientes sobre mi pezón.

Una vez que consigue volver a excitarme, se pone en pie y tira de mí para que haga lo mismo. Agarra mi vestido y me lo baja junto a mi ropa interior. Me deja desnuda, me abraza y me besa hasta que consigue borrar cualquier pensamiento.

Me empuja despacio hasta que mi espalda golpea con la pared. Levanta una de mis piernas y la enrosca en su cintura. Su erección encaja en mi centro a la perfección, por lo que, cuando se mueve, la fricción es casi insoportable. No puedo evitar rogarle. Necesito sentirlo dentro de mí o moriré. Su polla se introduce despacio y, con cada centímetro, me ahogo, deseando que vaya más rápido. Sentirlo sin barreras es una maldita maravilla.

De repente retrocede la cadera y golpea suavemente mi pelvis. Sus movimientos al principio son lentos, pero poco a poco se vuelven más rápidos y exigentes. En el instante en el que empiezo a perder la poca cordura que me queda, sale de mi interior y me mira con fijeza, con la respiración entrecortada.

—Date la vuelta —me exige con la voz ronca.

Más excitada de lo que he estado nunca, le obedezco. Me separa un poco de la pared y coloca su mano en mi espalda, empujándome con suavidad para que me agache. Me siento expuesta y terriblemente caliente. Abre mis piernas y se introduce en mí. Esta postura es tan intensa que cada centímetro me resulta una agonía demasiado placentera. Cuando consigue llenarme por completo, se queda inmóvil, tratando de recuperar su propia respiración. Después se mueve despacio y arquea la pelvis hasta convertir mi cuerpo en mantequilla fundida.

Me retuerzo para provocarlo, pero, aunque pongo todo mi empeño, él sigue con su tortura. No puedo más. Mi cuerpo está ardiendo y, llevo tanto rato conteniendo mis ganas, que necesito la liberación.

—Por favor —le suplico.

Apiadándose de mí, acelera sus embestidas y me golpea con fuerza. Grito su nombre cuando un orgasmo arrasa mi cuerpo y, unos segundos después, él también explota entre caricias y palabras dulces. El clímax ha sido tan intenso que los oídos se me han tapado. Las piernas me tiemblan y, si no fuera porque me está sujetando por la cintura, estoy segura de que me caería al suelo. Dani se separa de mí y me lleva en brazos hasta la cama. Después cierra las cortinas del dosel, creando un ambiente casi etéreo, y se tumba a mi lado, colocando mi cabeza en su pecho.

—¿Estás bien? —Me acaricia.

—Mejor que bien —balbuceo con los ojos cerrados.

—¿Te he dicho alguna vez que me pone a mil ver cómo te corres?

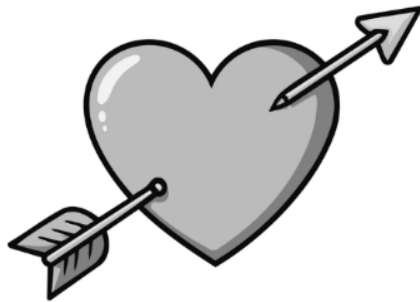
Abro los ojos y me quedo impactada al ver su mirada: una mezcla de pasión y amor incondicional. Joder, es tan guapo que sigo sin creerme que quiera estar conmigo. Le sonrío mientras pienso en lo idiota que fui al pensar que su juventud era un impedimento.

—¿Y yo te he dicho alguna vez lo idiota que fui al tratar de echarte de mi lado?

—Tranquila, chispitas. Me cobraré cada uno de los rechazos que me diste —bromea.

—Estoy deseando que lo hagas, niño.

EPÍLOGO



Miro a cada una de las personas que tengo a mi alrededor y mi corazón se hincha de orgullo. En los últimos cinco años, mi vida ha cambiado por completo. Ahora mi familia es más grande y ruidosa, y por fin me siento completa.

Cuando Dani decidió darme una oportunidad, volví a respirar. Es como si, de repente, la vida estuviera llena de colores y por fin dejara de sentir ese peso que llevaba sobre mis hombros. Con él ha sido todo tan fácil... Tengo que reconocer que el motivo que me impedía tener algo con él ha resultado ser una gran ventaja. Su locura y juventud equilibran mi lado serio y responsable. Juntos formamos el equipo perfecto.

Al principio fue duro. No porque no nos entiéramos, sino porque la economía era escasa. Mi suegra no llegaba a fin de mes con su pensión y nosotros sobrevivíamos como podíamos, haciendo malabares para pagar facturas y llenar la nevera. Pero todo cambió hace unos años.

Dolores nos llamó un mediodía, llorando, sin poder hablar. Al principio pensamos que había ocurrido una desgracia y esos segundos de angustia fueron una agonía. Cuando por fin consiguió tranquilizarse, nos dijo que le había tocado más de un millón de euros en la primitiva. Nos quedamos tan impactados por la noticia que no nos lo podíamos creer.

Gracias a eso, mi suegra por fin pudo vivir sin sobresaltos. Empezó a hacer escapadas con sus amigas, a darse algún que otro capricho sin mirar el precio y a disfrutar de una tranquilidad que

nunca antes había tenido. Después de todo por lo que había pasado, verla tan despreocupada, era la mejor recompensa.

Pero ella también se empeñó en darnos un buen pellizco para que viviéramos tranquilos. La casualidad o el destino quiso que pusieran a la venta un ático en el mismo edificio que ella, y no lo dudamos. Su amplitud y aquella terraza inmensa nos conquistaron al instante y terminamos comprándolo. Ese premio nos cambió la vida a todos. Dejamos de vivir al día y, por primera vez, respiramos tranquilos.

Ese golpe de suerte también le cambió la vida a Dani. Gracias a ese respiro económico, pudo volver a la universidad y retomar el grado de Diseño Gráfico que había dejado años atrás. Solicitó la readmisión en la misma facultad y, después de justificar el motivo del abandono, consiguió que le convalidaran las asignaturas aprobadas. Los tres años de carrera fueron complicados. Por las mañanas le echaba una mano a Sebas en la ferretería y por las tardes iba a clase. Entre proyectos y entregas apenas nos veíamos. Pero lo consiguió.

Ahora es diseñador freelance y trabaja desde casa. Tiene un horario flexible, clientes que lo buscan por su estilo y el privilegio de elegir los proyectos que realmente le apasionan. Y cada vez que lo veo concentrado frente al ordenador, haciendo lo que más le gusta, sonrío al pensar en ese adolescente que tuvo que renunciar a su sueño para cuidar de su madre.

Hoy hemos invitado a comer a todos nuestros seres queridos, los de sangre y los escogidos con el corazón, para celebrar que la pequeña de la casa cumple un año más. Lola aplaude cuando terminamos de cantarle el cumpleaños feliz y sopla sus cinco velas. ¡Dios mío! ¡¿Cinco años?! ¿Cuándo ha pasado tan rápido el tiempo?

Elsa, la hija de Nora, se enfada porque también quiere soplar las velas y, durante unos segundos, pienso en que se van a volver a pelear. Pero, por suerte, Lola abraza a su amiga y le pide a su padre que vuelva a encender las velas. Las *supernenas*, como las llamamos nosotros a pesar de ser solo dos, nacieron el mismo año y, aunque

no saben vivir la una sin la otra, tienen demasiado carácter. Lo mismo se comen a besos que se tiran de los pelos porque quieren la misma muñeca.

Después de cortar la tarta, los más pequeños se van a jugar y los adolescentes se encierran en su dormitorio con sus cosas. Así que, una vez que los adultos nos quedamos solos, nos sentamos tranquilamente a tomar café.

—¿Quieres más café, Sebas?

El jefe de Dani se ha convertido en parte de nuestra familia. Mi chico siempre le ha tenido un cariño especial, casi como a un padre, y desde que se jubiló y cerró la ferretería, pasa mucho tiempo con nosotros.

—No, gracias, Vega.

—Si toma mucho café, después no duerme —confiesa Olvido, besando su mejilla.

Hace un par de años que esta amorosa mujer consiguió conquistar el corazón de Sebas. No fue nada fácil. Necesitó mucho tiempo y muchos pedidos de bricolaje para que el jefe de Dani aceptara darle una oportunidad. Por suerte, al final claudicó y ahora forman una preciosa pareja.

—Ay —suspira mi suegra mirándolos con envidia—, yo también quiero un novio.

—¿¡Qué dices!? —se queja Dani—. Tú ya nos tienes a nosotros.

—¡Y qué tendrá que ver! Yo quiero a alguien que me dé cariño y me caliente por las noches.

—¡Mamá!

—No seas amargado, cariño. Tu madre tiene derecho a rehacer su vida —le advierto.

—Sí, pero... ¡Joder! Es que lo ha soltado así tan de repente...

Sonríó a mi chico sabiendo que aceptará lo que sea con tal de ver feliz a su madre. Solo es cuestión de tiempo.

—Y si no, siempre puedo meterte en una aplicación como hice con Vega.

—¡Eso, eso! —la apoyan Miguel y José.

—¿Tienes que volver a hacer algún estudio? —le pregunto entrecerrando los ojos.

Mi mejor amiga, al escucharme, se encoge de hombros y, lejos de avergonzarse, me sonrío orgullosa. ¿Os acordáis del encargo que le hicieron para estudiar cómo afecta a la autoestima la nueva forma de ligar de los jóvenes? ¡Pues era mentira! Una patraña, una encerrona, una farsa... como queráis llamarlo. La muy asquerosa me manipuló para que tuviera una cita porque, según ella, iba a convertirme en un ser amargado. Todavía recuerdo lo que me dijo: «Vega, cariño, necesitabas un polvo. Y, como tu mejor amiga que soy, me vi en la obligación de echarte una mano. De nada». ¿iOs lo podéis creer!? Bueno, vale. Es cierto que no estaba en mi mejor momento, ipero eso no es excusa para engañarme de esa forma! Aunque tengo que reconocer que, en este caso, el fin sí que justifica los medios, porque gracias a ella conocí al amor de mi vida.

—Bueno, y para cuándo la boda —suelta mi suegra.

—Ya estamos otra vez —masculla Dani cerrando los ojos.

—¿Qué pasa? Ahora ya no hay ningún impedimento para que os caséis, ¿no?

Cuando Rodrigo entró en prisión, intenté ponerme en contacto con él para que firmara los papeles del divorcio, pero fue imposible. Nunca respondió. Fue condenado a veintidós años de prisión por tráfico de drogas y secuestro de un menor. No llegó a cumplir ni un año. Nueve meses después, su historia terminó en una celda solitaria. Aunque el informe oficial dictaminó suicidio —un cierre sospechosamente oportuno—, los rumores del penal hablaban de deudas pendientes con el cártel que nadie deja sin cobrar. Sea cual sea la verdad, el resultado es el mismo: el pasado ha dejado de ser una amenaza.

—No, no lo hay. Solo tenemos que esperar a que tu hijo se decida.

—Yo... esto... ¿hablas en serio? Uf, qué calor tengo ahora mismo —balbucea mi chico, nervioso.

—Tranquilo, vaquero, no hay prisa. Tenemos toda la vida por delante.

—¡Pero yo no! Así que haz el favor de no cagarte en los pantalones y pídele matrimonio antes de que esté criando malvas —lo regaña Dolores.

Abrazo a mi pálido novio y beso su cuello.

—¿Te he dicho hoy que te quiero?

—Sí, pero me encanta escucharlo a todas horas. Ya sabes, por las veces que te hiciste de rogar en el pasado —bromea más tranquilo.

—Me encanta este tipo de penitencia. Estaré feliz de poder pagar mi condena toda la vida.

—¿Podemos echarlos ya o pareceremos unos malos anfitriones?

—¡Ni hablar, yogurín! —exclama Nora, que nos ha escuchado—. Ya tendrás tiempo de empotrarla a gusto más tarde.

—Tranquilo, hijo. Yo me quedo con los niños. —Le da un codazo su madre.

—Hay que ver cómo has terminado, Dandi. Qué triste que tu madre tenga que ayudarte a tener sexo —se burla José.

—Por lo menos yo lo tengo —le suelta mi chico.

—Auch, eso duele —bromea el aludido.

—Oye, el que parece que no necesita ayuda es Rafita —señala Miguel—. Y parecía tonto cuando lo compramos...

Miro hacia donde señala y descubro a mi compañera María y a Rafa, muy acaramelados. Ella sonríe con su comentario y se toca el pelo, nerviosa. Desde esta posición puedo ver con claridad el interés que tienen el uno en el otro.

—Voy a charlar un rato con ellos —suelta José poniéndose en pie.

—Ni se te ocurra, tío. Déjalos tranquilos —lo intercepta Dani.

—Al final voy a tener que meterme en una de esas aplicaciones para citas, porque a este paso me voy a quedar soltero —se queja.

—Tranquilo, yo siempre estaré contigo, cielito —se burla Miguel, llevándose una colleja de su amigo.

Mientras observo divertida la pelea de nuestros amigos, una mano tira de mí y me arrastra al interior.

—¿Qué haces?

—Lo que llevo queriendo hacer toda la tarde —murmura contra mis labios—. Me moría de ganas de besarte.

—¿Y a qué estás esperando? —lo provoco.

—Ten cuidado, chispitas. O te follaré en el lavabo mientras nuestros invitados toman el café.

—No le veo fugas a tu plan.

—Joder, vas a acabar conmigo.

Dani me besa con hambre, como si el último beso hubiera sucedido hace demasiado tiempo. Lleva sus manos a mi cara y me muerde el labio. Mi piel se eriza cuando me arrincona contra una puerta y cuela su muslo entre mis piernas.

—Chicos, creo que deberíais parar ahora que estáis a tiempo —nos interrumpe mi suegra.

—Joder. ¿Te he dicho cuánto odio socializar?

—Mientes —suelto una risita.

—Sí, pero en este momento odio a todo lo que me impida tenerte desnuda en una cama.

—¡Os estamos escuchando! —grita Nora.

¿He mencionado ya lo inmensamente feliz que soy? A veces, una sonrisa se me escapa sin motivo aparente al recordar que el amor, ese que creía de ficción, ahora tiene nombre, apellidos y respira a mi lado cada noche. Todo lo que soy ahora es gracias a él. A la persona que ha conseguido sacarme de mi zona de confort, que me enseñó

que para querer hay que lanzarse sin red. Al que quiere a nuestros hijos por igual, incluso a los que no tienen su misma sangre. Ese que, en nuestra primera Navidad juntos, pidió como único regalo ser su padre también en los papeles. El que me dibuja una sonrisa incluso antes de abrir los ojos y me roba suspiros cuando llega la noche. El que convierte los días normales en inolvidables solo por estar ahí. ÉL.

Agradezco al destino por cruzar nuestras trayectorias, pese a mis esfuerzos iniciales por levantar muros y protegerme de la vida. Con Daniel nunca existió la posibilidad de la derrota; su risa y su forma de cuidar lo que ama terminaron por desarmarme.

—Daniel Aguilar —digo para llamar su atención—. ¿Me concederías el inmenso honor de envejecer a mi lado, aunque yo siga siendo siempre un poco más mayor que tú?

—¿Me estás proponiendo matrimonio?

—Más quisieras. Estoy diciendo que estoy dispuesta a pasar todos los días de mi vida contigo, sin importar si estamos casados o no. Solo te voy a pedir una cosa.

—¿El qué?

—Que siempre me mires como lo estás haciendo ahora.

—Eso está hecho, chispitas.

Daniel me besa para sellar nuestro pacto y yo me siento la mujer más afortunada de la faz de la tierra. No os voy a negar que pensar en el futuro me da un poco de vértigo, pero, por su culpa, me he vuelto adicta a esa adrenalina. Así que, siempre que sea junto a él, estoy dispuesta a saltar al vacío.

FIN

Vega Carmona

EDAD:

27

ZODIAC SIGN:

Tauro

CIUDAD:

Málaga



DESCRIPCIÓN:

Me gusta pasármelo bien, hacer locuras y disfrutar de la vida al máximo. Busco una cita divertida y estimulante. Un hombre que no busque ataduras y a quien no le asusten los retos. **Advertencia:** No soy fácil de impresionar ni de satisfacer.

**SUSCRIPCIÓN
CANCELADA**

MIS GUSTOS:

- Las películas con giros inesperados
- Soy una glotona y como de T0-D0
- Leer libros eróticos
- Las emociones fuertes
- La noche malagueña

LO QUE BUSCO:

- Alguien con sentido del humor para pasar un buen rato
- Mucha pasión
- Cometer locuras
- Divertirme
- Ser libre

Cupid Go

Dami Aguilar

EDAD:

28

ZODIAC SIGN:

Sagitario

CIUDAD:

Malaga



DESCRIPCIÓN:

Prefiero una noche que merezca la pena a mil conversaciones que no llevan a nada. Me gusta la gente directa, con carácter y que no necesita excusas para hacer lo que le apetece.

Advertencia: puedo complicar planes que iban a ser simples.

SUSCRIPCIÓN
CANCELADA

MIS GUSTOS:

- Las personas que saben seguir el ritmo
- Planes que se alargan solos
- Ir al gimnasio
- La buena compañía
- La improvisación

LO QUE BUSCO:

- Alguien con sentido del humor y ganas de jugar
- Diversión
- Pasar un buen rato
- Muchas risas
- Fluir

Cupid Go

AGRADECIMIENTOS

Esta historia nació casi como nacen los flechazos: sin previo aviso y poniéndolo todo patas arriba. Lo que empezó como una ligera idea terminó convirtiéndose en una novela que me ha hecho reír, desesperarme y enamorarme en el proceso.

Aunque debo admitir que no ha sido fácil...

A veces, la vida se encarga de ponerte las cosas difíciles. Salen imprevistos, problemas, obstáculos que te hacen caer y pensar en desistir. Por eso es tan importante rodearte de un buen círculo de apoyo y yo, por suerte, lo tengo. Me siento muy afortunada de tener a gente tan especial en mi vida. Personas a las que quiero y que me han demostrado estar cuando las he necesitado, aunque sea solo para hacerme saber que no estoy sola y que me levantarán si me caigo.

Gracias a mis niñas andaluzas (S.J. García, Mary Fort y Rocío Gallego) por esas videollamadas que consiguen alegrarme el día, la semana y el mes. Por hacerme sentir tan cerca a pesar de estar tan lejos y por darme ese empujoncito cuando más lo necesito.

Gracias a Mary, Vero y Elsa, mis lectoras cero, por vuestra paciencia, consejos y por ayudarme a darle forma a esta preciosa historia.

A mi familia por entender mis ausencias, mis «solo escribo cinco minutos más» que casi nunca llego a cumplir. Gracias por vuestro apoyo, por confiar en mí y por recordarme que puedo hacerlo.

A Gabi, mi portadista, por su paciencia infinita y por captar la esencia de esta historia con sus preciosos trazos. Ha sido un placer ver cómo dabas forma a los personajes que estaban en mi cabeza.

Como siempre, quiero dar las gracias infinitas a mi Sandri, mi correctora. Una profesional de los pies a la cabeza, capaz de hacer que todo encaje, y que con el tiempo se ha convertido en algo más:

una amiga. De esas que, con empatía y cariño, saben cómo aligerarte el camino y hacer que todo pese un poco menos.

Gracias, bruji.

Gracias a quienes estáis al otro lado, leyendo. Dándome una oportunidad con cada libro que publico y transmitiendo vuestras sensaciones en cada capítulo. Esos mensajes son lo que me empujan a mejorar a diario y a querer dar siempre lo mejor de mí.

Si te ha gustado esta historia, te agradecería que dejaras una reseña en AMAZON. Me encantará leer tus comentarios y será una bonita forma de hacer que otras personas también reciban el flechazo.

Hellen Bold

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

HISTORIAS QUE NO SE LEEN...
se sienten



- Quiero ser la protagonista de mi vida
 - Quiero ser simplemente yo
 - Quiero ser libre sin límites
 - El doble juego de mi jefe
- Amor en fuga. Se busca cómplice

[YA A LA VENTA EN AMAZON](#)
